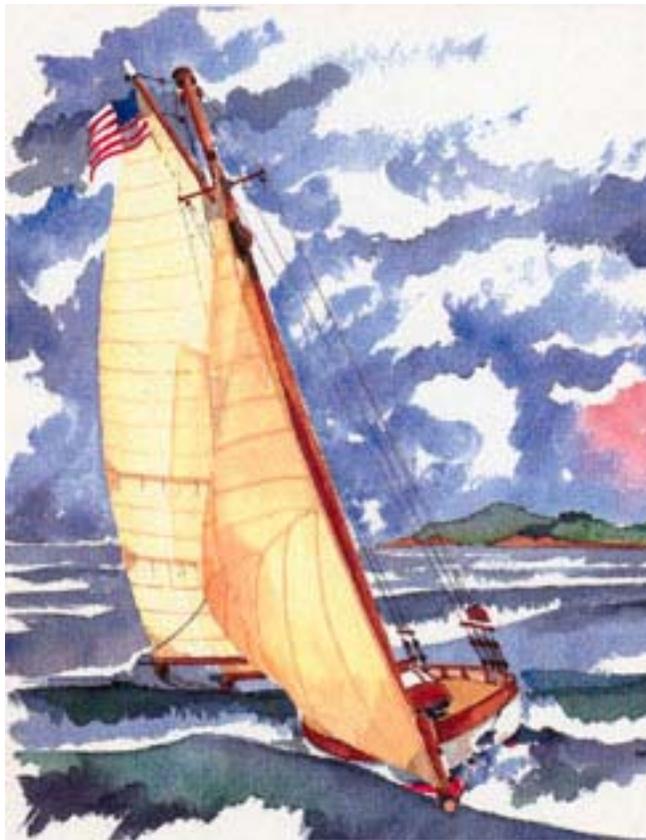


LIBRO dot.com

Jack London

**El crucero del Snack
Hacia la aventura en el Pacífico Sur**



Editado por **LIBRO** dot.com

© 2002 – Copyright <http://www.librodot.com>
Todos los Derechos Reservados

ÍNDICE

Capítulo Primero	PRELIMINARES
Capítulo II	LO INCONCEBIBLE Y MONSTRUOSO
Capítulo III	AVENTURA
Capítulo IV	EN BUSCA DE NUESTRO PROPIO RUMBO
Capítulo V	LA PRIMERA ESCALA
Capítulo VI	UN DEPORTE DE REYES
Capítulo VII	LOS LEPROSOS DE MOLOKAI
Capítulo VIII	LA CASA DEL SOL
Capítulo IX	LA TRAVESÍA DEL PACÍFICO
Capítulo X	TYPEE
Capítulo XI	EL HOMBRE DE LA NATURALEZA
Capítulo XII	EL TRONO DE LA ABUNDANCIA
Capítulo XIII	LA PESCA CON PIEDRAS DE BORA BORA
Capítulo XIV	EL NAVEGANTE AFICIONADO
Capítulo XV	NAVEGANDO POR LAS ISLAS SALOMÓN
Capítulo XVI	INGLÉS <i>BÉCHE DE MER</i>
Capítulo XVII	EL APRENDIZ DE MÉDICO
Epílogo	

PARA CHARMIAN
PATRÓN DEL *SNARK*, QUE LO GOBERNÓ
DE DÍA Y DE NOCHE, ENTRANDO O SALIENDO DE LOS PUERTOS,
SORTEANDO ESCOLLOS Y EN CUALQUIER EMERGENCIA,
Y QUE TANTO LAMENTÓ QUE INTERRUMPIÉSEMOS EL VIAJE
TRAS DOS AÑOS DE NAVEGACIÓN.

Tú has oído el latido de los vientos oceánicos,
Y las vibraciones de la lluvia en alta mar;
Tú has oído el canto, ¡hace tanto tiempo, hace tanto tiempo!
¡Vuelve a ponerte en camino!

CAPÍTULO PRIMERO

PRELIMINARES

Todo empezó en la piscina de Glen Ellen. Entre nuestros chapuzones nos gustaba tumbarnos en la arena y dejar que nuestra piel respirase el aire cálido y se tostase al sol. Roscoe era un navegante. Yo no sabía demasiado acerca del mar pero era inevitable que hablásemos de barcos. Hablábamos de barcos pequeños y de la gran navegabilidad de estas embarcaciones. Solíamos comentar el viaje de tres años alrededor del mundo realizado por Joshua Slocum a bordo del *Spray*.

Estábamos seguros de que nos atreveríamos a efectuar la vuelta al mundo en una embarcación pequeña, digamos de unos trece metros de eslora. También estábamos seguros de que disfrutaríamos mucho haciéndolo. Finalmente llegamos a la conclusión de que nada en este mundo nos haría más ilusión que intentar llevarlo a cabo.

Bromeábamos diciendo: «Hagámoslo».

Un día le pregunté discretamente a Charmian si ella estaría realmente dispuesta a hacerlo, y me contestó que le parecía demasiado maravilloso para ser cierto.

En la siguiente ocasión en que coincidí con Roscoe junto a la piscina le dije: «Vamos a hacerlo».

Notó que yo hablaba en serio, por lo que se limitó a contestarme: «¿Cuándo partimos?».

El caso es que en mi rancho quería construir una casa, plantar un huerto y una viña, colocar setos, y tenía también muchísimas otras cosas que hacer. Calculábamos que podríamos zarpar en cuestión de cuatro o cinco años. Pero la fiebre de la aventura empezó a afectarnos. ¿Por qué no irnos ya? Ninguno de nosotros sería nunca más joven que ahora. El huerto, los viñedos y los setos podrían crecer solos mientras nosotros estuviésemos fuera. A nuestro regreso ya disfrutaríamos de ellos, y podríamos vivir en el granero mientras construyésemos la casa.

Por lo tanto, decidimos llevar a cabo el viaje y se inició la construcción del *Snark*. Le pusimos el nombre de *Snark* porque no se nos ocurrió ningún otro -lo digo en beneficio de todos aquellos que de otra manera podrían creer que hay algo oculto en este nombre.

Nuestras amistades no podían comprender qué nos impulsaba a este viaje. No hacían más que proferir quejas y lamentos. Nada podía hacerles entender que lo que hacíamos era dejarnos llevar por la inercia; que para nosotros era más fácil sucumbir a la atracción del mar y surcarlo en una pequeña embarcación que quedarnos en tierra firme, de la misma forma que para ellos era más sencillo quedarse en tierra que lanzarse a la mar. Es un estado mental provocado por un excesivo egocentrismo. No pueden salir de sí mismos. No pueden alejarse lo suficientemente de sí mismos como para darse cuenta de que su fluir quizá sea diferente al de los demás. Creen que sus deseos y preferencias forman un conjunto con el que han de medirse los deseos y preferencias del resto de los seres. Esto es injusto. Y yo así se lo digo. Pero no pueden apartarse lo suficiente de sus propios miserables egos como para llegar a oírme. Creen que estoy loco. Por lo tanto, les soy simpático. Es una situación que ya me es familiar. Todos tendemos a creer que algo debe fallar en la mente de aquellos que no están de acuerdo con nosotros.

La expresión definitiva es «ME GUSTA». Es la base de la filosofía y está íntimamente relacionada con el núcleo de la vida. Cuando la filosofía ha ido madurando durante un mes para indicarle al individuo cuál es el camino a seguir, de repente el individuo dice «ME GUSTA» y la filosofía se va a paseo. Es este ME GUSTA lo que hace que el borracho beba y que el aspirante a mártir lleve un cilicio; lo que convierte a un hombre en juerguista y a otro en anacoreta; lo que hace que unos busquen la fama, otros oro, otros amor y otros a Dios. Muchas veces la filosofía no es más que la forma en que el hombre expresa su propio ME GUSTA.

Pero volvamos al *Snark* y a por qué quería dar la vuelta al mundo con él. Para mí mis deseos e ilusiones son lo más importante. Y lo que más me gusta es sentirme personalmente realizando -alcanzar, no los logros que provocan el aplauso general, sino los que me satisfacen íntimamente-. Es la sensación de «¡Lo he hecho! ¡Lo he hecho! ¡Lo he hecho con mis propias manos!». Mas, para mí, los logros personales han de ser algo concreto. Prefiero ganar una carrera en la piscina, o permanecer montado en un caballo empeñado en lanzarme por los aires, antes que escribir la gran novela americana. Cada uno tiene sus prioridades. Otros muchos preferirían escribir una gran novela antes que ganar una carrera en la piscina o conseguir domar un caballo.

Probablemente el logro del que me siento más orgulloso, mi vivencia más intensa, ocurrió cuando tenía diecisiete años. Estaba a bordo de una goleta de tres palos frente a las costas de Japón. Y en medio de un tifón. Toda la tripulación había estado en cubierta durante la mayor parte de la noche. A las siete de la mañana me hicieron salir de la litera para que me hiciera cargo del timón. No llevábamos izado ni un palmo de trapo. Navegábamos a palo seco, pero seguíamos avanzando a buena velocidad. La distancia entre olas debía de ser de aproximadamente un octavo de milla, pero el viento batía con fuerza sus crestas llenando el aire con tales raciones que era imposible poder ver más de dos olas a la vez. La goleta era prácticamente ingobernable, escoraba constantemente a estribor y a babor, viraba y cabeceaba hacia cualquier rumbo entre el sudeste y el sudoeste, y crujía cuando las olas la levantaban bruscamente amenazando con volcarla. Si hubiese llegado a volcar se habría perdido irremediablemente junto con las vidas de todos los que íbamos a bordo.

Me puse a la caña. El contramaestre me observó durante un rato. Dudaba de mí por mi juventud: creía que quizá no tuviese la fuerza ni los nervios necesarios; pero cuando me vio gobernar la goleta entre unas cuantas olas se dio por satisfecho y bajó a desayunar. De repente, todos estaban abajo desayunando. Si hubiésemos volcado, ninguno de ellos habría podido llegar jamás a cubierta. Durante cuarenta minutos estuve a solas con la rueda del timón, dominando la salvaje navegación de la goleta y con las vidas de veintidós hombres en mis manos. En una ocasión me entró una gran ola por popa. La vi venir a tiempo y, medio ahogado por las toneladas de agua que me caían encima, logré mantener el rumbo y enfilar correctamente la proa. Al cabo de una hora,

empapado y extenuado, me relevaron. Pero ¡lo había conseguido! Con mis propias manos había conseguido dominar el timón y conducir cien toneladas de madera y acero a través del viento y de millones de toneladas de agua.

Mi satisfacción radicaba en que yo lo había hecho, no en que veintidós hombres supiesen que yo lo había hecho. Un año más tarde, la mitad de aquellos hombres habían muerto, pero mi satisfacción por lo conseguido no se redujo a la mitad. No obstante, debo confesar que me gusta contar con una pequeña audiencia. Pero tiene que ser una audiencia muy limitada y compuesta únicamente por personas que me quieran y a las que yo quiera. Cuando consigo algún logro personal siento que de alguna manera justifico su amor hacia mí. Pero esto es algo que ya se aparta de la satisfacción del logro por sí mismo. Es una satisfacción personal, mía, y que no depende de testigos. Cuando consigo algo así, me emociono. Resplandezco. Me siento orgulloso de mí mismo, y este orgullo es mío y solamente mío. Es algo orgánico. Cada una de mis fibras se excita. Es algo muy natural. Es algo así como la satisfacción de adaptarse al entorno. Es el éxito.

Una vida vivida es una vida con éxito, y el éxito es lo que nos permite respirar. Superar una dificultad importante significa adaptarse a un entorno muy exigente. Cuanto más nos cueste alcanzar la meta, mayor será la satisfacción que sentiremos al lograrlo. Esto es lo que le sucede al hombre que salta a la piscina desde el trampolín, efectúa una pirueta en el aire y entra de cabeza al agua. En el momento en que se separa del trampolín penetra en un entorno hostil, y si cae plano sobre el agua pagará muy caro su error. Naturalmente, nada le obligaba a correr ese riesgo. Podría haberse quedado plácidamente tendido sobre la arena gozando de la brisa veraniega, el sol y la comodidad. Sólo que no ha sido concebido para esto. En el momento en que efectuaba su pirueta en el aire vivía algo que jamás habría experimentado dormitando sobre la arena.

Por lo que a mí respecta, preferiría ser ese hombre que se arriesga que uno de los que le observan desde el borde de la piscina. Por este motivo estoy construyendo el *Snark*. Estoy hecho así. Sencillamente, quiero hacerlo. La singladura de vuelta al mundo implica vivencias muy intensas. Quédate junto a mí durante un momento y fijate. Aquí estoy, un pequeño animal llamado *hombre*: una pequeña cantidad de materia viva, sesenta y siete kilos de carne y sangre, nervios, tendones, huesos y cerebro: todo ello muy blando y delicado, fácil de estropear, falible y frágil. Si le doy un ligero bofetón a un caballo más tozudo de la cuenta, me rompo los huesos de la mano. Si sumerjo la cabeza en el agua durante más de cinco minutos, me ahogo. Si me caigo desde seis metros de altura, me descalabro. Soy un ser muy sensible a la temperatura. Unos pocos grados para abajo y mis dedos y orejas no tardarán en ponerse oscuros y acabarán cayéndose. Algunos grados para arriba, y mi piel se cubrirá de ampollas y llagas que me dejarán en carne viva. Unos grados más en cualquiera de los dos sentidos, y la luz y la vida se alejarán de mi cuerpo. Si una serpiente venenosa inyecta en mi cuerpo una gota de veneno, dejaré de moverme -dejaré de moverme para siempre-. Una brizna de plomo que salga de un rifle para penetrar en mi cabeza, y me veré envuelto en una oscuridad eterna.

Falible y frágil, una porción de vida gelatinosa y pulsante, eso es lo que soy. A mi alrededor existen poderosas fuerzas naturales: colosales amenazas, titanes de la destrucción, monstruos carentes de toda sensibilidad que se preocuparán menos por mí de lo que yo me cuido de los granos de arena que crujen bajo mis pies. No les importaré lo más mínimo, no me conocen, carecen de conciencia, de piedad y de moral. Son los ciclones y tornados, rayos y nieblas, mareas y maremotos, corrientes y trombas de agua, vórtices y remolinos, terremotos y erupciones volcánicas, olas que atruenan al estrellarse contra los acantilados y mares capaces de triturar a los navíos más poderosos convirtiendo en papilla a sus tripulaciones o lanzándolas a las aguas hacia una muerte segura. Y todos estos monstruos no saben nada acerca de este pequeño ser, todo nervios y debilidad, al que los humanos conocen como Jack London y que se considera a sí mismo como totalmente normal pero quizás algo superior a los demás.

Yo tendré que buscar mi camino entre la confusión y el caos producidos por los conflictos de estos potentes y sedientos titanes. Esa pequeña porción de materia viva que soy yo tendrá que triunfar sobre ellos. Esta pequeña porción de materia viva se considerará divina si logra domarlos y ponerlos a su servicio. Es bueno vencer una tempestad y considerarse divino. Estoy seguro de que cuando una porción finita de materia viva gelatinosa y pulsante se siente divina, experimenta una sensación infinitamente más gloriosa que la de un dios sintiéndose divino.

Aquí está el mar, el viento y la ola. Aquí están los mares, los vientos y las olas de todo el mundo. Aquí está un entorno realmente feroz, y es muy difícil llegar a adaptarse a él; pero

conseguirlo es algo que colmará mi pequeña vanidad. Me gusta. Yo estoy hecho así. Es mi forma personal de vanidad, eso es todo.

Pero el viaje del *Snark* también tiene otra finalidad. Dado que estoy vivo, quiero ver, y este mundo es mucho más vasto que una pequeña ciudad o que un valle. No hemos concretado mucho el itinerario a seguir. Al partir solamente sabemos algo con certeza: que nuestra primera escala será en Honolulu. Aparte de algunas ideas muy generales, no sabemos a ciencia cierta qué rumbo pondremos al zarpar de Hawai. Iremos abriendo nuestras mentes a medida que nos vayamos aproximando. A grandes trazos sabemos que vagaremos por los Mares del Sur haciendo escalas en Samoa, Nueva Zelanda, Tasmania, Australia, Nueva Guinea, Borneo y Sumatra, para luego dirigirnos hacia Filipinas y Japón. Más tarde llegaremos a Corea, China, India, el Mar Rojo y el Mediterráneo. A partir de ahí nuestro proyecto de viaje ya se vuelve demasiado difuso como para poder describirlo, pero hay algunas cosas que es muy probable que llevemos a cabo, y espero pasar uno o varios meses en cada país de Europa.

El *Snark* navegará a vela. Llevaremos también un motor de gasolina, pero solamente para emplearlo en casos de emergencia, como cuando haya que sortear arrecifes con mal tiempo o cuando el viento entre en calma en zonas de fuertes corrientes que pudiesen desplazarnos mucho de nuestro rumbo. El aparejo del *Snark* es lo que conocemos como *queche*. El aparejo de queche es un término medio entre el yol y la goleta. En los últimos años se ha comprobado que el aparejo de yol es el mejor para la navegación de crucero. El queche conserva las características de crucero del yol y le añade algunas de las virtudes marineras de la goleta. Pero todo esto no hay que tomarlo al pie de la letra. Son simples teorías que bullen en mi cabeza. Nunca he navegado en un queche, ni siquiera he visto nunca ninguno. Todo son teorías mías. Esperad a que me haga a la mar y entonces podré hablar más acerca de la navegabilidad del queche y de su capacidad de maniobra.

Originalmente estaba planeado que el *Snark* iba a tener una eslora de trece metros cuarenta centímetros en la línea de flotación. Pero pronto descubrimos que así no habría espacio para el cuarto de baño, por lo que decidimos incrementar su eslora hasta los catorce metros setenta centímetros. Su manga máxima será de cinco metros. Carecerá de superestructuras y barandillas. En la cámara gozaremos de una altura de dos metros y la cubierta será lisa y solamente se verá interrumpida por dos entradas a cámara y una escotilla a proa. El hecho de que el barco carezca de caseta que pueda comprometer la solidez de la cubierta hace que podamos sentirnos más seguros en su interior cuando la violencia de los mares descargue toneladas de agua sobre nosotros. Una amplia y cómoda bañera, situada en un plano inferior al de la cubierta, con autodrenaje y protegida por un antepecho elevado, hará que nuestras guardias sean algo más confortables durante los días y noches con mal tiempo.

No habrá tripulación. Mejor dicho, Charmian, Roscoe y yo seremos los únicos tripulantes. Lo haremos todo con nuestras propias manos. Con nuestras propias manos efectuaremos la circunnavegación del globo. Navegar hacia allí o naufragar hacia allá, todo estará en nuestras manos. Naturalmente, habrá un cocinero y servicio de camarotes. ¿Por qué tendríamos que guisar, lavar los platos y poner la mesa? Si quisiéramos hacer estas cosas podríamos quedarnos en tierra. En vez de eso estaremos siempre alerta y trabajaremos en el barco. Además, yo tendría que continuar con mi profesión de escritor para poder alimentarnos, para comprar velas nuevas y para mantener al *Snark* siempre en óptimas condiciones. También está el rancho; he decidido que los viñedos, el huerto y los setos deberán ir creciendo durante este tiempo.

Cuando incrementamos la eslora del *Snark* para conseguir encajar el cuarto de baño nos dimos cuenta de que nos sobraba espacio. Por lo tanto, decidimos aumentar el tamaño del motor. Nuestro motor tiene una potencia de setenta caballos y esperamos que nos pueda proporcionar una velocidad de nueve nudos. No conocemos ningún río navegable capaz de desafiarnos.

Esperamos poder navegar mucho en aguas continentales. Las pequeñas dimensiones del *Snark* hacen que esto sea perfectamente posible. Cuando abandonemos el mar, prescindiremos de los paños y dependeremos solamente del motor. En China podremos navegar el río Yang Tse y una extensa red de canales. Podríamos pasarnos meses navegando por allí si el gobierno nos lo permitiese; pero ése es el principal problema de la navegación en aguas continentales: los permisos gubernamentales. Si conseguimos las autorizaciones, el viaje tierra adentro apenas tiene límites.

Cuando lleguemos al Nilo, ¿hasta dónde arribaremos remontando su curso? Podemos remontar el Danubio hasta Viena, ascender el Támesis hasta Londres, y navegar por el Sena hasta París y

atracar junto al Barrio Latino amarrando con un largo de proa hacia Notre-Dame y un spring a estribor hacia la Morgue. Podemos pasar del Mediterráneo al Ródano y remontarlo hasta Lyon, pasar al Saona, cruzar del Saona al Mame por el Canal de Borgoña, y del Mame pasar al Sena y seguir su curso hasta El Havre. Cuando crucemos el Atlántico y lleguemos a Estados Unidos podremos remontar el Hudson, pasar por el canal del Erie, cruzar los Grandes Lagos, salir del lago Michigan por Chicago, llegar al Mississippi por el río Illinois y su correspondiente canal, y descender el Mississippi hasta alcanzar el golfo de México. Y todavía nos quedan los grandes ríos de América del Sur. Cuando regresemos a California habremos aprendido algo de geografía.

La gente que se construye sus propias casas suele coincidir en que es una labor complicada; pero si disfrutan con las penalidades de este trabajo les recomendaría construirse un barco como el *Snark*. Piense por un momento en los quebraderos de cabeza que se plantean. Por ejemplo, en el motor: ¿Cuál será el más aconsejable? ¿De dos tiempos?, ¿de cuatro tiempos? Me duelen los labios de tanto pronunciar palabras extrañas, mi mente se colapsa con ideas aún más raras y le salen ampollas de tanto deambular por nuevos y confusos espacios sensoriales. Sistemas de ignición: ¿Será mejor por compresión o quizá mediante bujías? ¿Es preferible emplear baterías secas o son más aconsejables las húmedas? Es necesario contar con una batería para acumular energía eléctrica, mas para esto necesitaremos una dinamo. ¿Y qué potencia deberá tener la dinamo? Y una vez instalada la dinamo y las baterías, sería ridículo no dotar al barco de luz eléctrica. Aquí habrá que considerar también el número de lámparas y su potencia. Es una idea magnífica. Pero la iluminación eléctrica implica unas baterías mayores que, a su vez, necesitarán una dinamo más potente.

Y ya que estamos en ello, ¿por qué no incluir también un foco reflector? Podría sernos de gran utilidad. Pero un foco consume muchísima energía y haría que se apagasen todas las demás luces. Una vez más volveremos a tener que aumentar la capacidad de las baterías y la potencia de la dinamo. Y una vez solucionada esta cuestión viene alguien y pregunta: «¿Y qué pasaría si el motor se estropease?». Así hasta el infinito. Además hay que tener en cuenta las luces de posición, la luz de tope y la iluminación de fondeo. Nuestras vidas dependerán de ellas. Por lo tanto también tendremos que equipar al barco con lámparas de petróleo.

Pero aún no hemos acabado con el motor. Se trata de un motor muy potente. Nosotros somos dos hombres bastante poco corpulentos y una mujer menuda. Nos deslomariamos si pretendiésemos levar el ancla a pulso. Dejemos que lo haga el motor. Y aquí se nos plantea el problema de cómo transmitir la potencia del motor al molinete del ancla. Una vez solucionado todo esto volvemos a redistribuir el espacio interior para alojar el motor y situar el cuarto de baño, el pasillo, los camarotes y la cabina. Y una vez instalado el motor envié a sus fabricantes, en Nueva York, un telegrama escrito en una jerga que decía más o menos lo siguiente: «Prescindimos soporte móvil pero necesitamos bancada fija adaptada distancia entre cara anterior volante inercia y codaste de popa cinco metros cincuenta centímetros».

También había que plantearse elegir la mejor jarcia de maniobra y decidir si la jarcia fija estaría formada por los clásicos cabos fijos con guardacabos o si emplearíamos el sistema más moderno provisto de tensores. La bitácora debería situarse frente a la rueda del timón en el mismo eje longitudinal del barco, ¿o sería mejor colocarla frente a la rueda pero desplazada hacia un costado? Podríamos escribir una infinidad de volúmenes al respecto de todas las posibles controversias en estos temas.

Luego nos topamos con el problema de la gasolina -seis mil litros de gasolina- y la forma más segura de almacenarla y de hacerla llegar al motor. ¿Cuál sería el extintor más eficaz para apagar gasolina ardiendo? Tampoco hay que olvidarse del bote salvavidas y de su estiba a bordo. Y cuando ya hemos acabado con todo esto, aparece el cocinero y ayuda de cámara para plantear todo tipo de siniestras posibilidades. Es un barco pequeño y deberemos convivir en cierta estrechez. Los problemas que los que viven en tierra firme puedan tener con las chicas de servicio son insignificantes comparados con lo que aquí se plantean. Elegimos un chico y con ello eliminamos muchos de los inconvenientes. Pero el chico se enamoró y dimitió.

Y a todo esto, ¿cómo puede alguien encontrar tiempo para estudiar navegación si tiene que dividir su tiempo entre cómo solucionar estos problemas y a la vez ganar el suficiente dinero como para poder llegar a planteárselos? Ni Roscoe ni yo sabemos nada de navegación, y el verano ya se ha acabado, y estamos a punto de zarpar, y el problema es cada vez más serio, y nuestras cuentas están a cero. Bueno, de todos modos hacen falta años para aprender a ser un buen navegante y

ambos somos hombres de la mar. Si no nos da tiempo de aprender, nos llevaremos los libros e instrumentos necesarios y nos enseñaremos mutuamente el arte de la navegación durante la singladura entre San Francisco y Hawai.

En el viaje del *Snark* se da también una circunstancia curiosa y desagradable. Resulta que Roscoe, que es mi co-navegante, es un acólito de un tal Cyrus R. Teed. Y resulta que Cyrus R. Teed cree en una cosmología totalmente diferente a la globalmente aceptada, y Roscoe comparte sus ideas. Por lo tanto, Roscoe está convencido de que la superficie de la Tierra es cóncava y que nosotros nos encontramos situados en la cara interna de una esfera hueca. De modo que, dado que navegaremos en el mismo barco, el *Snark* Roscoe estará dando la vuelta al mundo recorriéndolo por su cara interna mientras que yo estaré recorriéndolo por la cara externa. Pero aún hay más. Ambos estamos convencidos de que antes de acabar el viaje pensaremos los dos de la misma forma. Confío en llegar a convencerle de que estamos viajando por la cara externa, pero él también está seguro de que antes de que regresemos a San Francisco yo habré estado viajando por la cara interna de la Tierra. Ignoro la forma en que pretenderá hacerme cruzar la corteza terrestre, pero Roscoe es un hombre extremadamente hábil.

P S. ¡El motor! Dado que ya tenemos el motor y la dinamo y las baterías, ¿por qué no añadir un congelador para hacer hielo? ¡Hielo en los trópicos! Es más necesario que el pan. ¡A por el congelador! De nuevo estoy liado con la química, y los labios me duelen, y la cabeza me duele, ¿y cómo voy a poder encontrar tiempo para estudiar navegación?

CAPÍTULO II

LO INCONCEBIBLE Y MONSTRUOSO

«*No ahorres* dinero -le dije a Roscoe-. En el *Snark* todo tiene que ser de lo mejor. Y ni se te ocurra pensar en la decoración. La tablazón de pino desnudo es un acabado suficientemente bueno para mí. Pero invierte el dinero en su construcción. Haz que el *Snark* sea el barco más estanco y resistente de cuantos surquen los mares. Nunca pienses en lo que pueda costar asegurar su estanqueidad y su solidez; tú asegúrate de que lo construyan estanco y fuerte y yo me encargaré de seguir escribiendo para ganar el dinero necesario para pagarlo.»

Y así lo hice... lo mejor que pude; pues el *Snark* consumía mi dinero con mayor rapidez de lo que yo podía ganarlo. De hecho, cada dos por tres tenía que pedir créditos para complementar mis ganancias. Una vez pedí mil dólares, otra vez pedí dos mil dólares y otra vez pedí cinco mil dólares... Yo trabajaba todos los días y mi dinero iba a parar a nuestro proyecto. Trabajaba hasta los domingos y no tomé ni un día de vacaciones. Pero valió la pena. Cada vez que pienso en el *Snark* sé que valió la pena.

Veamos, amable lector, lo que hace referencia a la estructura del casco del *Snark*. Tiene una eslora de quince metros en la línea de flotación. Las tracas del forro tienen un grosor de setenta y cinco milímetros; el forro exterior tiene sesenta y tres milímetros de espesor; las planchas de la cubierta tienen cincuenta milímetros de espesor; y toda la madera empleada para estos forros carece de nudos. Lo sé porque la encargué especialmente a Puget Sound. Además, el *Snark* tiene cuatro compartimentos estancos, lo cual quiere decir que su casco está dividido en cuatro secciones independientes a prueba de agua. Por lo tanto, por muy grande que sea una vía de agua en el *Snark*, solamente podrá inundarse uno de estos compartimentos. Los otros tres compartimentos mantendrían el barco a flote y nos permitirían localizar y reparar la vía de agua. Esta distribución tiene además otra ventaja. El último compartimento, el situado más a popa, contiene seis depósitos con un total de más de cuatro mil litros de gasolina. Es muy peligroso transportar gasolina en una pequeña embarcación que navegue a lo ancho de los océanos. Pero los riesgos se reducen mucho si los depósitos de combustible son bien estancos y, a su vez, están situados en un compartimento que también sea estanco.

El *Snark* es un velero. Fue construido para navegar a vela. Pero también lo dotamos de un motor de setenta caballos como elemento auxiliar. Es un motor bueno y potente. Y lo sé de buena tinta. Pagué mucho dinero por hacerlo venir desde Nueva York. En cubierta, sobre el motor, hay un molinete. Pesa varios cientos de kilos y ocupa mucho espacio. Como comprenderá, sería ridículo tener que llevar el ancla a mano disponiendo a bordo de un motor de setenta caballos. Por lo tanto,

instalamos el molinete y le hicimos llegar la potencia del motor mediante una transmisión fabricada especialmente en una fundición de San Francisco.

El *Snark* tenía que ser un barco confortable, y no escatimamos medios para conseguirlo. Por ejemplo, cuenta con un cuarto de baño, pequeño y compacto, es cierto, pero con todas las comodidades que cabría esperar de un cuarto de baño en tierra firme. El nuestro es como un sueño maravilloso, lleno de aparatos, bombas, palancas y válvulas para agua de mar. El caso es que durante la construcción me pasé muchas noches en vela pensando en el cuarto de baño. Después del cuarto de baño le tocó el turno al bote salvavidas. Lo llevábamos estibado sobre cubierta y ocupaba el poco espacio libre que nos habría quedado para hacer ejercicio. Pero era algo así como un seguro de vida para nosotros, y cualquier navegante prudente, aunque hubiese construido un barco tan estanco y robusto como el *Snark*, cuidaría de disponer también de un buen bote salvavidas. Y el nuestro es de los buenos. Es excelente. Se había convenido que costaría ciento cincuenta dólares, pero cuando me tocó pagar la factura, ésta ascendía a trescientos noventa y cinco dólares. Esto ya nos indica lo bueno que debe de ser el bote.

Podría extenderme mucho relatando las virtudes y maravillas del *Snark*, pero me contengo. Ya he alabado demasiado a mi barco, y lo he hecho con un propósito concreto, como se verá antes de que acabe de relatar mi historia. Y, por favor, recuerde este título: «Lo inconcebible y monstruoso». Habíamos planeado que el *Snark* zarparía el 1 de octubre de 1906. El que no pudiese hacerlo fue algo realmente inconcebible y monstruoso. No había excusa para que no pudiera hacerse a la mar, excepto por el hecho de que aún no estaba en condiciones de hacerlo, y yo no concebía ninguna razón por la que no pudiese estar en condiciones. Nos prometieron que estaría listo el primero de noviembre, luego el quince de noviembre, luego el primero de diciembre; y nunca estaba a punto. El primero de diciembre, Charmian y yo dejamos las dulces y limpias tierras de Sonoma para trasladarnos a la sofocante urbe; pero no por mucho tiempo, ¡oh no!, solamente por dos semanas, pues queríamos zarpar el quince de diciembre. Y estaba seguro de que así sería, pues Roscoe me lo había dicho, y fue por consejo de él que vinimos a pasar las dos últimas semanas en la ciudad. Pero pasaron las dos semanas, pasaron cuatro semanas, pasaron seis semanas, pasaron ocho semanas, y cada vez parecía estar más lejos nuestra partida. ¿Que por qué? No me lo pregunten a mí. No sabría qué decir. Es la única cosa en mi vida que nunca he podido acabar de entender. No hay explicación para ello; si la hubiese la habría encontrado. Yo, que soy un artesano del lenguaje, reconozco mi incapacidad para explicar el motivo de que el *Snark* no estuviese listo. Como ya dije antes, y ahora debo repetirlo, era algo inconcebible y monstruoso.

Las ocho semanas se convirtieron en dieciséis; y luego, un día, Roscoe se me acercó diciéndome:

-Si no zarpamos antes del primero de abril, podrás emplear mi cabeza para jugar a fútbol.

Dos semanas más tarde me dijo:

-Estoy empezando a entrenar a mi cabeza para el partido. -No desesperemos -nos decíamos Charmian y yo-; pensemos en el magnífico barco que será cuando esté acabado.

Para darnos ánimos no parábamos de contarnos las virtudes y excelencias del *Snark*. Además, tuve que pedir más créditos, y volver a mi escritorio para trabajar duramente, y rehusar a tomarme algún domingo libre para ir con mis amigos al campo. Estaba construyendo un barco, aunque se hiciese eterno; y sería un barco con todas las de la ley, un barco con mayúsculas -B-A-R-C-O-; y no importaba lo que pudiese costar, sería un BARCO.

¡Ah!, y hay otra cosa del *Snark* de la que estoy muy orgulloso y de la que aún no he hablado: de su proa. Ninguna ola podrá pasarle por encima. Es una proa que se ríe del mar, reta al mar, desafiando al mar. Y, además, es una proa preciosa; sus líneas son un sueño; no creo que ningún barco haya lucido nunca una proa que a la vez sea tan bonita y tan perfecta. Está concebida para ensartar los temporales. Tocar esta proa es acariciar el extremo cósmico de todas las cosas. Mirarla es comprender que no hemos escatimado medios para conseguirla. Y cada vez que se retrasaba el inicio de nuestra singladura, o que nos aparecían nuevos gastos imprevistos, lo soportábamos pensando en esa maravillosa proa.

El *Snark* es un barco pequeño. Cuando calculé que un presupuesto de siete mil dólares sería más que suficiente, yo me consideré generoso y correcto. He construido casas y graneros, y sé de sobras que la mayoría de proyectos acaban costando más de lo que uno se imagina al principio. Yo creía dominar estos cálculos, mis cálculos, cuando estimé que el presupuesto para la construcción del *Snark* sería de siete mil dólares. Pues bien, me costó treinta mil. No, no acepto preguntas. Es la

verdad. Yo firmé los cheques y yo tuve que ganar el dinero. Naturalmente, no hay explicación posible. Estará de acuerdo conmigo en que es algo inconcebible y monstruoso, lo sé, y ésta es la historia.

Y luego estaba el problema de los retrasos. Tuve que vermelas con cuarenta y siete trabajadores distintos y con ciento quince empresas. Ni uno solo de los trabajadores, y ni una sola de las empresas, hicieron lo que tenían que hacer en el plazo convenido para ello, solamente eran puntuales para cobrar y para presentarme nuevas facturas. Los trabajadores apostaban el alma a que lograrían acabar una determinada fase en una determinada fecha; por regla general, tras sus juramentos, no solían retrasarse más de tres meses con respecto a la fecha acordada. Y así iban las cosas, y Charmian y yo nos consolábamos mutuamente explicándonos lo espléndido que era el *Snark* tan seguro y tan fuerte; a veces nos hubiésemos subido al chinchorro para remar alrededor del *Snark*, y deleitarnos admirando su increíblemente hermosa proa.

«Imagínate -le habría dicho a Charmian-, que estamos en pleno temporal ante las costas de China, y piensa en el *Snark* surcando majestuosamente las aguas atravesando el temporal con su espléndida proa. Ni una gota caería por encima de la proa. Estaría más seca que una pluma, y nosotros estaríamos todos jugando a cartas en la cabina a la espera de que el tiempo amainase.»

Y Charmian, emocionada, me habría apretado la mano exclamando: «Todo habrá valido la pena: el retraso, y los gastos, las preocupaciones y todo lo demás. ¡Oh, qué barco tan maravilloso!».

Cada vez que contemplaba la proa del *Snark* o analizaba sus compartimentos estancos, lograba que me subiese la moral. Sin embargo, nadie más mantenía una moral elevada. Mis amigos habían empezado a hacer apuestas contra las diversas fechas previstas para iniciar la singladura del *Snark*. Mr. Wiget, que se había quedado a cargo de nuestro rancho en Sonoma, fue el primero en cobrar sus apuestas. Cobró el día de Año Nuevo de 1907. Después de esto las apuestas se volvieron más rápidas y fuertes. Mis amigos revoloteaban a mi alrededor como harpías, haciendo apuestas cada vez que les daba una nueva fecha prevista. Yo me iba volviendo cada vez más temerario y tozudo. Y apostaba, y apostaba, y seguía apostando; y perdía todas mis apuestas. Incluso mis amistades del sexo femenino se envalentonaron hasta el punto de que aquellas que no habían hecho una apuesta en su vida no dudaban en apostar contra mí. Y también me tocaba pagarles a ellas.

«No te preocupes -solía decirme Charmian-; piensa solamente en su proa y en cómo surcará el Mar de la China.»

«Como podréis ver -les decía a mis amigos mientras les pagaba sus últimas apuestas-, no escatimo ni problemas ni dinero para conseguir que el *Snark* sea la nave más marinera de cuantas hayan cruzado el Golden Gate, ésta es la causa de todos los retrasos.»

A todo esto, mis editores me acosaban pidiéndome explicaciones. Pero ¿cómo iba a poder explicarles lo que pasaba si ni yo mismo podía explicármelo, si nadie, ni incluso Roscoe, podía llegar a darme una respuesta? En los periódicos ya empezaban a burlarse de mí y a publicar notas irónicas acerca de la partida del *Snark* con frasecitas tales como: «Todavía no, pero pronto». Y Charmian me animaba recordándome la proa, y yo volvía al banco y pedía cinco mil dólares más. Sin embargo, nuestra espera también tenía su recompensa. Un amigo mío, que resultó ser un crítico, escribió ridiculizando todo lo que yo había hecho e incluso todo lo que yo iba a hacer; había contado con que su trabajo aparecería publicado cuando yo ya hubiese zarpado. Pero cuando se lo publicaron yo aún estaba en tierra, y desde entonces ha estado muy ocupado dándome explicaciones.

Y el tiempo seguía pasando. Había algo que cada vez se hacía más evidente: que sería imposible acabar el *Snark* en San Francisco. Llevaba tanto tiempo en construcción que ya empezaba a deteriorarse. De hecho, había llegado a un punto en que se deterioraba con mayor rapidez que con la que podía ser reparado. Parecía una broma, nadie se lo tomaba en serio; y los que menos, los trabajadores que se encargaban de su construcción. Propuse zarpar con el barco tal y como estaba y acabar de construirlo en Honolulu. De repente detectamos una vía de agua que tuvo que ser reparada antes de que pudiésemos salir. Decidí botarlo de una vez. Pero antes de llegar a la rampa nos vimos atrapados entre dos grandes gabarras y el barco recibió un violento apretujón. Logramos mantenerlo en los carriles pero al final perdimos el control y volcó de costado hundiéndose de popa en el fango.

Estábamos en un buen lío, era un trabajo más de desguace que de astilleros. Cada veinticuatro horas se producen dos mareas altas, y con cada marea alta, día y noche, durante una semana, hubo

dos remolcadores a vapor estirando del *Snark*. Éste estaba encallado, hundido en el fango entre las vías, apoyado en su popa. Además, mientras estábamos en esta embarazosa situación, empezamos a usar la transmisión y los demás elementos mecánicos fabricados en una fundición local para aprovechar la potencia del motor en el cabrestante. Era la primera vez que usábamos esta maquinilla. Pero las piezas resultaron ser defectuosas: se partieron en pedazos, la transmisión se desintegró y la maquinilla quedó inutilizada. A continuación, nuestro motor de setenta caballos quedó también fuera de combate. Este motor venía de Nueva York; lo mismo que su bancada; pero había algún defecto en la bancada; de hecho había montones de defectos en la bancada; y el motor de setenta caballos rompió su defectuoso soporte, se elevó por los aires, rompió todas las conexiones y los anclajes, y cayó de lado. Y el *Snark* seguía embarrancado en el fango, y los dos remolcadores seguían intentando sacarlo de allí.

-No te preocupes -me decía Charmian-, piensa en lo estanco y robusto que es.

-Sí -le contestaba yo-, y con esa proa tan hermosa.

Así que de nuevo le dedicamos todos nuestros esfuerzos. Dejamos al destrozado motor sobre los restos de su bancada; los restos de la transmisión los bajamos para guardarlos aparte -todo con la idea de llevarlos hasta Honolulu en donde tendríamos que hacer construir piezas nuevas-. En algún oscuro momento del pasado, el exterior del casco del *Snark* había recibido una mano de pintura blanca. Con la luz apropiada todavía podían detectarse restos de ella. Su interior nunca había sido pintado. Por el contrario, estaba totalmente recubierto por manchas de grasa y de los esputos de todos los trabajadores que no paraban de masticar tabaco. Pero esto tampoco nos preocupaba mucho, cuando llegásemos a Honolulu el *Snark* podría ser pintado mientras se llevaban a cabo las reparaciones.

Tras no pocos esfuerzos, logramos desatascar al *Snark* y llevarlo hasta el muelle de Oakland City. Hicimos traer con carros todo el material que teníamos en casa, los libros, las sábanas y el equipaje personal. Junto con esto, todo lo demás llegó en un absoluto desorden: madera y carbón, agua y depósitos para agua, verdura, provisiones, aceite, el bote salvavidas y su aparejo, todos nuestros amigos, los amigos de nuestros amigos y aquellos que aseguraban que eran amigos suyos, por no hablar de los amigos de los amigos de los amigos de nuestra tripulación. También había periodistas, y fotógrafos, y extraños, y algunos que se colaban, y finalmente, sobre todo, había nubes de polvillo de carbón procedente de los muelles.

Teníamos previsto zarpar el domingo a las once, y ya era sábado por la tarde. El gentío y las nubes de polvo eran más densos que nunca. En un bolsillo llevaba un talonario de cheques, una es-tilográfica, un calendario y un papel secante; en otro bolsillo llevaba entre mil y dos mil dólares en billetes y en oro. Estaba listo para afrontar todos mis pagos pendientes, efectivo para las cantidades pequeñas y cheques para los importes mayores, y estaba esperando a que llegase Roscoe con los balances de las cuentas que manteníamos con las ciento quince empresas que nos habían retrasado tantos meses. Y entonces...

Entonces sucedió una vez más algo inconcebible y monstruoso. Antes de que llegase Roscoe, vino otro hombre. Un jefe de la policía nacional. Clavó un papel en el orgulloso palo del *Snark* de forma que todo el puerto pudiese enterarse de que el *Snark* había sido embargado por deudas. El policía dejó a un viejecillo a cargo del *Snark* y se fue. Yo ya no estaba al mando del *Snark*, ni de su hermosa proa. El viejecito era ahora su amo y señor, y me enteré de que yo estaba pagándole tres dólares al día para que fuese su amo y señor. También me enteré del nombre de la persona que había ordenado el embargo del *Snark*. Se trataba de un hombre llamado Sellers, y reclamaba una deuda de doscientos treinta y dos dólares; un importe no superior a lo que se podía esperar de alguien con ese nombre. ¡Sellers! ¡Dios mío! ¡Sellers!

Pero ¿quién diablos era ese Sellers? Miré en mi talonario de cheques y vi que dos semanas antes le había entregado un cheque de quinientos dólares. Buscando en otros talonarios me di cuenta de que durante el tiempo que había durado la construcción del *Snark* le había pagado en total varios miles de dólares. Entonces ¿por qué no había tenido la decencia de venir a cobrar esa miserable cantidad en vez de hacer que me embargasen el *Snark*? Metí las manos en los bolsillos; y en uno encontré el talonario de cheques, el calendario y la pluma, en el otro estaban las monedas de oro y los billetes. Había suficiente efectivo como para cubrir esa deuda unas cuantas veces; ¿por qué no me habían dado la oportunidad de hacerlo? No había explicación; era simplemente algo inconcebible y monstruoso.

Para complicar aún más las cosas, el *Snark* había sido embargado en sábado por la tarde; y a pesar de que envié abogados y agentes por todo Oakland y San Francisco, no pudimos encontrar a ningún juez, a ningún jefe de policía, a ningún abogado del señor Sellers ni tampoco al propio señor Sellers; no encontramos a nadie. Todos habían salido de la ciudad para disfrutar del fin de semana. Por lo tanto, el *Snark* no podría zarpar el domingo a las once. El viejecito había tomado el mando y se negaba a cedérselo. Y Charmian y yo no tuvimos más remedio que ir a pasear por el muelle de enfrente para consolarnos contemplando la hermosa proa del *Snark* y pensar en todas las tormentas y temporales que atravesaría valientemente.

«Un truco de pequeño burgués -le dije a Charmian, refiriéndome a Sellers y su embargo-; no es más que el pánico de un pobre comerciante asustado. Pero no te preocupes, nuestros problemas cesarán cuando estemos lejos de aquí en el vasto océano.»

Por fin zarpamos en la mañana del martes día 23 de abril de 1907. He de reconocer que nuestra salida no fue muy brillante. Tuvimos que levar el ancla a mano pues la transmisión eléctrica no funcionaba. Además, los restos de nuestro motor de setenta caballos no nos servían más que de lastre para equilibrar al *Snark*. Pero ¿por qué preocuparse? Ya lo arreglaríamos todo en Honolulu, ahora sólo teníamos que gozar del resto de nuestro magnífico barco. Es cierto que el motor estaba totalmente fuera de servicio y que el chinchorro hacía agua por todas partes; pero no era el *Snark*, eran solamente accesorios suyos. Lo realmente importante eran los compartimentos estancos, la solidez de los forros sin nudos, la funcionalidad del cuarto de baño: esto sí que eran elementos del *Snark*. Y sin olvidarnos de lo más importante de todo, su noble proa capaz de desafiar a todos los vientos.

Navegamos cruzando el Golden Gate y pusimos rumbo sur hacia aquella parte del Pacífico en la que esperábamos encontrar un buen viento del nordeste. Y pronto empezaron a pasar cosas. Yo había considerado que la juventud era un factor muy importante para una singladura como la del *Snark* y llevaba a bordo a tres jóvenes: el jefe de máquinas, el cocinero y el marinero. Pero mis estimaciones fallaban en dos tercios; había olvidado tener en cuenta la juventud mareada, y tenía dos buenos ejemplos de ella: el cocinero y el marinero. Inmediatamente se retiraron a sus literas y permanecieron fuera de combate durante la siguiente semana. Como es obvio, durante ese tiempo no gozamos de comidas calientes y el orden en la cabina no fue siempre el deseable. Pero tampoco llegó a afectarnos demasiado, pues no tardamos en descubrir que nuestra caja de naranjas debía haberse chafado en algún momento; que la caja de manzanas estaba llena de moho y rezumaba; que las coles que llevábamos estaban casi podridas y tuvieron que salir inmediatamente por la borda; que se había derramado queroseno sobre las zanahorias, que los nabos parecían de madera y las remolachas se estaban pudriendo, que la madera que llevábamos jamás podría arder y que el carbón nos lo habían servido en sacos de patatas medio rotos por lo que se había desparramado por la cubierta y se escurría por los imbornales.

Pero no había que preocuparse. Esas cosas no eran más que meros accesorios. El barco en sí iba de maravilla, ¿o no? Paseando por la cubierta localicé más de catorce nudos de la madera en cuestión de un minuto, y eso que la habíamos encargado especialmente a Puget Sound para que no tuviese nudos. Además, la cubierta producía goteras en el interior, y de consideración. Éstas hicieron que Roscoe tuviese que dejar su litera, y estropearon todas las herramientas que guardábamos en el compartimento del motor, por no hablar de todas las provisiones que se echaron a perder. Además, también había vías de agua en los costados y en el fondo del barco, y teníamos que achicar agua a diario para mantenerlo a flote. El suelo de la cabina estaba a menos de cuatro palmos por encima del fondo de la sentina del *Snark*; y si me quedaba de pie, el agua me llegaba hasta las rodillas cuando tan sólo habían transcurrido cuatro horas desde el último bombeo.

En cuanto a aquellos magníficos compartimentos estancos que tanto tiempo y tanto dinero nos habían costado, resultó que no eran en absoluto a prueba de agua. El agua pasaba de un compartimento a otro tan libre como el aire; además, un fuerte olor a gasolina procedente del compartimento de popa me hizo sospechar que había fugas en uno o más de los depósitos de gasolina. Los depósitos perdían combustible y el compartimento en el que estaban no era totalmente estanco. Y luego estaba el cuarto de baño con sus bombas, palancas y válvulas para agua de mar: quedó fuera de servicio en las primeras veinticuatro horas. Las fuertes palancas de acero se partían en nuestras manos cuando pretendíamos bombear con ellas. El cuarto de baño fue la zona del *Snark* que resultó más rápidamente destruida.

Todas las piezas de hierro de a bordo, independientemente de su origen y su función, resultaron ser un verdadero desastre. Por ejemplo, la bancada del motor procedía de Nueva York, y fue un desastre; la transmisión del molinete del ancla fue realizada en San Francisco y fue otro desastre. Y por último estaban las piezas de fundición empleadas en la jarcia y que empezaron a saltar en pedazos en cuanto fueron sometidas a las primeras tensiones. Hierro de fundición, sí, pero que se rompía como si fuesen macarrones. Un cuello de cisne en el pico de la vela mayor no tardó en romperse. Lo sustituimos por el del tormentín y éste se rompió al cabo de solamente quince minutos de estar en servicio. Tengamos en cuenta que lo habíamos sacado del pico del tormentín, y que ésa es la vela de la que habríamos dependido en caso de temporal. En ese momento el *Snark* navegaba llevando la vela mayor como un ala rota y con el cuello de cisne reemplazado por una serie de nudos. Veremos si en Honolulu podemos conseguir herrajes de una cierta calidad.

Nos habían estafado y nos habían dejado hacernos a la mar a bordo de un colador, pero el Señor debía de tenernos en gran estima, pues nos proporcionó tiempo en calma para que nos diésemos cuenta de que deberíamos bombear a diario para mantener el barco a flote y que podíamos confiar más en la resistencia de un mondadientes que en la de cualquiera de las piezas de hierro que llevábamos a bordo. A medida que la estanqueidad y la robustez del *Snark* iban quedando en entredicho, Charmian y yo poníamos todas nuestras esperanzas en la maravillosa proa del *Snark*. No dejaba nada que desear. Ya sé que todo era inconcebible y monstruoso, pero al menos la proa parecía ser racional. Hasta que, una noche, empezamos a cuestionárnoslo.

¿Cómo podría describirlo? Ante todo, déjeme explicarles a los neófitos que la maniobra de ponerse proa al viento consiste en maniobrar las velas hasta conseguir que sus efectos se anulen mutua mente y el barco disminuya su velocidad hasta encararse al viento y a la mar. Si el viento es muy fuerte o la mar muy gruesa, un barco de las dimensiones del *Snark* tiene que ponerse proa al viento con gran facilidad, tras lo cual ya no habrá ningún trabajo que hacer en cubierta. No será necesario que nadie permanezca a la caña. La tripulación puede bajar a la cámara y ponerse a jugar a las cartas.

Pues bien, soplaba un temporal cuya fuerza era la mitad de la de una tormenta de verano cuando le dije a Roscoe que quizá tendríamos que ponernos proa al viento. Se estaba haciendo de no che. Yo había estado a la caña durante casi todo el día y los que estábamos en cubierta (Roscoe, Bert y Charmian) estábamos agotados, mientras que los que permanecían en la cámara estaban mareados. Le dimos dos rizos a nuestra gran vela mayor, arriamos el foque y el foque volante, y le dimos un rizo a la trinqueta. También arriamos la mesana. Empecé a accionar el timón para orzar. En ese momento el *Snark* empezó a virar y a ponerse de través. Yo seguía dándole a la rueda del timón pero el barco seguía atravesado al viento. No conseguía sacarlo de ahí. (Y ponerse de través al viento y a la mar, querido lector, es lo más peligroso que puede hacer un barco.) Metí toda la caña sin lograr respuesta. No lograba aproar. Roscoe y Bert vinieron a ayudarme. El *Snark* oscilaba tremendamente hundiéndose ahora la regala de un flanco en el agua y luego la del otro.

De nuevo estábamos viendo aparecer lo inconcebible y lo monstruoso. Era grotesco, imposible. Me negaba a creerlo. Con dos rizos en la mayor y uno en la trinqueta no había forma de orzar. Cazamos completamente la mayor. Pero no conseguimos que el rumbo variase ni un grado. Arriamos la mayor sin ningún éxito. Izamos un tormentín en el palo de mesana y retiramos la mayor. Sin cambios. El *Snark* seguía cruzado. Esa maravillosa proa se negaba a encarar el viento.

El siguiente paso consistió en arriar la trinqueta con rizo. Ahora nuestro único trapo era el tormentín del palo de mesana. Si algo podría poner la proa al viento era precisamente esto. Quizá no me crean si digo que tampoco así lo logramos, pero el caso es que también esto falló. Y digo que falló porque vi cómo fallaba, no porque creyera que fallase. Yo no creía que fallase. Es algo totalmente increíble y yo no voy a explicar cosas en las que no crea; yo sólo explico lo que vi.

¿Qué haría usted, apreciado lector, si se encontrase a bordo de una pequeña embarcación, dando tumbos cruzada al viento y con una pequeña vela izada a popa que no fuese capaz de obligar le a poner proa al viento? Emplear el ancla flotante. Y eso es exactamente lo que hicimos. Teníamos una hecha por encargo y que nos habían garantizado que no se hundiría. Imagínese un aro de acero que sirva para mantener abierta la boca de un saco de lona grande y cónico, y tendrá un ancla flotante. Pues bien, amarramos un cabo al ancla flotante, lo afirmamos a la proa del *Snark* y la lanzamos al agua. Se hundió inmediatamente. La izamos de nuevo a bordo, le amarramos un buen madero para que hiciese de flotador y volvimos a echarla al agua. Esta vez el ancla flotante sí que flotó. El cabo de proa fue tensándose. La vela de capa del palo de mesana tendía a orientar la proa

hacia el viento, pero la tendencia del *Snark* era la de desviarse de forma que el ancla flotante quedase hacia popa con lo cual seguíamos tomando el mar y el viento de costado. Y así es como estábamos. Incluso arriamos la vela de capa e izamos la mesana, pero el *Snark* seguía cruzado y remolcaba el ancla flotante. No es necesario que me crean. Yo tampoco me creo a mí mismo. Simplemente intento relatar lo que vi.

Ahora ya se lo dejo a usted. ¿Quién a oído hablar alguna vez de un velero incapaz de encararse al viento?, ¿que no fuese capaz de hacerlo ni con la ayuda de un ancla flotante? Mi experiencia náutica no era muy grande, pero jamás había visto algo similar. Y permanecía quieto en cubierta observando una vez más el rostro desnudo de lo inconcebible y monstruoso: el *Snark* no orzaba. Y llegó una noche tormentosa y con la luna casi siempre cubierta. En el aire había una buena carga de humedad y por barlovento parecía que se nos aproximaba lluvia; y luego teníamos el movimiento del mar, frío y cruel a la luz de la luna, en el que se mecía complacientemente el *Snark*. Entonces decidimos recoger el ancla flotante, arriar la mesana e izar la trinqueta con rizos para dejar que el *Snark* recuperase su marcha y nosotros pudiésemos bajar a la cámara, no para degustar la comida caliente que hubiera debido estar esperándonos, sino para resbalar sobre el mugriento suelo del lugar en el que el cocinero y el marinero seguían en sus literas como si estuviesen muertos y acostarnos con las ropas puestas para subir a cubierta en caso de emergencia, y para soportar las salpicaduras que venían de la sentina y que nos llegaban ya hasta las rodillas.

En el Bohemian Club de San Francisco hay algunos navegantes bastante curtidos. Lo sé porque los oía hacer comentarios acerca del *Snark* durante su construcción. Solamente le encontraban un defecto, y en esto estaban todos de acuerdo: no podría navegar. El barco era perfecto en todo, decían, excepto por el hecho de que yo sería incapaz de gobernarlo con viento fuerte y mar gruesa. «La jarcia decían en tono enigmático-, tiene un fallo en la jarcia. Simplemente, no habrá forma de hacerlo navegar. Eso es todo.» Pues bien, me habría gustado que todos esos expertos marinos del Bohemian Club hubiesen estado a bordo la otra noche para que vieses con sus propios ojos cómo se venían abajo todas esas profundas y unánimes predicciones. ¿Navegar? Eso es lo único que el *Snark* hacía a la perfección. ¿Navegar? En el momento en que escribo estas líneas avanzamos a seis nudos impulsados por los alisios del noroeste. Y el mar está algo agitado. No hay nadie al timón, ni siquiera hemos afirmado la rueda del timón. Para ser más precisos, el viento sopla del nordeste; la mesana se hincha hacia estribor, sigue izada la sobremesana; y mantenemos rumbo sudoeste. Y sigue habiendo hombres que llevan cuarenta años navegando e insisten en que es imposible que un barco navegue si nadie lo gobierna. Cuando lean esto dirán que miento; pero también lo decían del capitán Slocum cuando hacía estas mismas afirmaciones acerca del *Spray*.

Por lo que se refiere al futuro del *Snark* estoy en medio del mar. Si tuviese el dinero o el crédito suficiente, construiría otro *Snark* que fuese capaz de orzar y de poner proa al viento. Pero ya he agotado mis recursos. Tengo que seguir con este *Snark* o abandonar; y no puedo abandonar. Por lo tanto, me parece que tendremos que intentar seguir con el *Snark* tal y como es. Ya veremos lo que pasa cuando dejemos que el próximo temporal nos venga por popa. Creo que saldremos adelante. Quién sabe si algún día que amanezca con mar gruesa en el Mar de la China, un navegante de barba blanca frotará sus incrédulos ojos al contemplar una pequeña embarcación, muy parecida al *Snark* dejándose llevar por una tempestad encajándola por popa.

P.S.: A mi regreso a California una vez finalizado el viaje, me di cuenta de que la eslora del *Snark* en la línea de flotación era de catorce metros y no de quince. Esto se debió a que el constructor no era precisamente de los que trabajan con la máxima precisión.

CAPÍTULO III

AVENTURA

No, el espíritu aventurero no está muerto, a pesar de la aparición de la máquina de vapor y de Thomas Cook & Son. Cuando dimos a conocer el proyecto de nuestro viaje fueron muchos los hombres y mujeres jóvenes que se mostraron dispuestos a acompañarnos, por no hablar de aquellos y aquellas de edad algo más madura que también querían embarcarse. Entre mis amistades personales había por lo menos media docena capaces de olvidarse de su reciente o inminente matrimonio; y, que yo sepa, por lo menos un matrimonio se frustró a causa del *Snark*.

Cada vez que me llegaba el correo recibía montones de cartas de candidatos que se estaban asfixiando en ciudades «saturadas de gente», y pronto me di cuenta de que un Ulises del siglo xx nece sitaría un ejército de secretarías antes de hacerse a la mar. No, el espíritu aventurero ciertamente no ha muerto; no mientras uno siga recibiendo cartas que empiezan diciendo: «No dudo que cuando usted reciba este alegato vital de una extraña de Nueva York...»; y en las que uno más adelante se entera de que esa desconocida pesa tan sólo cuarenta kilos, desea trabajar de marinero y está «impaciente por conocer los países del mundo».

Un candidato expresaba su ilusión por el viaje diciendo que poseía «una infinita pasión por la geografía»; mientras que otro aseguraba que «estoy dotado de una eterna necesidad para estar siempre en ruta, por lo tanto le envío esta carta». El mejor de todos fue uno que quería enrolarse en la expedición porque le picaban los pies.

Hubo algunos que me escribieron de forma anónima, dándome nombres de amigos y las supuestas cualificaciones de éstos; pero a mí siempre me ha parecido que ésta es una manera de proceder algo siniestra y no indagué más en ellos.

Exceptuando dos o tres casos, los cientos de personas que se presentaron como voluntarias eran realmente honestas. Muchos me adjuntaban su fotografía. El noventa por ciento se ofrecían para efectuar cualquier trabajo a bordo, y el noventa y nueve por ciento estaba dispuesto a trabajar sin cobrar. «Viendo el viaje que van a emprender con el *Snark* -decía uno- y a la vista de los posibles riesgos que implica, acompañarles (para cualquier tipo de trabajo) colmaría totalmente mis ambiciones.» Esto me recuerda también a un jovencito que decía tener «diecisiete años y grandes ambiciones», y que al final de su carta pedía sinceramente «pero por favor no permita que las revistas y periódicos se enteren de esto». Muy distinto era otro que afirmaba poder «trabajar al máximo sin recibir ninguna paga». La mayoría me pedían que les telegrafiase, a cobro revertido, para confirmarles que aceptaba sus servicios a bordo; y algunos incluso pretendían enviar una garantía para asegurarme que se presentarían en la fecha de embarque.

Algunos no tenían las ideas muy claras acerca de la labor que podrían desempeñar a bordo del *Snark*; como, por ejemplo, el que me escribió: «Me tomo la libertad de escribirle esta nota para saber si habría alguna posibilidad de que pudiese acompañarle formando parte de la tripulación de su barco para hacer dibujos e ilustraciones». Otros, ignorando totalmente cuáles eran los trabajos que se tenían que realizar a bordo de una embarcación pequeña como el *Snark*, se ofrecían por ejemplo como «ayudante para recopilar experiencias y datos para libros y novelas». Esto es lo que yo considero ser prolífico.

«Permítame que le cite mis calificaciones para el trabajo -me escribía uno-. Soy huérfano y vivo con mi tío, que es un fanático revolucionario socialista que dice que un hombre sin la roja sangre de la aventura no es más que un trapo animado.» Otro decía: «Sé nadar un poco, a pesar de que no conozco ninguno de los nuevos estilos. Pero más importante que los estilos es que el agua es mi amiga». «Si me dejasen solo a bordo de un velero, sería capaz de llegar a donde me propusiese», era la calificación que se atribuía un tercero; y, desde luego, era mejor que la del que me decía «a veces he observado a las barcas descargando pescado». Pero probablemente el que se llevaba la palma era el que concluía una larga disertación acerca de sus amplios conocimientos del mundo y de la vida diciendo: «Mi edad, expresada en años, es de veintidós».

También recibía cartas muy sencillas y directas, sin adornos literarios, escritas por jóvenes que, si bien no sabían expresarse con facilidad, tenían grandes deseos de hacer el viaje. Estas solicitudes eran las que más me costaba rehusar pues, cada vez que lo hacía me parecía estar dándole una bofetada en la cara a la juventud. Eran chicos tan honestos y con tantas ganas de embarcarse. «Tengo dieciséis años pero estoy muy desarrollado para mi edad», decía uno; y otro: «Diecisiete años pero alto y fuerte». «Soy por lo menos tan fuerte como la media de los chicos de mi talla», decía uno que seguramente debía de ser débil. «No le tengo miedo a ningún tipo de trabajo», decía la mayoría, pero uno, para que no me quedasen dudas acerca de lo barato que iba a salirme, añadía: «Puedo pagarme mi desplazamiento hasta la costa del Pacífico, por lo que espero pueda aceptarme». «Dar la vuelta al mundo es la única cosa que realmente deseo hacer», decía otro, y por lo visto había varios centenares que también querían hacerlo. Uno me envió una patética misiva en la que decía: «No tengo a nadie a quien le importe que vaya o no». Otro nos enviaba una fotografía suya y al hablar de sí mismo decía: «Soy un tipo de aspecto vulgar, pero las apariencias no son siempre lo más importantes». También espero que le hayan ido muy bien las cosas a la chica que me escribió diciéndome: «Tengo 19 años, aunque soy bastante menuda y por

lo tanto ocuparía poco espacio, pero soy fuerte como el diablo». También nos escribió un chico de trece años al que Charmian y yo cogimos mucho cariño, y al que nos dolió mucho tener que rechazar su solicitud.

Pero no hay que creer que la mayoría de mis voluntarios fuesen chicos jóvenes; por el contrario, los chicos constituían una parte bastante pequeña del total. Había hombres y mujeres de todas las edades. Muchos de los candidatos eran médicos, cirujanos o dentistas pero, al igual que los demás profesionales, se ofrecían a venir sin cobrar, para efectuar cualquier tipo de trabajo e incluso a pagar por el privilegio de embarcarse con nosotros.

También había un gran número de compositores y periodistas que querían venir con nosotros, por no hablar de expertos camareros, cocineros y mayordomos. El viaje también había llamado la atención de bastantes ingenieros civiles; acompañantes «femeninas» rápidamente censuradas por Charmian; y aspirantes a secretarías particulares cuya utilidad a bordo me divertía bastante imaginar. También hubo interesados que eran estudiantes de institutos y universidades, así como profesionales de todas las especialidades imaginables, sobre todo mecánicos, electricistas e ingenieros. Me sorprendió ver la cantidad de personas que habían sentido la llamada de la aventura desde los sombríos despachos y talleres en que trabajaban; y aún me asombró más comprobar la cantidad de capitanes viejos y retirados que aún seguían deseando hacerse a la mar. Muchas personas jóvenes pero de buena posición económica también se morían de ganas de vivir una aventura; y lo mismo podía decirse de numerosos directores de escuelas rurales.

Querían venir padres e hijos, algunos matrimonios, e incluso una mecanógrafa que me comunicó: «Escríbame inmediatamente si me necesita. Pondré mi máquina de escribir en el primer tren». Pero la mejor carta de todas es la siguiente -fíjese en la delicadeza con que me ofrecía a su mujer-: «Quizá le apetezca que le plantee la posibilidad de que haga el viaje con usted, tengo 24 años, estoy casado y arruinado, y un viaje de estas características es justo lo que andamos buscando».

Es fácil imaginar que para una persona normal debe de ser bastante difícil escribir honestamente una carta de autorrecomendación. Uno de los voluntarios lo encontraba tan complicado que empezaba su carta diciendo: «Ésta es una tarea muy ardua -y tras intentar en vano describir sus virtudes seguía diciendo-: Es duro tener que hablar acerca de uno mismo». Sin embargo, fue uno de los que más se alabaron, por lo que deduzco que al final debió de disfrutar escribiendo.

«Pero imagínese esto: su marinero es capaz de hacer funcionar el motor y repararlo en caso de avería. Imagine que puede efectuar guardias a la caña y solucionar cualquier trabajo de car pintería o de mecánica. Imagine que es fuerte, sano y con ganas de trabajar. ¿No preferiría llevarle a él que a un chico que no parase de marearse y que no supiese hacer otra cosa que lavar los platos?» Este tipo de cartas eran a las que más me costaba dar una respuesta negativa. Su remitente había aprendido el inglés de forma autodidacta, llevaba solamente dos años en Estados Unidos y, como él mismo decía: «No deseo ir con usted para ganarme la vida, pero quiero ver y aprender». Cuando me escribió trabajaba como delineante en una gran fábrica de motores; había tenido ya alguna experiencia marinera y se había pasado toda su vida tratando barcos pequeños.

«Gozo de una buena posición económica, pero eso no me importa y prefiero viajar -me decía otro-. En cuanto al salario, míreme, si cree que valgo un dólar o dos, estupendo, si cree que no, no digo nada. En cuanto a mi honestidad y temperamento, estaría encantado de presentarle a mis actuales patronos. No bebo ni fumo pero, para ser honrado he de confesar que, cuando tenga algo más de experiencia, me gustaría ser escritor.

«Yo me considero una persona bastante respetable, pero opino que las demás personas respetables son aburridas.» El hombre que escribió esto realmente llegó a intrigarme, y todavía me pregunto si a mí me habría encontrado aburrido o qué diablos es lo que quería decir.

«He vivido épocas mejores que las actuales -me escribía un agudo veterano-, pero también he pasado tiempos mucho peores.» Pero el espíritu de sacrificio del que escribió lo siguiente era tan enorme que no pude aceptarlo: «Tengo padre, madre, hermanos y hermanas, amigos muy queridos y un trabajo bien pagado, y estoy dispuesto a sacrificarlo todo para formar parte de su tripulación».

Otro voluntario al que jamás habría podido aceptar era un pulcro jovencito que, para indicarme lo necesario que era que yo le diese una oportunidad me decía que «me sería imposible enrolarme en un barco ordinario, sea una goleta o un vapor, pues tendría que convivir con marinos normales y no son una gente que lleve una vida muy limpia».

También había un joven de veintiséis años que había «conocido toda la diversidad de emociones humanas», y que también había «hecho de todo, desde cocinar hasta estudiar en la Universidad de Stanford», y que actualmente trabajaba «de vaquero en un rancho de cincuenta y cinco mil acres». Con él contrastaba la modestia de otro que me decía que «no tengo ninguna capacitación especial que me permita recomendarme a usted. Si le parece bien, podría perder unos minutos en contestarme. De lo contrario, siempre tendré trabajo en la tienda. No espero, pero me gustaría. Atentamente ... ».

Pero me llevé las manos a la cabeza durante un buen rato intentando imaginar qué relación intelectual podría haber entre mí y el individuo que escribía que: «mucho antes de conocerle, mezclé la economía política y la historia y deduje muchas de las mismas conclusiones a las que usted ha llegado».

La que sigue, a su manera, es una de las mejores cartas que me llegaron, así como una de las más breves: «Si alguno de los que ya se han enrolado se resfría y usted necesita a alguien que entienda de barcos, motores, etc., me gustaría tener noticias tuyas ...». Otra misiva muy corta fue esta: «Me gustaría participar en su viaje alrededor del mundo trabajando de marinero o de lo que haga falta. Tengo diecinueve años, peso cincuenta y cinco kilos y soy americano».

Y he aquí una escrita por un hombre con una estatura de «poco más de metro sesenta y seis»: «Cuando me enteré de su proyecto de navegar alrededor del mundo en compañía de la señora London a bordo de un pequeño yate, me alegré tanto que sentí como si lo estuviese planificando yo mismo y estuve a punto de escribirle para solicitar la plaza de cocinero o de marinero, pero por alguna razón no lo hice y el mes pasado me fui de Oakland a Denver para trabajar en el negocio de un amigo mío, pero todo ha ido de mal en peor. Por suerte usted ha retrasado su partida a causa del gran terremoto, por lo que finalmente me he decidido a proponerle que me acepte en su tripulación. Mi estatura es de poco más de metro sesenta y seis; por lo que no soy muy fuerte, pero soy muy resistente y gozo de una salud excelente».

«Creo que podría añadirle a su barco un sistema adicional para aprovechar la fuerza del viento - escribía uno con las mejores intenciones-, que, sin interferir en las velas con viento flojo, le permitiría aprovechar toda la potencia del viento cuando éste soplará con más fuerza, incluso con un viento tal que en condiciones normales debería arriar hasta el último palmo de trapo, con mi sistema podría seguir a toda vela. Además, con mi invento su barco no podría volcar.»

La carta anterior había sido escrita en San Francisco con fecha del 16 de abril de 1906. Dos días después, el 18 de abril, sucedió el gran terremoto. Y ésa es una de las cosas que me fastidió el terremoto, pues el hombre que me había escrito la carta debió de convertirse en víctima y nunca llegamos a conocernos.

Muchos de mis compañeros socialistas protestaron por la preparación del viaje. Uno de sus típicos comentarios fue este: «La causa socialista y los millones de víctimas que viven oprimidas por el capitalismo tiene derecho a exigir tu vida y tus servicios. Si de todos modos persistes, cuando estés tragando la última bocanada de sal que puedas aguantar antes de hundirte, acuérdate de que al menos protestamos».

Un trotamundos que «si fuese oportuno podría recordar muchos hechos y momentos curiosos» invirtió un montón de páginas hasta llegar a la cuestión clave y me decía: «Me parece que me estoy desviando del motivo de mi carta. He de decir que he leído en letra impresa que usted y una o dos personas más se proponen realizar un crucero alrededor del mundo a bordo de un barco de quince o veinte metros de eslora. No puedo creer que un hombre de su posición y experiencia pretenda hacer algo que no será más que tentar constantemente a la muerte. Aún en el caso de que consiguiesen soportarlo durante algún tiempo, usted y sus acompañantes acabarían machacados por el incesante movimiento de una embarcación de esas características. Incluso en el caso de que su interior estuviese acolchado, cosa que no es habitual en la mar». Gracias amigo, gracias por tu calificación «cosa que no es habitual en la mar». Este otro amigo también conocía bien el mar pues se describía a sí mismo diciendo: «Yo no soy un destripaterrones y he navegado ya todos los mares y océanos. -Y de repente nos descubre el motivo de su carta afirmando-: Sin querer ofender a nadie, con semejante barco sería una locura llevar a una mujer más allá de la bahía».

En el momento de escribir estas líneas, Charmian está en su camarote trabajando con la máquina de escribir, Martin está haciendo la comida, Tochigi está poniendo la mesa, Roscoe y Bert están repasando el calafateado de la cubierta, el *Snark* navega a una velocidad de cinco nudos con mar picada y sin nadie que lo gobierne y, además, no está acolchado.

«Habiendo leído en un periódico un artículo acerca del proyecto de su viaje, nos gustaría saber si necesita una buena tripulación. Somos seis chicos, buenos navegantes, con méritos obtenidos en la Armada y en el Servicio Mercante, todos verdaderos americanos de edades entre 20 y 22 años y que actualmente trabajamos aparejando barcos en la Union Iron Works. Nos gustaría mucho zarpar con usted.» Eran las cartas como ésta las que me hacían sentir coraje por no disponer de un barco más grande.

Y así me escribía la única mujer del mundo -aparte de Charmian- que habría sido ideal para el viaje: «Si no ha conseguido encontrar un cocinero, me encantaría enrolarme en calidad de tal. Soy una mujer de cincuenta años, sana y fuerte, y puedo desempeñar esa función para la reducida tripulación del *Snark*. Soy muy buena cocinera y muy buena navegante, además de bastante viajera. Preferiría que el viaje durase diez años en vez de uno. Referencias...».

Algún día, cuando haya conseguido ganar mucho dinero, construiré un barco muy grande con espacio para mil voluntarios. Tendrían que realizar todos los trabajos a bordo para lograr dar la vuelta al mundo, de lo contrario sería mejor que se quedasen en sus casas. Estoy seguro de que daríamos la vuelta al mundo, pues he comprobado que el espíritu aventurero no ha muerto. Sé que el espíritu aventurero no ha muerto porque he mantenido una larga e íntima correspondencia con él.

CAPÍTULO IV

EN BUSCA DE NUESTRO PROPIO RUMBO

«Pero -se lamentaban nuestros amigos- ¿cómo vais a haceros a la mar sin llevar un navegante a bordo? Tú no eres navegante, ¿verdad?»

He de confesar que yo no era ningún navegante, que jamás había manejado un sextante y que tenía serias dudas acerca de si sería capaz de distinguir un sextante de un almanaque náutico. Y cuando me preguntaban si Roscoe sabía navegar, yo lo negaba con un movimiento de cabeza. Se había lucido organizando el viaje, había realizado el aprovisionamiento, sabía usar las tablas de logaritmos, había visto alguna vez un sextante y, entre esto y algunos recuerdos de sus singladuras, había llegado a la conclusión de que sabía navegación. Pero insisto en que Roscoe estaba en un error. Cuando era casi un niño había venido desde Maine hasta California pasando por el Canal de Panamá, y ésa fue la única vez en toda su vida en que llegó a perder de vista la costa. Nunca había ido a una escuela de navegación ni había pasado ningún examen de esta disciplina; tampoco tenía experiencia en navegación de altura ni había aprendido este arte junto a algún navegante. Le gustaban los yates y solía navegar por la bahía de San Francisco, donde la costa está solamente a unas cuantas millas de distancia y nunca es necesario recurrir al arte de la navegación.

Por lo tanto, el *Snark* inició su larga singladura sin llevar ningún navegante a bordo. Pasamos por el Golden Gate el día 23 de abril y pusimos rumbo a las islas Hawai, a dos mil cien millas de distancia a vuelo de gaviota. Y el resultado fue nuestra mayor satisfacción. Llegamos. Y, además, como podrán ver, llegamos sin ninguna dificultad; es decir sin que nada nos afectase excesivamente. Para empezar, Roscoe se tomó muy en serio lo de la navegación. Dominaba la teoría, pero el errático comportamiento del *Snark* era la prueba de que la ponía en práctica por primera vez. Tampoco es que el *Snark* tuviese un comportamiento muy estable; en la carta aparecían reflejadas todas las jugarretas que nos iba haciendo. Un día en que soplase una ligera brisa podía marcar un gran salto en la carta, mientras que otro día en que navegase por el océano a toda velocidad a lo mejor apenas cambiaba de posición. Lo que está claro es que si un barco avanza durante veinticuatro horas a una velocidad constante de seis nudos, al final habrá recorrido ciento cuarenta y cuatro millas de océano. El océano estaba en perfectas condiciones y lo mismo puede decirse de nuestra corredera; además, la velocidad se notaba a simple vista. Sin embargo, lo que fallaban eran los cálculos que debían hacer avanzar nuestra posición sobre la carta náutica.

No es que esto sucediese a diario, pero sí que pasaba de vez en cuando. Pero era perfectamente normal y tampoco hubiésemos esperado otra cosa la primera vez que se intentaba aplicar una teoría en la práctica.

Adquirir conocimientos sobre el arte de la navegación es algo que causa extraños efectos en las mentes humanas. La mayoría de los navegantes hablan de esta ciencia con un profundo respeto. Para el lego en la materia, la navegación es algo así como un profundo y oscuro misterio,

sensación que le ha sido transmitida por el profundo y oscuro respeto hacia la navegación que los navegantes se han dedicado a inculcar en los que desconocen el tema. He conocido a jóvenes sinceros, ingenuos y abiertos que cuando aprendieron navegación se volvieron huraños, reservados y autosuficientes, como si hubiesen logrado alcanzar un estado intelectual supremo. Al lego en la materia, un navegante medio le impresiona tanto como el sacerdote de algún rito oculto. Es frecuente que, con un susurro, los navegantes aficionados te inviten a echar un vistazo al cronómetro de su yate. Todo esto hacía que nuestros amigos mostrasen una cierta aprensión ante nuestro propósito de partir sin contar con un experto navegante a bordo.

Durante la construcción del *Snark*, Roscoe y yo habíamos llegado a un acuerdo más o menos así: «Yo te proporcionaré los libros y los instrumentos -le dije-, y tú te encargas de estudiar navegación. Yo estaré demasiado ocupado como para poder estudiar. Luego, cuando estemos en el mar, ya me enseñarás lo que hayas aprendido». Roscoe estaba encantado con la idea. Además, era tan sincero, ingenuo y modesto como el joven que he mencionado anteriormente. Pero cuando nos hicimos a la mar y empezó a practicar el rito sagrado, mientras yo lo observaba admirado, su rostro empezó a variar sutilmente denotando una cierta distancia. Cuando medía la altura del sol a mediodía, todo él parecía estar enmarcado por la aureola del éxito. Luego bajaba a la cabina, anotaba sus observaciones, regresaba a cubierta y nos anunciaba nuestra latitud y longitud, pero lo hacía empleando un tono de voz autoritario que antes no le habíamos oído jamás. Pero esto no era lo peor de todo. Se reservaba gran parte de la información. A medida que iba descubriendo el motivo de los saltos erráticos del *Snark* sobre la carta, y cuanto menos iba saltando el *Snark*, más incomunicable y sagrada se volvía la información de que disponía. Mis discretas sugerencias de que ya era hora de que yo fuese aprendiendo se quedaban sin respuesta, y no hacía el más mínimo esfuerzo para ayudarme. Parecía no tener ninguna intención de cumplir nuestro trato.

Pero esto no era culpa de Roscoe; él no podía hacer nada. Le había sucedido lo mismo que a todos aquellos que habían aprendido navegación antes que él. Por una desgraciada confusión de valores, unida a una falta de orientación, sentía el peso de la responsabilidad y notaba estar en posesión de un poder casi divino. Roscoe había vivido siempre en tierra firme y, por lo tanto, con tierra a la vista. Al tener siempre tierra a la vista y con señales y marcaciones que pudiesen orientarlo, había conseguido guiar su cuerpo por tierra firme, aunque a veces con dificultades. Ahora estaba en el mar, en medio del vasto océano, rodeado únicamente por el eterno círculo del cielo. Y este círculo parecía siempre igual. No había puntos de referencia. El sol salía por el este y se ponía por el oeste, y las estrellas recorrían el cielo durante la noche.

Mas ¿para qué querría nadie fijarse en el sol o las estrellas para decir: «Mi situación en la tierra es actualmente de cuatro millas y tres cuartos al oeste de la Jones' Cash Store de Smithersville» o «Sé dónde me encuentro, pues la posición de la Osa Menor me indica que Boston está a tres millas tirando por la segunda desviación a la derecha»? Y eso es precisamente lo que Roscoe hacía. Decir que estaba sorprendido por su propio éxito, es poco. Se sentía admirado de sí mismo, había logrado algo milagroso. El acto de fijar su posición en la superficie de las aguas se convirtió en un rito, y se sentía un ser superior respecto a los que desconocíamos su ritual y dependíamos de él para que nos condujese por la infinita inmensidad de las aguas que unen a los continentes y en las que no hay puntos de referencia. Con el sextante en la mano hacía reverencias al dios Sol, consultaba antiguos manuscritos y tablas con símbolos mágicos, murmuraba extrañas plegarias en un idioma desconocido que sonaba algo así como: *Errordeparalajeporelindexederefracción*, trazaba símbolos cabalísticos en el papel, sumaba y llevaba uno, hasta que, colocando su dedo en un fragmento totalmente en blanco de las Sagradas Escrituras conocido como el Grial -mejor dicho, la carta náutica-, decía: «Estamos aquí». Cuando mirábamos ese espacio en blanco en la carta y le preguntábamos «¿Y esto dónde está?», nos contestaba con un código cifrado para iniciados: «31 - 15 - 47 norte, 133 - 5 - 30 oeste». Los demás contestábamos «¡Oh!» y nos sentíamos muy miserables.

Pero estoy seguro de que no era culpa de Roscoe. Era como un dios, y nos llevaba de la mano hacia la Tierra Prometida a través de los espacios en blanco de la carta náutica. Yo sentía un gran respeto por Roscoe; y este respeto fue en aumento hasta tal punto que si me hubiese dicho «Ponte de rodillas y adórame», sé que me habría arrodillado inmediatamente sin planteármelo dos veces. Hasta que llegó un día en que vi las cosas desde otro ángulo y pensé: «Este no es dios; éste es Roscoe, un hombre como yo. Lo que él haga también puedo hacerlo yo. ¿Quién le enseñó? El mismo. Voy a hacer lo mismo, seré mi propio maestro». A partir de ahí se hundió la autoridad de

Roscoe, ya no era el sumo sacerdote del *Snark*. Invadí su santuario, me hice con los libros sagrados y las tablas mágicas, e incluso tomé la rueda de plegarias -quiero decir, el sextante.

Y ahora, hablando claro, voy a describir cómo me enseñé navegación a mí mismo. Una tarde me la pasé en la bañera llevando la caña con una mano y estudiando logaritmos con la otra. Duran te dos tardes, a razón de dos horas cada una, estudié las teorías generales de la navegación y en particular la forma de tomar la altura meridiana. Luego cogí el sextante, hallé el error de índice, y observé la altura del sol. Pasar los datos de esta observación a las tablas era un juego de niños. Las tablas que empleamos son parecidas a las que se usan para calcular intereses y están elaboradas por expertos matemáticos y astrónomos. El misterio ya había dejado de existir. Puse mi dedo sobre la carta y anuncié que allí era donde nos encontrábamos. Y tenía razón, o por lo menos tanta como Roscoe que había calculado una posición situada a un cuarto de milla de la mía. Había vencido al misterio; pero ahora, y ése era el milagro, era consciente de mi nuevo poder y me sentía invadido por un inmenso orgullo. Y cuando Martin se dirigía a mí, con el mismo respeto con que yo antes consultaba a Roscoe, y me preguntaba nuestra posición, yo le respondía desde la superioridad de los iniciados proporcionándole la misma información en clave hasta que le hacía exclamar un sonoro «¡Oh!» de admiración. Respecto a Charmian, yo notaba como si hubiese descubierto otra forma de demostrar que tenía derecho a ella; y también noté otra sensación, la de que ella debía considerarse muy dichosa de tener a su lado a un hombre como yo.

No podía evitarlo. Y lo digo para justificar la actitud de Roscoe y todos los demás navegantes. El veneno del poder estaba haciendo su efecto en mí. Yo no era como los demás hombres, como la mayoría de los demás hombres; yo dominaba lo que ellos desconocían: el misterio de los cielos que nos señalaba nuestro camino sobre las profundidades. Y el poder que me había sido otorgado me producía una sensación embriagadora. Permanecía durante largas horas llevando el timón con una mano y estudiando con la otra. Al cabo de una semana de estudios ya sabía hacer bastantes cosas. Por ejemplo, tomaba la altura de la estrella Polar, por la noche, naturalmente; corregía el error de índice, depresión, etc., y calculaba nuestra latitud. Y esa latitud coincidía totalmente con la latitud calculada a medio día más las correcciones oportunas hasta el momento. ¿Orgulloso? Bueno, la verdad es que aún lo estaba más de mi siguiente milagro. Sucedería a las nueve de la noche. Yo había solucionado el problema de forma autodidacta y sabía cuál sería la estrella de primera magnitud que cruzaría el meridiano a eso de las ocho y media. Esa estrella era la Alfa Crucis. Nunca había oído hablar de ella con anterioridad. Busqué en la carta celeste y resultó ser una de las estrellas de la constelación de la Cruz del Sur. ¡Vaya! ¿Habíamos estado navegando durante estas noches bajo la Cruz del Sur y yo sin saberlo? ¡Menudo grupo de bobos! ¡No teníamos remedio! ¿Sería posible? Volví al planteamiento del problema y verifiqué los datos. A Charmian le tocaba guardia al timón de ocho a diez. Le pedí que mantuviese los ojos bien abiertos y que mirase hacia el sur para ver la Cruz del Sur. Y cuando oscureció vio aparecer la Cruz del Sur por el horizonte. ¿Orgulloso? Ningún médico ni ningún sumo sacerdote podría haber estado nunca tan orgulloso de sus logros. Además, con mi rueda mágica medí la altura de Alfa Crucis y de este dato deduje nuestra latitud. Y a continuación medí la altura de la estrella Polar y los valores que obtuve coincidieron con los que me daba la Cruz del Sur. ¿Orgulloso? ¿Por qué?, comprendía el lenguaje de las estrellas y ellas me explicaban la forma de encontrar mi camino en la oscuridad.

¿Orgulloso? Yo hacía milagros. Me olvidé de lo fácilmente que lo había aprendido todo a partir del papel impreso. Olvidé que todo el trabajo (un trabajo realmente tremendo) lo habían realizado unos genios, matemáticos y astrónomos, que descubrieron los secretos de las estrellas, crearon la ciencia de la navegación y elaboraron las tablas náuticas. Pero yo solamente tenía en cuenta una cosa: que había oído las voces de las estrellas y que éstas me habían señalado las rutas del mar. Charmian no lo sabía, Martin no lo sabía, Tochigi, el marinero, no lo sabía. Pero yo se lo conté. Yo era el mensajero de Dios. Yo estaba entre ellos y el infinito. Yo traducía el lenguaje celestial para que sus vulgares sentidos pudiesen comprenderlo. Nos guían desde el infinito, ¡y yo era el único que podía comprender las señales celestiales! ¡Yo! ¡Yo!

Y ahora, en un momento de lucidez, me apresuraba a revelar la gran sencillez de todo esto; a revelar los conocimientos de Roscoe, de los demás navegantes y del resto de sumos sacerdotes, todo por miedo a volverme tan reservado, orgulloso y henchido de autoestima como ellos. Y quiero decirlo ahora: cualquier joven con una dosis normal de materia gris, una educación normal y deseos de estudiar puede conseguir libros e instrumentos con los que aprender navegación por sí mismo. Pero no hay que confundirse. Llegar a ser un navegante es otra cosa muy distinta. Es algo

que no se aprende en un día, ni en muchos días; hacen falta años. Para dominar la navegación astronómica hacen falta largos años de estudios teóricos y prácticos. Pero navegar orientándose por el sol y las estrellas es muy sencillo gracias a la labor de los astrónomos y los matemáticos. Cualquier estudiante puede aprender lo básico en cuestión de una semana. Pero, una vez más, no vayamos a equivocarnos. No pretendo afirmar que en cuestión de una semana cualquier chico sea capaz de ponerse al mando de un vapor de quince mil toneladas, surcar los mares a veinte nudos, ir de un país a otro con la mar en calma o en pleno temporal, con el cielo despejado o cubierto, dominando el compás y las cartas náuticas con la máxima precisión. Lo que digo es esto: que un joven medio como el que he descrito antes podría embarcarse en un velero de confianza y lanzarse a cruzar el océano sin saber nada de navegación, pero al cabo de una semana ya habría aprendido lo suficiente como para poder situarse en la carta. Podría efectuar una observación meridiana con bastante precisión y, a partir de dicha observación, tardaría solamente unos diez minutos en calcular su latitud y longitud. Y, al no llevar ni pasajeros ni carga que le obligasen a cumplir con unas determinadas fechas, podría tomarse las cosas con calma; en caso de que dudase de sus cálculos y temiese embarrancar podría ponerse proa al viento durante toda la noche y seguir por la mañana.

Hace unos pocos años, Joshua Slocum dio la vuelta al mundo en solitario navegando a bordo de un velero de doce metros de eslora. En el relato de su viaje, nunca olvidaré lo mucho que anima a la juventud a realizar un viaje similar en embarcaciones de similares características. Yo acepté sus ideas con tanto entusiasmo que incluso conseguí convencer a mi mujer. Lo que hace que un crucero turístico de la Cook carezca de valor al lado de esto no es sólo el placer y la diversión, sino que constituye una espléndida educación para la juventud. No me refiero a educación en el sentido estricto de aprenderse nombres de países, ciudades y climas, sino a una educación interior, a la educación de uno mismo, a la oportunidad de aprender por uno mismo, de comunicarse con su propia alma. Y luego está el entrenamiento y la disciplina que esto implica. Al principio, naturalmente, la persona aprenderá a reconocer sus propias limitaciones; pero luego, inevitablemente, ampliará esos límites. Y no podrá evitar regresar del viaje siendo un hombre mejor y más adulto. Y como deporte, es lo máximo, trasladarse uno mismo alrededor del mundo, hacerlo con las propias manos, sin depender de nadie más que de uno mismo, regresando al punto de partida, adquiriendo una imagen íntima del planeta discurriendo por el espacio y diciendo: «Lo he hecho; lo he hecho con mis propias manos. He hallado mi rumbo sobre esta esfera y puedo viajar solo, sin la tutela de ningún capitán que guíe mis pasos a lo ancho de los océanos. Quizá no pueda viajar a otros planetas, pero en éste soy un maestro».

Mientras estoy escribiendo estas líneas alzo la vista y miro hacia el mar. Estoy en la playa de Waikiki, en la isla de Oahu. A lo lejos, en un cielo azul, las nubes impulsadas por los alisios se desplazan a poca altura sobre las aguas de color azul turquesa del profundo océano. Más cerca de la costa el mar adquiere una tonalidad esmeralda o ligeramente olivácea. Luego vienen los arrecifes, en donde las aguas se tiñen de puntos rojizos. Llegando a la orilla vemos como se alternan brillantes tonos verdes con zonas más oscuras, correspondientes a las zonas con corales vivos o con arena. Y sobre estos espléndidos colores atruena constantemente una magnífica ola. Como iba diciendo, alzo mi vista hacia el mar y, a través de la blanca cresta de una rompiente veo aparecer súbitamente una figura oscura, erecta, un hombre-pez o un dios del mar, justo en la cara anterior de la cresta donde se desploma, dirigiéndose hacia la playa, hundido hasta las rodillas en una espuma humeante, en poder del mar y lanzado hacia tierra, a un cuarto de milla. Es un canaco sobre una tabla de surf. Y sé que cuando acabe de escribir estas líneas también yo me lanzaré con esas olas intentando dominar la rompiente como él lo hace, y me caeré como él jamás se ha caído, pero disfrutando de la vida como el que más. Y el colorido de este mar y el dios volador canaco es otro de los motivos por los que animo a la juventud a dirigirse hacia el oeste, cada vez más al oeste, y al final, siguiendo hacia el oeste, se llega de nuevo a casa.

Pero volvamos adonde estábamos. Por favor, no crea que yo lo sé todo acerca de la navegación. Solamente tengo algunos conocimientos rudimentarios. Todavía me queda muchísimo por aprender. A bordo del *Snark* hay una biblioteca en la que me esperan muchos fascinantes libros de navegación. Hay conceptos muy interesantes, como el ángulo de Lecky, y la línea de Sumner, que cuando no estás muy seguro de tu posición te indica dónde puedes estar y dónde no. Existen docenas y docenas de métodos para hallar una posición en el mar, y habría que estudiar muchos años antes de dominarlos todos.

Incluso en métodos tan básicos como los que empleábamos había lagunas que podían hacer que el *Snark* tuviese un comportamiento tan aparentemente errático. Por ejemplo, el 16 de mayo nos fallaron los alisios. Calculamos a ojo que durante las veinticuatro horas que finalizaban a mediodía del viernes apenas habríamos recorrido veinte millas. Pero según nuestras observaciones, nuestras posiciones a mediodía en esos dos días eran las siguientes:

Jueves	20°	57'	9"
	152°	40'	30"
Viernes	21°	15'	33"N
	154°	12'	W

La distancia entre ambas posiciones era de unas ochenta millas. Yo estaba seguro de que no habíamos avanzado ni veinte millas. Pero nuestros cálculos eran correctos pues los repetimos varias veces con idéntico resultado. El error estaba en nuestras observaciones. Efectuar una medición correcta es algo que requiere práctica y habilidad, especialmente a bordo de una pequeña embarcación como el *Snark*. Los movimientos del barco y la proximidad del ojo del observador al agua complican mucho las cosas. Una ola grande que se levante a una milla de distancia puede cambiarnos totalmente el horizonte.

Pero en nuestro caso particular influía también otro factor. El sol iba incrementando su declinación. A mediados de mayo, en el paralelo 19 de latitud norte el sol está casi vertical. Su ángulo de arco estaba entre los ochenta y ocho y los ochenta y nueve grados. Si hubiese estado a noventa grados lo habríamos tenido en la vertical de nuestras cabezas. Otro día aprendimos algunas cosas acerca de cómo tomar la altura del sol cuando éste está casi en la perpendicular. Roscoe empezó por marcar la posición del sol cuando estaba en el horizonte por el este, y permaneció con el compás en esa posición a pesar de que el sol cruzaría el meridiano por el sur. Yo, por mi parte, empecé por marcar el sol al sudeste y seguí hacia el sudoeste. Como puede ver, nos enseñábamos a nosotros mismos. Por lo tanto, cuando el reloj del barco marcaba las doce y veinticinco, para nosotros eran las doce solares. Esto significaba que habíamos variado nuestra situación sobre la superficie de la Tierra en veinticinco minutos, lo cual equivale a seis grados de longitud, o sea, unas trescientas cincuenta millas. Por lo tanto, el *Snark* tenía que haber estado navegando a un promedio de quince nudos durante las últimas veinticuatro horas -¡y nosotros sin darnos cuenta!-. Era absurdo y grotesco. Pero Roscoe, mirando siempre hacia el este, insistía en que aún no eran las doce. Estaba empeñado en darnos un promedio de veinte nudos. Entonces empezamos a escudriñar todo el horizonte con nuestros sextantes y, apuntásemos hacia donde apuntásemos, allí estaba el sol. Unas veces casi en la vertical, otras ligeramente por debajo de ella. En una dirección el sol nos decía que era por la mañana, mientras que en la otra nos indicaba que era por la tarde. El sol no hacía nada malo, lo sé; por lo tanto teníamos que ser nosotros los que cometíamos algún error. Pasamos el resto de la tarde en la bañera consultando libros para intentar averiguar qué era lo que fallaba. Perdimos la observación de aquel día, pero no la del siguiente. Habíamos aprendido.

Y habíamos aprendido bien, mejor de lo que nos habíamos imaginado. Una tarde, al principio de nuestra segunda guardia, Charmian y yo estábamos sentados a proa jugando a cartas. Casualmente levanté la cabeza y vi que a lo lejos se izaba sobre el mar una montaña coronada por nubes. Nos hizo mucha ilusión avistar tierra, pero nos desesperamos por nuestra navegación. Creía que habíamos llegado a aprender algo, pero por nuestra posición a mediodía más lo que habíamos navegado desde entonces se deducía que no podíamos estar a menos de cien millas de tierra. Pero allí estaba, desvaneciéndose ante nuestros ojos con la puesta de sol. La tierra estaba en su sitio. De eso no había duda. Por lo tanto, debía de ser nuestra navegación la que tenía algunos errores. Pero no era así. La tierra que veíamos era la cumbre del Haleakala, la Casa del Sol, el mayor volcán extinguido del mundo. Se alza a más de tres mil metros sobre el nivel del mar, y estaba a unas cien millas de distancia. Navegamos durante toda la noche a un promedio de siete nudos y por la mañana la Casa del Sol seguía ante nosotros, y aún tuvimos que navegar unas cuantas horas más hasta aproximarnos. «Esta isla es Maui -dijimos tras verificar la carta-. Aquella otra isla que se ve

es Molokai, donde están los leprosos. Y la isla de al lado de ésta es Oahu. Allí está el pico del Makapuu. Mañana llegaremos a Honolulu. Nuestra navegación es perfecta.»

CAPÍTULO V

LA PRIMERA ESCALA

«El mar no será monótono -les había prometido a mis compañeros de viaje del *Snark*-. El mar está lleno de vida. Está tan poblado que cada día veremos cómo sucede algo nuevo. En cuanto pasemos el Golden Gate y pongamos rumbo sur veremos los primeros peces voladores. Los freiremos para el desayuno. Luego pescaremos bonitos y dorados, y quizás arponeemos alguna marsopa desde la proa. Y luego están los tiburones, infinitas cantidades de tiburones. »

Pasamos por el Golden Gate y pusimos rumbo sur. Las montañas de California se desvanecieron en el horizonte y el sol cada día calentaba más. Pero ahí no había ni peces voladores, ni bonitos, ni dorados. El océano carecía de vida. Yo nunca había navegado por un mar tan estéril. Siempre, en estas latitudes, había encontrado peces voladores.

«No os preocupéis -les decía-. Esperad a que estemos a la altura de las costas del sur de California. Allí encontraremos peces voladores.»

Pasamos ante las costas del sur de California, las de Baja California y las de México; y allí no había ni un pez volador. Ni ningún otro ser vivo. No había ni rastro de vida. A medida que iban pasando los días, la ausencia de vida se iba haciendo cada vez más inquietante.

«No os preocupéis -decía-. Cuando empecemos a capturar peces voladores pescaremos de todo. El pez volador es la avanzadilla de todas las demás especies. Cuando localicemos a los peces voladores habremos dado también con los demás.»

Cuando tenía que haber puesto al *Snark* con rumbo sudoeste para dirigirnos a Hawai, puse proa al sur. Y lo hice para intentar localizar a esos peces. Finalmente llegó un momento en que si queríamos llegar a Honolulu teníamos que poner rumbo oeste. En vez de hacerlo seguimos navegando hacia el sur.

Nuestro primer pez volador hizo su aparición cuando ya habíamos alcanzado los 19° de latitud. Y estaba solo. Yo lo vi. Otros cinco pares de ojos se pasaron todo el día escudriñando las aguas, pero nadie vio otro. Había tan pocos peces voladores que tuvo que transcurrir casi una semana hasta que todos hubiésemos visto alguno. En cuanto a los dorados, bonitos, marsopas y demás formas de vida: ni rastro.

Ni siquiera vimos a ningún tiburón surcando la superficie con su aleta dorsal. Bert se pegaba un chapuzón diario a base de colgarse de un estay y dejarse caer al agua desde el botalón de proa.

Y cada día tenía la intención de soltarse y nadar un poco con libertad. Hice todo lo posible por disuadirlo. Pero ante él yo había perdido ya toda mi autoridad respecto a la fauna marina.

«Si por aquí hay tiburones -me decía-, ¿por qué no vemos nunca ninguno?»

Yo le aseguraba que si se apartaba del barco y empezaba a nadar seguro que los tiburones no tardarían en aparecer. Naturalmente, esto no era más que un farol por mi parte. Ni yo mismo me lo creía. Pude contenerlo durante dos días. Pero al tercer día nos encontramos con el viento en calma y hacía muchísimo calor. El *Snark* avanzaba a un nudo. Bert se tiró desde el botalón y se puso a nadar. Y de nuevo pudimos vivir la perversidad de las circunstancias. Habíamos navegado más de dos mil nallas sin ver ni un solo tiburón. A los cinco minutos de salir Bert del agua, la aleta de un tiburón cortaba la superficie dando vueltas alrededor del *Snark*.

Ese tiburón estaba fuera de lugar. Me molestaba. No tenía derecho a estar ahí disponiendo de ese enorme y desierto océano. Pero dos horas más tarde avistamos tierra y se desveló el misterio. Había venido hacia nosotros desde la costa, no desde las profundidades. Era el presagio de que estábamos llegando. Era el mensajero de la tierra.

Veintisiete días después de partir de San Francisco llegábamos a la isla de Oahu, en Hawai. A primera hora de la mañana rodeamos Diamond Head y disfrutamos de una buena vista de Honolulu; y, de repente, el océano cobró vida. Los peces voladores surcaban el aire en brillantes escuadrones. En cuestión de cinco minutos vimos más que durante toda la travesía. También había otros peces, algunos de gran tamaño, que ocasionalmente saltaban por el aire. Allí había vida por todas partes, en el mar y en la orilla. Podíamos ver los mástiles y las chimeneas de los barcos del puerto, los hoteles y balnearios de la playa de Waikiki, y el humo que ascendía desde las

residencias situadas en las volcánicas laderas del Punch Bowl y del Tantalus. El remolcador de aduanas venía a toda velocidad hacia nosotros y un numeroso grupo de marsopas efectuaba todo tipo de acrobacias bajo nuestra proa. La lancha del médico del puerto se dirigía hacia nosotros y una gran tortuga marina rompió la superficie con su caparazón y nos lanzó una mirada. Nunca habíamos tenido tanta vida a nuestro alrededor. Había nuevos rostros en cubierta, oíamos voces extrañas y nos llegaron algunos ejemplares de los periódicos de primera hora de la mañana poniendo a nuestro alcance noticias de todo el mundo. Curiosamente, pudimos leer que el *Snark* y toda su tripulación habían desaparecido para siempre en el mar, y que todo el mundo sabía que se trataba de una embarcación muy poco marinera. Mientras leíamos esta noticia, en la reunión del congreso en la cumbre del Halekala se recibió un mensaje por telegrafía inalámbrica en el que se anunciaba que el *Snark* había llegado sin novedad.

Era la primera escala del *Snark*. ¡Y menuda escala! Habíamos estado en la desierta inmensidad del océano durante veintisiete días, y costaba bastante admitir que en el mundo hubiese tal cantidad de vida. Incluso nos sentíamos aturdidos por ella. No podíamos asimilarlo todo de una sola vez. Era como si Rip van Winkles se hubiese despertado, y nos parecía estar soñando. Por un lado, el azul del océano se extendía hasta el horizonte; por el otro, el mar se alzaba en grandes rompientes de color esmeralda que se proyectaban contra unas blanquísimas playas coralinas. Más allá de las playas se extendían verdes plantaciones de caña de azúcar que se ondulaban suavemente ganando altura por las laderas que, a su vez, acababan transformándose en afiladas crestas volcánicas empapadas por las lluvias tropicales y cubiertas por grandes masas de nubes traídas por los alisios. Se mirase como se mirase, era un sueño maravilloso. El *Snark* efectuó un viraje y puso la proa directamente hacia la ola de color esmeralda hasta que ésta lo levantó y, tronando a ambas bandas, lo hizo pasar sobre los amenazadores arrecifes.

De repente, la tierra en sí, en una profusión de verde aceituna de mil tonalidades, abrió sus brazos y acogió al *Snark*. Allí no había ningún paso peligroso a través de los arrecifes, ni olas de color esmeralda ni mar azul; nada excepto una tierra cálida y acogedora, una laguna de aguas en calma, y pequeñas playas en las que chapoteaban niños de piel bronceada. El océano había desaparecido. El ancla del *Snark* descendió arrastrando su cadena a través del escobén y nos quedamos totalmente inmóviles. Todo era tan hermoso y tan raro que no podíamos creer que fuese real. Según la carta náutica estábamos en Pearl Harbour, pero nosotros lo llamábamos *Dream Harbour*

Una lancha vino hacia nosotros; en ella venían algunos miembros del Hawaiian Yacht Club que deseaban felicitarnos y darnos la bienvenida en el más puro sentido de la hospitalidad hawaiana. Eran personas normales, de carne y hueso; pero no pretendían interrumpir nuestros sueños. Los últimos seres humanos con los que habíamos tenido contacto fueron agentes de la policía de Estados Unidos y pequeños comerciantes atemorizados cuyos sueños se limitaban a un puñado de dólares y que, en una atmósfera portuaria llena de humo, hollín y polvillo de carbón, habían puesto sus pegajosas manos sobre el *Snark* dándole la espalda a la maravillosa aventura que le esperaba. Pero los hombres que venían a nuestro encuentro eran gente limpia. Sus rostros lucían un saludable bronceado y sus ojos no eran ruines ni necesitaban gafas de tanto contar fajos de dólares. No, éstos simplemente confirmaron nuestros sueños. Los corroboraron con su limpieza de espíritu.

Así que nos fuimos con ellos cruzando un mar que estaba como un espejo hasta alcanzar una tierra verde y maravillosa. Llegamos a un pequeño embarcadero, y nuestro sueño cada vez cobraba más fuerza; para llegar a este lugar habíamos pasado veintisiete días trotando por el océano a bordo de nuestro pequeño *Snark*. A lo largo de estos veintisiete días no habíamos tenido ni un momento de descanso, ni un momento en que hubiese cesado el movimiento del barco. Este movimiento constante ya había quedado grabado en nosotros. Nuestros cuerpos y almas llevaban tanto tiempo dando tumbos sin cesar que cuando subimos al embarcadero seguíamos moviéndonos. Naturalmente, creímos que era el embarcadero el que se movía. Pero era únicamente una proyección psíquica. Fui tropezando a lo largo del embarcadero y casi me caigo al agua. Me fijé en Charmian y me entristeció ver la forma en que caminaba. El pantalán del embarcadero era como la cubierta de un barco. Se levantaba, se inclinaba, cabeceaba y se hundía; y, dado que carecía de pasamanos en los que pudiésemos apoyarnos, Charmian y yo nos las vimos y nos las deseamos para no caer. Nunca había visto un embarcadero tan absurdo. Si miraba atentamente el pantalán, se negaba a moverse; pero a la que dejaba de fijarme en él se encabritaba como

el *Snark*. Una vez lo pillé, justo en el momento en que se levantaba, miré hacia abajo a lo largo de sus treinta metros, y la verdad es que parecía la cubierta de un barco navegando con mar gruesa.

Finalmente, con la ayuda de nuestros anfitriones, logramos recorrer el pantalán y llegar a tierra. Pero la tierra firme no era mejor. Lo primero que hizo fue escorar a una banda, hasta donde me al canzaba la vista la veía inclinarse, incluyendo su hermosa estructura volcánica. Hasta las nubes que la coronaban escoraban con ella. No debía de ser una tierra estable y con buenos fundamentos, de lo contrario no se movería de esta manera. Era, como el resto de esta primera escala nuestra, irreal. Era un sueño. En cualquier momento podía esfumarse como algo etéreo. De repente pensé que quizá podría ser culpa mía, que se me iba la cabeza o que quizás había comido algo que me había sentado mal. Pero en esto me fijé en Charmian y en su curiosa forma de caminar, y vi como daba un traspiés y chocaba contra el *yachtsman* que caminaba a su lado. Me acerqué a ella y se quejó del extraño comportamiento de estas tierras.

Recorrimos una amplia y hermosa extensión de césped, seguimos por una avenida de palmeras reales, y pasamos por más extensiones de hierba situadas a la sombra de majestuosos árboles. El aire se llenaba con los cantos de los pájaros y con cálidas fragancias procedentes de los grandes lirios, las brillantes flores de los hibiscus y otras maravillosas flores tropicales. El sueño estaba adquiriendo una belleza casi inconcebible para nosotros, para los que habíamos pasado tanto tiempo entre el incesante movimiento de las saladas aguas del océano. Charmian alargó una mano para apoyarse en mí. Creí que era para que le ofreciese soporte ante tanta belleza, pero no. En cuanto se apoyó en mí me temblaron las piernas, mientras las flores y los prados ondulaban y daban vueltas a mi alrededor. Era como un terremoto, sólo que pronto pasó de largo y sin causar daños. Era difícil sostenerse sobre una tierra capaz de gastarte estas jugarretas. Mientras le prestase atención no pasaba nada. Pero en cuanto me distraía y pensaba en otra cosa, el paisaje empezaba a dar vueltas y a oscilar en todos los ángulos imaginables. Sin embargo, una vez giré la cabeza bruscamente y vi como aquella majestuosa hilera de palmeras reales oscilaba formando un arco contra el cielo. Pero dejó de hacerlo en cuanto la sorprendí y volvió a convertirse en un plácido sueño.

A continuación llegamos a una casa sorprendentemente fresca, con una terraza excelente para relajarse. Las puertas y ventanas estaban abiertas de par en par para permitir que los cantos de los pájaros y el aroma de las flores inundasen todo su interior. Las paredes estaban decoradas con tejidos a base de cortezas. Grandes y mullidos sofás nos invitaban a acomodarnos por todas partes, y también había un gran piano en el que, estoy seguro, no se tocaba nada más excitante que canciones de cuna. El servicio -camareras japonesas con atuendo local- deambulaba arriba y abajo en absoluto silencio, como si fuesen mariposas. Todo respiraba frescor. Aquí no se sentía el crudo impacto del sol de los trópicos sobre el tremendo océano. Era demasiado bueno para ser cierto. Pero no era real. Era un sueño. Lo sé porque de repente me di la vuelta y sorprendí al piano dando vueltas en un rincón de la sala. Yo no dije nada pues en ese mismo instante fuimos recibidos por una graciosa joven, una hermosa vestal, vestida de un blanco luminoso y calzada con sandalias, que nos saludó como si nos conociese de toda la vida.

Nos sentamos a una mesa situada en la relajante terraza, servidos por las doncellas mariposas, comimos extraños manjares y bebimos un néctar llamado poi. Pero el sueño amenazaba con desvanecerse. Todo vibraba como las iridiscencias de una pompa de jabón a punto de estallar. Yo estaba admirando el verde resplandor de la hierba, los majestuosos árboles y las flores de los hibiscus cuando de repente noté que la mesa se movía. La mesa, la vestal de blancas vestiduras, la relajante terraza, los hibiscus escarlatas, el césped y los árboles, todo se alzaba y se hundía ante mis ojos en un mar monstruoso. Me sujeté a la silla con todas mis fuerzas. Tenía la sensación de estar aferrándome a la silla a la vez que a mi sueño. No me habría sorprendido lo más mínimo que el mar hubiese entrado en tromba inundando todo este paraíso y me hubiese despertado al timón del *Snark* intentando estudiar las tablas de logaritmos. Pero el sueño continuaba. Observé a la vestal y a su marido. No parecía que hubiese nada que los inmutase. Los platos no se habían movido de la mesa. Los hibiscus, el césped y los árboles seguían en su sitio. Nada había cambiado. Tomé algo más de néctar y el sueño fue más real que nunca.

«¿Desea un poco más de té helado?», me preguntó la vestal; y en aquel momento su lado de la mesa se hundió considerablemente y yo le contesté que sí desde un ángulo de cuarenta y cinco grados.

«Hablando de tiburones -comentó su marido-, en Niihau había un hombre...» Y en ese momento la mesa se levantó, volvió a hundirse y yo caí sobre él con un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Así iba transcurriendo la comida y yo me alegraba de no tener que soportar el triste espectáculo de ver caminar a Charmian. De repente, una extraña palabra surgió de los labios de mis compañeros de mesa. «¡Ajá! -me dije-, ahora es cuando va a esfumarse este sueño.» Me aferré desesperadamente a la silla deseando regresar al *Snark* con algún fragmento tangible de este lugar maravilloso. Notaba que todo el sueño se retorció y luchaba por desaparecer. Pero en ese momento volvió a sonar la palabra que había desencadenado el pánico. Sonaba algo así como «Periodistas». Miré hacia fuera y vi a tres de ellos cruzando el césped. ¡Oh! ¡Loados periodistas! Ahora resultaba que el sueño no era tal sino la realidad. Miré hacia el mar y vi al *Snark* fondeado en la laguna, y recordé que había navegado con él desde San Francisco hasta Hawai, y que esto era Pearl Harbour, y que todavía estábamos agradeciendo la bienvenida, y que mi respuesta a la primera pregunta había sido: «Sí, gozamos de un tiempo estupendo durante toda la travesía».

CAPÍTULO VI

UN DEPORTE DE REYES

Esto es lo que es, un deporte real para los reyes naturales de la tierra. En la playa de Waikiki los prados descienden hasta la playa y la hierba crece a una distancia de quince metros del eterno océano. Los árboles también llegan casi hasta el mar, y uno puede sentarse a su sombra observando cómo las majestuosas olas rompen en la playa y llegan hasta mojarle los pies. A media milla de distancia, en los arrecifes, olas de blancas crestas ascienden del azul turquesa para proyectarse violentamente hacia el cielo y seguir luego hasta la orilla. Llegan una tras otra, con casi una milla de longitud, con crestas humeantes, blancos batallones del infinito ejército del mar. Y uno se sienta a escuchar su perpetuo rugido, y observa su infinita secuencia, y se siente pequeño y frágil ante esta tremenda fuerza que se expresa con espuma y ruido. Es más, uno se siente microscópicamente diminuto, y la idea de enfrentarse a semejante mar le hace sentir una cierta aprehensión, algo así como miedo. Tengamos en cuenta que estos monstruos de inmensas bocas miden una milla de longitud, pesan miles de toneladas y avanzan contra la orilla a una velocidad superior a la de un hombre corriendo. ¿Qué probabilidades hay de vencer? Según el veredicto de un ego menguante, ninguna; y uno permanece sentado, y mira, y escucha, y piensa que el césped y la sombra son un lugar fantástico.

Y, de repente, allí lejos, donde una gran ola se eleva hacia el cielo entre masas de espuma blanca, en lo más alto de ella, como encaramada precariamente en su cresta, aparece la oscura cabeza de un hombre. Súbitamente se levanta entre la espuma. Sus hombros, el pecho, las rodillas, las piernas, todo aparece en el campo de visión. Donde hace un momento no había más que la fuerza tempestuosa de las aguas, ahora hay un hombre erecto, completamente levantado; no se debate furiosamente contra los elementos, no está siendo sepultado ni triturado por las aguas, sino que se mantiene por encima de todo, calmado y soberbio, en lo alto de la cima, con los pies hundidos en la espuma, los rociones golpeándole en las rodillas, y el resto de su cuerpo al aire libre, recibiendo la bendición del sol, y está volando por los aires, vuela hacia delante, vuela tan rápido como la ola sobre la que cabalga. Es un Mercurio, un Mercurio bronceado. Sus tobillos tienen alas, y en él está toda la gracia del mar. En realidad, desde fuera del mar se ha montado en el lomo del mar, y está cabalgando un mar que ruga y salta sin poder sacárselo de encima. Pero él no efectúa movimientos bruscos ni violentos. Parece impasible, inmóvil como una estatua esculpida repentinamente de forma milagrosa desde las profundidades oceánicas de las que procede. Y sobre la ola vuela con sus tobillos alados directo hacia la orilla. Se produce una salvaje masa de espuma, y estalla un largo trueno en el momento en que la ola choca contra la playa y llega hasta tus pies. Y allí, a pocos metros de distancia, llega a tierra un canaco con el cuerpo tostado en oro y bronce por el sol de los trópicos. Hace unos minutos era un puntito a un cuarto de milla de distancia. Ha domado la rompiente y ha cabalgado sobre ella, y demuestra el orgullo por su proeza en la forma en que mueve su cuerpo y mira condescendentemente hacia el lugar en que te encuentras descansando a la sombra. Es un canaco, y aún más, es un hombre, un miembro de la especie superior que ha logrado dominar la materia y las bestias para reinar sobre la creación.

Y uno se sienta a pensar en el último enfrentamiento de Tristán con el mar en aquella mañana fatal; y uno piensa luego en el hecho de que este canaco ha hecho aquello que Tristán nunca hizo, y que disfruta del mar como Tristán jamás llegó a disfrutar. Y uno sigue pensando. Todo esto-es estupendo, estar aquí en la playa, sentado a la sombra, pero eres un hombre, un miembro de la especie soberana, y lo que este canaco ha hecho, también puedes hacerlo tú. ¡Hazlo! Despréndete de las ropas que te sean un estorbo en este clima cálido. Lánzate y lucha contra el mar; haz volar tus pies con la pericia y la fuerza que hay en ti; desafía las rompientes, domínalas, y cabalga sobre ellas como lo haría un rey.

Y así es cómo decidí que probaría el surf. Y ahora que ya lo he practicado estoy más convencido que nunca de que se trata de un deporte para reyes. Pero antes déjeme que explique un poco su física. Una ola es una ondulación. El agua que forma el cuerpo de la ola no se mueve. Si lo hiciese, cuando tiramos una piedra a un estanque y las ondas se expanden hacia los bordes formando círculos cada vez mayores, en el centro se iría formando un agujero cada vez mayor. No, el agua que forma parte del cuerpo de la ola es estacionaria. Por lo tanto, si observa una determinada porción del océano, verá como la misma agua sube y baja miles de veces por la agitación que le transfieren las sucesivas olas. Ahora imagínese que esta ondulación avanza hacia la orilla. A medida que el fondo va ascendiendo, la parte inferior de la ola es la primera en rozar tierra y se frena. Pero el agua es un fluido, y la parte superior no roza contra nada, por lo que seguirá avanzando y comunicando su agitación. Y cuando la parte superior sigue avanzando mientras que la inferior empieza a retrasarse sucede algo. El fondo de la ola sale de debajo y la parte superior cae hacia delante y hacia abajo formando crestas y rugiendo. Todas estas rompientes se generan cuando la parte inferior de la ola roza contra el fondo. Pero la transformación de suave ondulación a rompiente sólo es violenta si el fondo asciende de forma brusca. Si el fondo asciende uniformemente desde un cuarto de milla hasta una milla, entonces ésta será la distancia que ocupará la transformación. Así es el fondo que se encuentra ante la playa de Waikiki, y esto hace que se produzcan unas olas ideales para cabalgar sobre ellas. Uno se monta sobre el dorso de una rompiente justo cuando empieza a romper, y continúa sobre ella mientras sigue rompiendo durante todo el recorrido hasta la orilla.

Veamos ahora algo acerca de la física del surf. Súbase en una tabla plana de unos dos metros de longitud por setenta centímetros de anchura y con una forma ligeramente ovalada. Échese sobre ella como un niño en una colchoneta y reme con las manos hasta llegar a aguas más profundas, que es donde las olas empiezan a formar su cresta. Quédese allí y permanezca tranquilamente echado sobre su tabla. Una ola detrás de otra irá rompiendo delante, detrás, por encima y por debajo de usted y avanzarán hacia la orilla dejándole atrás. Cuando una ola forma la cresta se vuelve más vertical. Imagínese a usted mismo, en su tabla, situado en la cara de esta empinada ladera. Si la ola estuviese quieta, usted se deslizaría hacia abajo igual que un niño con un trineo en una colina nevada. «Pero -dirá usted-, la ola no está quieta.» Muy cierto, pero el agua que forma parte de la ola sí que está quieta, y ése es el secreto del asunto. Si usted empieza a deslizarse por la ola nunca llegará a su seno. No se ría. Puede que la ola no tenga una altura de más de dos metros, pero podrá descender por ella durante un cuarto de milla, o media milla, sin llegar a su punto inferior. Esto se debe a que, dado que la ola es solamente una ondulación, y dado que el agua que forma parte de la ola cambia a cada instante, entra agua nueva en ella con la misma velocidad con que se desplaza la ola. Usted se desliza por esta agua nueva, pero permaneciendo en la misma posición con respecto a la ola, deslizándose de nuevo por el agua que va entrando para pasar a formar parte de ella. Usted se deslizará a la misma velocidad con que avance la ola. Si la ola avanza a quince millas por hora, usted se deslizará a quince millas por hora. Entre usted y la playa hay un cuarto de milla de agua. A medida que la ola avanza, el agua es forzada a entrar en ella, la fuerza de la gravedad se encarga del resto, y... allá vamos, deslizándonos a lo largo de toda la ola. Si cuando esté deslizándose por una ola sigue recordando este principio de que el agua se mueve con usted, estire los brazos e intente remar con ellos; notará que si quiere conseguir algo de impulso tendrá que moverlos con gran rapidez, pues el agua penetra hacia delante con la misma velocidad a la que avanza su tabla.

Pasemos ahora a otra fase de la física del surf. Todas las reglas tienen sus excepciones. Es cierto que el agua que forma parte de la ola no avanza. Pero existe un efecto que conocemos como resaca. El agua del extremo superior de la cresta de la ola sí que avanza, como podrá comprobar inmediatamente si queda atrapado por ella o si le cae encima y lo deja pataleando y hundiéndose

durante medio minuto. El agua de la parte superior de la ola se apoya en la de la parte inferior. Pero cuando la profundidad disminuye, la parte inferior roza contra el fondo y frena mientras que la parte superior sigue avanzando. Pero ya no tiene nada que la sustente. Donde antes había una base de agua ahora hay aire, y aquí entra en escena la fuerza de la gravedad haciendo que se desplome para ser de nuevo embestida por la parte inferior que la proyectará hacia delante. Y es por este motivo que practicar el deporte del surf es algo más que deslizarse plácidamente por una colina de agua. En realidad, es como sentirse atrapado por la mano de un titán que lo lanza a uno hacia la orilla.

Abandoné el frescor de la sombra, me puse el traje de baño, y me fui en busca de una tabla de surf. Era una tabla demasiado pequeña. Pero yo no lo sabía y nadie me advirtió. Me uní a un grupo de jóvenes canacos que estaban en aguas poco profundas, donde las rompientes ya llegan debilitadas y con poca altura -un juego de párvulos-. Yo observaba a aquellos niños canacos. Cuando se acercaba algo que parecía una rompiente, los chavales se echaban con el vientre contra la plancha, se impulsaban como locos con los pies, y cabalgaban sobre la rompiente hasta la playa. Yo intentaba imitarlos. Me había fijado en lo que hacían, intentaba hacer lo mismo que ellos, y fracasaba repetidamente. La rompiente siempre pasaba de largo y yo no iba sobre ella. Volví a probarlo una y otra vez. Pataleaba con el doble de fuerza que ellos, y seguía sin conseguirlo. Debieron de pasar más de media docena de olas. Todos nos montábamos en nuestras tablas ante la rompiente. Nuestros Pies agitaban las aguas como las ruedas de paletas de un vapor fluvial, y de nuevo todos partían con la ola mientras yo me quedaba atrás sumido en mi desgracia.

Lo estuve intentando durante una hora, y no conseguí convencer a ninguna ola para que me llevase hasta la orilla. Y entonces llegó un amigo, Alexander Hume Ford, que es un trota mundos profesional siempre en busca de nuevas emociones. Y las había encontrado en Waikiki. Iba hacia Australia pero decidió detenerse aquí durante una semana para ver si el surf era algo capaz de apasionarle, y había quedado totalmente prendado de este deporte. Lo había estado practicando a diario durante un mes y no se apreciaban síntomas de que fuese a perder el entusiasmo. Hablaba del tema con autoridad.

«Deja esa tabla -me dijo-. Tírala de una vez. Fíjate sobre lo que estás intentando deslizarte. Si la parte delantera de la tabla apunta hacia abajo no conseguirás nada. Toma, prueba la mía. Ésta es para la talla de un hombre adulto.»

Yo siempre me muestro respetuoso cuando me encuentro ante alguien que sabe más que yo. Y Ford sabía. Me mostró la forma correcta de montar en su tabla. Luego esperó a que llega se una buena ola, me hizo una señal en el momento preciso, y me impulsó. ¡Ah, qué delicia sentir como la ola me levanta y me hace volar con ella! Me deslicé unos ciento cincuenta metros y fui a parar suavemente a la arena de la playa. A partir de ese momento ya estaba perdido. Regresé con la tabla hasta donde se había quedado Ford. Se trataba de una tabla grande, con un grosor de varios centímetros y un peso de unos treinta y cinco kilos. Me enseñó muchísimo. A él no le había enseñado nadie y todo lo que sabía lo había ido aprendiendo laboriosamente a lo largo de un mes; pero a mí me lo explicó en media hora. Yo realmente aprendí de él. Y al cabo de media hora ya era capaz de arrancar por mí mismo y de cabalgar las olas. Lo hice una vez tras otra y Ford me animaba y me felicitaba. Por ejemplo, me enseñó a ir con la tabla hasta una cierta distancia, pero no más allá. Pero una vez debí de ir demasiado lejos, pues llegué a tierra a toda velocidad y esa miserable tabla clavó su proa en el fondo, frenó en seco y me hizo salir catapultado enfriando bastante nuestras relaciones. Salí por el aire como un monigote para luego ser sepultado ignominiosamente por la rompiente que me caía encima. Y me di cuenta de que si no hubiese sido por Ford quizá no lo hubiese contado. «Este es uno de los riesgos de este deporte», me dijo Ford. Quizá llegue a sucederle antes de que abandone Waikiki, y entonces estoy seguro de que su ansia de nuevas sensaciones quedará saciada durante una buena temporada.

A fin de cuentas, estoy absolutamente convencido de que el homicidio es mucho más grave que el suicidio, especialmente si se trata de una mujer. Ford impidió que me convirtiese en un homicida. «Imaginate que tus piernas son el timón -me decía-. Manténlas juntas y controla el rumbo con ellas.» Pocos minutos después me encontraba deslizándome por una ola. Ya me estaba aproximando a la playa cuando vi que delante de mí había una mujer que permanecía inmóvil y con el agua hasta el pecho. ¿Cómo iba a frenar la ola sobre la que estaba cabalgando? La tabla pesaba treinta y cinco kilos, y yo otros setenta y cinco. Y todo ese peso iba lanzado a una velocidad de unas quince millas por hora. La tabla y yo éramos como un proyectil. Dejo que sean

los aficionados a la física los que calculen la fuerza del impacto que podría haberse producido contra aquella pobre y frágil mujer. Y de repente recordé las instrucciones de mi ángel de la guarda, Ford. «¡Guía la tabla con las piernas!», fue lo que resonó en mi cerebro. La controlé con las piernas, la hice desviar bruscamente de su rumbo empleando toda mi fuerza y todas mis piernas. La tabla viró hacia la cresta y de repente sucedieron muchas cosas a la vez. La ola me dio un bofetón, un golpe blando como los que suelen dar las olas, pero con la suficiente energía como para hacerme salir despedido de la tabla y atravesar el agua hasta estrellarme contra el fondo en violenta colisión. A continuación vino un tremendo revolcón. Logré sacar la cabeza para respirar y finalmente me puse en pie. Me encontré justo delante de aquella mujer y me sentía como un héroe. Había salvado su vida. Y ella se rió de mí. No estaba histérica. Ni siquiera había llegado a darse cuenta del peligro. De todos modos, me dije a mí mismo, no había sido yo quien la había salvado, sino Ford, y yo no tenía por qué sentirme tan heroico. Por otra parte, eso de gobernar el rumbo con las piernas era algo fantástico. Con algunos minutos más de práctica ya era capaz de esquivar a varios bañistas permaneciendo en lo alto de la ola en vez de recorrerla por debajo.

«Mañana -me dijo Ford-, te llevaré a aguas azules.»

Miré hacia el lugar que me señalaba y vi unas grandes rompientes de blancos penachos que hacían que las olas que había estado cabalgando hasta ahora pareciesen un juego infantil. No sé que es lo que habría dicho si no hubiese estado tan absolutamente convencido de pertenecer a la especie reina de la creación. Por lo que únicamente le contesté: «De acuerdo, mañana iremos por ellas».

Las aguas de la playa de Waikiki son exactamente iguales que las que bañan las costas de todas las islas Hawaii; y, especialmente desde el punto de vista de los bañistas, son unas aguas estupendas. Son refrescantes, pero lo suficientemente cálidas como para que un nadador pueda permanecer en ellas durante todo el día sin llegar a sentir frío. Bajo el sol o bajo las estrellas, a mediodía o a media noche, en pleno verano o en pleno invierno, no importa cuándo, están siempre a la misma temperatura -ni muy caliente, ni muy fría, en un punto ideal-. Son unas aguas maravillosas, saladas como el mismo océano, puras y cristalinas. Pero el comportamiento de estas aguas ya no es tan fantástico, especialmente si tenemos en cuenta que los canacos son una de las razas más expertas en el arte de nadar.

Visto el panorama, a la mañana siguiente, cuando Ford apareció, yo estaba dispuesto a entrar en el agua para un baño de duración ilimitada. Montados en nuestras tablas o, mejor dicho, echados ventralmente sobre ellas, remamos a través del «parvulario» en el que chapoteaban los niños canacos. No tardamos en llegar a aguas más profundas y en las que rugían grandes rompientes. El solo hecho de luchar contra ellas, encararlas, y seguir avanzando mar adentro ya era todo un deporte. Había que aguzar el ingenio, pues era una batalla en la que se recibían fuertes golpes y en la que había que responder con astucia; un enfrentamiento entre la fuerza bruta y la inteligencia. No tardé en aprender algo nuevo. Cuando la cresta de una ola se curvaba sobre mi cabeza, por un breve instante podía ver la luz del sol a través de su cuerpo esmeralda; en ese momento debía bajar la cabeza y agarrarme a la tabla con todas mis fuerzas. Entonces recibiría su impulso y me lanzaría con ella hasta la playa. En realidad, lo que sucedía era que la tabla y yo pasábamos a través de la cresta de la ola y emergíamos por detrás. No recomiendo esta práctica a ninguna persona delicada o que haya sufrido alguna lesión. Hay que soportar mucho peso y el impacto del agua es como el de un chorro de arena a presión. A veces uno pasa a través de media docena de olas una detrás de otra, y es justo entonces cuando se ve capaz de apreciar las virtudes de la tierra firme y descubre un montón de razones para quedarse en la orilla.

Allí fuera, entre una sucesión de grandes olas con humeantes crestas, apareció un tercer hombre que se unió a nosotros, un tal Freeth. Cuando me frotaba los ojos al emerger de una ola para ver el aspecto de la siguiente, lo vi cabalgando sobre ella, de pie sobre la tabla, como si tal cosa, como una joven deidad bronceada por el sol. Nos dejamos llevar por la misma ola por la que él se deslizaba. Ford le llamó. Saltó de la ola, recuperó la tabla, se echó sobre ella, vino hacia nosotros y colaboró con Ford en mi adiestramiento. Una cosa muy importante que aprendí de Freeth es la forma de localizar las olas de mayor tamaño. Estas olas excepcionales son realmente feroces, y es muy peligroso colocarse en su cresta con la tabla. Pero Freeth me enseñó que, si veía que una de estas grandes olas se precipitaba hacia mí, lo que tenía que hacer era trasladarme a la parte posterior de la tabla, encogerme, y colocar los brazos sobre mi cabeza agarrándome a la tabla. Así, si la ola arrancaba la tabla de mis manos e intentaba golpearme con ella (costumbre bastante

habitual en este tipo de olas), siempre habría un cojín de agua de 30 cm o más entre mi cabeza y ella. Cuando la ola pasaba, yo me subía en la tabla y remaba con los brazos. Me enteré de que muchos surfistas habían sufrido graves lesiones al golpearse con sus tablas.

La forma de surfear que yo aprendí consiste en oponer la mínima resistencia. Encaja el golpe que viene hacia ti. Sumérgete bajo la ola que va a estrellarse contra tu cara. Húndete con los pies por delante bajo esa gran rompiente que amenaza con machacarte y deja que te pase por encima. Nunca te pongas rígido. Relájate. Cede ante las olas que te golpean con violencia. Cuando te atrape la resaca y te arrastre mar adentro, no luches-contras ella.-Si lo haces, correrás el riesgo de ahogarte, pues la ola es infinitamente más fuerte que tú. Déjate llevar, nada a favor de la corriente que se genera y verás cómo la presión disminuye. Nadando con ella no te atrapará en su seno y podrás salir hacia arriba. No te costará alcanzar la superficie.

El que quiera aprender a hacer surf deberá ser un buen nadador y tendrá que estar acostumbrado a sumergirse. Por lo demás, solamente hace falta tener sentido común y algo de fuerza. La potencia de una ola grande es algo inimaginable. A veces se producen revolcones en los que el surfista y su tabla aparecen separados por varios centenares de metros. El surfista debe saber cuidarse. Por muchos surfistas que estén con él, no puede depender de los demás para nada. La sensación de seguridad que sentía estando en compañía de Ford y Freeth me hacía olvidar que era mi primera incursión en aguas profundas y mi primer contacto con olas tan grandes. Sin embargo, lo recordé, y bastante rápidamente, cuando apareció una gran ola y los dos hombres se fueron hacia la playa montados sobre ella. Yo podría haberme ahogado de un montón de formas distintas antes de que hubiesen podido volver para ayudarme.

Uno se desliza cuesta abajo por la ola montado en su tabla, pero hay que saber iniciar este deslizamiento. El surfista y su tabla deben adquirir un buen impulso hacia la orilla antes de que la ola los alcance y cargue con ellos. Cuando ves venir la ola sobre la que quieres montarte, tienes que darle la espalda y remar con todas tus fuerzas en dirección a la playa. Si la tabla adquiere suficiente velocidad, la ola la acelerará y empezará a deslizarte sobre ella a lo largo de un cuarto de milla.

Nunca olvidaré la primera gran ola que cabalgué en aguas profundas. La vi venir, me di la vuelta, y empecé a remar con todas mis fuerzas. Cada vez iba más deprisa, hasta el punto que parecía que los brazos se me iban a salir de su sitio. No sé que es lo que sucedía detrás de mí. Uno no puede mirar hacia atrás y remar moviendo los brazos como molinos de viento. Oí como la cresta de la ola resoplaba sobre mí, y de repente mi tabla se izó y arrancó hacia delante con gran fuerza. Apenas recuerdo lo que sucedió durante el primer medio minuto. A pesar de que mantuve los ojos abiertos, no pude ver nada pues estaba sepultado entre la blanca espuma de la cresta. Pero no me preocupaba. Estaba en pleno éxtasis de felicidad por haber logrado atrapar a la ola. Sin embargo, al cabo de medio minuto empecé a ver cosas, y a respirar. Vi que un metro de la parte delantera de la tabla estaba fuera del agua, por lo que me coloqué más hacia delante y la hice bajar. Entonces me eché sobre ella y permanecí inmóvil entre la salvaje furia de la ola, viendo como la playa y los bañistas aumentaban de tamaño con celeridad. No llegué a recorrer un cuarto de milla con esa ola, pues, para evitar que la tabla se hundiese, coloqué mi peso más hacia atrás, demasiado hacia atrás, y me caí por la parte posterior de la ola.

Era mi segundo día practicando el surf y me sentía muy orgulloso de mí mismo. Estuve en el agua durante horas y horas, y al acabar me fui con la intención de que al día siguiente conseguiría ponerme de pie sobre la tabla.

Pero eso aún iba a tardar en llegar. Al día siguiente estaba en la cama. No estaba enfermo, pero me sentía muy desgraciado y estaba en la cama. Al describir las fantásticas aguas de Hawai oí ver describir el fantástico sol de Hawai. Es un sol tropical y, especialmente en la primera quincena de junio, es casi vertical. Por lo tanto es un sol muy fuerte y peligroso. Por primera vez en mi vida me quemé sin darme cuenta. Mis brazos, mis hombros y mi espalda ya habían sufrido algunas quemaduras en el pasado y estaban curtidos, pero no así mis piernas. Y, durante horas, había estado exponiendo la tierna piel de mis muslos y mis pantorrillas, en ángulo recto, a ese sol hawaiano que caía casi vertical. No descubrí sus efectos hasta que llegué a la orilla. Al principio, la quemadura solamente produce calor; pero luego éste se vuelve muy intenso y empiezan a aparecer ampollas. Además, la piel de las articulaciones pierde su elasticidad y no se doblan. Por eso, el día siguiente lo pasé en cama. No podía caminar. Y por eso, hoy estoy escribiendo estas líneas acostado en la cama. Me va mejor hacerlo así. Pero mañana, ¡ay mañana!, mañana pienso

volver a esas aguas maravillosas y conseguiré erguirme sobre la tabla igual que hacen Ford y Freeth. Y si no lo consigo mañana, lo conseguiré al día siguiente, o el otro. Hay algo que tengo muy claro: el *Snark* no zarpará de Honolulu hasta que yo pueda volar sobre las aguas y transformarme en un quemado y medio despellejado Mercurio.

CAPÍTULO VII

LOS LEPROSOS DE MOLOKAI

Cuando el *Snark* navegaba a barlovento de la costa de Molokai camino de Honolulu, miré la carta, señalé una pequeña península flanqueada por un inmenso acantilado con alturas de setecientos a mil trescientos metros, y dije: «La boca del infierno, el lugar más horrible del mundo». En ese momento me habría sorprendido muchísimo verme, al cabo de un mes, en el lugar más horrible del mundo y pasando unos desgraciados buenos momentos en compañía de ochocientos leprosos que, por lo visto, también lo estaban pasando bastante bien. Ellos no se sentían nada desgraciados pasándolo bien; pero yo sí, pues me sentía a gusto pasándolo bien entre tanta desgracia y tanta miseria. Éste era mi estado de ánimo, y mi única excusa es que yo no podía hacer nada para mejorar la situación.

Por ejemplo, en la tarde del Cuatro de Julio todos los leprosos se habían reunido en la pista de carreras para presenciar las competiciones. Yo me había separado del superintendente y de los médicos para tomar una foto de la llegada de una de las carreras. Era una carrera interesante y había mucha afición. Participaban tres caballos, uno montado por un chino, otro montado por un hawaiano, y otro montado por un chico portugués. Los tres jinetes eran leprosos; al igual que los jueces y el público. La carrera consistía en dar dos vueltas a la pista. El chino y el hawaiano salieron a la vez y corrían uno al lado del otro, el chico portugués corría unos sesenta metros por detrás de ellos. Mantuvieron las mismas posiciones durante la primera vuelta. A mitad de la segunda y última vuelta, el chino se despegó y empezó a ganarle distancia al hawaiano. Al mismo tiempo, el chico portugués empezó a recuperar terreno. Pero parecía no tener nada que hacer. Los aficionados estaban exaltados. A todos los leprosos les encantaba la carne de caballo. El portugués cada vez estaba más cerca. Yo también empecé a animarme. Ya estaban en la recta final. El portugués pasó al hawaiano. Las herraduras atronaban contra el suelo, los tres caballos parecían una masa compacta, los jinetes aceleraban sus monturas, y todos los espectadores gritaban y animaban con todas sus fuerzas. Poco a poco, el portugués fue ganando terreno, centímetro a centímetro, y acabó ganando al sacarle una cabeza de ventaja al chino. Yo me mezclé entre un grupo de leprosos. Todos gritaban, agitaban sus sombreros, y bailaban como amigos. Y así era. Sin darme cuenta, yo mismo estaba agitando mi sombrero a la vez que gritaba: «¡El chico gana! ¡El chico gana!».

Intenté analizarme. Yo estaba convencido de que estaba siendo testigo de uno de los horrores de Molokai, y que en estas circunstancias era una pena para mí que yo fuese tan inconsciente y tan despiadado. Pero me era igual. El siguiente espectáculo era una carrera de burros, y estaba empezando en ese momento; y la diversión, con ella. Ganaría el último burro que cruzase la meta, y lo que complicaba aún más las cosas era que ningún jinete montaba a su propio burro. Cada uno montaba el burro de otro, y el resultado era que cada hombre se esforzaba intentando que el burro que él montaba ganase a su propio burro montado por otro jinete. Naturalmente, los únicos que habían inscrito a sus burros en la carrera eran aquellos que poseían animales excepcionalmente lentos o tozudos. Un burro había sido adiestrado para que encogiese sus patas y se acostase en el suelo cada vez que el jinete le golpease los flancos con las espuelas. Había asnos que intentaban dar la vuelta y regresar, mientras que otros se desviaban hacia los bordes de la pista para asomar la cabeza por la valla y pararse; todos hacían el vago. A mitad de la pista uno de los burros le plantó cara a su jinete y se produjo un enfrentamiento. Cuando el resto de animales ya habían llegado a la meta, aquél y su jinete aún seguían peleándose. El burro ganó la carrera, pero su jinete tuvo que pasar la línea de meta a pie. Y todo esto ante casi un millar de leprosos que se partían de risa. Cualquiera que estuviese en mi lugar se habría sumado a su diversión.

Todo esto no es más que un preámbulo para demostrar que los horrores de Molokai, tal como habían sido descritos en el pasado, ya no existen. Esta colonia ha sido citada en repetidas ocasiones por reporteros sensacionalistas, por regla general sensacionalistas que nunca han llegado

a visitarla. Naturalmente, la lepra es la lepra, y se trata de una enfermedad terrible; pero acerca de Molokai se han escrito cosas tan espantosas que ni los leprosos, ni los que les dedican sus vidas, han recibido nunca un trato justo. Veamos un ejemplo. El redactor de un periódico que, naturalmente, no había estado jamás en esta colonia, describía con todo detalle al superintendente McVeigh dormitando en una choza de paja mientras unos leprosos moribundos lo acosaban por la noche de rodillas pidiéndole comida. Esta horripilante historia fue reproducida en los periódicos de todo Estados Unidos y provocó un gran rechazo y una indignación generalizada. Pues bien, yo conviví con los leprosos y dormí con ellos durante cinco días en la choza del señor McVeigh (que, dicho sea de paso, es una confortable casa de madera; ya no hay ni una choza de paja en toda la leprosería), y oí a los leprosos proferir lamentos por la comida, pero se trataba de unos lamentos especialmente armoniosos y rítmicos, y venían acompañados por música de instrumentos de cuerda tales como violines, guitarras, ukeleles, y banjos. Además, había varios tipos de lamentos. La banda de instrumentos de viento se lamentaba, había lamentos de dos coros y, por último, los de un excelente quinteto. Así descubrimos la realidad frente a una mentira que jamás debió pasar a letra impresa. Estos lamentos no eran sino las serenatas con que demuestran su alegría cada vez que el señor McVeigh regresa de un viaje a Honolulu.

La lepra no es una enfermedad tan contagiosa como se cree. Yo visité la leprosería durante una semana y me llevé a mi mujer conmigo -cosas que no habría hecho jamás en el caso de que hubiese tenido el más mínimo temor a contraer la enfermedad-. No llevábamos guantes ni nos apartábamos de los leprosos. Por el contrario, procurábamos mezclarnos siempre con ellos y antes de partir ya conocíamos a muchos por sus nombres y de vista. Parece ser que lo único necesario es mantener unas elementales normas de higiene. Después de haber tratado a los leprosos, aquellos que no están enfermos, como los médicos y el superintendente, lo único que hacen al regresar a sus casas es lavarse la cara y las manos con un jabón antiséptico y cambiarse de ropa.

Sin embargo hay que insistir en que los leprosos no son limpios; y es necesario mantener estrictamente su aislamiento mientras se sepa tan poco acerca de esta enfermedad. Por otra parte, el espanto y el terror con que se trataba a los leprosos en el pasado, y el monstruoso tratamiento que recibían, era excesivamente cruel y totalmente innecesario. Para intentar corregir algunos de los errores populares acerca de la lepra, quiero relatar algunas de las relaciones entre leprosos y no leprosos que pude observar en Molokai. En la mañana siguiente a nuestra llegada, Charmian y yo asistimos a una sesión de tiro en el Kalaupapa Rifle Club y observamos por primera vez la democracia y solidaridad que aquí se respiran. En el club se estaba iniciando un campeonato cuyo premio era una copa donada por el señor McVeigh, que también es miembro del club, al igual que el doctor Goodhue y el doctor Hollmann, el médico residente (ambos se han traído a sus mujeres a la leprosería). En la cancha de tiro estábamos rodeados por leprosos. Los leprosos y los no leprosos compartían las armas y todos se rozaban constantemente debido al espacio tan reducido de que disponíamos. La mayoría de los leprosos eran hawaianos. Detrás de mí había un noruego sentado en un banco. Delante tenía a un americano, un veterano de la Guerra de Secesión que había luchado con los confederados. Tenía ya sesenta y cinco años, pero esto no le impedía obtener una buena puntuación. También estaban disparando algunos policías hawaianos, leprosos y con ropas de color caquí, así como portugueses, chinos y *kokuas* -estos últimos no eran leprosos sino nativos de la isla que trabajaban aquí-. Y una tarde en que Charmian y yo trepamos hasta lo más alto del *pali* de setecientos metros de altura y contemplamos la leprosería desde allí, vimos al superintendente y a los enfermos y no enfermos de todas las nacionalidades jugando un apasionante partido de béisbol.

En Europa, durante la Edad Media, los leprosos y su temible y desconocida enfermedad eran tratados de un modo muy distinto. En aquella época se consideraba al leproso como política y legalmente muerto. Lo colocaban en una procesión fúnebre y lo conducían a la iglesia en donde se oficiaba un funeral en su presencia. A continuación se echaba una palada de tierra sobre su cuerpo y se le consideraba ya como muerto -un muerto viviente-. Este brutal tratamiento era totalmente innecesario, no obstante se aprendió una cosa. En Europa no había lepra hasta que ésta se introdujo con el regreso de los cruzados; a partir de ese momento empezó a extenderse lentamente hasta llegar a contagiar a un gran número de personas. Obviamente, se trataba de una enfermedad que se transmitía por contacto: dado que ésta era su forma de contagio, era evidente que la mejor forma de erradicarla era aislando a los enfermos. Por terrible y monstruoso que fuese el

tratamiento que se aplicaba en aquellas épocas, al menos se descubrieron las ventajas del aislamiento. Éste fue el inicio de la lucha contra la enfermedad.

Por el mismo motivo, la lepra también está experimentando un notable retroceso en las islas Hawai. Pero el aislamiento de los leprosos en Molokai no tiene nada que ver con la horrible pesadilla que tanto explotan los artículos de la *prensa amarilla*. Para empezar, el leproso no es violentamente separado de su familia. Cuando se descubre un posible caso, el enfermo recibe una notificación del Departamento de Sanidad solicitándole que se presente en la delegación de Kalihi, en Honolulu. Le pagan los traslados y todos los demás gastos. Allí se le somete a un análisis bacteriológico realizado por el microbiólogo del Departamento de Sanidad. Si se confirma la presencia del *Bacillus leprae*, el paciente pasa a ser examinado por cinco médicos del departamento. Si se descubre que es un leproso, se le declara así, el caso es confirmado oficialmente por el Departamento de Sanidad, y se ordena su traslado a Molokai. De todos modos, durante la investigación del caso, el paciente tiene derecho a estar representado por un médico de su elección y correr él con los gastos si lo desea. Por lo tanto, al ser declarado como leproso, el paciente no es inmediatamente desterrado a Molokai. Se le da un amplio margen de tiempo, semanas y a veces incluso meses, para que aproveche su estancia en Kalihi para arreglar todos sus asuntos. A su vez, en Molokai puede recibir la visita de sus familiares, representantes de sus negocios, etc., pero a éstos no les está permitido dormir ni comer en su casa. Las casas de los visitantes se mantienen «desinfectadas» para evitar la propagación de la enfermedad.

Cuando visité Kalihi en compañía del señor Pinkham, presidente del Departamento de Sanidad, pude hacerme una idea del proceso que se sigue con un presunto enfermo. El paciente era un hawaiano de setenta años que había trabajado durante treinta y cinco en una imprenta de Honolulu. El bacteriólogo lo había declarado leproso, el Tribunal Médico no había podido confirmar el diagnóstico, y aquel día iba a Kalihi para someterse a otro examen.

Una vez en Molokai, el leproso tiene derecho a solicitar otro examen, y constantemente hay pacientes que vuelven a Honolulu para estas pruebas. El vapor que me llevó a Molokai llevaba a bordo a dos leprosas que regresaban; se trataba de dos mujeres jóvenes, una había ido a Honolulu para vender unas propiedades, y la otra había hecho el viaje para visitar a su madre que estaba enferma. Ambas habían permanecido en Kalihi durante un mes.

La colonia de Molokai goza de un clima aún más privilegiado que el de Honolulu, pues está situada en la costa de barlovento de la isla y expuesta a la fresca brisa de los alisios del noreste. El paisaje es magnífico; por un lado está el mar azul, y por el otro la increíble pared del *pali*, abriéndose por aquí y por allá hacia los preciosos valles de las montañas. Por todas partes abundan verdes praderas en las que pastan los cientos de caballos propiedad de los leprosos. Algunos de ellos tiraban de carretas y otros estaban enjaezados con diversos adornos. En el pequeño puerto de Kalaupapa hay varios botes de pesca y una lancha de vapor, todos ellos propiedad privada de los leprosos. Naturalmente, sólo pueden navegar hasta una determinada distancia, pero por lo demás no están sujetos a más restricciones. Venden el pescado al Departamento de Sanidad y el dinero que ganan es exclusivamente para ellos. Durante mi estancia, hubo una noche en que las capturas ascendieron a cuatro mil libras.

Y mientras unos pescan, otros se ocupan de sus granjas y cultivos. Aquí están representados todos los oficios. Un leproso, hawaiano de pura cepa, es el jefe de los pintores. Da trabajo a ocho empleados y tiene el encargo de pintar los edificios del Departamento de Sanidad. Es miembro del Kalaupapa Rifle Club, que es donde lo conocí, y he de reconocer que iba mejor vestido que yo. Otro hombre, de posición similar, es el maestro carpintero. Por otra parte, además de la tienda del Departamento de Sanidad, existen pequeños comercios privados en los que aquellos con vocación comercial pueden dar rienda suelta a sus instintos. El subinspector de Sanidad, señor Waiamau, no sólo es un hombre amable y con una educación exquisita, sino que es hawaiano y leproso. El señor Bartlet, que es actualmente el encargado de la tienda, es un americano que tenía negocios en Honolulu hasta que fue atacado por la enfermedad. Todo lo que ganan estas personas va directamente a sus bolsillos. Si no trabajan, quedan bajo la custodia de la administración y reciben alimento, alojamiento, ropa, y asistencia médica. El Departamento de Sanidad controla la agricultura, la ganadería y la obtención de leche para uso local, proporcionando empleo a diversos niveles para cualquiera que desee trabajar. Sin embargo, nada ni nadie les obliga a hacerlo. Para los más jóvenes, los muy viejos o los desvalidos existen locales de acogida y hospitales.

El mayor Lee es un americano que había trabajado durante mucho tiempo como ingeniero naval para la Inter Island Steamship Company y al que conocí trabajando en su nueva lavandería a va por; estaba muy ocupado instalando maquinaria nueva. Le veía con frecuencia y un día me dijo:

«Por favor, explica realmente lo que sucede aquí y cómo vivimos. Acaba de una vez con esa leyenda negra de cámara de los horrores y demás mentiras. No queremos que nadie tenga una idea equivocada de nosotros. También tenemos nuestros sentimientos. Cuéntale al mundo lo que realmente es esto.»

Todos y cada uno de los hombres y mujeres que fui conociendo en Molokai me expresaron el mismo sentimiento. Era evidente que estaban muy dolidos por la falsedad y el sensacionalismo con que se los había explotado en el pasado.

Dejando aparte el hecho de que están afectados por una enfermedad incurable, los leprosos forman una comunidad feliz, dividida en dos poblados y numerosas casas esparcidas por los campos y a la orilla del mar, con un total de casi mil almas. Tienen seis iglesias, una sede del YMCA (Young Men's Christian Association), diversos salones de actos, un quiosco de música, un hipódromo, campos de béisbol, canchas de tiro, un club de atletismo, diversos clubes sociales y dos bandas de música.

-Aquí viven tan felices -me decía el señor Pinkham-, que no podrías sacarlos ni a tiros.

Más tarde pude comprobarlo por mí mismo. En enero de ese año, once de los leprosos, en los cuales la enfermedad tras haberles causado ciertas lesiones, parecía no mostrar más actividad, fueron devueltos a Honolulu para someterlos a otro examen. No les gustaba nada la idea de ir; y, al preguntarles si desearían irse libremente en caso de no detectárseles lepra, todos respondieron lo mismo: «¡De vuelta a Molokai!».

En los viejos tiempos, antes del descubrimiento del bacilo de la lepra, algunas personas que habían contraído enfermedades muy distintas eran tomadas por leprosas y se las desterraba a Molokai. Años más tarde quedaron consternadas cuando los bacteriólogos declararon que ni tenían lepra ni la habían tenido nunca. Se negaron a tener que abandonar Molokai y prefirieron quedarse trabajando como ayudantes o enfermeras al servicio del Departamento de Sanidad. El actual carcelero es uno de esos hombres. Una vez declarado no leproso, prefirió aceptar un sueldo, hacerse cargo del calabozo, y no tener que irse.

El señor McVeigh me relató una curiosa historia acerca de un limpiabotas negro que actualmente vive en Honolulu. Hace mucho tiempo, antes de que se descubriese la prueba bacteriológica, fue enviado a Molokai como leproso. Ascendió a guardián, ganó una cierta independencia y se le acusó de muchos pequeños delitos. Y de repente, un día, tras haber sido durante años una constante fuente de problemas, le hicieron la prueba bacteriológica y se comprobó que no era leproso.

-¡Ajá! -le dijo el señor McVeigh-. ¡Te hemos pillado! ¡Te irás en el primer vapor, buen viaje!

Pero el negro no quería irse. Lo primero que hizo fue casarse con una anciana enferma en fase terminal y solicitar que el Departamento de Sanidad le permitiese quedarse para cuidar de su enferma esposa. Explicaba patéticamente que nadie iba a poder cuidar a su pobre mujer mejor que él. Sin embargo, se le vio el plumero y fue deportado en el vapor para dejarlo libre por el mundo. Pero él seguía prefiriendo Molokai. Un día consiguió llegar a la costa de sotavento de Molokai, descendió de noche el pali y se coló en la colonia. No tardaron en capturarlo, fue juzgado y condenado por allanamiento, sentenciado a pagar una pequeña multa y de nuevo deportado con el vapor, con la advertencia de que si volvía a intentarlo podía ser castigado con una multa de cien dólares y enviado a la prisión de Honolulu. Y ahora, cada vez que el señor McVeigh va a Honolulu, el limpiabotas le saca lustre a sus zapatos y le dice:

-Oiga, jefe, allí perdí un buen hogar. Sí, señor, perdí un buen hogar. -Luego bajaba la voz y le decía en tono confidencial:- Oiga, jefe, ¿no podría regresar? ¿No podría hacer usted algun apañito que me permitiese volver?

Había pasado nueve años en Molokai, y vivió mejor allí que el tiempo que había pasado en el exterior, tanto antes como después. Por lo que se refiere al miedo a la lepra como enfermedad, no vi ni rastro de él en ningún lugar de la colonia, ni entre los enfermos ni entre los que no lo estaban. Los mayores horrores de la lepra son los que anidan en las mentes de aquellos que jamás han visto un leproso ni saben absolutamente nada acerca de la enfermedad. En el hotel de Waikiki, una mujer se mostraba admirada de que yo tuviese el valor de hacer una visita a la leprosería. Hablando con ella me di cuenta de que había nacido en Honolulu, había vivido allí toda su vida, y jamás

había visto a un leproso con sus propios ojos. Esto era más de lo que yo podía decir de mí mismo en los Estados Unidos, donde el aislamiento de los leprosos no se cumple tan a rajatabla y donde he visto muchas veces leprosos en las calles de las grandes ciudades.

La lepra es una enfermedad terrible e incurable; pero por lo que he aprendido acerca de esta enfermedad y de su facilidad de contagio, preferiría de largo pasar el resto de mis días en Molokai que en un sanatorio para tuberculosos. En cualquier hospital para pobres de los Estados Unidos, tanto urbano con rural, o en instituciones similares de cualquier otro país, se pueden observar síntomas tan horribles como los que vemos en Molokai, pero su conjunto es infinitamente más terrible. Por este motivo, si me dejasen elegir entre ser desterrado a Molokai o tener que pasar el resto de mis días en el East End de Londres, el East Side de Nueva York, o en los Stockyards de Chicago, no dudaría en preferir Molokai. Preferiría vivir un año en Molokai que cinco en cualquiera de esos antros de miseria y degradación humana que he mencionado.

En Molokai la gente es feliz. Nunca olvidaré la celebración del Cuatro de Julio que viví allí. A las seis de la mañana aparecieron los «horribles», perfectamente vestidos, montados en los caballos, mulas y asnos de su propiedad, y mostrando sus habilidades. Las dos bandas de música también estaban en plena actividad. Y también estaban las treinta o cuarenta pa-u -magníficas amazonas hawaianas vestidas con los antiguos atuendos de montar a caballo-, distribuidas en parejas, tríos y grupos. Por la tarde, Charmian y yo estábamos con los jueces para repartir los premios de habilidad a caballo y de atuendo que se otorgaban a las pa-u. En total habría unos centenares de leprosos que disfrutaban del espectáculo luciendo hermosas guirnaldas de flores en la cabeza, en el cuello y sobre los hombros. Y al mismo tiempo, sobre el ocre de las colinas y cruzando el luminoso verde de los prados, aparecían y desaparecían grupos de hombres y mujeres, alegremente vestidos, sobre caballos al galope, amazonas, jinetes y caballos cubiertos por guirnaldas de flores, cantando, riendo y cabalgando como el viento. Y mientras permanecía observando todo esto desde la tarima de los jueces me vino a la memoria aquel lazareto de La Habana que visité una vez y en el que unos doscientos leprosos se hacinaban prisioneros entre cuatro paredes esperando la muerte. No, en este mundo existen unos cuantos miles de lugares bastante peores que Molokai para quedarse a vivir. Por la noche acudimos a uno de los salones de actos de los leprosos, donde, ante una numerosa audiencia, se disputaba un concurso de canto y en la que más tarde habría baile. Yo había visto a los hawaianos que viven en los suburbios de Honolulu y, después de eso, podía comprender fácilmente que los leprosos que salían de la colonia para someterse a exámenes médicos dijese casi siempre: «¡De vuelta a Molokai!».

Una cosa es cierta. El leproso de la colonia vive bastante mejor que el leproso que vive fuera de allí escondiéndose constantemente. Esos leprosos son seres solitarios, que viven constante mente aterrorizados por la posibilidad de ser descubiertos y que van pudriéndose lentamente. La acción de la lepra no es constante. Penetra en la víctima, la ataca durante algún tiempo, y luego puede permanecer inactiva durante un período indeterminado. Puede no volver a atacar hasta al cabo de cinco, diez, o cuarenta años, y durante ese tiempo el paciente se encuentra perfectamente. Sin embargo, es raro que estos primeros ataques se interrumpan de forma natural. Es necesaria la intervención de un cirujano especializado, y este cirujano no podrá llegar hasta los leprosos que permanezcan ocultos. Por ejemplo, uno de los primeros síntomas suele ser una úlcera perforante en la planta del pie. Cuando la úlcera llega al hueso se produce una necrosis. Si el leproso vive oculto, no podrá ser operado, y la úlcera continuará su aterradora labor devorando el hueso de la pierna, y en un tiempo breve pero espantoso, el leproso acabará muriendo de gangrena o cualquier otra terrible complicación. Por otra parte, si ese mismo leproso estuviese en Molokai, el médico le operaría el pie, eliminaría la úlcera, limpiaría el hueso y frenaría totalmente el avance de la enfermedad. Al cabo de un mes, el leproso podría volver a correr, a montar a caballo, a nadar en las rompientes, o a trepar por las laderas de los valles en búsqueda de manzanas de montaña. Y como ya hemos dicho anteriormente, esta enfermedad, si se queda en forma latente, quizá no vuelva a atacarle hasta al cabo de cinco, diez o cuarenta años.

Los antiguos horrores de la lepra corresponden a una época anterior a la de la cirugía con antisépticos y antes de que médicos como los doctores Goodhue y Hollmann decidiesen ir a vivir en la colonia. El doctor Goodhue fue el primero en instalarse allí y no hay palabras para agradecer la noble tarea que ha venido realizando desde entonces. Yo pasé una mañana en el quirófano con él y, de los tres hombres que operó, recién llegados, dos habían venido en el mismo barco que yo. En todos estos casos, la enfermedad solamente había atacado en un punto. Uno tenía una úlcera

perforante en el tobillo, bastante avanzada, y el otro padecía una afección similar, también bastante avanzada, bajo un brazo. Ambos pacientes presentaban úlceras en estado avanzado porque habían vivido fuera de la colonia y no habían sido tratados a tiempo. En ambos casos, el doctor Goodhue pudo detener inmediatamente la afección y al cabo de cuatro semanas esos dos hombres se sentirían igual de sanos que antes de contraer la enfermedad. La única diferencia entre ellos y usted o yo es que ellos tienen la enfermedad en estado latente y que en el futuro podría volver a atacarles.

La lepra es tan antigua como la historia. Encontramos referencias a esta enfermedad en los manuscritos más antiguos que se conocen. E incluso hoy en día seguimos sin saber mucho más acerca de ella que en aquellas épocas. En la antigüedad solamente se sabía que se trataba de una enfermedad contagiosa y que lo mejor era aislar a los enfermos. La única diferencia entre entonces y hoy en día es que ahora el aislamiento se realiza de forma más estricta y se trata a los enfermos de forma más humanitaria. Pero la lepra en sí continúa siendo horrible y está rodeada por un profundo misterio. Leyendo las citas de médicos y especialistas de todo el mundo se llega a la conclusión de que se trata de una enfermedad desconcertante. Los especialistas en lepra no suelen ponerse nunca de acuerdo. No saben lo suficiente. En el pasado se habían efectuado algunas generalizaciones poco menos que imprudentes, pero ya nadie generaliza. La única generalización en que coinciden los investigadores es que la lepra es poco *contagiosa*. Pero desconocen la forma en que se produce el contagio.

Han aislado el bacilo de la lepra; pero siguen sin descubrir la vía que emplea este bacilo para entrar en el organismo de una persona sana. Tampoco se sabe la duración del período de incubación. Han intentado contagiar a animales de diversas especies a base de inocularles el bacilo, pero nunca ha habido éxito.

Están intentando dar con un suero que les permita combatir la enfermedad. Y por el momento no han conseguido dar con nada que la cure. A veces han soplado vientos de esperanza, teorías de todo tipo, y curas sorprendentes; pero al final, la oscura realidad ha vuelto a apagar la llama de la ilusión. Un médico insistía en que la lepra estaba causada por el consumo continuado de pescado, y demostró su teoría en varios ámbitos, hasta que un médico de los altiplanos de la India se la echó por tierra al preguntarle por qué en su región también había lepra si aquellas gentes jamás comían pescado ni lo habían comido en muchas generaciones. De repente, alguien empieza a tratar a los leprosos con un cierto tipo de bálsamo o medicamento y afirma que sus pacientes se curan, pero al cabo de cinco, diez, o cuarenta años vuelve a manifestarse la enfermedad en ellos. El hecho de que la enfermedad pueda permanecer en estado latente durante largos períodos de tiempo es lo que hace que tantas veces se haya creído dar con la cura definitiva. Pero lo que sí es cierto es que: *por el momento no se conoce ningún caso de curación total y verdadera*.

La lepra es *ligeramente contagiosa*, pero ¿hasta qué punto lo es?

Un médico austriaco se inoculó el bacilo a sí mismo y a sus ayudantes, y no contrajeron la lepra. Pero tampoco pueden extraerse conclusiones precipitadas. Hubo un famoso caso de un asesino hawaiano al que se le conmutó la pena de muerte por cadena perpetua con la condición de dejarse inocular el *Bacillus leprae*. Algún tiempo después de la inoculación le aparecieron los primeros síntomas de la enfermedad y murió leproso en Molokai. Pero esto tampoco prueba nada, pues se descubrió que en la época en que fue inoculado muchos miembros de su familia ya padecían la enfermedad y vivían en Molokai. Podría haber contraído la enfermedad de ellos, y quizá cuando lo inocularon ya se había contagiado y tenía la lepra en ese misterioso período de incubación.

Luego está el caso de ese héroe de la Iglesia que fue el padre Damien; llegó a Molokai perfectamente sano y murió leproso. Había muchas teorías acerca de cómo pudo contraer la lepra, pero ninguna pudo ser demostrada. Ni él mismo supo cómo se había contagiado. Pero el caso más sorprendente es el de una mujer que aún hoy en día sigue viviendo en la colonia; ha tenido cinco maridos leprosos y varios hijos de ellos; y actualmente está tan libre de la enfermedad como el día en que llegó.

Por el momento aún no se ha resuelto el misterio de la lepra. Es probable que cuando se llegue a saber más acerca de ella se pueda dar con un tratamiento. Cuando se consiga un suero eficaz para combatirla, su escasa virulencia en el contagio hará que lentamente llegue a erradicarse de la faz de la Tierra. La batalla contra la lepra será dura pero breve. Pero, de momento, ¿qué se puede hacer para descubrir la forma de tratarla y obtener ese suero? Hoy en día es un asunto muy serio. Solamente en la India se estima que debe haber más de medio millón de leprosos no aislados.

Está muy bien que existan las bibliotecas Camegie, las universidades Rockefeller, y otras instituciones similares; pero ¿se imagina alguien lo que significarían unos cuantos miles de dólares en un lugar como la colonia de Molokai? Los que allí viven son personas con mala suerte, personas que se han convertido en los chivos expiatorios de algunas misteriosas leyes naturales de las que nada sabemos, separados del mundo por sus semejantes que temen contraer esta horrible enfermedad de la misma forma desconocida en que ellos se contagiaron. No solamente por consideración hacia ellos, sino como previsión para las generaciones futuras, unos pocos miles de dólares podrían impulsar las investigaciones científicas encaminadas a descubrir una cura para la lepra, un suero, o algún remedio actualmente inimaginable que podría ayudar a los médicos a exterminar el bacilo de la lepra. Este es el lugar para vuestro dinero, amigos filántropos.

CAPÍTULO VIII

LA CASA DEL SOL

Hay muchísimas personas que viajan incansablemente por todo el mundo en busca de lugares fantásticos, paisajes embriagadores y otras maravillas de la naturaleza. Recorren Europa en grandes grupos; las podemos encontrar a manadas en Florida y en las islas del Caribe, en las pirámides de Egipto y en las cumbres de las montañas Rocosas de Canadá y Estados Unidos; pero en la Casa del Sol abundan menos que los dinosaurios vivos. En hawaiano, *Haleakala* significa «La Casa del Sol». Es una noble morada situada en la isla de Maui; pero son tan pocos los turistas que le han echado un vistazo, y no digamos ya los que han entrado en ella, que su número debe de ser prácticamente cero. Me arriesgaría a afirmar que para el amante de la naturaleza quizás haya otras cosas tan grandiosas como el Haleakala, pero no mayores, mientras que en ningún otro lugar encontrará algo tan hermoso y maravilloso. Honolulu está a seis días de barco de vapor de San Francisco; Maui está a una noche de vapor de Honolulu; y si el turista tiene prisa, en seis horas más puede llegar a Kolikoli, que está a una altura de tres mil trescientos cuarenta y cuatro metros por encima del nivel del mar y que se encuentra a la entrada de la Casa del Sol. Pero los turistas no llegan hasta aquí, y el Haleakala duerme en su solitaria y desconocida grandeza.

Dado que no somos turistas, los del *Snark* nos dirigimos al Haleakala. En las laderas de esta impresionante montaña hay un rancho de ganado que ocupa unos cincuenta mil acres, y en el que pernoctamos a la altura de setecientos metros. A la mañana siguiente preparamos las botas y las sillas de montar, y con los vaqueros y caballos de carga del rancho ascendimos hasta Ukulele, una finca de montaña situada a mil ochocientos metros de altura. Esta altitud hacía que el clima fuese menos cálido y que por la noche agradeciésemos las mantas y el fuego de la chimenea de la sala de estar. En hawaiano, *Ukulele* significa «pulga saltarina», pero también es el nombre que se da a un pequeño instrumento de cuerda que parece una guitarra infantil. Me parece que el nombre de la finca se debe al instrumento. No teníamos prisa y pasamos el día en Ukulele, discutiendo acerca de alturas y barómetros y agitando nuestro propio barómetro cada vez que surgía una discusión que exigiese una demostración. Nuestro barómetro era el instrumento más complaciente que he visto nunca. Además de eso, recogimos frambuesas grandes como huevos de gallina, ascendimos por las laderas de lava cubiertas de hierba hasta la cumbre del Haleakala, a ciento cincuenta metros por encima de nosotros, y miramos hacia abajo para contemplar una batalla entre nubes que tenía lugar cerca de nosotros mientras permanecíamos a pleno sol.

Allí, los enfrentamientos entre nubes se suceden a diario. Ukiukiu es el nombre de los alisios que vienen del nordeste para romper contra el Haleakala. Pero el Haleakala es tan grande y tan alto que hace que los alisios se dividan y le pasen por los flancos, por lo que a sotavento de la montaña no sopla ningún viento alisio. Al contrario, en esa ladera los vientos vienen en sentido contrario a los alisios. Este viento se llama Naulu. Y día y noche, eternamente, Ukiukiu y Naulu luchan el uno contra el otro, avanzando, retrocediendo, girando, rizándose, y dando todo tipo de vueltas que solamente pueden visualizarse mediante las masas de nubes arrancadas de los cielos y que son empujadas hacia delante y atrás en escuadrones, batallones, ejércitos, y grandes montañas. De vez en cuando, Ukiukiu, con sus fuertes ráfagas, lanza inmensas masas de nubes limpiamente por encima de la cumbre del Haleakala, y son capturadas violentamente por Naulu, que las alinea en nuevas formaciones de combate y las emplea para enfrentarse a su eterno antagonista. Entonces, Ukiukiu envía un gran ejército de nubes bordeando la cara este de la montaña. Es un ataque por

los flancos brillantemente ejecutado. Pero Naulu, desde su cuartel en la ladera de sotavento, comprime al ejército del flanco, lo empuja y lo retuerce, hasta darle forma y devolverlo contra Ukiukiu rodeando la cara oeste de la montaña. Y mientras tanto, más arriba y más abajo del principal campo de batalla, en las laderas que dan al mar, Ukiukiu y Naulu envían constantemente pequeños jirones de nubes, en formaciones aserradas, que reptan y se escurren sobre el suelo, entre los árboles y los cañones, y que se levantan y chocan entre sí como si se realizasen mutuamente todo tipo de emboscadas. Y a veces Ukiukiu o Naulu envían súbitamente una violenta columna, y capturan esas nubes deshilachadas y las alzan hacia el cielo, dando vueltas arriba y más arriba, en espirales verticales, a miles de metros de altura por los aires.

Pero la batalla principal es la que tiene lugar en las laderas del oeste del Haleakala. Allí es donde Naulu amasa las mayores formaciones y logra sus más triunfales victorias. Ukiukiu se va debi litando a última hora de la tarde, como les sucede a todos los alisios, y es arrastrado por Naulu. La estrategia de Naulu es excelente. Durante todo el día ha ido acumulando unas reservas inmensas. A medida que va avanzando la tarde, las va uniendo para formar una columna maciza, afilada, de muchos kilómetros de longitud, un kilómetro de anchura, y cientos de metros de grosor. Esta columna es empujada lentamente hacia delante, hacia el frente de la batalla contra Ukiukiu, y lenta pero implacablemente va debilitándolo hasta vencer. Pero esto no siempre es tan inocente. A veces Ukiukiu se esfuerza hasta el límite, y con nuevas inyecciones de fuerza que le llegan desde el infinito nordeste, parte en trozos la columna de Naulu y la lanza a lo lejos hacia el oeste de Maui. Otras veces, cuando los dos poderosos ejércitos de nubes llegan a enfrentarse, chocan formando una tremenda corriente vertical que asciende convirtiéndose en un remolino que sube a miles y miles de pies de altura. Uno de los trucos favoritos de Ukiukiu consiste en enviar un conjunto de nubes denso y bajo, a ras de suelo y por debajo de Naulu. Cuando Ukiukiu está debajo empieza a infiltrarse. La potencia de la región central de Naulu hace que la columna ascendente se curve hacia arriba, pero normalmente devuelve la columna atacante y la hace retroceder hasta destrozarla. Mientras tanto, los pequeños jirones que se han ido soltando, serpentean entre los árboles y los cañones, se arrastran sobre la hierba y chocan entre sí con saltos y brincos; a todo esto, arriba, muy arriba, serena y arrogante entre los rayos del sol poniente, la cumbre del Haleakala contempla el conflicto que se desarrolla a sus pies. Y así llega la noche. Pero por la mañana, según la costumbre de los alisios, Ukiukiu acumula potencia y lanza las huestes de Naulu revolviéndose en plena confusión. Y un día es igual que otro, y la batalla de nubes entre Ukiukiu y Naulu se repite eternamente en las laderas del Haleakala.

A la mañana siguiente, volvimos a liarnos con botas, sillas de montar, vaqueros y caballos de carga, y comenzamos el ascenso a la cumbre. Uno de los caballos de carga llevaba ochenta litros de agua repartidos en depósitos de veinte litros a ambos lados; el agua es muy escasa en el cráter, a pesar de que a unos pocos kilómetros al norte y al este del borde del cráter está la región en que se da la máxima pluviosidad del mundo. La ruta ascendía a través de incontables coladas de lava, sin caminos definidos, y nunca había visto a unos caballos con unos cascos tan perfectos como los de los trece que componían nuestra expedición. Trepaban y descendían por sitios casi verticales con la misma seguridad y frialdad que las cabras montesas, y nunca se cayó ninguno.

Todos aquellos que ascienden montañas aisladas suelen experimentar una sensación familiar y extraña. Cuanto más arriba se asciende, mayor es la porción de superficie terrestre que se hace visible, y el efecto de esto es que el horizonte parece estar montaña arriba con respecto al observador. Esta ilusión se hace especialmente patente en el Haleakala, pues este viejo volcán emerge directamente del océano, sin estribaciones ni otras montañas en las proximidades. Por lo tanto, cuanto más rápidamente ascendíamos por las empinadas laderas del Haleakala, más rápidamente parecía que nos hundiésemos en el centro de un profundo abismo nosotros, el Haleakala, y todo lo que nos rodeaba. Todo lo que estaba por encima de nosotros se elevaba sobre el horizonte. El océano descendía desde el horizonte hacia nosotros. Cuanto más ascendíamos, más parecía que nos estuviésemos hundiendo, más arriba parecía estar el horizonte, y más vertical parecía ser la pendiente que nos llevaba hasta la horizontal en la que confluían el cielo y el océano. Era algo sobrenatural e irreal, y por mi mente pasaban imágenes de la Simm's Hole y del cráter del volcán por el que los personajes de la novela de Julio Veme descendían hasta el centro de la Tierra.

Y entonces, cuando finalmente alcanzamos la cima de la gran montaña, cima que era como el fondo de un cono invertido situado en el centro de un terrible agujero cósmico, nos dimos cuenta

de que no estábamos ni arriba ni abajo. Muy por encima de nosotros estaba el horizonte que se alzaba hacia los cielos, y muy por debajo de nosotros, donde debería haber estado la base de la montaña, había una profundidad inconmensurable, el gran cráter, la Casa del Sol. La cresta del borde del cráter se prolongaba alrededor de treinta y siete kilómetros. Nosotros alcanzamos la cresta cerca de la pared vertical del oeste, y el fondo del cráter estaba aproximadamente a unos ochocientos metros más abajo. El terreno, interrumpido por coladas de lava y conos secundarios, estaba tan rojo y libre de erosión como si hubiese sido ayer cuando la lava acabó de solidificarse. Los conos secundarios, cuya altura oscilaba entre los ciento cincuenta y los trescientos metros, no parecían más que pequeños montículos de arena, tal era la grandiosidad de aquel lugar. El borde del cráter estaba interrumpido por dos grietas de varios miles de metros de profundidad, y a través de ellas Ukiukiu intentaba en vano hacer pasar las blancas hordas de nubes de los alisios. Por rápido que pasasen entre las grietas, el calor del cráter las hacía desvanecer en el aire, y aunque seguían avanzando, no iban a ninguna parte.

Era un escenario de amplia negrura e inmensa desolación, duro, amenazador, fascinante. Descendimos a un mundo de fuego y temblores. Las entrañas de la Tierra aparecían ante nosotros al desnudo. Era una muestra del trabajo de la naturaleza en los primeros días de la Creación. A un lado y a otro había grandes diques de rocas eruptivas que habían ascendido por sí mismas de las calderas de la Tierra, directamente a través de la corteza, y que apenas hacía un día que se habían enfriado. Todo era irreal e increíble. Mirando hacia arriba, muy por encima de nosotros (en realidad por debajo de nosotros) flotaba la batalla de nubes entre Ukiukiu y Naulu. Y ascendiendo la ladera del aparente abismo, por encima de la batalla de nubes, en el aire y en el cielo, colgaban las islas de Lana'i y Molokai. Al otro lado del cráter, hacia el sudeste, también aparentemente hacia arriba, vimos como ascendía, primero el mar de color turquesa y luego la blanca línea que señala la costa de Hawái; más arriba estaba el cinturón de nubes de los alisios, y a continuación, doce kilómetros más allá, izando sus maravillosas moles por encima de un cielo azul, coronados con nieve, envueltos en nubes, vibrando como espejismos, los picos del Mauna Kea y Mauna Loa parecían estar colgados de las paredes del cielo.

Cuenta la leyenda que hace mucho tiempo, Maui; el hijo de Hina, vivía en lo que actualmente conocemos como West Maui. La madre, Hina, empleaba su tiempo en hacer *kapas*. Todos los días, por la mañana se esforzaba en extenderlas al sol; pero en cuanto había conseguido extenderlas todas ya empezaba a recogerlas para tenerlas a cubierto cuando llegase la noche. Parece ser que entonces los días eran más cortos que en la actualidad. A Maui le preocupaba ver a su madre entregada a una tarea tan inútil. Decidió hacer algo para ayudarla. No, no la ayudó a extender y recoger las *kapas*, era demasiado listo para eso. Su intención era hacer que el sol se moviese más despacio. Quizá fuese el primer astrónomo de Hawái. Sea lo que fuere, el caso es que efectuó una serie de observaciones del sol desde distintos puntos de la isla. Llegó a la conclusión de que el sol se desplazaba siguiendo una ruta que pasaba exactamente por encima del Haleakala. Al contrario que Josué, parece ser que no necesitó ayuda divina. Recogió una gran cantidad de cocos y con sus fibras trenzó una cuerda muy resistente que acababa en un lazo, igual que el que los vaqueros de Haleakala siguen haciendo hoy en día. A continuación ascendió a la Casa del Sol y se puso a esperar. Cuando apareció el sol siguiendo una trayectoria que le permitiese completar su curso en el menor tiempo posible, el valiente joven echó el lazo hacia el sol y atrapó uno de sus rayos más fuertes. Hizo que el sol empezase a ir más despacio; y rompió parte de su rayo. Y siguió echando el lazo y rompiendo más y más rayos del sol hasta que éste aceptó negociar con él. Maui le expuso claramente sus condiciones, y el sol las aceptó conviniendo en reducir su marcha a partir de ese momento. Desde entonces, Hina dispuso de más tiempo para secar sus *kapas* y los días fueron más largos de lo que habían sido anteriormente, y por lo menos esto último parece estar de acuerdo con lo que actualmente sabemos de astronomía.

Hicimos una comida a base de carne seca y poi duro instalados en un corral de piedra, usado en otras épocas para guardar durante la noche el ganado que era conducido de una a otra parte de la isla. Seguimos la cresta durante medio kilómetro y luego iniciamos el descenso al cráter. El fondo estaba quinientos cincuenta metros más abajo, y empezamos a descender por una empinada ladera de cenizas volcánicas muy poco compactas por la que nuestros caballos resbalaban y se iban de lado, pero manteniendo siempre una correcta posición. Cuando la negra superficie de las cenizas se rompía bajo las patas de los caballos, se levantaba un polvillo de color ocre amarillento, de aspecto nocivo y sabor ácido, que formaba pequeñas nubecillas. Galopamos un rato a lo largo de

una pequeña planicie y luego continuamos el descenso entre nubes de polvillo volcánico, sorteando conos secundarios y estructuras de color rojo ladrillo, rosa oscuro, y negro intenso. Sobre nosotros, cada vez más arriba, veíamos las inmensas paredes del cráter mientras cruzábamos innumerables coladas de lava y seguíamos un intrincado camino sorteando las olas de un mar petrificado. La superficie de este océano fantasmagórico estaba interrumpida por olas de lava con aserrados dientes, mientras que a ambos lados se alzaban escarpadas crestas y entradas de aspecto fantástico. Nuestro camino nos condujo junto a una gran abertura sin fondo y luego seguimos el curso principal de la última colada de lava durante once kilómetros.

Nuestro lugar de acampada estaba en el extremo inferior del cráter, en un pequeño bosquecillo de árboles *olapa y kolea* resguardado en una esquina del cráter y al pie de unas paredes que se alzaban perpendicularmente hasta los ciento cincuenta metros. Aquí había pasto para los caballos, pero no había agua, por lo que tuvimos que caminar un kilómetro y medio por la lava hasta llegar al lugar en el que solía acumularse agua en una grieta de la pared de lava. La fuente estaba vacía. Pero trepando unos setenta y cinco metros por la escarpada fisura llegamos hasta un estanque natural que contendría unos seis barriles de agua. Subimos un cubo y al cabo de poco rato el preciado líquido descendía fluyendo sobre las rocas para llenar la cavidad inferior, mientras los vaqueros se encargaban de hacer retroceder a los caballos, pues el abrevadero era muy estrecho y solamente podían beber de uno en uno. Luego regresamos al campamento al pie de la pared de lava, vimos manadas de cabras salvajes que saltaban y gemían al tiempo que resonaban los disparos de un rifle. Carne seca, poi duro, y cabrito asado fue nuestro menú. Sobre la cresta del cráter, por encima de nuestras cabezas, se agitaba un mar de nubes guiadas por Ukiukiu. A pesar de que este mar de nubes pasaba incesantemente sobre las crestas, nunca llegaba a atenuar la luz de la luna, pues el calor que emanaba del cráter deshacía las nubes a la misma velocidad con que éstas llegaban. A la luz de la luna vimos cómo el ganado que pastaba en el cráter se nos acercaba atraído por nuestra hoguera. Son vacas increíblemente gordas, pero que raramente beben agua, pues les es suficiente con el rocío que cada mañana se acumula sobre la hierba. A causa de este rocío nos sentíamos mucho más cómodos en la tienda de campaña que al aire libre, y nos dormimos oyendo los *hulas* que cantaban nuestros vaqueros hawaianos, por cuyas venas, sin lugar a dudas, corría la sangre de Maui, su valiente antepasado.

La cámara no puede hacer justicia a la Casa del Sol. La sutil química de la fotografía quizá no mienta, pero tampoco explica toda la verdad. El Koolau Gap aparece fielmente reproducido, exactamente como fue captado por la retina de la cámara, pero en la fotografía resultante se pierden las proporciones y las gigantescas dimensiones del lugar. Estas paredes que aparentan una altura de unos centenares de metros, miden varios miles; la punta de esa nubecilla tiene tres kilómetros de ancho, mientras que el total es un verdadero océano; y este primer plano de un cono secundario y cenizas, de aspecto anodino y sucio, en realidad está salpicado por hermosos tonos rojizos, rosa de terracota, amarillo ocre, y negro púrpuro. Por otra parte, las palabras también son inútiles y pueden hacer que me desespere. Decir que la pared de un cráter tiene una altura de setecientos metros es exactamente eso, que tiene setecientos metros de altura; pero la pared del cráter no puede reducirse a fríos números, es mucho más que eso. El sol está a una distancia de ciento cincuenta millones de kilómetros pero para el común de los mortales es probable que la provincia vecina esté mucho más lejos que eso. A la mente humana no le es fácil concebir la realidad del sol. Y lo mismo le sucede con la Casa del Sol. El Haleakala comunica al alma humana un mensaje de belleza y grandiosidad que ésta luego será incapaz de transmitir. Kolikoli está a seis horas de Kahului; Kahului está a una noche de viaje desde Honolulu; Honolulu está a seis días de San Francisco; y aquí estamos.

Escalamos las paredes del cráter, hicimos pasar a los caballos por lugares totalmente imposibles, hicimos rodar piedras, y cazamos cabras salvajes. Yo no cacé ninguna cabra, estaba demasiado ocupado haciendo rodar piedras. Recuerdo especialmente un lugar en el que empujamos una piedra del tamaño de un caballo. Empezó a descender rodando a una buena velocidad, dando tumbos y amenazando con encallarse; pero al cabo de unos minutos surcaba los aires en un salto de más de sesenta metros. Cada vez se iba haciendo más pequeña hasta que dio contra una pequeña ladera de arena volcánica; la cruzó como si fuese un conejo a la carrera dejando tras de sí una estela de polvo amarillo. La piedra y el polvo fueron disminuyendo de tamaño, hasta que alguien del grupo dijo que ya se había detenido. Pero lo que pasaba era que ya no podía verla. Había desaparecido en la lejanía más allá de su capacidad visual. Otros afirmaron ver cómo seguía

rodando, yo estoy seguro de que era cierto; es más, estoy convencido de que esa piedra aún sigue rodando.

El último día que pasamos en el cráter, Ukiuki nos hizo una demostración de su fuerza. Arrolló a Naulu hasta detrás de sus posiciones, llenó la Casa del Sol de nubes hasta arriba, y nos dejó empapados. Nuestro pluviómetro era una taza de medio litro colocada bajo un pequeño orificio de la tienda. La lluvia de esa noche llenó la taza hasta desbordarla, y no había forma de medir la cantidad de agua que había empapado nuestras mantas. Con el pluviómetro inutilizado ya no había nada que nos obligase a permanecer allí; así que levantamos el campamento en la humedad gris del amanecer y nos dirigimos hacia el este cruzando la lava del Kaupo Gap. El este de la isla de Maui es poco más que una vasta colada de lava que surgió hace mucho tiempo del Kaupo Gap; y siguiendo su flujo hallamos una vía para descender desde una altura de dos mil doscientos metros hasta el mar. Tardamos todo un día en conseguirlo, y eso gracias a nuestros caballos; nunca había visto unos animales como éstos. Inspiraban seguridad en los peores lugares, nunca resbalaban, nunca perdían la cabeza, en cuanto encontraban un camino lo suficientemente ancho y llano como para correr, lo hacían. Nada podía detenerlos hasta que el camino volvía a hacerse peligroso, y entonces se detenían por sí mismos. A lo largo de todos esos días habían realizado una labor de las más duras, comiendo solamente por la noche el pasto que ellos mismos se buscaban, y ese último día recorrieron cuarenta y cinco kilómetros absolutamente extenuantes y galoparon hasta Hana como una manada de potros. Muchos de ellos habían crecido en las secas laderas de sotavento del Haleakala y jamás habían llevado herraduras. Día tras día, y durante toda la jornada, sin herraduras, habían caminado sobre las afiladas rocas de lava, con el peso extra de un hombre sobre su grupa, y sus cascos estaban en mejor estado que los de los caballos herrados.

El recorrido entre Vieiras's (donde el Kaupo Gap desemboca al mar) y Hana, efectuado por nosotros en medio día, bien vale una semana o un mes; pero, por muy salvajemente hermoso que sea, se vuelve pequeño y anodino si lo comparamos con el lugar maravilloso que se extiende más allá de las plantaciones de caucho entre Hana y el Honomanu Gulch. Hacen falta dos días para recorrer ese maravilloso trayecto en la cara de barlovento del Haleakala. La gente que vive allí lo llama «el país de la cañada», un nombre no muy atractivo, pero no tiene otro. Nadie se acerca nunca por aquí. Nadie sabe nada acerca de este lugar. A excepción de un puñado de hombres cuyos asuntos les traen por aquí, nadie ha oído hablar nunca de este lugar de Maui. Pero una cañada es una cañada, generalmente cenagosa, y que se prolonga por lugares monótonos y carentes de interés. Pero la Cañada de Nahiku no es una cañada ordinaria. La región de barlovento del Haleakala está surcada por miles de gargantas por las que discurren otros tantos torrentes, cada uno con sus propios saltos y sus propias cascadas antes de llegar al mar. Aquí cae más lluvia que en ningún otro lugar del mundo. En 1904, la pluviosidad anual fue de mil setenta centímetros. Agua significa azúcar, y el azúcar es el producto clave para la economía de Hawai, de ahí la Cañada de Nahiku, que no es realmente una cañada sino una sucesión de túneles. El agua viaja bajo tierra, aparece solamente a intervalos para saltar una garganta, cruza el aire encerrada en la tubería de un acueducto y sigue cruzando a través de la siguiente montaña. A esta magnífica conducción de agua la llaman «cañada», pero con la misma precisión también podríamos llamar coche de feria a la embarcación real de Cleopatra.

En la región de la cañada no hay ninguna carretera, y antes de que la cañada fuese construida, o excavada, ni siquiera había caminos de herradura. Una pluviosidad de cientos de centímetros anuales, sobre un suelo fértil, y bajo un sol tropical, implica una vegetación selvática y exuberante. Un hombre a pie y abriéndose camino en esta jungla, quizá podría avanzar un kilómetro y medio al día, pero al cabo de una semana estaría destrozado y tendría que apresurarse a regresar a su punto de origen antes de que la vegetación volviese a cubrir la ruta que se había abierto. O' Shaughnessy fue el intrépido ingeniero que conquistó la selva y las gargantas, trazó la cañada y construyó el camino de herradura. Lo construyó a conciencia, con cemento y ladrillos, y creó una de las obras hidráulicas más sorprendentes del mundo. Mediante un sistema de canales subterráneos se consigue que cada torrente vaya a converger al cauce principal. Pero a veces llueve tanto que es necesario disponer de rebosaderos por los que el agua sobrante pueda ir directamente al mar.

El camino de herradura no es muy amplio. Al igual que el ingeniero que lo construyó, pasa por todas partes. Donde la conducción de agua pasa a través de una montaña, el camino la escala; cuando el agua cruza una garganta en una tubería, el camino se aprovecha de la circunstancia y

pasa por encima de la misma tubería. Este sendero no duda en hacernos subir o bajar por los más increíbles precipicios. Sigue su estrecha ruta por las paredes, esquivando las cascadas o pasando por debajo de ellas mientras el agua atruena con su blanca furia; sube cientos de metros por una pared y luego desciende más por otra. Y estos maravillosos caballos de montaña son tan desconcertantes como el propio sendero. Recorrerlo al trote corto es algo así como un desafío, dado que la lluvia hace que el suelo sea resbaladizo, y los caballos serían capaces de ponerse a galopar resbalándoles las patas traseras si les dejásemos hacerlo. Este camino solamente es recomendable para aquellos que tengan nervios de acero y una cabeza suficientemente fría. Uno de nuestros vaqueros estaba considerado como el más fuerte y duro del rancho principal. Durante toda su vida había montado caballos de montaña en las escarpadas laderas del oeste del Haleakala. Era el primero en domar caballos; y cuando los demás se tomaban un respiro, él se entretenía montando un toro salvaje. Tenía una buena reputación. Pero nunca había cabalgado la cañada de Nahiku. Allí fue donde perdió su reputación. Cuando encaró el primer acueducto, que cruzaba una garganta capaz de erizarle los pelos a cualquiera -estrecho, sin barandillas, con una impresionante cascada por arriba, otra por debajo, un brutal salto de agua enfrente, el aire lleno de salpicaduras y rociones, y envuelto por un estruendo sobrecolector-, el vaquero se bajó del caballo, nos explicó que tenía mujer y dos hijos, y cruzó a pie dejando que el caballo fuese detrás de él.

Lo único destacable de los acueductos era el precipicio, y lo único destacable del precipicio era el acueducto, excepto cuando la conducción de agua pasaba bajo tierra, en cuyo caso hacíamos cruzar a los caballos y jinetes de uno en uno por unos puentes primitivos que temblaban y crujían cada vez que pasaba alguien. He de reconocer que al principio pasaba por estos sitios con mis pies fuera de los estribos, pero luego consideré que llevar los pies sueltos sobre precipicios de más de quinientos metros no era lo mejor que podía hacer. He dicho «al principio»; porque, al igual que en el cráter propiamente dicho se perdía fácilmente la apreciación de las magnitudes, en la cañada de Nahiku perdimos fácilmente el miedo a las alturas. La ininterrumpida sucesión de alturas y profundidades produce un estado mental en el que dichas alturas y profundidades se aceptan como características ordinarias de la propia existencia; y estar montado en un caballo y mirar hacia abajo por un precipicio de cien o ciento cincuenta metros se convierte en algo habitual y no produce ninguna sensación. Y con la misma tranquilidad que el sendero y los caballos, fuimos avanzando por alturas tremendas y pasando junto a grandes cascadas o a través de ellas.

¡Vaya cabalgada! Caía agua por todas partes. Pasamos por encima de las nubes, por debajo de las nubes, y ¡por dentro de las nubes! y a cada momento un rayo de sol penetraba como una linterna hasta las insondables profundidades que se abrían junto a nosotros o iluminaba algunas de las puntas de la cresta del cráter que se alzaba a cientos de metros más arriba. En cada curva del camino nos topábamos con una cascada, o con una docena de cascadas, que se desplomaban cientos de metros por el aire haciendo que se nublase nuestra visión. En el primer lugar en el que acampamos para pasar la noche, Keanae Gulch, contamos treinta y dos cascadas sin movernos de sitio. Esta tierra salvaje está totalmente recubierta por la vegetación. Hay bosques de *koa* y de *koea*, y de árboles de nuez de aceite; también hay unos árboles llamados *ohia-ai*, que producen unas manzanas blandas, jugosas y muy sabrosas. Por todas partes encontramos bananos silvestres que cuelgan del interior de las gargantas y se doblan por el peso de sus racimos de frutos maduros; y es frecuente que éstos caigan sobre el camino hasta bloquearlo. Por encima de la selva surge un verde mar de vida, una infinita variedad de especies de plantas trepadoras, algunas flotan en el aire, como filamentos de encaje, desde las ramas más altas; otras se enrollan a los árboles como grandes serpientes; y una, la *ei-ei* que es algo así como una palmera trepadora, tiene un tallo que crece de rama en rama y de árbol a árbol, estrangulando todos los soportes en que se apoya. En este océano verde destacan también las delicadas formas de los árboles helecho y las flores escarlatas de la lehua. En el estrato inferior de esta selva abundan esas hermosas plantas multicolores que en los Estados Unidos podemos ver preciosamente conservadas en los invernaderos. De hecho, la región de la cañada de Maui no es más que un gigantesco invernadero. Aquí encontramos todas las especies de helechos que conocemos, y muchas otras que nos son totalmente desconocidas, desde las más pequeñas hasta las más grandes, incluyendo las que pueden llegar a cubrir hectáreas con un espesor de uno o dos metros para desesperación de los leñadores.

Nunca había hecho una ruta semejante. Duró dos días, y cuando fuimos a parar a una carretera, regresamos al rancho a galope tendido. Ya sé que es cruel hacer galopar a los caballos después de

una travesía tan larga y tan dura; pero en vano nos hubiesen salido ampollas en las manos si hubiésemos intentado frenarlos. Éste es el tipo de caballos que se crían en Haleakala. En el rancho celebramos una gran fiesta con derribo y marcado de reses, doma de potros, etc. Sobre nuestras cabezas, Ukiukiu y Naulu volvían a enfrentarse, y mucho más arriba, a pleno sol, se alzaba la orgullosa cima del Haleakala.

CAPÍTULO IX

LA TRAVESÍA DEL PACÍFICO

De las islas Sandwich a Tahití.- Existen grandes dificultades para efectuar esta travesía cruzando los alisios. Los balleneros y todos los demás dudan que se pueda llegar a Tahití desde las islas Sandwich. El capitán Bruce indica que un navío deberá dirigirse hacia el norte hasta dar con el viento y poder poner rumbo hacia su destino. En la travesía que efectuó entre estas islas en noviembre de 1837, no encontró vientos variables en las proximidades del ecuador hacia el sur, y en ningún momento pudo poner rumbo este, a pesar de que lo intentó por todos los medios.

Así se expresan las *Instrucciones para la Navegación* en el Pacífico Sur; y esto es todo lo que dice. No hay ni una palabra más de ayuda para el navegante que pretenda realizar esta larga travesía, ni dice nada acerca de la travesía desde Hawai hasta las Marquesas, que están a unas ochocientas millas al norte de Tahití y a las que es mucho más difícil llegar. Me imagino que la razón por la que no se dan más indicaciones es porque se supone que ningún viajero pretenderá intentar una travesía tan difícil por sus propios medios. Pero lo imposible no es obstáculo para el *Snark*, principalmente por el hecho de que cuando leímos este pequeño párrafo en las *Instrucciones para la Navegación* ya habíamos zarpado. Partimos de Hilo, Hawai, el 7 de octubre, y llegamos a Nuku-hiva, en las Marquesas, el 6 de diciembre. La distancia era de dos mil millas a vuelo de cuervo, pero nosotros navegamos por lo menos cuatro mil millas para llegar a destino, demostrando una vez más que la distancia más corta entre dos puntos no es siempre la línea recta. Si hubiésemos pretendido ir directamente hacia las Marquesas habríamos recorrido cinco o seis mil millas.

Una cosa teníamos muy clara: no queríamos cruzar el ecuador más allá del meridiano 130° de longitud oeste. Cruzar el ecuador al oeste de ese punto, si los alisios del sudeste soplasen realmente hacia el sudeste, nos llevarían tan a sotavento de las Marquesas que luego sería casi imposible regresar. Además, no había que olvidarse de la corriente ecuatorial que avanza hacia el oeste a una velocidad de doce a setenta y cinco millas al día. Sería una situación bastante comprometida encontrarse a sotavento de nuestro destino y con semejante corriente de proa. No, no podíamos pasarnos ni un grado ni un minuto de los 130° oeste. Pero dado que confiábamos encontrar los alisios del sudeste a una latitud de 5-6° norte (que si realmente soplaban hacia el sudeste o hacia el sursudeste, harían que tuviésemos que mantener un rumbo de sursudoeste), teníamos que seguir hacia el este, al norte del ecuador, y al norte de los alisios del sudeste hasta que alcanzásemos como mínimo una longitud de 128° oeste.

Había olvidado mencionar que nuestro motor de gasolina de setenta y cinco caballos, como de costumbre, se había averiado, y que para nuestra navegación solamente podíamos contar con el viento. Tampoco funcionaba el motor de la lancha. Y, puestos a hablar del tema, he de confesar que el motor de cinco caballos que hacía funcionar las luces, ventiladores y bombas, también estaba en la lista de los aparatos inutilizados. Se me ha ocurrido un divertido título para un nuevo libro y no puedo sacármelo de la cabeza ni de día ni de noche. Debería escribir algún día un libro que se titulase «Alrededor del mundo con tres motores de gasolina y una esposa». Pero me temo que nunca llegue a escribirlo, pues quizás heriría los sentimientos de algunos de los jóvenes caballeros de San Francisco, Honolulu, y Hilo, que aprendieron sus oficios a costa de los motores del *Snark*.

Sobre el papel era muy sencillo. Aquí estaba Hilo, y allí estaba nuestro objetivo, 128° de longitud oeste. Con los alisios de nordeste podríamos navegar en línea recta entre ambos puntos, e incluso podríamos ir de empopada durante algún tiempo. Pero uno de los principales problemas de los alisios es que uno nunca sabe dónde va a encontrarlos y en qué dirección exacta van a soplar. Nosotros encontramos el alisio del nordeste poco después de salir del puerto de Hilo, pero la

miserable brisa estaba hacia el este. También estaba la corriente del norte del ecuador avanzando hacia el oeste como un río turbulento. Además, para un barco pequeño, navegar a vela y con una fuerte corriente de proa no son precisamente condiciones idóneas. Sube y baja sin parar, y sin llegar a ninguna parte. Las velas están llenas y tensas, cada dos por tres sumerge el pasamanos de sotavento bajo el agua, y el barco se agita, brinca, y levanta rociones, y esto es todo. Cada vez que avanza y empieza a ganar velocidad se estrella contra una montaña de agua y vuelve a quedarse parado. Por lo tanto, con el *Snark*, la resultante de su pequeño tamaño, del desplazamiento hacia el este, y de la fuerte corriente ecuatorial, fue un amplio arco hacia el sur. No es que fuese muy hacia el sur, pero la forma en que avanzaba hacia el este tendía a confundirnos. El 11 de octubre avanzó cuarenta millas hacia el este; el 12 de octubre, quince millas; el 13 de octubre, no avanzó hacia el este; el 14 de octubre, treinta millas; el 15 de octubre, 16 millas; y el 17 de octubre avanzó cuatro millas hacia el oeste. Por lo tanto, en una semana habíamos avanzado ciento quince millas hacia el este, lo cual equivale a dieciséis millas diarias. Pero entre la longitud de Hilo y la de 128° oeste hay una diferencia de 27° o, lo que es lo mismo, unas mil seiscientas millas. A razón de dieciséis millas diarias, tardaríamos unos cien días en recorrer esa distancia. Y aún así, nuestro objetivo, los 128° de longitud oeste, estaría a cinco grados de latitud norte, mientras que Nuku-hiva, en las Marquesas, está a nueve grados de latitud sur y a doce grados al oeste del meridiano que nos habíamos marcado como primera meta.

Solamente podíamos hacer una cosa: ir hacia el sur para salir de los alisios y entrar en los vientos variables. Es cierto que el capitán Bruce no encontró vientos variables en su travesía y que «nunca logró poner rumbo hacia el este». En nuestro caso era o los variables o nada, y rezábamos por tener mejor suerte de la que él tuvo. Los vientos variables soplan en una franja del océano situada entre los alisios y las calmas ecuatoriales, y se cree que están formados por las masas de aire caliente que se elevan en las calmas ecuatoriales, se desplazan a gran altura con los vientos contrarios a los alisios, y luego descienden hasta correr sobre la superficie del océano que es donde los encontramos. Y se encuentran... donde se encuentran; y dado que están comprimidos entre los alisios y las calmas ecuatoriales, fácilmente pueden cambiar de zona de un día a otro y de un mes a otro.

Encontramos los vientos variables a 11° de latitud norte, y a 11° de latitud norte mostramos una cierta desconfianza hacia ellos. Al sur teníamos las calmas ecuatoriales. Al norte estaba el alisio del nordeste que se negaba a soplar del nordeste. Iban pasando los días y el *Snark* siempre estaba cerca del paralelo 11°. Los variables eran realmente muy variables. De repente el viento rolaba y nos dejaba en calma durante cuarenta y ocho horas. Luego volvía a soplar, nos impulsaba durante tres horas, y volvía a dejarnos cuarenta y ocho horas más en calma. Luego -¡hurra!- soplaban un viento del oeste, fresco, maravillosamente fresco, y hacía avanzar rápido al *Snark* dejando una estela sobre las aguas y arrastrando la corredera perfectamente a popa. Al cabo de media hora, cuando ya nos estábamos preparando para izar el *spinnaker*, el viento sopló un par de rachas flojas y se extinguió. Y así iban las cosas. Nos abrazábamos optimistas cada vez que soplaban una racha de aire que durase más de cinco minutos; pero nunca pasaba de ahí. Las rachas siempre se extinguían.

Pero hubo excepciones. En los variables, si se espera lo suficiente, siempre acaba sucediendo algo, y nosotros llevábamos abundancia de agua y provisiones, por lo que podíamos permitirnos esperar. El 26 de octubre avanzamos ciento tres millas hacia el este, y lo estuvimos comentando durante varios días. Una vez nos llegó un moderado temporal del sur que nos ayudó a recorrer setenta y dos millas más hacia el este, y que se extinguió al cabo de ocho horas. Y entonces, justo cuando estaba volviendo la calma, el viento empezó a soplar directamente del norte (el cuadrante opuesto), y nos permitió ganar otro grado hacia el este.

Hace muchos años que ningún velero ha intentado realizar esta travesía, y nos encontramos en medio de una de las zonas más solitarias del océano Pacífico. Durante los sesenta días que duró nuestra travesía no vimos ni una vela ni una chimenea humeante que surcasen el horizonte. Un barco averiado podría quedarse en estas aguas durante generaciones sin que nadie acudiese a rescatarlo. La única posibilidad de rescate podría provenir de una embarcación como el *Snark*, y el motivo de que el *Snark* se encontrase por aquí se debía a que antes de zarpar nadie había leído aquel párrafo de las *Instrucciones para la Navegación*. Si uno se mantiene perfectamente erguido sobre cubierta, desde sus ojos hasta el horizonte habría una distancia de tres millas y media en línea recta. Por lo tanto, mirando a nuestro alrededor resultaba que estábamos en el centro de un

círculo de siete millas de diámetro. Dado que siempre estábamos en el centro, y siempre estábamos en continuo movimiento, veíamos multitud de círculos. Pero todos estos círculos eran idénticos. No había islotes, lejanos acantilados, o lonas izadas al viento que rompiesen la absoluta simetría de esa curva ininterrumpida.

El mundo se difuminaba a medida que iban pasando las semanas. El mundo se difuminó hasta que para nosotros solamente llegó a existir el pequeño mundo del *Snark*, flotando en la inmensidad del mar con sus siete almas a bordo. Nuestros recuerdos del mundo, del gran mundo, eran como sueños de vidas anteriores que hubiésemos vivido antes de nacer en el *Snark*. Cuando ya llevábamos algún tiempo sin disponer de verdura y fruta fresca, hablábamos de estas cosas en el mismo tono en que nmi padre comentaba la escasez de manzanas en su juventud. El hombre es una criatura de costumbres, y los del *Snark* habíamos adquirido el hábito del *Snark*. Cualquier elemento del barco o referente a él era algo lógico y natural, mientras que cualquier cosa ajena nos habría parecido molesta e insultante.

No había forma en que el gran mundo pudiese interferirnos. Nuestra campana tocaba las horas, pero nadie atendía a su llamada. No esperábamos a nadie a comer, no había telegramas ni insistentes llamadas telefónicas que perturbasen nuestra intimidad. No teníamos compromisos que atender, ni trenes que pudiésemos perder, y no había periódicos matutinos con los que pudiésemos perder el tiempo enterándonos de lo que les sucedía a los restantes mil quinientos millones de seres humanos.

Pero no era aburrido. Siempre teníamos muchas cosas que arreglar en nuestro pequeño mundo, y, al contrario que el gran mundo, nuestro pequeño mundo tenía que ser pilotado para que siguiese su curso por el espacio. Además, también nos podíamos topar con algunas alteraciones cósmicas que tendríamos que afrontar, como la de no molestar a la gran Tierra en su suave órbita por ese gran vacío sin vientos. Y vivíamos al instante, sin saber nunca lo que podía suceder al cabo de un momento. Y con eso ya teníamos variedad y alicientes de sobras. Así, a las cuatro de la mañana, relevé a Hermann al timón.

«Estenordeste -me dijo indicándome el rumbo-. Nos desviamos ocho grados, pero no estoy gobernando el barco.»

Pequeña maravilla. No existe ningún barco de vela que pueda ser gobernado con una calma absoluta.

«Sopló un poco de brisa hace un rato; quizá vuelva», me dijo Hermann optimista mientras se dirigía a proa para bajar a la cabina e irse a dormir.

La mesana está guardada y plegada. Por la noche, sea cual sea la dirección del viento, o su ausencia, ya nos ha fastidiado lo suficiente como para que además la dejemos rozar contra el palo, agitando ruidosamente su puño de amura y golpeando en el aire con todo tipo de estruendos. Pero la vela mayor sigue izada, y el foque y el foque volante tensan sus escotas con cada ligero soplo de la brisa. Las estrellas no están en su sitio. Giré la rueda del timón hasta colocarlo en la posición opuesta a la que lo había dejado Hermann, y todo volvió a la normalidad. No había nada más que pudiese hacer. No se puede hacer nada en un velero a la deriva en una calma absoluta.

Entonces noté un pequeño soplo en mi mejilla, suave, tan suave, que cuando me di cuenta ya había pasado. Pero luego vino otro, y otro, hasta que empezó a soplar una suave brisa. No tengo ni idea de cómo pueden captarla las velas del *Snark* pero lo hacen, pues en la bitácora veo cómo la aguja del compás empieza a moverse. En realidad no se mueve en absoluto pues el magnetismo terrestre se encarga de mantenerla en su sitio; es el *Snark* el que gira y pivota alrededor de este delicado instrumento encerrado en un recipiente de vidrio lleno de alcohol.

Así el *Snark* regresa a su curso. La brisa se transforma en un viento flojo. El *Snark* siente su fuerza y empieza a escorar un poco. Se nos viene encima una tormenta, y me doy cuenta de que las estrellas van desapareciendo. Paredes de oscuridad se ciernen sobre mí, de forma que, cuando desaparece la última estrella, la oscuridad se hace tan densa y tan real que me parece que si alargó los brazos podría llegar a tocarla. Cuando avanzo, noto cómo me roza la cara. El viento sigue soplando, y me alegro de que la mesana esté plegada. ¡Vaya!, esta ráfaga ya ha sido más fuerte. El *Snark* se mueve arriba y abajo hasta que mete el pasamanos en el agua y embarca todo el océano Pacífico. Tras cuatro o cinco de estas ráfagas me doy cuenta de que preferiría que el foque y el foque volante estuviesen arriados. El mar está empezando a picarse, las rachas son cada vez más fuertes y más frecuentes, y en el aire ya se palpa mucha humedad. No sirve de nada mirar a barlovento. La pared de oscuridad está al alcance de la mano. No veo nada y sólo puedo limitarme

a sentir las rachas de viento que llegan hasta el *Snark*. A barlovento se está generando algo grande y amenazador, y me da la sensación de que si me esforzase en ver a través de la oscuridad podría llegar a adivinar lo que pasa. Sensación inútil. Entre dos rachas dejo la rueda del timón y voy a la cabina para mirar el barómetro. Enciendo unas cerillas y leo «29-90». Este sensible instrumento se niega a dar cuenta de la perturbación que en estos momentos hace silbar toda la jarcia con su voz gutural. Regreso al timón justo en el momento en que viene otra racha, la más fuerte hasta ahora. Bueno, por lo menos tenemos viento y el *Snark* va a rumbo avanzando cada vez más hacia el este. Y por lo menos esto es bueno.

Me preocupan el foque y el foque volante, y habría preferido que estuviesen recogidos. Habría podido aprovechar mejor el viento y a la vez correr menos riesgos. El viento arrecia y trae gotas de agua que me llegan como perdigones. Llego a la conclusión de que voy a tener que llamar a toda la tripulación; vuelvo a considerarlo y decido esperar algo más. Quizás esto ya acabe enseguida, y los habría llamado para nada. Es mejor dejarlos dormir. Sigo gobernando el *Snark* y desde la oscuridad, en ángulo recto me llega un tremendo diluvio acompañado por los aullidos del viento. De repente todo se calma y me alegro de no haber despertado a los demás.

Apenas deja de soplar el viento cuando la mar se vuelve más gruesa. Las olas empiezan a romper, y el barco se mece como una boya. De repente, el viento sale de la negrura y sopla con más fuerza y velocidad que antes. ¡Si al menos supiese qué es lo que se oculta en la oscuridad a barlovento! El *Snark* empieza a acusar el endurecimiento de las condiciones y su pasamanos de sotavento pasa más tiempo bajo el agua que por encima de ésta. Más rachas y ráfagas de viento. Es el momento de llamar a los demás, ahora o nunca. Decido que *quiero* llamarlos. De repente me llega un roción de lluvia y no los llamo. Pero me siento muy solo aquí en la rueda del timón, guiando un pequeño mundo a través de esta rugiente oscuridad. Es una gran responsabilidad estar solo en la superficie de un pequeño mundo en momentos difíciles, y tomar todas las decisiones que puedan afectar a sus durmientes habitantes. Rechazo esta responsabilidad a medida que empiezan a soplar más rachas haciendo que el mar se encabrite y pase por cubierta hasta llegar a la bañera. El agua salada que choca contra mi cuerpo me parece extrañamente cálida y me llega con fantasmagóricos nódulos de luz fosforescente. Tendría que llamarlos a todos para que me ayudaran a reducir vela. ¿Por qué tienen que seguir durmiendo? Estoy loco si tengo remordimientos por despertarlos. Mi lógica se opone a mis sentimientos. Fueron mis sentimientos los que me dijeron «déjalos dormir». Sí, pero fue mi lógica la que respaldó mis sentimientos en esta decisión. Dejo que mi lógica invierta la decisión; y, mientras estoy especulando acerca de cuáles son las fuerzas que guían mi mente, el viento ha vuelto a cesar. Llego a la conclusión de que llamar a los demás solamente para estar más cómodo es algo que va contra todas las normas de la navegación; por lo tanto, decido no despertar a la tripulación y estudiar el comportamiento de las próximas rachas. Después de todo, es mi mente, por encima de lo demás, la que está postergándolo, midiendo sus conocimientos acerca de lo que el *Snark* puede llegar a soportar las rachas de viento que soplan contra él, y esperando a llamar al resto de la tripulación para enfrentarnos a unos vientos aún más fuertes.

La luz de un nuevo día, gris y violenta, atraviesa el techo de nubes y nos muestra un mar lleno de espuma que se aplanan bajo la presión de unos incesantes y crecientes aullidos. Y luego está la lluvia, que llena los valles de las olas con un humo lechoso y ayuda a aplanar las olas, las cuales sólo esperan que cesen el viento y la lluvia para poder crecer con más violencia que antes. Los demás se han despertado y suben a cubierta, entre ellos Hermann, con cara de satisfacción al ver la brisa que hemos encontrado. Le cedo la rueda del timón a Warren y empiezo a bajar a la cabina, aprovechando para recuperar la chimenea del horno que se había desmontado. Voy descalzo, y los dedos de mis pies han sido perfectamente entrenados en el arte de agarrarse a las superficies; pero cuando escoramos súbitamente y el pasamanos desaparece bajo las verdes aguas del océano, de repente me encuentro sentado sobre la inundada cubierta. Hermann, con su habitual sentido común, se permite indicarme que quizá no haya elegido el mejor sitio para descansar. Luego viene la siguiente ola y lo hace sentar de golpe y sin aviso previo. El *Snark* escora dando bandazos, y Hermann y yo intentamos proteger la chimenea de la cocina y somos arrastrados hacia los imbornales de sotavento. Después de esto puedo descender ya a la cabina, y mientras me cambio de ropas noto como me invade una gran satisfacción: el *Snark* avanza hacia el este.

No, hay algo más que monotonía. Cuando nos preocupaba llegar a alcanzar los 126° de longitud oeste, abandonamos los vientos variables y pusimos rumbo sur cruzando las calmas ecuatoriales,

donde el tiempo estaba mucho más calmado y donde, aprovechando la ventaja de cada racha de viento, solíamos poder recorrer unas pocas millas en algunas horas. Y de repente, algunos días pasábamos por algunos chubascos y veíamos muchos otros en la lejanía. Y cada chubasco nos caía encima como una maza capaz de hacer crujir al *Snark*. A veces nos atrapaba el centro de un chubasco y en otras ocasiones solamente rozábamos uno de sus flancos, y nunca sabíamos adónde ni cómo nos llevarían. Aquel chubasco que creció hasta cubrir la mitad del cielo y vino directa y amenazadoramente hacia nosotros para luego dividirse en dos tormentas que nos pasaron inocentemente por los flancos; o aquel otro pequeño e inocente chubasco que parecía no llevar más de un par de cubos de agua y unas pocas libras de viento, pero que luego empezó a crecer hasta adquirir unas dimensiones ciclópeas inundándonos con lluvia y haciendo que volásemos con el viento. También había chubascos muy traidores que crecían a nuestras espaldas y que desde una milla a popa nos empujaban hacia sotavento. A veces sucedía que nos llegaban dos chubascos a la vez, uno por cada banda, y recibíamos un buen empujón de cada uno de ellos. Un temporal puede volverse aburrido al cabo de unas horas, pero los chubascos nunca. Cuando se han vivido más de mil, cada nuevo chubasco es tan interesante como el primero, e incluso más. Son los principiantes los que no les tienen miedo. El marino experto respeta los chubascos. Sabe lo que son.

Fue precisamente en las calmas ecuatoriales donde nos sucedió uno de los hechos más preocupantes. El 20 de noviembre nos dimos cuenta de que, por alguna causa accidental, habíamos perdido la mitad de lo que quedaba de nuestras reservas de agua potable. Dado que ya habían transcurrido cuarenta y cinco días desde que zarpamos de Hilo, nuestras reservas de agua potable no eran ya muy abundantes. Perder la mitad era una catástrofe. Calculándolo a ojo, el agua que nos quedaba nos duraría unos veinte días. Pero estábamos en las calmas ecuatoriales y no había nada que nos indicase dónde estaban los alisios del sudeste, ni dónde podríamos alcanzarlos.

Pusimos unas esposas en la palanca de la bomba y cada día racionábamos el agua. Cada uno de nosotros recibía un litro para su uso personal y se le daban ocho litros al cocinero. Veamos las consecuencias psicológicas de esta situación. En cuanto nos dimos cuenta del problema del agua, yo, por ejemplo, empecé a sentir una sed agobiante. Me parecía que nunca en mi vida había estado tan sediento. Habría podido beberme mi litro de agua de un solo trago, y para evitarlo tenía que exprimir al máximo mi fuerza de voluntad. Pero yo no era el único. Todos nosotros hablábamos del agua, pensábamos en el agua, e incluso soñábamos con agua cuando dormíamos. Repasamos las cartas náuticas para ver si había alguna isla en la que pudiésemos recalar en caso de emergencia, pero no había tales islas. Las Marquesas eran las más próximas, y estaban al otro lado del ecuador, y de las calmas ecuatoriales, lo cual aún era peor. Estábamos a 3° de latitud norte, mientras que las Marquesas están a 9° de latitud sur -una diferencia de más de mil millas-. Además, las Marquesas están a unos catorce grados de longitud al oeste de nuestra posición. Un hermoso paseo para un puñado de seres cociéndose en el océano en el calor de las calmas ecuatoriales.

Colocamos unos cabos a ambas bandas entre los obenques del palo mayor y los de mesana, y los empleamos para sujetar la lona del toldo principal. La izamos con un aparejo, de forma que el agua que cayese sobre ella fuese hacia proa, donde podríamos recogerla con recipientes. Veíamos chubascos aislados que pasaban en la lejanía. Pasamos el día observando cómo se iban por estribor, por babor, por proa o por popa. Pero ninguno pasaba por encima de nosotros para descargar su agua. Por la tarde vimos un gran chubasco que venía hacia nosotros. A medida que se nos aproximaba sobre el océano empezó a abrirse y observamos cómo descargaba incontables miles de litros sobre sus aguas. Todos contemplábamos nuestro toldo y esperábamos. Warren, Martin, y Hermann formaban un grupo curioso. Estaban juntos, aguantándose en los obenques, meciéndose al ritmo de las olas y pendientes del chubasco que se aproximaba. Cada una de las posturas de sus cuerpos denotaba tensión, ansiedad e inquietud. A su lado estaba la lona, seca y vacía. Pero su estado de ánimo se vino abajo cuando el chubasco se dividió en dos, una parte nos pasó por proa, y la otra por popa hacia sotavento.

Pero por la noche llovió. Martin, cuya sed psicológica le había hecho beberse su litro de agua a primera hora, puso la boca directamente en la lona y bebió el trago más inmenso que he visto beber a nadie. El precioso líquido nos llegaba en grandes cantidades, y al cabo de dos horas ya habíamos podido recoger y almacenar unos quinientos litros. Es curioso, pero en el resto de nuestro viaje hasta las Marquesas no volvió a caer a bordo ni una sola gota de agua. Si aquel

providencial chubasco hubiese pasado de largo, las esposas habrían seguido en la palanca de la bomba y habríamos estado muy ocupados empleando nuestra gasolina para destilar agua de mar.

Y luego estaba el asunto de la pesca. No había que ir en su busca, venía por sí misma. Para pescar bonitos de cinco a diez kilos no hacía falta más que un anzuelo de acero de siete centímetros, afirmado a una línea resistente y con un trozo de trapo blanco como cebo. Los bonitos comen peces voladores, por lo que no estaban acostumbrados a morder el anzuelo. Luchaban como las más fuertes presas de la pesca de altura, y el primer tirón que pegan es algo que nadie que los haya pescado podrá olvidar. Además, los bonitos son verdaderos caníbales. En cuanto uno se engancha en el anzuelo es inmediatamente atacado por sus compañeros. Era muy frecuente que sacásemos bonitos en cuyo cuerpo se observaban heridas muy recientes y del tamaño de una taza de té.

Un banco de bonitos, integrado por varios miles de estos peces, permaneció día y noche junto a nosotros durante más de tres semanas. Ayudados por el *Snark* se dedicaban a depredar a sus anchas dejando en el océano una franja de destrucción de media milla de amplitud y mil quinientas millas de longitud. Se colocaban por las amuras a ambas bandas del casco, cazando a los peces voladores que se levantaban a nuestro paso. Dado que constantemente perseguían a los peces voladores que sobrevivían varios vuelos, siempre estaban adelantando al *Snark*. A cada momento podíamos mirar a popa y ver cómo en el frente de una ola se destacaban sus plateados cuerpos justo debajo de la superficie. Cuando ya habían comido lo suficiente les gustaba aprovechar la sombra del barco o de sus velas, y siempre teníamos algo así como un centenar navegando a nuestro lado en el lugar más fresco.

Pero ¡pobres peces voladores! Perseguidos y comidos vivos por los bonitos y los dorados, intentaban salvarse volando por los aires y allí eran atacados implacablemente por las aves marinas que los hacían volver al agua. Bajo los cielos no había ningún refugio para ellos. Para los peces voladores, el vuelo no es un juego. Es un asunto de vida o muerte. Mil veces al día podíamos alzar la vista y contemplar la tragedia con nuestros propios ojos. Los rápidos movimientos de un proyectil bajo el agua llaman la atención de cualquiera. Si nos fijamos en lo que pasa bajo la superficie, veremos a un dorado lanzado en salvaje persecución. Justo delante de él, una vibrante franja plateada sale disparada hacia el aire -un delicado y orgánico mecanismo volador, dotado de sentidos, capacidad de orientación y amor a la vida-. El proyectil se lanza a por él y falla, y el pez volador, desplegando sus aletas para ganar altura contra el viento, describe un semicírculo en el aire y vuela hacia sotavento con un suave deslizamiento. Por debajo de él vemos la espuma de la estela del dorado. Está siguiendo con la vista al brillante desayuno que se le escapa navegando por un medio distinto al suyo. No puede ascender en su busca, pero es un cazador pertinaz y sabe que, tarde o temprano, ese pez volador tendrá que regresar al agua. Y entonces ¡desayuno! Nos daban mucha pena los pobres peces voladores. Era duro ver una matanza tan sórdida y sangrienta. Y luego, durante las guardias nocturnas, cuando un pequeño y brillante pez volador chocaba contra la vela mayor y caía boqueando sobre cubierta, nosotros caíamos sobre él con la misma rapidez, con la misma ferocidad, igual de voraces que los dorados y los bonitos. Pues es sabido que los peces voladores constituyen uno de los desayunos más apetitosos. Siempre me ha sorprendido que una carne tan deliciosa no haga que sea igualmente deliciosa la de sus devoradores. Quizá los dorados y los bonitos sean más fibrosos debido a la gran velocidad a la que han de nadar para alcanzar a sus presas. Pero el caso es que los peces voladores también alcanzan grandes velocidades para escapar de ellos.

De vez en cuando capturábamos algún tiburón, y para ello empleábamos grandes anzuelos que fijábamos a un trozo de cadena empalmada a un cabo. Y los tiburones suponen también peces piloto, rémoras, y diversos tipos de seres parásitos. Tienen ojos de tigre y doce hileras de dientes afilados como hojas de afeitar; algunas especies se sabe que son capaces de devorar seres humanos. Por otra parte, nosotros, la tripulación del *Snark*, estamos convencidos de que el guiso de tiburón con tomate es muy superior al de muchas de las demás especies de peces que hemos llegado a comer durante la travesía. En las calmas, a veces capturábamos un pez al que el cocinero japonés llamaba *haké*. Y una vez, pescando al curricán con una cucharilla que arrastrábamos a unas cien yardas a popa, capturamos un pez con forma de serpiente, de más de un metro de largo y sólo unos siete centímetros de diámetro, con cuatro largos dientes en sus mandíbulas. Resultó ser el pez más delicioso -en sabor y en olor- de cuantos jamás hayamos comido a bordo.

Pero el mejor complemento para nuestra despensa fue una tortuga verde; pesaba unos cincuenta kilos y nos llenó nuestra mesa con excelentes filetes, sopas, y estofados, y finalmente con un maravilloso curry que hizo que toda la tripulación comiese más arroz de la cuenta. Localizamos la tortuga a barlovento, descansando plácidamente en la superficie en medio de un gran banco de dorados. Era, sin lugar a dudas, una tortuga pelágica, pues la tierra más cercana estaba a más de mil millas de distancia. Desviamos al *Snark* de su rumbo para alcanzarla, y Hermann fue el encargado de realizar la captura. Al izarla a bordo, comprobamos que tenía varias rémoras adheridas al peto de su caparazón y que en la base de sus aletas anidaban unos cangrejos de gran tamaño. Ya durante la primera comida, la tripulación del *Snark* decidió por unanimidad que el rumbo del *Snark* sería alterado cada vez que avistásemos una tortuga.

Pero el rey de los peces pelágicos es el dorado. No hay dos ocasiones en que presente el mismo color. Cuando nada en el mar, es una criatura etérea de color azul muy claro, con una li brea maravillosa. Pero eso no es nada comparado con lo que es capaz de conseguir. Unas veces puede mostrarse verde -verde claro, verde oscuro, verde fosforescente-; otras, azul -azul oscuro, azul eléctrico, toda la gama de azules-. Cuando se pesca uno con el anzuelo, se vuelve dorado, amarillo dorado, completamente dorado. Al dejarlo sobre cubierta recorre todo el espectro, pasando por increíbles tonalidades de azul, verde y amarillo, y entonces, súbitamente, adquiere un tono blanquecino y fantasmagórico salpicado de pequeños puntos azules muy brillantes, y uno se da cuenta de que parece una trucha. Pero del blanco vuelve a pasar por toda la gama de colores hasta acabar en una tonalidad madreperla.

A los aficionados a la pesca de altura les recomiendo sin reservas la del dorado. Naturalmente, lo correcto es practicarla con caña, hilo y carrete. El mejor anzuelo es el del n.º 7, como los O'Shaughnessy para la pesca del tarpón. Al igual que para el bonito, la presa favorita del dorado es el pez volador, y se lanza a por el cebo como una flecha. La primera señal es cuando el carrete empieza a rechinar y se ve que el hilo se mueve en ángulo recto con respecto al curso del barco. Antes de que uno pueda plantearse si dispone de suficiente sedal, el pez sale disparado por los aires y realiza una acrobática sucesión de saltos. Dado que estos peces suelen medir más de un metro de longitud, podrá imaginarse el trabajo que cuesta llegar a traer un pez tan combativo hasta cubierta. Al engancharse, siempre se vuelve de color dorado. Con sus saltos lo que pretende es liberarse del anzuelo, y si la persona que maneja la caña no nota que su corazón late cada vez con más fuerza al observar los saltos de ese hermoso pez dorado y la forma en que se debate en el aire, es que es de hielo o que tiene los sentidos atrofiados. ¡Cuidado con aflojar! Si no se mantiene la tensión del sedal, en uno de sus saltos se liberará del anzuelo e irá a parar a diez metros de distancia. Mantenga el sedal tenso, y realizará otra carrera que culminará también en una serie de saltos. En ese momento es cuando uno se preocupa por el sedal y quisiera tener trescientos metros en vez de los doscientos que caben en el carrete. Jugando con cuidado se puede mantener el sedal, y al cabo de una hora de excitación el pez puede ser recogido con el bichero. Uno de los dorados que yo pesqué desde el *Snark* medía un metro treinta y ocho centímetros.

Hermann capturaba los dorados de una forma mas prosaica. No necesitaba más que un sedal de mano y un trozo de carne de tiburón. El hilo era muy grueso y lo aguantaba con la mano, pero en más de una ocasión se le rompió y perdió su presa. Un día, un dorado rompió el sedal y se fue con un cebo construido por Hermann y en el que había empleado cuatro anzuelos O' Shaughnessy. Al cabo de una hora pescamos ese mismo dorado con el curricán y al abrirlo recuperamos los anzuelos. Los dorados nos siguieron durante un mes, pero nos abandonaron al norte del ecuador y ya no vimos ninguno más durante el resto de la travesía.

Los días iban pasando. Había tanto que hacer que nunca nos sobraba tiempo. Si hubiésemos tenido poco trabajo, el tiempo quizá no nos habría obsequiado con esos maravillosos paisajes de mar y de nubes -amaneceres que parecían incendios en ciudades imperiales bajo unos arcos iris que se curvaban cerca del cenit; puestas de sol que bañaban el mar purpúreo con ríos de luz rosada procedentes de un sol cuyos rayos más divergentes, en dirección al cielo, eran del más puro color azul-. Durante las horas cálidas del día, el mar era como una tela de color azul satinado en la que los rayos del sol penetraban hacia las profundidades en forma de haces de luz. A popa, y a bastante profundidad, cuando hacía viento, burbujaba una procesión de espectros de color turquesa lechoso: la espuma atrapada por el casco del *Snark* cada vez que embestía contra el mar. Por la noche esta estela era fosforescente debido al plancton resentido por el movimiento del barco, mientras que a mayor profundidad veíamos el incesante desfile de cometas con largas, ondulantes

y nebulosas colas, causado por el paso de los bonitos entre el plancton luminiscente. Y, a cada momento, de entre la oscuridad, a ambos lados del barco, justo bajo la superficie, grandes organismos fosforescentes emitían destellos luminosos, brillando cada vez que los atolondrados bonitos chocaban con ellos en sus correrías de caza cerca de la proa.

Finalizamos nuestra singladura hacia el este, cruzamos las calmas ecuatoriales hacia el sur y encontramos viento fresco hacia el sudoeste. Llevados por un viento tan oblicuo podríamos haber pasado de largo las Marquesas dejándolas muy por el oeste. Pero al día siguiente, el martes 26 de noviembre, en medio de un fuerte chubasco, el viento roló repentinamente hacia el sudeste. Por fin habíamos dado con los alisios. Ya no vendrían más chubascos, solamente buen tiempo, buen viento, y la corredera girando a toda velocidad, con las escotas amolladas, y con el *spinnaker* y la mayor una a cada banda e hinchadas por el viento. El alisio fue rolando más y más hasta que al final acabó soplando del nordeste, lo que nos permitió mantener un rumbo constante hacia el sudoeste. Después de diez días en estas condiciones, vimos tierra a las cinco de la mañana del 6 de diciembre y *exactamente allí donde tenía que estar*, a proa. Pasamos a sotavento de Ua-huka, doblamos la punta sur de Nuku-hiva, y esa noche, en medio de un chubasco y de la más absoluta oscuridad, fondeamos en las someras aguas de la bahía de Taiohae. El sonido del ancla fue contestado por las cabras que viven en los acantilados, y el aire que respiramos estaba inundado por el aroma de las flores. Habíamos conseguido realizar la travesía. Sesenta días de un archipiélago a otro, cruzando un océano solitario en el que ninguna vela interrumpiera sus vastos horizontes.

CAPÍTULO X

TYPEE

Hacia el este, Ua-huka estaba siendo cubierta por un chubasco de tarde que estaba adelantando rápidamente al *Snark*. Pero nuestro pequeño barco hinchaba su *spinnaker* con el alisio del sudeste y le sacaba el máximo partido.

Teníamos el cabo Martin, el extremo sudeste de Nuku-hiva, de través, y la bahía de Comptroller se abría a medida que pasábamos por su amplia entrada. Allí estaba la Sail Rock, que a muchos les recordaba la vela de un bote salmonero del río Columbia, y que frenaba el chubasco del sudeste manteniendo el buen tiempo en la bahía.

-¿Tú qué crees que parece? -le pregunté a Hermann, que estaba al timón.

-Un barco de pesca, señor -me contestó tras observarla detenidamente.

Y en la carta náutica lo indicaba muy claramente: «Sail Rock». Pero lo que más nos interesaba era el interior de la bahía de Comptroller, donde nuestros *ojos* escudriñaban las tres ensenadas, y especialmente la central, donde la creciente penumbra apenas nos permitía vislumbrar las oscuras paredes del valle que penetraba tierra adentro: el valle de Typee. En la carta estaba señalado como «Taipi», y ésa es su denominación correcta, pero yo prefiero llamarlo «Typee» y pienso seguir llamándolo así. Cuando yo era pequeño leí un libro que tenía ese título: *Typee*, de Herman Melville; y pasé muchas horas soñando entre sus páginas. Pero no todo eran sueños. Decidí entonces que, fuera como fuese y pasara lo que pasase, cuando me hiciese más fuerte y tuviese algunos años más, yo también viajaría a Typee. Y la fascinación por el mundo fue penetrando en mi pequeña conciencia, esa fascinación que me llevaría a conocer muchos países, y que sigue arrastrándome sin parar. Los años fueron pasando, pero nunca me olvidé de Typee. Al regresar a San Francisco tras siete meses de navegación por el Pacífico norte, decidí que había llegado el momento. El bergantín *Galilee* zarpaba hacia las Marquesas, pero su tripulación ya estaba completa, y yo, que era lo suficientemente joven como para estar orgulloso de mi escasa experiencia marinera, estaba dispuesto a trabajar incluso de grumete con tal de poder llevar a cabo mi peregrinaje a Typee. Naturalmente, el *Galilee* había tenido que partir de las Marquesas sin mí; yo estaba dispuesto a buscar otra Fayaway y otro Kory-Kory. No sé si el capitán vio en *mis ojos* la intención de desertar, o si el puesto de grumete ya estaba ocupado. El caso es que no pude embarcar.

Y luego fueron pasando los años, y con ellos un sinnúmero de proyectos, éxitos, y fracasos; pero nunca me olvidé de Typee, y aquí estaba yo ahora, oteando sus perfiles entre la neblina hasta que el chubasco se dejó caer sobre nosotros y el *Snark* chocó contra toda su furia. Dimos un vistazo a

proa y tomamos la marcación de Sentinel Rock, batido duramente por las olas. Luego también se esfumó entre la lluvia y la oscuridad. Pusimos rumbo directo hacia la roca, esperando poder oír el ruido del oleaje a tiempo para esquivarla. Teníamos que ir hacia allí. Lo único que podía servirnos de orientación era la marcación que habíamos tomado con el compás, y si nos pasábamos de Sentinel Rock, nos pasaríamos de la bahía de Taiohae, y tendríamos que aproar el *Snark* al viento y permanecer al paio durante toda la noche -perspectiva no muy agradable para una tripulación que acababa de realizar una travesía de sesenta días por la vasta soledad del Pacífico y que estaba hambrienta de tierra firme, hambrienta de fruta fresca, y hambrienta con un apetito de años del hermoso valle de Typee.

Entre el rugir de las olas y empapada por la lluvia recién caída, Sentinel Rock volvió a aparecer bruscamente ante nosotros. Cambiamos nuestro curso y pasamos navegando con la vela mayor y el *spinnaker* hinchados por el viento. A sotavento de la roca perdimos el empuje del viento y entramos en una calma absoluta. De repente nos llegó una suave brisa desde la bahía de Taiohae. Arriamos el *spinnaker*, izamos la mesana, amollamos escotas y lentamente empezamos a avanzar, manteniendo la vista y el rumbo hacia la luz roja situada sobre las ruinas del fuerte que nos guiaba hacia el fondeadero. La brisa era ligera y desconcertante, ahora hacia el este, luego hacia el oeste, de nuevo hacia el norte, ahora hacia el sur; y mientras, de todas partes nos llegaba el rugido de unas rompientes que no alcanzábamos a ver. De lo alto de los acantilados nos llegaban los balidos de las cabras salvajes, y las primeras estrellas empezaban a asomarse tímidamente entre los jirones de nubes del reciente chubasco. Al cabo de dos horas, habiendo penetrado ya una milla en la bahía, echamos el ancla a una profundidad de quince brazas. Y así es como llegamos a Taiohae.

A la mañana siguiente amanecemos en el país de las maravillas. El *Snark* estaba fondeado en una plácida ensenada situada en un gran anfiteatro cuyas paredes, cubiertas de viñedos, parecían alzarse directamente desde el mar. Más arriba, hacia el este, divisamos el fino trazo de un sendero, visible en un punto, que recorría una cara de la montaña.

«¡El camino por el que Toby escapó de Typee!», exclamamos. Nos moríamos de ganas de bajar a tierra y montar a caballo, pero la culminación de nuestro peregrinaje debería esperar un día más. Ponerse las botas y empezar a caminar no es lo más aconsejable después de pasarse dos meses en el mar, descalzos todo el tiempo y sin espacio para ejercitar las piernas. Además, antes de que pudiésemos recorrer senderos empinados montados en unos caballos con aspecto de cabras tendríamos que esperar a que la tierra dejase de darnos vueltas. Así que hicimos un corto paseo para aclimatarnos y nos abrimos paso por una densa vegetación hasta llegar a un antiguo ídolo cubierto de musgo, siguiendo el mismo camino por el que pasaron un comerciante alemán y un capitán noruego para pesarlo y para especular acerca de su posible depreciación comercial en el caso de que lo partiesen en dos. Lo trataron de forma totalmente sacrilega, clavando en él sus cuchillos para analizar la dureza de la piedra y el espesor de la capa de musgo que lo recubría, y pidiéndole que se levantara y que les ahorrara problemas yendo hasta el barco por sí mismo. En vez de eso, diecinueve canacos lo colocaron sobre un soporte de troncos y lo cargaron hasta el barco en el que sería conducido hacia Europa, el destino definitivo de todos los buenos ídolos paganos, excepto de los pocos que han ido a América y de uno en particular que sonríe a mis espaldas mientras escribo y que, rayos y truenos, seguirá sonriendo cerca de mí hasta que me muera. Y me ganará. Seguirá riendo cuando yo no sea ya más que polvo.

Para empezar, fuimos invitados a una fiesta en la que Taiara Tamarii, hijo de un marino de Hawái que había desertado de un ballenero, conmemoraba la muerte de su madre, nacida en las Marquesas. Para ello, asaba catorce cerdos enteros e invitaba a todo el poblado. Así que fuimos; y nos recibió una mensajera nativa, una joven que se encaramó a una roca y pregonó que el banquete sería perfecto con nuestra presencia -información que se encargó de difundir entre todos los que iban llegando-. Sin embargo, apenas nos habíamos sentado cuando cambió su tono de voz y todo el mundo empezó a mostrar una gran excitación. Gritaba de forma muy aguda y penetrante. Desde la distancia nos llegaban voces masculinas que le contestaban con gritos, mezclándose en un canto bárbaro y salvaje que parecía inducir al derramamiento de sangre y a la guerra. Entonces, a través de la hermosa frondosidad tropical, apareció una procesión de salvajes sólo cubiertos por los llamativos adornos que lucían en sus caderas. Avanzaban lentamente, emitiendo unos sonidos profundos y guturales de victoria y exaltación. A sus espaldas llevaban misteriosos objetos de considerable peso, colgados mediante lianas y ocultos por envoltorios de hojas verdes.

No eran más que cerdos, inocentemente gordos y bien asados, pero los hombres los traían de la misma forma en que antiguamente transportaban a los «cerdos largos». Y «cerdo largo» es un eufemismo polinesio para referirse a la carne humana. Y estos descendientes de caníbales, con un hijo del rey al frente, llevaban los cerdos a la mesa del mismo modo en que sus antepasados habían servido la carne de sus enemigos. Cada dos por tres se detenía la procesión para permitir que los portadores pudiesen proclamar sus feroces gritos de victoria, de desprecio hacia sus enemigos, y de apetito.

Dos generaciones antes, Herman Melville había sido testigo de cómo los cadáveres de guerreros happar eran envueltos en hojas de palma para servirlos en un banquete en el Ti. También cita que en otra ocasión, en el Ti, «observé una curiosa nave de madera tallada», y al mirar en su interior, sus ojos «casi se salen de las órbitas al contemplar los revueltos restos de un esqueleto humano del que todavía colgaban trozos de carne por todas partes».

Muchas personas ultracivilizadas han defendido siempre que el canibalismo no es más que un cuento; quizá les moleste pensar que sus antepasados más lejanos probablemente también eran adictos a estas prácticas. El capitán Cook también era muy escéptico al respecto, hasta que un día, en un puerto de Nueva Zelanda, decidió hacer una comprobación. Un nativo había subido a bordo con la intención de vender una espléndida cabeza secada al sol.

Cook ordenó cortar tiras de carne de aquella cabeza y dárselas al nativo, que las devoró con agrado. Lo menos que podemos decir del capitán Cook es que desde entonces su escepticismo fue cosa del pasado. De todos modos, lo único que hizo fue obtener una demostración que la ciencia no necesitaba en absoluto.

Poco podía imaginar que a algunos miles de millas de distancia había unas islas en las que años más tarde se juzgaría un extraño caso, el de un anciano jefe de Maui que era acusado de difamación por insistir en que su cuerpo era la tumba viviente del dedo gordo del pie del capitán Cook. Se dice que los demandantes no pudieron demostrar que el anciano jefe no fuese la tumba del dedo gordo del pie del navegante, y el caso fue archivado.

Supongo que en estos días de degeneración no tendré la posibilidad de ver a nadie comiendo «cerdo largo», pero al menos me he convertido en el propietario de una calabaza de las Marquesas, alargada y extrañamente labrada, de más de un siglo de antigüedad, y que según me han asegurado se empleó para beber la sangre de dos marinos. Uno de esos capitanes era un estafador. Dio una mano de pintura blanca a un decrepito bote ballenero y se lo vendió a un jefe de las Marquesas. Poco después de irse el capitán, el bote se deshizo a pedazos. Pero quiso el destino que, al cabo de algún tiempo, fuese precisamente ante aquella isla donde se hundiese su barco. El jefe de los nativos no sabía nada acerca de rebajas y descuentos; pero tenía un primitivo sentido de la honradez y un igualmente primitivo sentido de la economía de la naturaleza, y arregló las cuentas comiéndose al hombre que le había estafado.

Iniciamos nuestro camino hacia Typee en el fresco atardecer, montados sobre unos pequeños pero feroces caballos que se coceaban y agredían entre sí, sin hacer el menor caso de los frágiles se res humanos que llevaban sobre sus grupas ni del suelo resbaladizo, las rocas sueltas y las profundas gargantas. El camino nos llevó hasta una antigua ruta que cruzaba una selva de árboles *hau*. A ambos lados del camino veíamos vestigios de una población que antiguamente debió de ser más densa. Siempre que nuestra vista podía penetrar la espesa vegetación veíamos ruinas de murallas de piedra y cimientos de piedra de dos a tres metros de altura y que se prolongaban durante bastantes metros a lo largo y a lo ancho. Formaban grandes plataformas de piedra sobre las que, en otras épocas, se habían alzado las casas. Pero las casas y la gente habían desaparecido, y grandes árboles habían arraigado sobre estas plataformas para izarse altivamente sobre el sotobosque de la selva. Estos cimientos se llaman *pae paes* -Melville los llamaba *pi-pis* pues transcribió el nombre fonéticamente.

Los isleños de las Marquesas de la presente generación carecen de la energía necesaria para cargar y colocar semejantes piedras. También les falta iniciativa para hacerlo. Hay muchísimos *pae-paes*, y unos cuantos n files están deshabitados y abandonados. Una o dos veces, mientras ascendíamos por el valle, vimos magníficos *pae-paes* con pequeñas chozas de paja construidas sobre su superficie, con unas proporciones similares a las de una hucha apoyada contra los bloques de la base de la pirámide de Keops. Parece ser que los nativos de las Marquesas se están extinguiendo y, a juzgar por las condiciones de Taiohae, lo único que les impide desaparecer es la constante mezcla de nuevas razas. Es muy raro encontrar a un isleño de pura raza. Todos parecen

proceder de una extraña mezcla de hasta varias docenas de razas distintas. En Taiohae solamente hay diecinueve hombres que trabajen en la estiba de la copra en los barcos mercantes, y por sus venas corre sangre de Inglaterra, Estados Unidos, Dinamarca, Alemania, Francia, Córcega, España, Portugal, China, Hawai, Tuamotú, Tahití, e incluso de la isla de Pascua. Hay más razas que personas, pero son restos de razas como mucho. La vida crece y prospera, pero ella misma se extermina. En este cálido y amable clima -un verdadero paraíso terrenal- en el que nunca se dan temperaturas extremas y en el que el aire es como un bálsamo, y que siempre se mantiene puro por la acción del ozono que llega con el alisio del sudeste, el asma, la tisis y la tuberculosis florecen tan exuberantes como la vegetación. Por todas partes, desde las chozas de paja nos llegan toses terribles y gemidos procedentes de pulmones medio consumidos. También prosperan otras enfermedades horribles, pero las más letales de todas son las que atacan a los pulmones. También se dan muchos casos de una variedad de neumonía especialmente temida. En dos meses transforma al hombre más robusto en un esqueleto cubierto por unos palmos de tierra. En todos los valles los últimos habitantes han desaparecido y las fértiles plantaciones han cedido el paso a la selva. En la época de Melville, el valle de Hapaa (citado por él como «Happar») estaba poblado por una tribu fuerte y guerrera. Una generación más tarde, apenas había un centenar de personas. En la actualidad es una selva tropical sin rastros de vida humana.

Fuimos ascendiendo cada vez más arriba por el valle, y nuestros caballos sin herraduras seguían un camino medio desaparecido, llevándonos por *pae-paes* abandonados y entrando una y otra vez en la insaciable selva. En cuanto vimos esas rojas manzanas de montaña, las *ohias*, que ya conocíamos de Hawai, enviamos 'a un nativo a trepar para recoger algunas. Y luego lo enviamos a recoger cocos. Yo ya había bebido leche de coco en Jamaica y en Hawai, pero nunca había sabido lo deliciosa que podía llegar a ser esa bebida hasta probarla aquí en las Marquesas. Ocasionalmente pasamos bajo algunos limoneros y naranjos asilvestrados, unos grandes árboles que habían sobrevivido en la selva más tiempo del que aguantaron los seres humanos que los plantaron.

También cabalgamos entre infinitos arbustos de flores amarillas -sí es que a aquello se le podía llamar cabalgar-; y sus fragantes flores estaban habitadas por avispas. ¡Y vaya avispas! Unos seres amarillos del tamaño de pequeños canarios que zumbaban por el aire con las patas plegadas hacia atrás en una prolongación de casi un centímetro. De repente, uno de los caballos se levanta sobre sus patas delanteras y empieza a dar coces con las traseras apuntando hacia el cielo. Las baja con fuerza como para efectuar un salto hacia delante y vuelve a levantarlas. No es nada. Su gruesa piel ha sido punzada por el arma de una de esas avispas gigantes. Luego un segundo y un tercer caballo empiezan a encabritarse sobre sus patas delanteras junto a los precipicios. ¡Horror! Una daga al rojo vivo me atraviesa la mejilla. ¡Horror!, otra vez. Me apuñalan en la nuca. Voy el último y me estoy llevando una ración mayor de la que me toca. No hay escapatoria, y los caballos que llevo delante están empezando a descender por un camino muy precario y no me inspiran mucha seguridad. Mi caballo adelanta al de Charmian, y esa sensible criatura, aprovechando psicológicamente el momento, golpea a mi montura con uno de sus cascos y me planta el otro en la cara. Agradezco al cielo que no lleve herraduras y casi me caigo de la silla al recibir el impacto de otra de esas dagas volantes. Realmente, estoy llevándome más de lo que me toca, y lo mismo puede decirse de mi pobre caballo, cuyo dolor y cuyo pánico solamente son superados por los míos.

-¡Fuera de mi camino! ¡Que voy! -les gritaba, agitando con fuerza mi sombrero contra esas víboras voladoras que me rodeaban.

A un lado del camino, el terreno ascendía verticalmente. Por el otro lado bajaba en caída libre. La única forma de salir de allí era seguir adelante. Era un milagro que esos fibrosos caballos no per diesen pie y pudiesen seguir por el camino; pero seguían agitándose hacia delante, adelantándose unos a otros, galopando, trotando, tropezando, saltando, enfrentándose mutuamente y coceando metódicamente hacia el cielo cada vez que una avispa aterrizaba sobre ellos. Al cabo de un rato tomamos aliento e hicimos un inventario de daños. Y no lo hicimos solamente una o dos veces, sino a cada cierto tiempo. Aunque parezca curioso, no se nos hizo aburrido. Me consta que yo mismo, por ejemplo, cruzaba cada matorral con la misma ilusión de quien es enviado a una muerte segura. No; el peregrino que vaya de Taiohae a Typee nunca sufrirá de *ennui* en su camino.

Finalmente logramos huir del acoso de las avispas. Sin embargo, era más una cuestión de altura que de fortaleza. Por encima de nosotros estaban las aserradas crestas de las montañas, hasta don

de alcanza la vista, clavando sus picos en las nubes traídas por el alisio. Hacia abajo, hacia el lugar de donde veníamos, el *Snark* parecía un barquito de juguete meciéndose en las tranquilas aguas de la bahía de Taiohae. Mirando hacia delante se veía el entrante de la bahía de Comptroller. Descendimos unos trescientos metros y Typee apareció a nuestros pies. Melville describió su primera visión del valle de esta manera: «Me fueron mostrados los jardines del paraíso y difícilmente podría haber sentido una sensación más embriagadora». Él vio un jardín. Nosotros vimos una selva. ¿Dónde estaban los cientos de árboles del pan que él vio? Nosotros vimos una selva, nada más que selva, con la excepción de dos chozas de paja y algunos grupos de cocoteros que destacaban sobre el uniforme manto verde. ¿Dónde estaba el *Ti* de Mehevi, la casa de los solteros, el palacio donde las mujeres eran tabú y desde donde él gobernaba con sus caudillos, manteniendo a media docena de polvorientos y torpes ancianos para que le recordasen su glorioso pasado? Tampoco se oían los alegres sonidos de las mujeres y muchachas moliendo *tapa* junto al arroyo. Y, ¿dónde estaba la choza que el viejo Narheyo construía eternamente? En vano intenté localizarlo fumando a treinta metros de altura en lo alto de un cocotero.

Seguimos por un sendero que descendía en zigzag bajo una bóveda de vegetación y entre grandes mariposas que volaban en silencio. El camino no estaba vigilado por ningún tatuado salvaje con maza y lanza; y cuando vadeamos el río pudimos ir libremente hacia donde quisimos. El sagrado e inflexible tabú ya no reinaba en este dulce valle. No, el tabú todavía está presente, pero se trata de un nuevo tabú, y en cuanto nos acercamos lo suficiente a un grupo de desdichadas mujeres, el tabú nos lanzó una clarísima advertencia. Y era cierta. Eran leprosas. El hombre que nos advirtió estaba afectado por una terrible elefantiasis. Todos sufrían enfermedades pulmonares. El valle de Typee era la antesala de la muerte, y la docena de supervivientes de la tribu estaban dando ya las últimas y dolorosas bocanadas de la raza.

Naturalmente, la batalla no había sido para los fuertes, pues los nativos de Typee habían sido muy fuertes, más fuertes que los de Happar, más fuertes que los de Taiohae, más fuertes que todas las demás tribus de Nuku-hiva. La palabra *typee*, o mejor dicho, *taipi*, originalmente significaba «comedor de carne humana». Pero dado que todas las tribus de las Marquesas practicaban el canibalismo, el hecho de recibir este nombre debía indicar que los habitantes de Typee eran los caníbales por excelencia. Su reputación de valientes y feroces no se extendió solamente por Nuku-hiva. En todas las islas del archipiélago de las Marquesas se hablaba de los habitantes de Typee con respeto y temor. Nadie podría conquistarlos. Incluso la armada francesa que tomó posesión de las Marquesas dejó a los hombres de Typee en paz. El valle fue invadido en una ocasión por el capitán Porter, de la fragata *Essex*. Sus marinos venían apoyados por dos mil guerreros happar y taiohae. Se adentraron una cierta distancia en el valle, pero luego toparon con una resistencia tan brutal que tuvieron que batirse en retirada y volver a sus barcos y canoas de guerra.

De todos los pueblos que habitan en los Mares del Sur, los nativos de las Marquesas han sido considerados siempre como los más fuertes y los más bellos. Melville decía de ellos: «Me sorprendió especialmente su fuerza física y su belleza... La belleza de sus formas supera todo lo que he visto hasta ahora. No observo en ellos ni el más leve indicio de deformidades naturales... Cada individuo parece estar completamente libre de esas taras que a veces pueden afectar a formas que, por lo demás, serían perfectas. Pero su perfección física no se limitaba a la carencia de defectos; casi cada uno de ellos podría haber servido de modelo para un escultor». Mendaña, el descubridor de las Marquesas, describió a los nativos como sublimemente hermosos de contemplar. Figueroa, el cronista de ese viaje, dijo de ellos: «Su complexión es similar a la de los blancos; tienen una buena estatura y están bien formados». Según el capitán Cook, los habitantes de las Marquesas eran los más espléndidos isleños de los Mares del Sur. Describía a los hombres como de «estatura considerable, raramente miden menos de dos metros de altura».

Y ahora toda esa fuerza y esa belleza los han abandonado, y el valle de Typee se ha convertido en la morada de un pequeño grupo de infelices afectados por la lepra, elefantiasis y tuberculosis. Melville estimó que la población debía de ser de unos dos mil habitantes, sin tener en cuenta el pequeño valle contiguo de Ho-o-u-mi. La vida humana se extingue en este maravilloso jardín en el que se goza de uno de los climas más agradables y sanos del mundo. Pero los habitantes de Typee no sólo eran espléndidos físicamente; además eran puros. Su aire no contenía las bacterias y gérmenes patógenos que viven en el aire que nosotros respiramos. Pero cuando el hombre blanco

llegó con sus barcos, llegó también una gran cantidad de microorganismos; los nativos de Typee sucumbieron ante ellos.

Cuando uno analiza esta situación, puede llegar a la conclusión de que la raza blanca sobrevive gracias a su impureza y a su corrupción. Sin embargo, la selección natural también nos da una explicación. Nosotros, los de raza blanca, somos los supervivientes y los descendientes de miles de generaciones de supervivientes en la guerra contra los microorganismos. Cada vez que nació uno con una constitución demasiado sensible ante estos diminutos enemigos, no tardó en morir. Solamente sobrevivimos los que fuimos capaces de vencerlos. Los que ahora estamos vivos somos los inmunes, los sanos, los mejor preparados para vivir en un mundo lleno de microorganismos hostiles. Los pobres habitantes de las Marquesas no han soportado esta selección. No eran inmunes. Y aquellos que tenían la costumbre de comerse a sus enemigos se ven ahora devorados por unos enemigos tan pequeños que resultan invisibles, y contra los que no se puede luchar con flechas y lanzas. Por otra parte, unos cientos de miles de habitantes de las Marquesas quizá serían suficientes supervivientes como para crear una nueva raza, una raza regenerada; si es que a un chapuzón en un podrido baño de venenos orgánicos puede llamarse regeneración.

Desmontamos de nuestros caballos para almorzar, y tras apartarnos un poco de ellos -el mío con varios mordiscos recientes en sus cuartos traseros- y después de intentar en vano espantar a las moscas de la arena, comimos bananas y carne de lata regadas con generosas raciones de leche de coco. Había poco que ver. La selva había avanzado engullendo la frágil obra del hombre. Aquí y allá tropezábamos con algunos *paepaes*, pero no había inscripciones ni jeroglíficos, nada que nos hablase de su pasado, solamente piedras talladas por manos cuyo polvo ya había caído en el olvido. Alrededor de los *pae paes* crecían grandes árboles, celosos de la labor del hombre, y cuyas raíces destrozaban los conjuntos de piedras para devolverlos a su primitivo estado de caos.

Dejamos la selva y nos fuimos hacia el río con la intención de huir de las moscas de la arena. ¡Vana esperanza! Para ir a nadar teníamos que quitarnos la ropa. Las moscas de la arena parecen saberlo y se concentran a millones en las orillas del río. Los nativos las llaman *nau-nau*. Cuando se le fijan a uno en la piel dejan de existir el pasado y el futuro, y dudo que Omar Khayyam hubiese podido escribir su *Rubaiyat* en el valle de Typee: le habría sido psicológicamente imposible. Cometí un grave error estratégico al quitarme la ropa en el borde de una orilla elevada. Desde allí pude lanzarme directamente al agua, pero luego no podía volver a trepar hasta arriba. Cuando quise salir me di cuenta de que tendría que hacerlo por otro lugar y caminar luego unos ochenta metros hasta llegar a mi ropa. A la que di el primer paso aterrizaron sobre mí unas diez mil moscas. Al segundo paso ya caminaba en medio de una nube. Al tercer paso se oscureció el sol. Y a partir de ahí ya no sé lo que sucedió. Cuando llegué a la ropa me había vuelto medio loco. Y entonces cometí mi gran error táctico. Sólo hay una norma de comportamiento relacionada con las *nau-naus*. Nunca hay que espantarlas. Hagas lo que hagas, nunca te las sacudas. Son tan agresivas que aprovecharán su último instante de vida para inyectar su gota de veneno en tu cuerpo. Hay que cogerlas delicadamente con los dedos pulgar e índice y persuadirlas cortésmente de que retiren su aguijón de tu temblorosa carne. Es como arrancar un diente. Pero la dificultad está en que esos dientes se clavaban con más rapidez de la que yo podía emplear para arrancarlos, y me sacudía, y, al hacerlo, me llenaban de veneno. De esto ya hace dos semanas. Ahora parezco un enfermo de viruela en fase terminal.

Ho-o-u-mi es un pequeño valle separado de Typee por una pequeña loma, y nos pusimos en marcha en cuanto pudimos someter a nuestros indómitos e insaciables caballos. Al cabo de una milla, el caballo de Warren eligió el lugar más peligroso del camino para efectuar una exhibición que nos dejó a todos inmóviles durante cinco minutos. Cabalgamos por la boca del valle de Typee y contemplamos la playa por la que escapó Melville. Aquí fue donde estuvo la barca ballenera remando cerca de la rompiente; y aquí fue donde Karakoe, el canaco tabú, se lanzó al agua y negoció la vida del marino. Probablemente también fue aquí donde Melville le dio a Fayaway el abrazo de despedida antes de irse a la barca. Y éste es el lugar desde el que Mehevi, Mow-mow y sus compañeros se lanzaron al agua y empezaron a nadar para intentar interceptar la barca. Cuando se agarraron a los remos y a la regala de la barca fueron recibidos con cuchillos y acabaron con serias heridas en las muñecas, pero fue Mowmow el que recibió un brutal golpe de bichero en la garganta propinado por el propio Melville.

Cabalgamos hacia Ho-o-u-mi. Melville estuvo vigilado tan de cerca que nunca llegó a imaginar la existencia de este valle, a pesar de que continuamente debió de estar en contacto con sus ha

bitantes, pues éstos también pertenecían a Typee. Cabalgamos pasando por los mismos *pae-paes* abandonados, pero al acercarnos al mar vimos muchos cocoteros, árboles del pan, grupos de taro y algunas chozas de paja. Negociamos para poder pasar la noche en una de éstas e inmediatamente empezó a organizarse una fiesta. Un lechón fue rápidamente despachado, y mientras se asaba sobre piedras calientes, y algunos pollos se cocían en leche de coco, convencí a uno de los cocineros para que trepase a un cocotero excepcionalmente alto. Su racimo de cocos estaba a unos cuarenta metros del suelo, pero el nativo se dirigió hacia el árbol, lo abrazó con las manos, se dobló por la cintura de forma que sus pies quedasen planos contra el tronco, y empezó a caminar hacia arriba sin parar. El tronco era liso, y él no empleaba cuerdas para trepar. Se limitó a caminar por el tronco hasta llegar a los cuarenta metros de altura, cortó el racimo de cocos y lo dejó caer. Ninguno de nosotros habría tenido el temple necesario para hacer eso, ni los pulmones, pues muchos de los presentes tosían constantemente a medida que se les iba acabando su existencia. Muchas de las mujeres emitían constantes quejidos producidos por sus destrozados pulmones. Pocos de ellos, de ambos sexos, eran de pura raza indígena. La mayoría eran el resultado de las mezclas con franceses, ingleses, daneses, y chinos. Como mucho, estos cruzamientos hacían que su final se retrasase un poco, y la verdad es que no sé si valía la pena.

El festín se sirvió en una ancha *pae-pae* en cuya parte posterior estaba situada la choza en la que pasaríamos la noche. El primer plato consistía en pescado crudo y poi-poi; este último tenía un sabor algo más fuerte y ácido que el del poi-poi de Hawai, que está hecho con taro. El poi-poi de las Marquesas se hace con fruto del pan. Al fruto maduro se le extrae su parte central y se machaca en una calabaza con una mano de mortero de piedra hasta obtener una pasta espesa y pegajosa. Esta pasta se envuelve en hojas y puede ser enterrada en el suelo, conservándose en perfectas condiciones durante años. Sin embargo, antes de consumirla hay que hacer algo más. Se toma una de las porciones envueltas en hojas y se coloca sobre piedras calientes, de igual forma que el cerdo que estábamos asando, dejándola hasta que esté bien cocida. Después se mezcla la pasta con agua para ablandarla, pero no tanto como para hacerla fluida sino solamente para que se pueda coger introduciendo los dedos en ella. Es un alimento muy sano y muy rico. Y el fruto del árbol del pan, maduro y bien hervido, o asado. ¡Es delicioso!

Tanto el fruto del árbol del pan como el taro son verduras nobles, pero este último tiene evidentemente un nombre equivocado y parece más un boniato que otra cosa, aunque no es tan harinoso ni tan dulce como el boniato.

Cuando acabó la fiesta vimos la luna saliendo sobre Typee. El aire que respirábamos era como un bálsamo perfumado con el aroma de las flores. Era una noche mágica, con un silencio de muerte, sin la más mínima brisa que agitate las hojas; y uno se aguantaba la respiración con la angustia de perturbar aquella calma, aquella exquisita belleza. Muy a lo lejos se oía el murmullo de las olas en la playa. No había camas; y cada uno se acomodó para dormir en el lugar más blando que pudo encontrar. Cerca de nosotros había una mujer que gemía y roncaba durante el sueño, y por todas partes se oía como los moribundos isleños tosían en la noche.

CAPÍTULO XI

EL HOMBRE DE LA NATURALEZA

Lo encontré por primera vez en la Market Street de San Francisco. Era una tarde húmeda y lluviosa, y él estaba paseando tranquilamente, vestido sólo con unos pantalones cortos y una camiseta de manga corta, y chapoteando con sus pies descalzos sobre el pavimento. Un grupo de excitados chiquillos le seguía pisándole los talones. Todas las personas, y las había a miles, se volvían con curiosidad al verlo pasar. Yo también me di la vuelta. Nunca había visto a nadie con un bronceado tan perfecto. Estaba totalmente moreno, con el tono que adquieren las personas rubias cuando no se queman la piel. Su larga cabellera amarilla estaba quemada por el sol y lo mismo sucedía con su barba, que crecía de un sustrato jamás hollado por ninguna hoja de afeitador. Era un hombre curtido, con un curtido dorado, y todo él resplandeciente por el sol. Otro profeta, me dije a mí mismo, que viene a la ciudad con un mensaje que salvará al mundo.

Algunas semanas más tarde estaba en la casa de unos amigos, en las colinas de Piedmont, contemplando las vistas sobre la bahía de San Francisco. «Lo tenemos, lo tenemos -gritaban-. Lo captu ramos en la copa de un árbol; pero ahora ya está bien y come de la mano. Ven a verlo.» Así

que los acompañé por una empinada colina, y en un pequeño arbusto en medio de un bosquecillo de eucaliptus encontré a mi bronceado profeta del pavimento urbano.

Vino rápidamente a nuestro encuentro, acercándose con el remolino de una voltereta. No nos estrechó las manos, sino que nos saludó a su manera realizando más acrobacias. Dobló su cuerpo con la elasticidad de una serpiente y, manteniendo las piernas rectas y las rodillas una junto a la otra, se arqueó por la cadera hasta tocar el suelo con las palmas de las manos. Saltaba, brincaba y hacía piruetas bailando alrededor de nosotros como un mono. Todo el calor de su ardiente vida se reflejaba en su cara. Sin hacer uso de las palabras, creo que su canción decía: «Soy así de feliz».

Estuvo cantando de esta forma durante toda la tarde, marcando los cambios con una infinita variedad de saltos. «¡Un loco! ¡Un loco! ¡He encontrado un loco en el bosque!», pensaba yo. Y demostró ser un loco valioso. Entre volteretas mortales y contorsiones transmitió el mensaje que deberá salvar al mundo. Tenía dos partes. Primera: dejad que la sufrida humanidad se quite la ropa y corra libre y salvaje por las montañas y los valles; y segundo: dejad que los más miserables aprendan de palabra. Por un momento pensé en los grandes problemas sociales que se crearían si las masas urbanas rondasen desnudas por los montes, en los estampidos de las escopetas, los ladridos de los perros de los ranchos y los innumerables enfrentamientos con rastrillos provocados por los furiosos granjeros.

Pasaron los años y, en una soleada mañana, el *Snark* introducía su proa por el estrecho paso entre unos arrecifes, contra los que estallaban las olas traídas por el alisio, y se abría paso lentamente hacia el puerto de Papeete. Hacia nosotros venía una barca en la que se izaba una bandera amarilla. Sabíamos que en ella venía el médico del puerto. Pero en su estela, y a cierta distancia, había un pequeño bote que nos intrigaba. Izaba una bandera roja. La observé con los prismáticos temiéndome que señalase algún peligro para la navegación, algún naufragio reciente, o alguna boya o señal que hubiese sido sacada de su emplazamiento. Entonces subió a bordo el médico. Cuando hubo comprobado nuestro estado de salud y estuvo seguro de que no había ratas ocultas en el *Snark*, le pregunté el significado de aquella bandera roja. «¡Oh, es Darling!», fue su respuesta.

Y entonces, Darling -Ernest Darling-, agitando la bandera roja que representa la hermandad de los hombres, vino hacia nosotros. «¡Hola, Jack! -gritó-. ¡Hola Charmian!» Se nos aproximaba a remo y de repente vi que se trataba del bronceado profeta de las colinas de Piedmont. Se nos acercó por un costado, un dios-sol con un calzón escarlata, con presentes de Arcadia y felicidad en ambas manos -una botella de miel dorada y un cesto de hojas lleno de grandes mangos dorados, bananas doradas salpicadas de manchas de un oro más oscuro, piñas doradas y limas doradas, y jugosas naranjas acuñadas con la misma mezcla de tierra y sol-. De esta forma, bajo los cielos del sur, me encontré una vez más con Darling, el Hombre de la Naturaleza.

Tahití es uno de los lugares más hermosos del mundo, pero está habitado por ladrones, atracadores y estafadores, así como por algunos hombres y mujeres honrados y sinceros. Sin embargo, dado el tremendo veneno humano que infesta la impresionante belleza natural de esta isla, he decidido no escribir acerca de Tahití sino del Hombre de la Naturaleza. Él por lo menos es un ser sano y refrescante. El espíritu que emana de él es tan dulce y amable que es incapaz de hacer ningún daño, ni de herir los sentimientos de nadie excepto los de los capitalistas predadores y plutócratas.

-¿Qué significa esa bandera roja? -le pregunté.

-Socialismo, por supuesto.

-Sí, sí, ya lo sé -le dije-; pero ¿qué significa en tus manos?

-Pues que he encontrado mi mensaje.

-¿Y que lo estás trayendo a Tahití? -le pregunté incrédulo.

-Naturalmente -me contestó con sencillez.

Y más tarde pude comprobar que así era.

Cuando echamos el ancla, lanzamos el chinchorro al agua y nos fuimos a tierra; el Hombre de la Naturaleza nos siguió.

Ahora, pensé, me veré acosado día y noche por este pesado y no podremos quitárnoslo de encima hasta que zarpeamos de aquí.

Pero nunca en mi vida me había equivocado tanto. Alquilé una casa y me instalé en ella para vivir y trabajar, y el Hombre de la Naturaleza nunca se acercó por allí. Esperaba a que yo lo invitase. Durante ese tiempo subió a bordo del *Snark* y tomó posesión de mi biblioteca,

deleitándose con el gran número de libros científicos, y molesto, como pude saber más tarde, por los muchos libros de ficción. El Hombre de la Naturaleza nunca pierde el tiempo con la ficción.

Al cabo de más o menos una semana, empecé a sentir remordimientos y lo invité a cenar en un hotel de la ciudad. Al llegar, llevaba puesta una chaqueta que le hacía sentirse muy torpe e incómodo. Cuando le indiqué que podía quitarse la chaqueta, resplandeció de gratitud y alegría y se la quitó, luciendo su dorada piel, de pecho a espalda, cubierta únicamente por un trozo de red de pesca de hilo grueso y malla amplia. Un calzón rojo completaba su atuendo. Esa noche inicié una relación con él, que a lo largo de mi larga estancia en Tahití, acabó convirtiéndose en amistad.

-Así que tú escribes libros -me dijo una mañana, mientras yo, cansado y sudoroso, acababa mi trabajo matinal-. Yo también escribo libros -añadió.

«¡Ajá!», pensé yo, seguro de que a partir de entonces me iba a acosar constantemente con sus esfuerzos literarios. Mi cabeza estaba hecha un lío. Yo no había recorrido un camino tan largo para llegara los Mares del Sur y convertirme en una agencia literaria.

-Este es el libro que escribo -me dijo, golpeándose acto seguido el pecho con sus puños hasta hacerlo retumbar-. Los gorilas de las selvas de África se golpean el pecho de esta manera y el sonido se oye hasta ochocientos metros de distancia.

-Un buen pecho -agregué con admiración-; hasta los gorilas te admirarían.

Y entonces, y durante mucho tiempo, fui conociendo los detalles del maravilloso libro escrito por Ernest Darling. Doce años antes había estado al borde de la muerte. Pesaba solamente cuarenta kilos, y estaba tan débil que no podía ni hablar. Su padre, médico en ejercicio, daba el caso por perdido. Había consultado a otros médicos, pero todos coincidían en el diagnóstico. No había esperanza. El exceso de estudio (trabajaba como maestro de escuela y a la vez estudiaba en la universidad) y dos sucesivos ataques de neumonía habían hecho que se viniese abajo. Día a día, sus fuerzas se iban desvaneciendo. No lograba extraer nutrientes de las pesadas comidas que le daban; y los polvos y pastillas tampoco ayudaban a que su estómago pudiese digerir correctamente. Era una ruina, no sólo física, sino también mental. Su mente se había pasado de rosca. Estaba enfermo y harto de la medicina, y también estaba enfermo y harto de la gente. La voz humana le molestaba enormemente. Las atenciones humanas lo sacaban de quicio. Se le ocurrió que, dado que se iba a morir, al menos moriría al aire libre, lejos de todo aquello que le molestaba y le irritaba. Y a partir de esa idea llegó a la conclusión de que, después de todo, quizá no tenía por qué morir si conseguía escapar de aquellos alimentos tan pesados, de los medicamentos, y de todas esas personas tan bien intencionadas que solamente lograban ponerlo nervioso.

Y así fue como Ernest Darling, un saco de huesos con cabeza de muerto, un cadáver ambulante, con solamente el justo soplo de vida como para poder andar, le dio la espalda a la gente y a los lugares en los que esta gente vivía, y se internó ocho kilómetros en un bosque próximo a la ciudad de Portland, Oregón. Naturalmente, estaba loco. Solamente a un loco se le podía ocurrir huir de su lecho de muerte.

Pero en el bosque, Darling encontró lo que buscaba: paz. Nadie le acosaba con desayunos ni con chuletas de cerdo. Ningún médico perturbaba sus agotados nervios tomándole el pulso, y nadie atormentaba su exhausto estómago con pastillas y polvos. Empezó a tranquilizarse. Le gustaba tomar el sol y sentir su calor. Tenía la sensación de que la radiación solar era un elixir de salud.

Luego le pareció que lo que le pasaba era que su agotado y destrozado cuerpo estaba pidiendo sol a gritos. Se quitó toda la ropa y se dedicó a tomar baños de sol. Se encontró mejor. Le había ido bien -el primer alivio tras duros meses de sufrimiento.

A medida que fue mejorando, empezó también a reflexionar acerca de lo sucedido. A su alrededor revoloteaban los pájaros y las ardillas emitían todo tipo de curiosos sonidos mientras jugaban y se perseguían. Él sentía envidia por su salud y su felicidad, su alegría, su vida sin preocupaciones. Era inevitable que acabase comparando la vida de los animales con la suya propia; e igual de inevitable fue que se preguntase por qué éstos eran espléndidos y vigorosos mientras que él no era más que una débil y moribunda ruina humana. La conclusión a la que llegó era la más obvia: que los animales llevaban una vida natural, mientras que él llevaba una existencia completamente artificial; por lo tanto, si pretendía seguir con vida, tendría que regresar a la naturaleza.

Solo, en medio del bosque, descubrió cuál era su problema y empezó a ponerle solución. Se quitó la ropa y empezó a saltar y a brincar, a correr por los senderos y a trepar a los árboles; es

decir, a realizar mucho ejercicio físico -y siempre tomando el sol-. Imitaba a los animales. Se construyó un nido a base de hojas secas y hierbas en el que dormir por la noche, y se cubría con trozos de corteza para protegerse de las lluvias de principios de otoño.

Una vez, mientras subía y bajaba los brazos a los lados, me dijo: «Esto es un magnífico ejercicio. Lo aprendí fijándome en los gallos cuando cacarean». En otra ocasión me di cuenta de que bebía la leche de coco sorbiéndola de forma muy sonora. Me explicó que había observado que las vacas bebían de esa manera y había llegado a la conclusión de que debía ser bueno hacerlo así. Lo probó y le pareció bien, y desde entonces solamente bebe de esa forma.

Se dio cuenta de que las ardillas vivían a base de nueces y otros frutos. Empezó a seguir una dieta de fruta y nueces, acompañada con algo de pan, y empezó a ganar peso y a sentirse más fuerte. Continuó con su vida primitiva durante tres meses, pero luego las fuertes lluvias de Oregón le hicieron regresar a los lugares en donde vive la gente. Tres meses no son tiempo suficiente como para que un hombre de cuarenta kilos, y superviviente de dos neumonías, pueda adquirir la resistencia necesaria para vivir el duro invierno de Oregón al aire libre.

Había conseguido mucho, pero tenía que regresar. Y el único sitio al que podía ir era a casa de su padre, y allí, viviendo en un ambiente cerrado y con sus pulmones clamando por el aire de los espacios abiertos, enfermó y sufrió una tercera neumonía. Se puso incluso más débil que antes. Y en ese bamboleante envoltorio de carne, su cerebro acabó por colapsarse. Se encontraba encerrado en un cuerpo que estaba demasiado débil como para hacer el esfuerzo de hablar, demasiado irritado y cansado como para prestar atención a lo que dijese los demás. El único acto que podía realizar voluntariamente consistía en ponerse los dedos en los oídos para no oír lo que decían los demás. Llamaron a los expertos en salud mental. Se le consideró desequilibrado y el veredicto fue que apenas le quedaba un mes de vida.

Uno de esos expertos en salud mental se encargó de enviarlo a un sanatorio situado en el monte Tabor. Allí, una vez se vio que era inofensivo, le dejaron hacer lo que quiso. Ya nadie le decía lo que tenía que comer, por lo que se volvió a su dieta de frutas y nueces -incluyendo también aceite de oliva, mantequilla de cacahuete y plátanos como elementos principales-. En cuanto recuperó sus fuerzas decidió que a partir de ese momento iba a vivir su propia vida. Si tenía que vivir como los demás, según las normas sociales, probablemente moriría. Y no tenía ganas de morir. El miedo a la muerte es uno de los factores más decisivos en la génesis del Hombre de la Naturaleza. Para vivir, necesita una dieta natural, aire libre, y la caricia del sol.

Pero el invierno de Oregón no invita mucho a regresar a la naturaleza, por lo que Darling se fue en busca de un clima apropiado. Se montó en una bicicleta y se marchó hacia el sur, en busca del sol. Permaneció durante un año en la universidad de Stanford. Allí estudió y trabajó a su aire, yendo a clase con el mínimo de ropa que le consentían las autoridades universitarias y aplicando al máximo el modo de vida que había aprendido en el país de las ardillas. Su método de estudio favorito consistía en irse a las colinas de detrás de la universidad, quitarse la ropa, y disfrutar de baños de sol a la vez que se bañaba en conocimientos.

Pero la California central también tiene sus inviernos, y la búsqueda de un clima ideal para el Hombre de la Naturaleza le impulsó a seguir avanzando. Probó suerte en Los Ángeles y en el sur de California. Lo detuvieron algunas veces para presentarlo ante comisiones de salud mental porque, ciertamente, su modo de vida no se ajustaba a los cánones propios de la sociedad. Probó Hawai, donde las autoridades, incapaces de declararlo como loco, optaron por deportarlo. No fue exactamente una deportación; podría haberse quedado, pero permaneciendo un año en prisión. Le dieron a elegir; pero la cárcel supone la muerte para un Hombre de la Naturaleza que solamente puede vivir con sol y al aire libre. No vamos a culpar a las autoridades de Hawai. Darling era un ciudadano indeseable. Cualquier hombre es indeseable cuando discrepa de la opinión de uno. Y el que un hombre pueda llegar a discrepar hasta el grado en que lo hace Darling con su filosofía de la vida sencilla, fue una justificación más que suficiente para que las autoridades de Hawai lo declarasen indeseable.

Por lo tanto, Darling se fue en busca de un clima que no sólo fuese el que él deseaba, sino que, además, se diese en un lugar en el que él no fuese considerado como indeseable. Y lo encontró en Tahití, el jardín de los jardines. Y así fue, siguiendo una línea narrativa, como escribió las páginas de su libro. Pesa setenta y cuatro kilos. Su salud es perfecta. Su vista, que en una época llegó a estar casi agotada, es excelente. Los pulmones, que habían estado muy deteriorados por las tres neumonías, no sólo se recuperaron sino que son más fuertes que antes.

Nunca olvidaré la primera vez que chafó un mosquito mientras hablaba conmigo. El molesto insecto había aterrizado en medio de su espalda, entre los hombros. Sin interrumpir la conversación, sin perder ni siquiera una daba, lanzó su puño por el aire, lo llevó hacia atrás, y lo hizo golpear entre sus hombros, matando al mosquito y haciendo que su cuerpo retumbase como un timbal. Me recordó el sonido que hacen los caballos cuando dan coces contra las maderas de sus establos.

De repente me dijo: «Los gorilas de las selvas de África se golpean el pecho hasta que su sonido se pueda oír a ochocientos metros de distancia», y empezó a golpearse el horrible demonio que llevaba tatuado en el pecho.

Un día vio que de la pared colgaban unos guantes de boxeo y le brillaron los ojos.

-¿Tú boxeas? -le pregunté.

-Cuando estaba en Stanford solía dar clases de boxeo -fue su respuesta.

Bastó esto para que nos aligerásemos de ropa y nos pusiésemos los guantes. ¡Pam!, un largo brazo de gorila cruza el aire haciendo que su extremo enguantado aterrice en mi nariz. ¡Buf!, me pilló por sorpresa en un lado de la cabeza y casi me hace desplomar de costado. El chichón que me hizo me duró una semana. Esquivé un directo de izquierda y le mandé un derechazo directamente al estómago. Fue un golpe durísimo. Había puesto todo mi peso en ese golpe y se lo encajó en su cuerpo cuando él se abalanzaba hacia mí. Esperé a ver como se doblaba y caía al suelo. Pero en vez de eso, puso cara de aprobación y me dijo, «Ése ha sido bonito». A continuación tuve que encogerme y cubrirme para protegerme del huracán de ganchos, saltos y todo tipo de golpes que se me vinieron encima. Yo esperaba mi oportunidad para alcanzarle en el plexo solar. Y di en el blanco. El Hombre de la Naturaleza bajó sus brazos, resopló y se sentó.

«Estoy bien -me dijo-. Espera sólo un momento.» Y al cabo de treinta segundos volvía a estar de pie y, ¡ay!, devolviéndome el cumplido. Me lanzó un gancho al plexo solar que me cortó la respiración; bajé las manos y me senté más rápidamente de lo que él había hecho antes.

Todo esto lo cuento para demostrar que el hombre contra el que estaba boxeando era un ser totalmente distinto del desgraciado de cuarenta kilos que, ocho años antes, había sido desahuciado por médicos y loqueros para dejarlo morir en una hermética habitación de Portland, Oregón. El libro que ha escrito Ernest Darling es un buen libro, y su encuadernación tampoco está mal.

Durante muchos años, Hawai ha intentado promocionar la inmigración de personas útiles. Se ha invertido mucho tiempo y mucho dinero para atraer a ciudadanos de pro, aunque tampoco hay mucho que ofrecerles. Pero Hawai deportó al Hombre de la Naturaleza. Y es por eso que, como castigo para el orgulloso espíritu de los hawaianos, aprovecho esta oportunidad para mostrar lo que se perdieron al echar al Hombre de la Naturaleza. Cuando llegó a Tahití, se puso a buscar un terreno en el que pudiese cultivar sus propios alimentos. Pero era difícil encontrar tierras -es decir, tierras baratas-. El Hombre de la Naturaleza no nadaba en la abundancia. Pasó semanas paseando por las empinadas colinas hasta que, un día, muy arriba en las montañas, en el lugar en donde se juntan varios pequeños cañones, encontró ochenta acres de selva de matorrales que aparentemente no parecían estar registrados a nombre de nadie. Los funcionarios del gobierno le dijeron que si despejaba aquella zona y la cultivaba durante treinta años le pondrían la escritura a su nombre.

Se puso a trabajar de inmediato. Y nunca se había realizado una labor semejante. Nadie cultivaba a esas alturas. El lugar estaba cubierto de matorrales y poblado por cerdos salvajes e infinitas ratas. Disfrutaba de una magnífica vista de Papeete y del mar, pero su aspecto no era alentador. Invirtió semanas en construir un camino que permitiese el acceso a su plantación. Los cerdos y las ratas se comían todo lo que plantaba en cuanto empezaba a brotar. Abatió a los cerdos y puso trampas para las ratas. De éstas, en cuestión de dos semanas logró capturar a mil quinientas. Todo tenía que cargarlo sobre su espalda. Los trabajos más duros solía hacerlos por la noche.

Poco a poco, empezó a ganar la partida. Construyó una choza con paredes de paja. En el fértil suelo volcánico que le había ganado a la selva y a sus animales, crecían quinientos cocoteros, quinientos papayos, trescientos mangos y muchos árboles del pan y aguacates, por no mencionar las viñas y hortalizas. Desarrolló el drenaje de las colinas en los cañones y creó un eficaz sistema de irrigación, canalizando el agua de un cañón a otro y disponiendo estas canalizaciones de forma paralela en diferentes altitudes. Sus angostos cañones se convirtieron en jardines botánicos. En las áridas lomas de las colinas, donde anteriormente el sol había puesto a raya a la selva reduciéndola a la mínima expresión, florecían ahora los árboles y todo tipo de plantas. El Hombre de la Natura-

leza no sólo se había hecho autosuficiente, sino que se había convertido en un próspero agricultor que vendía sus productos a los ciudadanos urbanos de Papeete.

Entonces se descubrió que esos terrenos, que los funcionarios gubernamentales le habían afirmado que no tenían dueño, sí que lo tenían, y que su descripción y sus límites constaban en una escritura de propiedad. Todo su trabajo podía haber sido en vano. Estos terrenos carecían de valor cuando él se hizo cargo de ellos, y su propietario real, un gran terrateniente, no tenía ni idea de lo que el Hombre de la Naturaleza había creado allí. Consiguieron acordar un precio justo, y Darling pudo hacerse con una escritura oficial.

El siguiente golpe fue aún más duro. Destruyeron el acceso de Darling al mercado. El camino que había construido fue cerrado con tres vallas de alambre de espino. Era uno de esos típicos problemas de las relaciones humanas que tanto abundan en este sistema social tan absurdo. Detrás de todo estaba la misma mano conservadora que había llevado al Hombre de la Naturaleza ante la comisión de salud mental de Los Ángeles y que luego lo había deportado de Hawai. Es difícil que las personas autocomplacientes puedan llegar a comprender a un hombre cuyas aspiraciones son fundamentalmente distintas. Es evidente que los funcionarios debieron de recibir presiones por parte de elementos conservadores, pues el camino que construyó el Hombre de la Naturaleza está cerrado desde ese día; no sólo no se ha hecho nada para corregir la situación, sino que parece haber una clara intención de no intervenir. Pero el Hombre de la Naturaleza sigue cantando y bailando a su aire. No se sienta por las noches a pensar en la injusticia que han cometido con él; deja que sean los que han cometido ese error los que carguen con las preocupaciones. No tiene tiempo para amargarse la vida. Está convencido de que está en este mundo para ser feliz, y no piensa perder ni un momento en otros asuntos.

El camino que lleva a su plantación está cortado. No puede construir otro camino porque no hay otro sitio por donde se pueda pasar. El gobierno solamente le permite emplear un sendero de cerdos salvajes que discurre abruptamente por la montaña. Subí con él por ese camino y tuvimos que trepar con pies y manos para poder llegar hasta arriba. Y es imposible convertir ese sendero de cerdos salvajes en carretera si no es con la ayuda de ingenieros, maquinaria pesada y cables de acero. ¿Y qué hacía el Hombre de la Naturaleza ante esto? Siguiendo sus normas éticas, si alguien le hacía algo malo, él contestaba con el bien. ¿Y quién dice que no es más feliz que los demás?

«No te preocupes por este infame camino -me dijo mientras trepábamos a un saliente rocoso y, jadeantes, nos sentábamos para descansar un rato-. Pronto tendré una máquina voladora y podré reírme de él. Estoy despejando un sitio llano para que puedan aterrizar las aeronaves, y la próxima vez que vengas a Tahití podrás llegar directamente hasta mi puerta.»

Sí, el Hombre de la Naturaleza tenía algunas extrañas ideas además de aquellas acerca de los gorilas que se golpean el pecho en las selvas de África. El Hombre de la Naturaleza también piensa en la levitación. «Sí, señor -me dijo una vez-, la levitación no es imposible. E imagínate lo fantástico que debe ser: elevarse de los suelos por un acto voluntario. ¡Imagínalo! Los astrónomos afirman que nuestro sistema solar se está muriendo; que, a menos que algo lo impida, todo se enfriará hasta el punto de que no podrá haber vida. Muy bien. Cuando eso llegue, todo el mundo dominará el arte de la levitación y la gente podrá dejar este moribundo planeta e ir en busca de mundos más acogedores. ¿Que cómo se puede conseguir levitar? Por sucesivos ayunos. Sí, lo he probado por mí mismo y hacia el final de la experiencia ya empezaba a sentirme mucho más ligero.»

Me pareció que ese hombre se había vuelto loco.

«Naturalmente -añadió-, esto son solamente teorías mías. Me gusta especular acerca del glorioso futuro del hombre. Quizá no sea posible llegar a levitar, pero me gusta pensar que sí lo será.»

Una noche, al verlo bostezar, le pregunté cuántas horas dormía.

-Siete horas -fue la respuesta-. Pero dentro de diez años dormiré solamente seis horas, y dentro de veinte años solamente cinco horas. Como ves, pretendo reducir mi sueño a razón de una hora cada diez años.

-Entonces -le objeté-, cuando tengas cien años ya no dormirás.

-Exacto. Eso mismo. Cuando tenga cien años ya no necesitaré dormir. Además, viviré del aire. Hay plantas que viven del aire, ¿sabes?

-Pero ¿hay alguna persona que haya conseguido hacer algo semejante?

-Y si lo ha hecho, no me he enterado. Pero esto de vivir del aire es solamente una teoría mía. Estaría bien, ¿no crees? Naturalmente, puede que sea imposible, y eso es lo más probable. Verás

que también soy realista. Nunca me olvido del presente. Cuando me lanzo hacia el futuro, siempre dejo un hilo que me permita regresar a mi lugar de partida.

Me temo que el Hombre de la Naturaleza es un bromista. Pero el caso es que lleva una vida muy sencilla. Su cuenta de la lavandería no creo que sea muy elevada. Allá arriba, en su plantación, vive a base de frutas cuyo coste laboral, en dinero, estima en unos cinco centavos al día. Actualmente, dado que le han cortado el camino, y dado que se ha entregado en cuerpo y alma a difundir el socialismo, tiene que vivir en la ciudad. Sus gastos, incluyendo el alojamiento, ascienden a veinticinco centavos diarios. Para poder afrontarlos da clases en una escuela nocturna para chinos.

El Hombre de la Naturaleza no es un fanático. Cuando para comer no hay nada mejor que carne, come carne, como, por ejemplo, cuando estuvo en la cárcel, o cuando la fruta y las nueces se acaban a bordo de un barco. Nada parece impedir que se ponga moreno.

«Echa el ancla en cualquier lugar, y el ancla garreará, es decir, si tu alma es un mar infinito y profundo, y no un bebedero para perros -me dijo, luego añadió-: Como verás, mi ancla siempre está garreando. Vivo para la salud y el progreso de los hombres, y dejo que mi ancla garree en cualquier dirección. Mi ancla no me aferró al lecho de muerte. Dejé que me arrastrase hasta el bosque, y me burlé de los médicos. Cuando recuperé la salud y las fuerzas, empecé a predicar con el ejemplo y enseñé a la gente a convertirse en hombres y mujeres de la naturaleza. Pero hicieron oídos sordos a lo que les decía. Luego, en el vapor que me trajo a Tahití, un contraмаestre me expuso las teorías del socialismo. Me enseñó que antes de que los hombres y las mujeres pudiesen vivir naturalmente sería necesario alcanzar un equilibrio económico. Así que dejé que mi ancla garrease una vez más, y ahora estoy trabajando para la cooperación internacional. Cuando esto llegue, será fácil hablar de la vida natural.»

«Esta noche he tenido un sueño -me dijo feliz mientras su rostro se iluminaba lentamente por la alegría-. Veinticinco hombres y mujeres de la naturaleza acababan de llegar en un vapor procedente de California, y yo los guiaba por el sendero de los cerdos salvajes hasta la plantación.»

Ay, amigo Ernest Darling, adorador del sol y Hombre de la Naturaleza, a veces te recuerdo y siento envidia de tu feliz existencia. Te veo ahora, bailando mientras subes los escalones, tallando figuras en el porche; con tu pelo goteando después de un chapuzón en el mar, tus ojos brillando, tu cuerpo resplandeciendo al sol, y tu pecho resonando en el tatuaje diabólico mientras exclamas: «Los gorilas de las selvas de Africa se golpean en el pecho hasta que su sonido se pueda oír a ochocientos metros de distancia».

Y te veré siempre como te vi el último día, cuando el *Snark* se colaba de nuevo por el paso entre los arrecifes, hacia fuera, y yo saludé con la mano para despedirme de los que estaban en la orilla. No faltaban precisamente afecto ni buenos deseos en el saludo que le hice a ese dorado dios-sol, con calzón escarlata, que permanecía de pie en su minúsculo bote.

CAPÍTULO XII

EL TRONO DE LA ABUNDANCIA

A la llegada de los extranjeros, cada hombre procuraba hacerse amigo de uno y llevárselo a su propia casa, en donde era tratado con la mayor amabilidad por los habitantes de la zona: lo hacían sentar en un trono y lo alimentaban con abundancia de los mejores alimentos.

Investigaciones polinésicas

El *Snark* estaba fondeado en Raiatea, justo delante del poblado de Uturoa. Habíamos llegado la noche anterior, en plena oscuridad, y nos estábamos preparando para bajar a tierra por primera vez. A primera hora de la mañana había estado observando una pequeña embarcación provista de batanga que, con una imposible vela de tarquina, surcaba las aguas de la laguna. El casco propiamente dicho tenía la forma de un ataúd, con unos cuatro metros y medio de eslora y apenas treinta centímetros de manga y quizá sesenta y tres centímetros de puntal. La proa y la popa eran igualmente afiladas. Sus costados eran perpendiculares a la superficie. Si se le hubiese quitado la batanga habría volcado en una fracción de segundo. Era la batanga la que la mantenía en posición.

He dicho que la vela era imposible. Y lo era. Era una de esas cosas que, no es que haya que verlas para crearlas, sino que aunque uno las vea no se las acaba de crear. Su altura y la longitud de la botavara ya eran de por sí sorprendentes; pero, no contento con eso, su constructor le había proporcionado un grátil inmenso. Era tan grande que ningún tangón normal podría soportar la tensión que ejercería una brisa. Para ello se había provisto a la embarcación de una verga que se prolongaba a popa sobre el agua. A ésta se le había afirmado una botavara: de esta forma, la escota soportaba el pujamen de la vela, mientras que un cabo unía el puño de driza a la botavara.

No era realmente una embarcación, ni siquiera una canoa, era una máquina de navegar a vela. Y el hombre que navegaba en ella, la gobernaba con su peso y sus nervios -especialmente con estos últimos-. Lo observé virar por sotavento y dirigirse hacia el poblado. Era el único tripulante, estaba sentado en el exterior de la batanga e hizo orzar su nave para perder el impulso del viento.

«Bueno, al menos sé una cosa segura -dije-; que no me iré de Raiatea sin haber dado una vuelta en esa embarcación.»

Unos minutos más tarde, Warren me llamaba desde la entrada a cámara. «Aquí está otra vez la canoa de la que hablabas.»

Subí rápidamente a cubierta y saludé a su propietario, un alto y delgado polinesio, de cara ingenua y con unos ojos vivos e inteligentes. Llevaba un calzón rojo y un sombrero de paja. Sus manos estaban llenas de regalos para nosotros -un pescado, un manojo de hortalizas y un montón de enormes ñames-. Se lo agradecemos todo con sonrisas (que son moneda común incluso en los más remotos lugares de la Polinesia) y repitiendo numerosas veces la palabra *mauruuru* (que en tahitiano significa «gracias»), y empecé a indicarle por signos que me gustaría dar una vuelta en su embarcación.

Se le iluminó el rostro y pronunció una única palabra, «Tahaa», a la vez que se giraba y señalaba una isla situada a unas tres millas de distancia y cuyos altos picos aparecían coronados por nubes: la isla de Tahaa. Había buen viento para ir hacia allí, pero para volver habría sido bastante peor. Ahora no quería ir a Tahaa, tenía que enviar cartas desde Raiatea y tenía que ver a algunos funcionarios y, además, Charmian ya se estaba preparando para bajar a tierra. Mediante insistentes signos le indiqué que no deseaba más que un corto paseo por la laguna. Inmediatamente apreció el disgusto que se reflejaba en su rostro, pero sonrió con resignación.

«Ven a dar una vuelta -le dije a Charmian-. Pero ponte el traje de baño, vamos a mojarnos.»

No parecía real. Era como en un sueño. La canoa se deslizaba sobre las aguas como una línea de plata. Me subí a la batanga y proporcioné el peso necesario para mantenerla baja, mientras que Tehei ponía el temple. Él también se montó un poco en la batanga y, al mismo tiempo, gobernaba el rumbo con un gran remo que sujetaba con ambas manos mientras aguantaba la escota principal con un pie.

«¡Listo!», gritó.

Trasladé cuidadosamente mi peso hacia el interior del casco para mantener el equilibrio en el momento en que se vaciaba la vela. «¡Orzar!», gritó, poniendo la embarcación de proa al viento. Me deslicé hacia el lado opuesto moviéndome sobre una verga transversal de la canoa, y ya íbamos a toda marcha sobre la otra amura.

Estas tres expresiones: «Listo», «orzar», y «todo bien», eran todo el vocabulario inglés de Tehei y me hacían sospechar que alguna vez debió de formar parte de una tripulación canaca a las órdenes de un capitán americano. Entre las rachas de viento le hacía signos y repetidamente le interrogaba con la palabra *sailor*. Luego probé suerte con mi atroz francés. La palabra *marin* tampoco le decía nada; lo mismo sucedió con *matelot*. O mi francés era demasiado malo, o él no tenía ni idea. Llegué a la conclusión de que ambas conjeturas eran correctas. Finalmente, empecé a nombrarle otras islas próximas y él asentía con un movimiento de cabeza. Pero cuando le cité Tahití le cambió totalmente la cara. Se notaba que estaba intentando recordar y era una delicia observarle mientras pensaba. Sí, había estado en Tahití, y empezó a añadir nombres de otras islas como Titihau, Rangiroa, y Fakarava, por lo que tenía que haber navegado hasta las Tuamotú, sin duda como tripulante en una goleta comercial.

Tras nuestra breve navegación, cuando regresamos a bordo me preguntó por el destino del *Snark*, y cuando le mencioné Samoa, Fidji, Nueva Guinea, Francia, Inglaterra, y California en su correcta secuencia geográfica, dijo «Samoa», y mediante gestos nos dio a entender que quería venir con nosotros. Fue difícil explicarle que no teníamos espacio para él. La expresión «*petit bateau*» finalmente lo resolvió todo y, de nuevo, la sombra de disgusto que pasó por su rostro fue

seguida por una sonrisa de resignación y no tardó en repetirnos la invitación de que le acompañásemos a Tahaa.

Charmian y yo nos miramos. Todavía nos duraba la emoción del paseo en canoa. Decidimos olvidarnos de las cartas que debíamos franquear en Raiatea y de los funcionarios a los que teníamos que visitar. En una lata de galletas metí los zapatos, una camisa, un par de pantalones, cigarrillos, cerillas, y un libro para leer; la envolví con un encerado, y nos deslizamos por un flanco del barco para subir a la canoa.

Cuando el viento empezó a hinchar la vela y Tahei y yo nos disponíamos a ocupar nuestras posiciones sobre la batanga, oí a Walker que me gritaba:

-¿Para cuándo te esperamos?

-Ni idea -le contesté-. Cuando volvamos, lo antes que pueda.

Y allá nos fuimos. El viento había ganado fuerza, y con las escotas amolladas podíamos correr por delante de él. El francobordo de la canoa no superaba los seis centímetros, y las pequeñas olas constantemente nos entraban por el costado. Por lo tanto, había que achicar agua. Y achicar es una de las principales funciones de la *vahine*. *Vahine* significa mujer en tahitiano, y dado que Charmian era la única *vahine* a bordo, le correspondía a ella la tarea de achicar el agua. Tahei y yo no habríamos podido ocuparnos de hacerlo, pues ambos estábamos colgados con parte del cuerpo fuera de la batanga y bastamente nos costaba evitar que la embarcación volcase. Por lo tanto, Charmian tenía que achicar agua, empleando para ello una especie de cucharón de madera de aspecto primitivo. Lo hacía tan bien que a veces podía descansar la mitad del tiempo.

Raiatea y Tahaa son únicas, en el sentido de que están en el interior de un mismo atolón. Ambas son islas volcánicas, muy escarpadas, y con grandes picachos aserrados que se alzan hacia el cielo. Dado que Raiatea tiene cuarenta y ocho kilómetros de circunferencia, y Tahaa veinticuatro, uno puede hacerse una idea de las dimensiones del atolón en el que están. Entre ellas y el arrecife se extienden una o dos millas de agua, formando una preciosa laguna. El inmenso océano Pacífico, a apenas una milla, manda ininterrumpidamente unas olas gigantescas que se lanzan contra los arrecifes. Se levantan salvajemente y caen con gran estruendo sobre las frágiles estructuras de coral, las cuales absorben el golpe y protegen la tierra. Estar fuera significa la destrucción incluso para el más grande de los navíos. En el interior reina la calma más absoluta, permitiendo que una canoa como la nuestra navegue con un francobordo de apenas seis centímetros.

Nosotros volábamos sobre las aguas. ¡Y vaya aguas!: claras como las del más cristalino de los manantiales. Y su transparencia se veía interrumpida por un enloquecedor espectáculo multicolor y por franjas irisadas mucho más hermosas que cualquier arco iris. Verde de jade alternado con turquesa, azul metálico con esmeralda, mientras la canoa surcaba sobre manchas rojizas y volvía a pasar por zonas de un blanco resplandeciente en las que la arena coralina que había en el fondo era surcada por grandes holoturias (o bichos de mar). También pasamos sobre un maravilloso jardín coralino por el que peces multicolores revoloteaban como mariposas; a continuación seguimos sobre la oscura superficie de las profundas aguas de los canales y manadas de peces voladores salían del agua para iniciar sus plateados vuelos; y de nuevo estábamos sobre otros jardines de coral, cada uno más hermoso que el anterior. Y ante todo estaba el trópico, viento alisio con sus algodonosas nubes cruzando el cenit y marcando el horizonte con sus suaves masas.

Antes de que pudiésemos darnos cuenta, ya estábamos llegando a Tahaa, y Tehei alababa la eficacia con la que la *vahine* había ido achicando el agua. La canoa se detuvo en aguas someras, a veinte pies de la orilla, y vadeamos caminando sobre un suave fondo de arena en el que las grandes holoturias se retorcían bajo nuestros pies y en el que los pulpos nos indicaban su presencia cada vez que pisábamos algo blando y resbaladizo. Cerca de la playa, entre cocoteros y bananos, estaba la casa de Tehei; se alzaba sobre pilares como los palafitos, estaba construida con bambú, y tenía el techo de paja. Y de la casa salió la *vahine* de Tehei, una mujer pequeña y delgada, con ojos simpáticos y rostro con caracteres mongoloides -por no decir de indio norteamericano-. Tehei la llamó Bihaura, y sonó como Bi-ha-u-ra, poniendo mucho énfasis en cada sílaba del nombre.

Cogió a Charmian de la mano y la condujo hacia la casa, dejando que Tehei y yo las siguiésemos. Allí, y mediante un clarísimo lenguaje a base de signos, nos indicaron que todas sus posesiones eran nuestras. Ningún hidalgo fue jamás más desprendido que ellos, incluso dudo que alguno haya llegado a ser alguna vez así de generoso. Enseguida nos dimos cuenta de que no debíamos admirar sus posesiones, pues a la que empezábamos a fijarnos en algo que nos llamaba la atención inmediatamente nos lo regalaban. Las dos *vahines*, siguiendo la tradición de las

vahines, se dedicaron a comentar y examinar todos los típicos asuntos femeninos, mientras que Tehei y yo, a la usanza masculina, discutíamos acerca de las artes de pesca y de la caza de cerdos salvajes, por no hablar de su método de capturar bonitos mediante canoas dobles y largas pértigas de cuarenta pies. A Charmian le encantó la cesta de costura -el mejor ejemplo de cestería polinésica que habíamos visto-; era suyo. Yo admiré un anzuelo para bonito, tallado en una sola pieza de la concha de una ostra; era mío. A Charmian le gustó un rollo de unos diez metros de una hermosa cinta plana de paja trenzada, suficiente como para que uno pudiese hacerse el sombrero que más le gustase; el rollo era suyo. Me llamó la atención un hermoso mortero de poi de la edad de piedra; era mío. Charmian se fijó un momento en un bol de madera tallada para el poi, con forma de canoa y cuatro patas, y hecho de una sola pieza; era suyo. Miré por segunda vez un coco enorme; era mío. En éstas, Charmian y yo acordamos no admirar nada más de lo que viésemos, no por que no valiese la pena, sino todo lo contrario. Además, estábamos empezando a repasar mentalmente todo lo que llevábamos a bordo del *Snark* para ver qué podríamos regalar a cambio. Las navidades son un problema insignificante comparado con una fiesta en la Polinesia.

Mientras Bihaura preparaba la cena, nos sentamos en sus mejores alfombras, en el porche de la casa, y fuimos conociendo a la gente del pueblo. Pasaban en grupos de dos o tres personas, nos daban la mano y nos saludaban con la expresión tahitiana de *ioarana*. Los hombres, individuos grandes y corpulentos, llevaban pantalones pero muchos prescindían de la camisa, mientras que las mujeres lucían la habitual *ahu*, una especie de delantal sin mangas que se extiende graciosamente desde los hombros hasta el suelo. Era triste comprobar que muchos de ellos estaban afectados de elefantiasis. Imagínese una hermosa mujer, muy bien proporcionada, con el porte de una reina, pero con un brazo que era cuatro veces -o una docena de veces- más grueso que el otro. A su lado podría estar un hombre con una altura de seis pies, musculoso, bronceado, con el cuerpo de un rey, pero con unos pies y unas piernas tan hinchadas que se tocaban, deformes, monstruosas, como las patas de un elefante.

Nadie sabe a ciencia cierta cuál es la causa de la elefantiasis de los Mares del Sur. Algunos dicen que su origen está en beber agua contaminada. Otra teoría la atribuye a la picadura de un de terminado mosquito. Y una tercera teoría la define como enfermedad congénita sumada a un proceso de aclimatación. Por otra parte, nadie que sea excesivamente maniático respecto a esta y otras enfermedades puede plantearse la idea de viajar por los Mares del Sur. Habrá ocasiones en que tendrá que beber agua. También habrá veces en que no podrá evitar que le piquen los mosquitos. Pero por muy puntilloso que uno sea, las precauciones que tome serán totalmente inútiles. Al caminar descalzo por la playa para ir a darse un baño puede poner el pie en el mismo lugar en el que momentos antes lo ha puesto un enfermo de elefantiasis. Si se encierra en su propia casa, cualquier alimento fresco que consuma puede haber sido contaminado, sea carne, pescado o verdura. En el mercado de Papeete hay dos puestos que están a cargo de dos conocidos leprosos, y Dios sabe por qué manos pasan las frutas, hortalizas, carne y pescado hasta que llegan al mercado. La única manera de viajar por los Mares del Sur es sin miedo, sin aprensión, con una gran fe en la resplandeciente suerte que nos proporciona nuestra propia estrella. Cuando vea a una mujer afectada de elefantiasis haciendo crema de coco con sus manos desnudas, beba tranquilo y demuéstrele lo buena que está la crema, sin pensar en las manos que la han hecho. Recuerde también que las enfermedades tales como la elefantiasis y la lepra no se transmiten por contacto.

Observamos cómo una mujer de Rarotonga, con sus miembros deformemente hinchados, preparaba nuestra crema de coco y luego iba al lugar en el que Tehei y Bihaura estaban preparando la cena. Nos la sirvieron en unos cuencos en la casa. Nuestros anfitriones esperaron a que nos la tomásemos y luego prepararon la mesa en el suelo. ¡Pero qué mesa! Realmente estábamos en el reino de la abundancia. Primero, un estupendo pez crudo, capturado unas horas antes y macerado desde entonces en zumo de lima diluido con agua. Luego vino el pollo asado. Dos cocos, muy dulces, eran la bebida. Siguieron unas bananas que sabían a fresa y que se deshacían en la boca, y un poi de banana que me hizo sentir lástima por los budines de mi tierra. Además, había ñame cocido, taro cocido, y feis asados, que vienen a ser unas bananas rojizas, grandes, harinosas y jugosas. Quedamos maravillados por esta abundancia, pero aún no habíamos salido de nuestro asombro cuando nos trajeron un cerdo, un cerdo entero, jugoso, envuelto en hojas verdes, y asado sobre las piedras calientes de un horno tradicional, el plato rey de la cocina polinésica. Y después vino el café, café negro, delicioso, café autóctono cultivado en las colinas de Tahaa.

Me fascinaban los arpones de pesca de Tehei y, dado que quedamos en ir a pescar, Charmian y yo decidimos quedarnos a dormir. Tehei volvió a hablar de Samoa y, de nuevo, mi alusión a nuestro *petit bateau* trajo el disgusto a su rostro y acabó haciéndole sonreír con resignación. Mi siguiente meta era Bora Bora. Pero no estaba tan lejos como para que las goletas de carga hiciesen la ruta entre allí y Raiatea. Así que invité a Tehei a ir hasta allí con nosotros a bordo del *Snark*. Entonces me enteré de que su mujer había nacido en Bora Bora y que tenía una casa allí. La invitamos a venir también e inmediatamente nos ofreció compartir con ellos su casa de Bora Bora. Era lunes. El martes iríamos a pescar y luego regresaríamos a Raiatea. El miércoles nos dirigiríamos hacia Tahaa y en un determinado lugar, a una milla de distancia, recogeríamos a Tehei y Bihaura para poner luego rumbo a Bora Bora. Concretamos todo esto con detalle y hablamos también de muchas otras cosas; Tehei sabía tres expresiones en inglés, Charmian y yo conocíamos unas doce palabras en tahitiano, y entre los cuatro sabíamos quizás unas diez palabras en francés comprensibles por todos. Naturalmente, una conversación tan políglota tenía que ser forzosamente muy lenta, pero con la ayuda de un bloc, un lápiz, un reloj que Charmian dibujó en la cara posterior del bloc, y mil y un gestos, logramos entendernos perfectamente.

En cuanto hicimos la más mínima alusión a que queríamos irnos a dormir, desaparecieron todos nuestros visitantes con sus vaporosos *iaoranas*; Tehei y Bihaura también se esfumaron. La casa consistía en una gran habitación, y nos la habían dejado toda para nosotros mientras nuestros anfitriones se iban a dormir a otra parte. Verdaderamente, su castillo era nuestro. Y llegados a este punto, quiero decir que de todas las muestras de hospitalidad que he recibido en este mundo por parte de todo tipo de razas de todo tipo de lugares, nunca había recibido una hospitalidad como la que me llegó de las manos de esta morena pareja de Tahaa. Y no me refiero a los regalos, a su gran generosidad, a la abundancia de todo, sino a su delicado sentido de la cortesía, la consideración y el tacto, y a que la simpatía era una simpatía real por lo que tenía de comprensiva. No hicieron nada por creer que estaban obligados a hacerlo para nosotros, sino que hicieron lo que intuían que nosotros queríamos que hiciesen; y su intuición fue fenomenal. Sería imposible enumerar los infinitos pequeños detalles que tuvieron con nosotros durante los días que duraron nuestras relaciones. Por lo que a mí respecta, me basta con decir que de todas las muestras de simpatía y hospitalidad que he recibido en mi vida, no sólo no hay ninguna que supere a las de estas gentes, sino que ninguna es siquiera capaz de igualarlas. Quizá la parte más agradable de todo esto era que no se debía a una experiencia previa, ni a complejas normas sociales, sino que era lo que realmente salía de forma espontánea de sus puros corazones.

A la mañana siguiente fuimos a pescar, es decir, fuimos Tehei, Charmian, y yo, en su canoa con forma de ataúd; pero esta vez prescindimos de la enorme vela. En una embarcación tan pequeña no se podía ir a vela y pescar a la vez. Recorrimos varias millas a remo y, en un canal interior del arrecife, de unas veinte brazas de profundidad, Tehei dejó caer los anzuelos con sus correspondientes lastres de piedra. Como cebo empleaba trozos de carne de pulpo, que cortaba de un pulpo vivo que se retorció en el suelo de la canoa. Echó nueve líneas, cada una atada al extremo de un trozo de caña de bambú que dejaba flotar en la superficie. Cuando picaba un pez, el extremo de la caña se hundía en el agua. Naturalmente, el otro extremo de la caña se levantaba y se agitaba nerviosamente en el aire avisándonos de que había algo para nosotros. Y nosotros hacíamos lo que podíamos con los remos para ir de un trozo de bambú a otro, izando de las profundidades unas hermosas bellezas de sesenta centímetros a un metro de longitud.

A todo esto, hacia el este había ido creciendo un buen chubasco que ya empezaba a oscurecer parte del luminoso cielo de los alisios. Emprendimos el regreso en cuanto las primeras rachas de viento empezaron a agitar la superficie. Y luego vino la lluvia, esa lluvia que sólo se da en los trópicos, y en la que de repente se abren a la vez todos los grifos del cielo y se vuelcan los depósitos para que el agua no deje de fluir en un verdadero diluvio. Bueno, Charmian iba en traje de baño, yo llevaba una camisa y unos pantalones de algodón muy fino, y Tehei llevaba solamente un calzón corto. Bihaura nos esperaba en la playa, y se llevó a Charmian a la casa de la misma forma en que una madre se habría llevado a una niña traviesa que hubiese estado jugando en el barro.

Nos cambiamos de ropa y fumamos tranquilamente un cigarrillo mientras se preparaba el *kai-kai*. *Kai-kai* es la expresión polinesica para «comida» o «comer», o, por lo menos es una derivación de la raíz original que, sea de donde sea que procediese, se fue expandiendo a lo largo y ancho de una amplia región del Pacífico. Se dice *kai* en las Marquesas, Rarotonga, Manahiki,

Niué, Fakaafu, Tonga, Nueva Zelanda, y Vaté. En Tahití «comer» es *amu*, en Hawai y Samoa es *ai*, en Bau es *kana*, en Niua es *kaina*, en Nongone es *kaka*, y en Nueva Caledonia es *ki*. Pero sea cual sea su nombre, el caso es que nos encantaba oírlo tras haber estado remando un buen rato bajo la lluvia. Una vez más, nos sentamos en el trono de la abundancia hasta que nos dimos cuenta de que nuestra imagen era distinta a la de la jirafa y el camello del cuento.

Una vez más, cuando estábamos preparándonos para regresar al *Snark*, el cielo se ennegreció hacia barlovento y se nos vino encima otro chubasco. Pero esta vez había más viento que lluvia. Es tuvo soplando una hora tras otra, zumbando y silbando entre las palmeras; agitando y sacudiendo la frágil casa de bambú, mientras el arrecife exterior tronaba por la fuerza de las olas que estallaban contra él. En la cara interior del arrecife, la laguna, a pesar de estar tan bien protegida, estaba blanca de furia y ni siquiera la pericia de Tahei habría conseguido que su canoa sobreviviese en semejante temporal.

A la caída del sol, el temporal ya iba amainando pero el mar seguía siendo demasiado duro para la canoa. Así que le pedí a Tahei que buscara a algún nativo que aceptase llevarnos a Raiatea en una barca de pesca por la grandiosa suma de noventa centavos. La mitad del pueblo ayudó a transportar los regalos con los que Tehei y Bihaura agasajaban a sus amigos que se iban -gallinas de corral, pescados condimentados y envueltos en hojas verdes, dorados racimos de bananas, cestos de hojas llenos de naranjas, limas y aguacates (llamados también «fruto de mantequilla»), grandes cestos de ñames, manojos de taro y cocos y, finalmente, troncos y ramas secas de árboles para hacer fuego en el *Snark*.

Cuando nos dirigíamos hacia la barca conocimos al único hombre blanco de Tahaa. Se llamaba George Lufkin y era oriundo de Nueva Inglaterra. Tenía ochenta y seis años de edad, sesenta de los cuales los había pasado en las Islas de la Sociedad, con algunas ausencias ocasionales, como cuando se fue en busca de fortuna a Eldorado durante la fiebre del oro de 1849 y durante su breve época de ranchero en California cerca de Tulare. No le dieron más de tres meses de vida, por lo que regresó a sus queridos Mares del Sur para vivir hasta los ochenta y seis y reírse de aquellos médicos que ya descansan todos en sus tumbas. Tenía *fee fee*, que es el nombre local para la elefantiasis. Contrajo la enfermedad hace un cuarto de siglo, y seguirá con ella hasta que muera. Le preguntamos si tenía familiares o descendencia. A su lado se sentaba una alegre damisela de sesenta años, su hija. «Es todo lo que tengo -murmuró con tristeza-, y ella no tiene ningún hijo vivo.»

La barca de pesca era un pequeño balandro, pero al lado de la canoa de Tehai parecía bastante grande. Sin embargo, cuando estuvimos en medio de la laguna y a merced de unas fuertes rachas de viento, la barca se volvió liliputiense, mientras que el *Snark*, en nuestra imaginación, nos parecía prometer toda la estabilidad y la seguridad de un continente.

Eran buenos marinos. Tehei y Bihaura también venían para vernos regresar a nuestro hogar, y Bihaura resultó ser también una buena marinera. La embarcación tenía buen lastre y encaramos el chubasco a toda vela. Estaba oscureciendo, la laguna estaba llena de corales y llevábamos demasiado trapo izado. En pleno temporal tuvimos que hacer un bordo y recorrer un corto tramo hacia barlovento para esquivar una formación coralina que llegaba hasta menos de treinta centímetros de la superficie. En cuanto la embarcación orzó, en ese instante en que los veleros se quedan «muertos» antes de volver a emprender la marcha, volcamos. Luego amollamos las escotas de la mayor y del foque y dejamos que se orientase al viento. Volvimos a volcar tres veces, y las tres tuvimos que aflojar las velas antes de poder seguir por esa amura.

Cuando pudimos continuar nuestra navegación ya había oscurecido. Estábamos demasiado a barlovento del *Snark* y el viento seguía aullando. Recogimos el foque y arriamos la mayor hasta de jar izado solamente un trozo del tamaño de la funda de una almohada. Por error pasamos el *Snark* de largo, que estaba garreando sobre dos anclas, y fuimos a parar contra los corales de la orilla. Mediante el cabo más largo del *Snark*, y con la ayuda de la lancha, tras una hora de arduas tareas logramos izar la barca de pesca a bordo y dejarla en lugar seguro a popa.

El día que partimos hacia Bora Bora apenas había viento, y cruzamos la laguna a motor hasta el lugar en que habíamos quedado en encontrarnos con Tehei y Bihaura. A medida que nos íbamos acercando a tierra pasando entre los arrecifes coralinos, mirábamos hacia la playa en búsqueda de nuestros amigos. Pero no había ni rastro de ellos.

«No podemos esperar -dije-. Esta brisa no nos llevará hasta Bora Bora en la oscuridad, y no quiero gastar más gasolina de la imprescindible.»

Como verá, la gasolina siempre es un problema en los Mares del Sur. Uno nunca sabe cuándo tendrá ocasión de llenar el depósito. Pero justo en ese momento apareció Tehei entre los árboles corriendo hacia la orilla. Se había quitado la camisa y la agitaba para hacernos señales. Por lo visto, Bihaura todavía no estaba a punto. Una vez a bordo, Tehei nos indicó que deberíamos ir costeando hasta situarnos detrás de su casa. Se colocó a la caña y dirigió el *Snark* paso a paso por entre los arrecifes coralinos hasta el final. De la playa nos llegaban gritos de bienvenida, y Bihaura, ayudada por mucha gente del poblado, nos trajo dos canoas llenas de víveres.

Había ñames, taros, *feis*, frutos del pan, cocos, naranjas, limas, piñas, sandías, aguacates, granadas, pescado, gallinas que corrían, cacareaban y ponían huevos en cubierta, e incluso un cerdo vivo que profería constantemente unos gritos espantosos en vistas a su inminente sacrificio.

Estaba saliendo ya la luna cuando cruzamos el peligroso paso del arrecife de Bora Bora y echamos el ancla frente al poblado de Vaitapé. A Bihaura, con la ansiedad propia de una ama de casa, le faltaba tiempo para desembarcar, ir a su casa y preparar más abundancia para nosotros. Mientras la lancha la trasladaba a ella y a Tehei hasta el pequeño embarcadero, por la tranquila laguna nos llegaba el sonido de una música y unos canticos. Por todas las islas de la Sociedad nos habían ido diciendo que encontraríamos a los habitantes de Bora Bora muy alegres. Charmian y yo bajamos a tierra para ver qué pasaba, y en la explanada del pueblo, junto a unas olvidadas tumbas de la playa, encontramos a chicos y chicas bailando, cubiertos con guiraldas de flores, con unas extrañas flores fosforescentes en el pelo que brillaban y se oscurecían a la luz de la luna. Siguiendo la playa llegamos a una gran casa de paja, de forma ovalada y de unos veinte metros de longitud, en la que los ancianos del pueblo estaban cantando *himines*. Ellos también estaban alegres y cubiertos con guiraldas de flores, y nos recibieron como si fuésemos unos corderillos perdidos que salían de la oscuridad para volver al redil.

Al día siguiente, Tehei subió a bordo a primera hora de la mañana para traernos una ristra de peces recién capturados y para invitarnos a cenar aquella noche. Cuando íbamos a cenar, nos detuvimos en la casa de los *himine*. Estaban cantando los mismos ancianos, y por todos lados había algunos chicos y chicas jóvenes que no habíamos visto la noche anterior. Había todos los indicios de que se estaba preparando una gran fiesta. Del suelo ascendía una montaña de frutas y hortalizas, flanqueada por ambos lados por numerosos pollos sujetados con tiras de coco. Después de entonar muchos *himines*, uno de los hombres se levantó y recitó una oración. La oración iba dedicada a nosotros y, a pesar de que no entendíamos nada de lo que decía, estaba claro que nos relacionaba con aquella montaña de provisiones.

-¿Será posible que pretendan regalarnos todo esto? -me preguntó Charmian con un susurro.

-Imposible -le contesté-. Además, no tenemos sitio en el *Snark* como para cargarlo todo. No podríamos comernos más que una pequeña parte. El resto se pudriría. Quizá nos estén invitando a la fiesta. De todos modos, es imposible que vayan a regalarnos todo esto.

Una vez más, estábamos sentados en el trono de la abundancia. El orador, mediante unos gestos inconfundibles, nos iba presentando detalladamente cada uno de los elementos de esa montaña, y después nos lo presentó *in toto*. Fue una situación algo embarazosa. ¿Qué harías si vivieses en una pequeña habitación y un amigo te regalase un elefante blanco? Nuestro *Snark* no era más que una pequeña habitación, y además ya estaba muy cargado con lo que nos habían regalado en Tahaa. Este nuevo cargamento era excesivo. Nos sonrojamos, tartamudeamos y *mauruurueamos*. *Mauruurueamos* con repetidos *nuis* referentes a la sorpresa y a la abrumadora magnitud de nuestro agradecimiento. Al mismo tiempo, y expresándonos por señas, cometimos la imperdonable falta de educación de rechazar el regalo. La desilusión de los cantantes de *himinies* era evidente y, aquella misma tarde, ayudados por Tehei, nos comprometimos a aceptar un pollo, un racimo de bananas, un manojo de taro, y algunas cosas más.

Pero no había forma de escapar de la abundancia. Le compré una docena de gallinas a un nativo y al día siguiente me trajo trece gallinas y una canoa llena de fruta. El francés de la tienda nos regaló granadas y nos prestó su mejor caballo. El gendarme local hizo lo mismo, y nos prestó un caballo que era realmente la niña de sus ojos. Y todo el mundo nos traía flores. El *Snark* parecía una tienda de frutas y verduras camuflada con forma de barco. Todo el tiempo llevábamos puestas unas guiraldas de flores. Cuando los cantantes *himinie* vinieron a bordo, las chicas nos besaron para darnos la bienvenida y todos, desde el capitán hasta el grumete, quedamos prendados de las mujeres de Bora Bora. Tehei organizó una gran expedición de pesca en nuestro honor, y para llevarla a cabo contamos con una canoa doble en la que remaban doce amazonas. Nos tranquilizó

mucho que no capturásemos ningún pez, pues si hubiésemos cargado algo más el *Snark* se nos habría ido a pique.

Los días iban pasando, pero la abundancia no disminuía. El día de nuestra partida todas las canoas vinieron hacia nosotros. Tehei trajo pepinos y un pequeño árbol de papaya cargado de espléndidas frutas. Además, me regaló una pequeña canoa doble con todos sus aparejos de pesca. También trajo abundantes frutas y hortalizas, igual que en Tahaa. Bihaura trajo algunos regalos especiales para Charmian, como almohadas de sedoso algodón, abanicos y esterillas de fantasía. Toda la población nos inundó con fruta, flores y gallinas. Y Bihaura añadió además un lechón vivo. Nativos a los que no recordaba haber visto anteriormente se asomaban por la borda y me regalaban cosas tales como cañas de pescar, hilo de pesca, y anzuelos tallados en madreperla.

Cuando el *Snark* navegaba a través de los arrecifes, llevaba una barca de pesca a remolque. Ésa era la embarcación que llevaría a Bihaura de regreso a Tahaa, pero no a Tehei. Al final me había hecho ceder, y ahora era miembro de la tripulación del *Snark*. Cuando la barca se separó de nosotros y puso rumbo este, y el *Snark* viró para poner proa al oeste, Tehei se arrodilló en la bañera y rezó una silenciosa plegaria mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. Una semana más tarde, cuando Martín tuvo tiempo de revelar y positivar, le enseñó a Tehei algunas de las fotografías. Y el hijo de la Polinesia de piel morena al contemplar la imagen de su amada Bihaura, rompió a llorar.

¡Ah la abundancia! Llevábamos demasiadas cosas a bordo. Apenas podíamos trabajar en el *Snark* por la cantidad de fruta que había por todas partes. El bote salvavidas y la lancha estaban cubiertos de fruta y sus lonas crujían por el peso. Pero los verdaderos problemas llegaron cuando nos dio de lleno el alisio y el mar empezó a moverse. A cada bandazo, el *Snark* lanzaba por la borda un racimo de bananas o de cocos, o una cesta de limas. Un dorado flujo de limas desapareció por los imbornales a sotavento. Los grandes cestos llenos de ñames, piñas, y granadas rodaban arriba y abajo. Las gallinas se habían escapado y las encontrábamos por todas partes, trepando por los toldos, aleteando y cacareando en las botavaras, o practicando el peligroso arte de balancearse en el tangón del *spinnaker*. Eran gallinas salvajes y estaban acostumbradas a volar. Cuando intentábamos atraparlas levantaban el vuelo sobre el océano, describían un círculo y regresaban. A veces no regresaban. Y en medio de la confusión, sin que nadie se apercibiese de ello, el lechón se soltó y salió por la borda.

A la llegada de los extranjeros, cada hombre procuraba hacerse amigo de uno y llevarse a su propia casa, en donde era tratado con la mayor amabilidad por los habitantes de la zona: lo hacían sentar en un trono y lo alimentaban con abundancia de los mejores alimentos.

CAPÍTULO XIII

LA PESCA CON PIEDRAS DE BORA BORA

A las cinco de la mañana empezaron a sonar las caracolas. De toda la playa surgían unos potentes sonidos, parecidos al primitivo grito de guerra, que indicaban a los pescadores que era hora de levantarse y salir. En el *Snark* también tuvimos que levantarnos, pues era imposible dormir en ese loco concierto de caracolas. Hoy íbamos a pescar con piedras, pero teníamos pocas cosas que preparar.

La pesca con piedras se llama *tautai-taora*, en donde *tautai* significa «arte de pesca». Y *taora* significa «lanzar». Pero la combinación de *tautai-taora* significa «pescar a pedradas», pues el instrumento que se lanza es una piedra. En realidad, la pesca con piedras consiste en conducir a los peces; el principio es similar a espantar conejos o conducir ganado, sólo que en estos dos últimos ejemplos los conductores y los conducidos se desplazan en un mismo medio, mientras que en la conducción de peces, el hombre debe permanecer en el aire para poder respirar, y los peces que conduce se desplazan por el agua. Es igual que el agua tenga una profundidad de cien o doscientos pies, el hombre, trabajando en la superficie, guiará a los peces de la misma manera.

Así es como se hace. Las canoas se ponen en fila separadas por distancias de cien a doscientos pies. En la proa de cada embarcación hay un hombre que sostiene una piedra de varios kilos de peso atada a un cabo bastante corto. Golpea el agua con la piedra, la recoge y la vuelve a lanzar. Y va chapoteando. En la proa de cada canoa hay otro hombre que se dedica a remar, conduciendo la

canoa hacia delante pero sin perder la formación respecto a las demás. Esta fila de canoas va avanzando hasta encontrarse con otra fila de canoas a una o dos millas de distancia, uniendo sus extremos para formar un círculo cuyo extremo opuesto está en la orilla. El círculo empieza a encogerse hacia la playa, donde las mujeres se alinean formando una barrera de piernas que sirve para bloquear la huida de los aterrorizados peces. En el momento apropiado, cuando el círculo ya es lo suficientemente estrecho, una canoa parte de la orilla y lanza una malla de hojas de cocotero que envuelve el círculo y refuerza esa empalizada de piernas. Naturalmente este tipo de pesca sólo se realiza en la cara interior del arrecife, en la laguna.

«*Tres jolie*», nos dijo el gendarme, después de explicarnos con signos y gestos que se atraparían miles de peces de todos los tamaños, desde gobios hasta tiburones, y que las capturas acabarían saliendo sobre la arena de la playa como si estuviesen en ebullición. Es un sistema de pesca muy eficaz y, a la vez, la forma en que se lleva a cabo es más propia de una fiesta que de una prosaica obtención de alimentos. Este tipo de pesca se realiza en Bora Bora una vez al mes, y es una costumbre que viene de tiempos muy antiguos. No se sabe quién la inició. Siempre lo han hecho así. Pero uno no puede sino maravillarse ante el ingenio de ese ser primitivo que, hace tanto tiempo, concibió una forma de pescar con la que se consiguen capturas muy abundantes sin necesidad de emplear anzuelos, arpones o redes. Sólo podemos imaginar una cosa acerca de él: que era un revolucionario. Seguro que sus contemporáneos más conservadores debían de considerarlo un anarquista y un iluso. Y sus dificultades debieron ser muy superiores a las de los inventores actuales, que solamente necesitan poder convencer a uno o dos capitalistas. Ese inventor primitivo tuvo que empezar por convencer a toda la tribu, pues sin la colaboración de todos no era posible probar su invento. Uno puede imaginarse los chismorreos nocturnos que debían circular entre la primitiva sociedad de esa isla cuando él llamaba anticuados a sus camaradas y éstos le decían que estaba loco, que era un iluso, que soñaba tonterías, en fin, que lo tratarían como si viniese de Kansas. Dios sabe cuántas canas y cuántos sudores debió de costarle poder reunir el suficiente número de personas como para poner a prueba su idea. Pero el caso es que el experimento tuvo éxito. Pasó la prueba, ¡funcionó! Y a continuación, y de eso estoy absolutamente seguro, todos debieron de decir que ya lo sabían, que desde el principio sabían que el sistema funcionaría.

Nuestros buenos amigos, Tehei y Bihaura, que habían organizado esta pesca en nuestro honor, habían prometido que vendrían a buscarnos. Estábamos todavía en la cabina cuando nos llamaron de cubierta para avisarnos de que ya venían. Cuando subimos a cubierta quedamos extasiados al ver la embarcación polinesia en la que íbamos a navegar. Se trataba de una gran canoa doble cuyos dos cascos estaban unidos entre sí por unos travesaños de madera que los mantenían ligeramente separados, y todo estaba decorado con hierbas doradas y flores. De los remos se encargaban doce amazonas con coronas de flores, mientras que a popa de cada casco había un robusto timonel. Todos lucían guirnaldas de flores doradas y rojas y naranjas, y lucían en las caderas un pareo de color escarlata. Había flores por todas partes, flores, flores, flores, sin fin. El conjunto era una orgía de colores. En la plataforma delantera, montada sobre las proas de los cascos, Tehei y Bihaura estaban bailando. Todas las voces se alzaron en un salvaje canto de felicidad.

Antes de aproximarse para que Charmian y yo pudiésemos subir a bordo, dieron tres vueltas completas alrededor del *Snark*. Luego partimos hacia la zona de pesca, situada a cinco millas a remo a barlovento. En las islas de la Sociedad suele decirse que «todo el mundo es alegre en Bora Bora», y realmente los encontramos muy alegres. Mientras hundían los remos entonaban cantos para la canoa, cantos para los tiburones, y cantos para la pesca, uniéndose todos en un gran coro. Una vez se oyó el grito de ¡*Mao!*, y todos empezaron a remar como locos. *Mao* significa «tiburón», y cuando aparece uno de estos tigres de los mares, los nativos reman a toda velocidad hacia la playa, pues saben muy bien el riesgo que corren de que sus canoas sean volcadas y ellos acaben devorados. Naturalmente, en nuestro caso no había tiburones, sino que se empleaba el grito de «*mao*» para incitarlos a remar con más energía, como si realmente hubiese un tiburón persiguiéndolos. Otro grito que nos hizo dejar espuma por la popa fue el de «¡*Hoé!* ¡*Hoé!*».

Tehei y Bihaura seguían bailando en la plataforma acompañados por cantos, coros, y batir de palmas. Otras veces marcaban el ritmo golpeando los costados de la embarcación con los remos. Una joven dejó su remo, saltó a la plataforma y empezó a bailar una hula, a mitad de la cual, empezó a contornearse, se nos acercó y nos dio el beso de bienvenida. Algunos de los cantos, o *himnes*, eran religiosos y especialmente hermosos; las profundas voces de bajos de los hombres

combinaban con las de sopranos y contraltos de las mujeres dando lugar a un sonido que recordaba totalmente el de un órgano. De hecho, según algunos, el *himinie* es un «órgano canaco», pero lo dicen en broma, claro. Por otra parte, algunos de los cantos son muy bárbaros y tienen un sonido mucho más primitivo.

Y así, cantando, bailando y remando, estos alegres polinesios nos llevaban a pescar. El gendarme, que es el representante de la autoridad francesa en Bora Bora, nos acompañaba con su familia a bordo de su propia canoa doble haciendo que remasen sus prisioneros; pues no sólo es gendarme y juez, sino también carcelero, y en este feliz país, cuando todo el mundo va a pescar significa que van todos. Junto a nosotros venía también una fila de canoas de remo con batangas. Luego apareció una gran canoa a vela, navegando maravillosamente ante el viento hasta acercarse a nosotros para saludar. Tres hombres jóvenes nos saludaron con un salvaje tronar de tambores mientras se balanceaban peligrosamente sobre la batanga.

Al cabo de media milla más llegamos al lugar de reunión. Warren y Martín nos habían seguido con nuestra lancha a motor, y eso constituyó inmediatamente un foco de curiosidad, pues los isleños no veían qué era lo que la hacía navegar. Vararon las canoas en la playa y todo el mundo bajó a tierra para beber de los cocos, para cantar y para bailar. Luego se nos unieron más personas que venían de viviendas próximas, y era hermoso contemplar cómo las chicas iban llegando por la arena, de dos en dos o de tres en tres, cogidas de la mano, y siempre con una corona de flores.

Allicot, un comerciante mestizo, nos dijo:

-Normalmente capturan gran cantidad de peces. Al final las aguas hierven de pescado. Es muy divertido. Como ya podrás imaginar, todo el pescado será para vosotros.

-¿Todo? -grité, pues el *Snark* ya estaba hasta los topes con la inmensa cantidad de regalos que habíamos recibido, tales como frutas, verduras, cerdos y gallinas.

-Sí, hasta el último pez -me contestó Allicot-. Verás, siendo el invitado de honor, tienes que hacerte con un arpón y clavar el primer pez. Es la costumbre. Luego se irán todos al agua y sacarán los peces con las manos para arrojarlos a la arena. Habrá una montaña de pescado. Luego, uno de los jefes pronunciará un discurso y te regalará toda la captura. Pero no tienes que llevártelo todo. Tú te levantas, dices algunas palabras, eliges los peces que más te gusten y vuelves a regalarles los demás. Así todo el mundo alabará tu generosidad.

-Pero ¿qué pasaría si aceptase todo el regalo? -le pregunté.

-No ha sucedido nunca -fue su respuesta-. La costumbre es recibir y volver a regalar.

El sacerdote nativo inició una oración para conseguir buena pesca y todos se descubrieron la cabeza. A continuación, el jefe de los pescadores distribuyó las canoas y asignó un lugar a cada una. Sólo faltaba subirse a ellas y partir. Sin embargo, a bordo no iba ninguna mujer, con la excepción de Bihaura y Charmian. Antiguamente incluso esto habría sido tabú. Las mujeres se quedaban atrás para meterse en el agua y crear la empalizada de piernas.

La gran canoa doble se quedó en la playa y nosotros embarcamos en la lancha. La mitad de las canoas se fueron remando hacia sotavento, mientras que nosotros, junto con la otra mitad, recorrimos una milla y media hacia barlovento hasta que el extremo de nuestra fila llegó al arrecife. El jefe de la operación estaba en una canoa situada en el centro de nuestra fila. Era un hombre mayor y delgado que permanecía erguido con una bandera en la mano. Para dirigir la toma de posiciones y la formación de las dos hileras soplabá por una caracola. Cuando todo estuvo listo, agitó la bandera hacia la derecha. Con un único chapoteo, los lanzadores de todas las canoas de esa hilera echaron sus piedras al agua. Mientras las recogían -cosa que hacen muy rápidamente pues las piedras apenas llegan a hundirse bajo la superficie- agitó la bandera hacia la izquierda y, con admirable precisión, todas las piedras de ese lado chocaron simultáneamente contra el agua. Y así, arriba y abajo, derecha e izquierda, a cada movimiento de la bandera una onda sacudía toda la laguna. Al mismo tiempo, los remos hacían avanzar las canoas; y lo que se hacía en nuestra hilera se repetía en la otra hilera de canoas situada a más de una milla de distancia.

En la proa de nuestra lancha, Tehei, con la vista puesta en el jefe, iba lanzando su piedra al unísono con los demás. En una ocasión la piedra se soltó de la cuerda, y en ese mismo instante Tehei se tiró al agua para recogerla. No sé si la piedra llegó o no hasta el fondo, pero lo que sí sé es que cuando Tehei volvió a la superficie la llevaba en la mano. Me fijé en que este mismo incidente sucedió bastantes veces en las otras canoas, pero siempre el lanzador se tiraba al agua detrás de la piedra y la recuperaba.

El extremo de nuestra fila que daba hacia el arrecife iba acelerando, mientras que el que llegaba a la orilla iba frenando, siempre bajo la atenta supervisión del jefe, hasta que las dos filas se juntaron cerrando el círculo. Entonces se inició la contracción del círculo, y los pobres y aterrorizados peces empezaron a ser conducidos hacia la orilla por los golpes que agitaban las aguas; de la misma forma en que los elefantes son guiados a través de la selva por grupos de hombres que se esconden detrás de la maleza o de los árboles y emiten extraños sonidos. A todo esto ya se había constituido la empalizada de piernas y podíamos ver como las cabezas de las mujeres, formando una larga hilera emergían de las plácidas aguas de la laguna. Las mujeres más altas se situaban más mar adentro y, a excepción de las que estaban en la misma orilla, a casi todas les llegaba el agua al cuello.

A medida que el círculo se iba estrechando, las canoas ya casi se tocaban. Se hizo una pausa. Una gran canoa salió de la playa y empezó a seguir el perímetro del círculo. Iba a la máxima velocidad que podían proporcionarle sus remeros. A popa iba un hombre que lanzaba al agua la larga y continua malla de hojas de cocotero. Las canoas ya no eran necesarias, por lo que los hombres saltaron al agua para reforzar la empalizada con sus piernas, pues la malla era solamente una malla, y no una red, y los peces podrían pasar a través de ella si se lo propusieran; de ahí la necesidad de piernas que la agitasen, de manos que chapoteasen en la superficie, y de gargantas que chillasen. El caos iba en aumento a medida que la trampa se estrechaba.

Pero ningún pez saltó por la superficie y ninguno chocó contra las ocultas piernas. Finalmente, el jefe de los pescadores entró en la trampa y recorrió cuidadosamente todo su interior. Pero ni el agua hervía ni había peces saltando sobre la arena. No había ni una sardina, ni siquiera un gobio o un triste jurel. Algo debía de haber fallado en aquellas oraciones; o quizá, y más probablemente, como alguien apuntó, el viento no debía ser el habitual y los peces estarían en otra parte de la laguna. De hecho, no habíamos conducido ni un solo pez.

Allicot nos consoló diciendo: «Estas pescas suelen fracasar aproximadamente una de cada cinco veces».

Bueno, era la pesca con piedras lo que nos había hecho venir hasta Bora Bora, y quiso nuestra suerte que acertásemos en una probabilidad de uno a cinco. Si hubiese sido una apuesta, el resultado habría sido exactamente el opuesto. Y esto no es pesimismo. Sólo es una muestra de la organización del universo. Es simplemente esa sensación que tanto conocen la mayoría de pescadores y que se siente cuando uno regresa de vacío tras un arduo día de trabajo.

CAPÍTULO XIV

EL NAVEGANTE AFICIONADO

Hay capitanes y capitanes, e incluso hay algunos capitanes bastante buenos, ya lo sé; pero los capitanes que pasaron por el *Snark* no fueron precisamente de éstos. La experiencia me ha enseñado que a bordo de un barco pequeño es más difícil cuidar de un capitán que de dos bebés. Naturalmente, yo ya me imaginaba algo así. Los buenos tienen empleos importantes y no están dispuestos a ceder su puesto a bordo de navíos de mil a mil quinientas toneladas para embarcarse en un velero como el *Snark*, que apenas desplaza diez toneladas. El *Snark* ha tenido que reclutar sus navegantes en la playa, y el navegante de playa suele sufrir de una ineficacia congénita, es el tipo de hombre que navega en vano durante días intentando llegar a una isla oceánica y que luego regresa diciendo que ésta se hundió en el mar con todos sus habitantes, el tipo de hombre cuya sed de bebidas fuertes hace que lo desembarquen de los grandes navíos casi antes de que haya podido subir a bordo.

El *Snark* ha tenido tres capitanes, y quiera Dios que no necesitemos más. El primer capitán estaba tan senil que era incapaz de darle a un carpintero las medidas de la botavara. Era tan viejo e inútil que no servía ni para ordenarle a un marinero que baldease la cubierta del *Snark* con unos cubos de agua de mar. Durante doce días permaneció fondeado, bajo el sol de los trópicos, con la cubierta seca. Era una cubierta nueva. Y me costó ciento treinta y cinco dólares volver a calafatearla. El segundo capitán siempre estaba de mal humor. Había nacido de mal humor. «Papá siempre está enfadado» era como lo describía su hijo adolescente. El tercer capitán era más retorcido que un sacacorchos. No sabía lo que era la verdad; la honestidad no iba con él, y se

apartaba tanto del juego limpio como del rumbo que teníamos que seguir, por lo que casi hundimos el *Snark* en las islas Ringgold.

En Suva, en las islas Fidji, desembarqué a mi tercer capitán y volví a desempeñar el cargo de navegante aficionado. Ya lo había probado con anterioridad, con mi primer capitán, cuando, al salir de San Francisco, hizo que el *Snark* saltase sobre la carta de una forma tan curiosa que tuve que investigar lo que estaba pasando. Fue bastante fácil averiguarlo, pues teníamos dos mil cien millas por delante para aprender. Yo no sabía nada de navegación; pero después de unas cuantas horas de lectura y de media hora de práctica con el sextante, ya era capaz de averiguar la latitud del *Snark* por observación meridiana y deducir su longitud por un sencillo método conocido como «equilibrar alturas». Ya sé que no es un método correcto. Ni siquiera es un método seguro, pero mi capitán intentaba navegar con él, y era la única persona de a bordo que debería haberme explicado que era un sistema nefasto. Llevé el *Snark* hasta Hawai, pero las condiciones me fueron muy favorables. El sol estaba en declinación norte y casi vertical. Nunca había oído hablar de la forma de calcular la longitud mediante el cronómetro. Bueno sí, sí que había oído algo; mi primer capitán lo había mencionado vagamente, pero después de uno o dos intentos prácticos y fallidos no lo volvió a mencionar.

En las Fidji tuve tiempo para comparar mi cronómetro con otros dos cronómetros. Dos semanas antes, en Pago Pago, en Samoa, le había pedido a mi capitán que comparase nuestro cronómetro con los cronómetros de un crucero americano, el *Annapolis*. Me dijo que lo había hecho -pero naturalmente no había hecho nada de eso-; y me dijo que la diferencia que había observado era de solamente una pequeña fracción de segundo. Me lo dijo con una alegría perfectamente simulada, a la vez que me felicitaba por mi magnífico aparato de precisión. Lo repito ahora, como alabanza a su espléndida e inconmensurable forma de mentir. Como comprobación, catorce días más tarde, en Suva, comparé mi cronómetro con el del *Atua*, un vapor australiano, y comprobé que el mío tenía un adelanto de treinta y un segundos. Y treinta y un segundos de tiempo, convertidos a arco, equivalen a siete millas y cuarto. Es decir, que si estuviésemos navegando de noche hacia el oeste y, según las observaciones efectuadas y en función del cronómetro, dedujese que estoy a siete millas de tierra, lo que sucedería en realidad es que estaría a punto de estrellarme contra el arrecife. Después comparé mi cronómetro con el del capitán Wooley. El capitán Wooley, comandante del puerto, daba la hora en Suva disparando una pistola de señales a las doce del mediodía tres veces a la semana. Según su cronómetro, el mío tenía un adelanto de cincuenta segundos, es decir, que navegando hacia el oeste me estrellaría contra el arrecife cuando creyese hallarme a quince millas de él.

Alcancé un término medio restando treinta y un segundos del error total de mi cronómetro, y zarpé hacia Tanna, en las Nuevas Hébridas, con la intención de que, cuando me aproximase a tierra por la noche, tendría en cuenta esas otras siete millas que podrían separarme de tierra según el instrumento del capitán Wooley. Tanna está a unas seiscientas millas al oeste-sudoeste de Fidji, y esperaba que mientras cubría esa distancia podría aprender suficiente navegación como para llegar hasta allí. Pues bien, llegué hasta allí, pero veamos primero las dificultades a las que tuve que enfrentarme. Navegar es sencillo, siempre lo he dicho; pero cuando uno viaja alrededor del mundo con tres motores de gasolina y su mujer, y tiene que escribir mucho cada día para poder seguir consiguiendo gasolina para los motores y perlas y volcanes para la mujer, no le queda mucho tiempo libre para estudiar navegación. Además, es mucho más sencillo estudiar esta ciencia en tierra firme, donde la longitud y la latitud no varían en una casa cuya posición es siempre la misma, que en un barco que avanza día y noche hacia una tierra a la que uno intenta llegar y a la que puede encontrar, con consecuencias desastrosas, en el momento en que menos se lo imagina.

Para empezar, tenemos el compás y el trazado del rumbo. Partimos de Suva en la tarde del sábado 6 de junio de 1908, y ya hacía rato que había oscurecido cuando logramos pasar el angosto y peligroso estrecho lleno de arrecifes que separa las islas de Viti Levu y Mbengha. Ante mí se abría el amplio océano. En mi camino no había nada, excepto Vatu Leile, una miserable y pequeña isla que insistía en alzarse sobre el océano a unas veinte millas hacia el oeste-sudoeste -exactamente hacia donde yo me proponía ir-. Naturalmente, parecía muy sencillo esquivarla trazando un rumbo que pasase a ocho o diez millas al norte de ella. Era noche cerrada y navegábamos con el viento. Al timonel habría que comunicarle el rumbo a seguir para esquivar

Vatu Leile. Pero ¿qué rumbo? Busqué en los libros de navegación. «Rumbo verdadero», encontré. ¡Esto es! Lo que necesito saber es el rumbo verdadero. Leí lo que ponía en el libro:

«El rumbo verdadero es el ángulo formado por el meridiano y una línea recta trazada sobre la carta que une la posición del barco con el lugar de destino.»

Justo lo que buscaba. La posición del *Snark* estaba en la entrada oeste del canal entre Viti Levu y Mbengha. El primer lugar al que deseábamos dirigirnos era un punto situado a diez millas al norte de Vatu Leile. Localicé el lugar mediante el compás de puntas y empleé las reglas paralelas para determinar el rumbo verdadero, que resultó ser de oeste-sudoeste. Sólo tenía que comunicarle este rumbo al timonel y el *Snark* avanzaría hacia la seguridad del mar abierto.

Pero afortunadamente seguí leyendo. Así descubrí que el compás, ese fiel y noble compañero del marino, no señala el norte. Varía. A veces apunta un poco hacia el este, otras veces lo hace hacia el oeste, e incluso puede suceder que se invierta y señale el sur. La declinación en el lugar concreto de este mundo en que se encontraba el *Snark* era de 9° 40' este. Bueno, pues habría que tenerlo en cuenta antes de darle el rumbo al timonel. Y seguí leyendo:

«El rumbo magnético se calcula a partir del rumbo verdadero teniendo en cuenta la declinación.»

Deduje que, por lo tanto, si el compás señala 9° 40' este, y yo quiero navegar hacia el norte, tendré que mantener un rumbo a 9° 40' al oeste del norte señalado por el compás y que no era el real. Por lo tanto, sumé 9° 40' a la izquierda de mi rumbo de sur cuarta al oeste, y así obtuve el rumbo magnético, por lo que una vez más ya estaba listo para salir a mar abierto.

Pero, ¡rayos y truenos!, otra vez. El rumbo magnético no es el rumbo de aguja. Todavía había otro pequeño diablillo oculto que se empeñaba en estrellarme contra los arrecifes de Vatu Leile. Este diablillo se llamaba desviación. Seguí leyendo:

«El rumbo de aguja es el rumbo a seguir, y se obtiene aplicándole la desviación al rumbo magnético.»

Y la desviación resultó ser la alteración de la aguja causada por la distribución del hierro a bordo del barco. Esta variación puramente local la tendría que deducir de la tabla de desviaciones de mi compás para luego aplicarla al rumbo magnético. El resultado es el rumbo de aguja. Pero esto no es todo. Mi compás de navegación estaba a la entrada de la cabina, mientras que el de gobierno estaba en la bitácora, delante de la rueda del timón. Cuando el compás de la bitácora señalaba oeste-sudoeste tres cuartas al sur (rumbo de timón), el compás de navegación señalaba oeste media cuarta norte, que naturalmente no era el rumbo de timón. Maniobré el *Snark* hasta que el compás de navegación señaló oeste-sudoeste tres cuartas al sur, lo cual hizo que el compás de la bitácora señalase sudoeste-oeste.

Estas operaciones constituyen la forma más básica de establecer un rumbo. Y lo peor del caso es que hay que efectuar cada paso correctamente o, de lo contrario, cualquier tranquila noche uno puede oír el grito de: «¡Rompiente a proa!», darse un agradable baño en el mar, y disfrutar del placer de ganar la orilla a nado perseguido por hordas de tiburones ansiosos de carne humana.

Así como el compás tiene sus trucos y es capaz de volver loco al marino señalando en todas direcciones excepto hacia el norte, tampoco lo es menos nuestro faro en el cielo, el sol, que insiste en no estar nunca en el lugar en el que se supone que debería estar en un determinado momento. Esta falta de consideración por parte del sol nos causa aún más quebraderos de cabeza -o por lo menos me los causaba a mí-. Para averiguar el lugar de la superficie terrestre en que nos encontramos es necesario saber, exactamente en el mismo momento, la posición del sol en el cielo. Y hay que añadir que el sol, que rige el tiempo para los hombres, no va a la hora. Cuando lo descubrí, sentí un gran desaliento y todo el cosmos se me llenó de dudas. Leyes que creía inmutables, como las de la gravedad y la de la conservación de la energía, de repente me parecieron cuestionables y estaba preparado para ver cómo se demostraba su falsedad en cualquier momento. Por ejemplo, si el compás miente y el sol no está nunca donde se supone que debiera estar, por qué no podrían perder los objetos su atracción mutua y por qué no podrían anularse también algunas fuerzas más. Incluso sería posible el movimiento perpetuo, y yo me encontraba ya en un estado emocional que me habría hecho adquirir un motor Keeley si algún intrépido vendedor hubiese subido a bordo para ofrecérmelo. Pero cuando estuve a punto de dudar incluso de mi propia identidad fue cuando descubrí que la tierra gira sobre su eje 366 veces al año pero solamente hay 365 amaneceres y ocasos.

Este es el camino que sigue el sol. Es tan irregular que es imposible que nadie pueda construir un reloj que siga la hora solar. El sol acelera y se retrasa de una forma en la que ningún reloj podría llegar a acelerar y retrasarse. El sol a veces adelanta; otras veces se atrasa considerablemente; y también hay veces en que supera los límites de velocidad para poder adelantarse a sí mismo o, al menos, para poder colocarse en la posición en la que se suponía que debería estar. En este último caso no frena a tiempo y, por lo tanto, se pasa y acaba adelantándose a su posición. De hecho, solamente cuatro días al año coincide la posición del sol con el lugar en el que debería estar. Durante los restantes 361 días se pasea de un lugar a otro a su antojo. El hombre, al ser más perfecto que el sol, ha conseguido fabricar relojes que midan el tiempo de forma regular. Es decir, que calculan cuánto se adelanta o se retrasa el sol con respecto a su horario. La diferencia entre la posición en la que está del sol y la posición en la que debiera estar si fuese un sol decente y con amor propio, es lo que conocemos como ecuación de tiempo. Así, el navegante que desee averiguar la posición de su barco en el mar, consultará su cronómetro para ver dónde debería estar el sol de acuerdo con sus guardianes de Greenwich. Luego, a esta posición le aplica la ecuación de tiempo y descubre dónde debería estar el sol y no está. Esta última posición, junto con otras muchas, le permite averiguar aquello que el hombre de Kansas se preguntaba hace algunos años.

El *Snark* zarpó de Fidji el sábado 6 de junio, y al día siguiente, domingo, en el ancho océano, sin tierra a la vista, me dediqué a intentar averiguar nuestra posición empleando el cronómetro para la longitud y la observación meridiana para la latitud. La medición con el cronómetro la efectué por la mañana, cuando el sol estaba a unos 21° sobre el horizonte. Busqué en el *Almanaque náutico* y encontré que en ese día, 7 de junio, el sol se retrasaba en 1 minuto y 26 segundos, y que estaba recuperando a razón de 14,67 segundos por hora. El cronómetro indicaba que en el preciso momento de medir la altura del sol eran las ocho y veinticinco minutos en Greenwich. A partir de este dato, aplicar correctamente la ecuación de tiempo parecía una tarea escolar. Por desgracia, yo no era ningún escolar. Obviamente, a mediodía, en Greenwich, el sol iría con 1 minuto y 26 segundos de retraso. Igualmente obvio es que si fuesen las once de la mañana, el sol iría con 1 minuto y 26 segundos de retraso más 14,67 segundos. Si fuesen las diez de la mañana habría que sumar dos veces 14,67 segundos. Y si fuesen las 8:25 de la mañana, sumaríamos 3,5 veces 14,67 segundos. Por lo tanto, también es evidente que si en vez de ser las 8:25 de la mañana fuesen las 8:25 de la tarde, entonces esos 14,65 segundos no tendrían que sumarse sino *restarse* 8,5 veces; pues, si a mediodía el sol iba con 1 minuto y 26 segundos de retraso, y si estaba adelantando a razón de 14,67 segundos cada hora, entonces a las 8:25 de la tarde estaría mucho más cerca de donde debía que a mediodía.

Hasta aquí muy bien. Pero ¿las 8:25 del cronómetro eran de la mañana o de la tarde? Miré el reloj del *Snark*. Marcaba las 8:09 y realmente eran de la mañana, pues yo acababa de desayunar. De todos modos, si a bordo del *Snark* eran las ocho en punto de la mañana, las ocho en punto del cronómetro (que indicaba la hora en Greenwich) tendrían que ser unas ocho en punto diferentes de las ocho en punto del *Snark*. Pero ¿qué ocho en punto eran? Deduje que no podrían ser las ocho de esta mañana; por lo tanto, tendrían que ser las ocho de esta tarde o de la tarde de ayer.

Llegué a un punto en que me sumergí en un pozo sin fondo de caos intelectual. Estamos a longitud este, deduje, por lo tanto estamos delante de Greenwich. Si estamos detrás de Greenwich, en tonces hoy es ayer; si estamos delante de Greenwich, entonces ayer es hoy, pero si ayer es hoy, ¿entonces hoy qué diablos es? ¿Mañana? ¡Absurdo! Luego tiene que ser correcto. Cuando medí la altura del sol esta mañana a las 8:25, los guardianes del sol en Greenwich estaban cenando ayer por la noche.

«Has de corregir la ecuación para ayer», me decía mi mente lógica. «Pero hoy es hoy -insistía mi mente intuitiva-. Tengo que efectuar la corrección del sol para hoy, y no para ayer.»

«Por lo tanto, hoy es ayer», insistía mi lógica.

«Estupendo -continuaba mi intuición-. Si estuviésemos en Greenwich habría sucedido ayer. En Greenwich pasan cosas muy raras. Pero sé, con la misma seguridad con que sé que estoy vivo, que estoy aquí, ahora, en el día de hoy, 7 de junio, y que he medido la altura del sol aquí, ahora, en el día de hoy, 7 de junio. Por lo tanto, tengo que efectuar la corrección aquí, ahora, en el día de hoy, 7 de junio.»

«¡Buf! -dijo mi lógica-. Lecky dice...»

«No te preocupes por lo que Lecky diga -interrumpió mi intuición-, deja que te diga yo lo que dice el *Almanaque náutico*. El *Almanaque náutico* dice que hoy, siete de junio, el sol tenía un retraso de 1 minuto y 26 segundos, y que iba adelantando a razón de 14,67 segundos por hora. También dice que ayer, 6 de junio, el sol llevaba un retraso de 1 minuto 36 segundos y adelantaba a razón de 15,66 segundos cada hora. Como verás, es una tontería pensar en corregir el sol de hoy con la tabla de ayer.»

«¡Loco!»

«¡Idiota!»

Todas estas ideas me van dando vueltas en la cabeza sin parar y ya estoy a punto de creer que estoy en el día después de la semana pasada y antes de la siguiente.

Recuerdo una advertencia que nos hicieron en el puerto de Suva antes de partir: «En longitud este tome los datos del *Almanaque náutico* correspondientes al día anterior».

Entonces se me ocurrió otra cosa. Corregí la ecuación para el domingo y para el sábado haciendo dos operaciones distintas y comprobé que la diferencia entre ambos resultados era únicamente de cuatro décimas de segundo. Era un hombre nuevo. Había resuelto el enigma. El *Snark* apenas tenía capacidad para mí y para mi sabiduría. Cuatro décimas de segundo implicaban una diferencia de solamente un décimo de milla, la longitud de un cable.

Todo encajó felizmente durante diez minutos, hasta que di con una rima inglesa para navegantes:

Greenwich time least
Longitude east;
Greenwich best,
Longitude west.

¡Diablos! La hora a bordo del *Snark* no era tan buena como la de Greenwich. Cuando en Greenwich eran las 8:25, a bordo del *Snark* eran solamente las 8:09. «La hora de Greenwich mejor, longitud oeste.» Eso era. Estábamos al oeste, sin lugar a dudas.

«¡Idiota! -gritó mi intuición-. Aquí son las 8:09 de la mañana y en Greenwich son las 8:25 de la tarde.»

«Muy bien -contestó mi lógica-. Para hablar con propiedad, las 8:25 de la tarde son realmente las veinte horas y veinticinco minutos, y eso es más que ocho horas y nueve minutos. No, no hay discusión; estamos en longitud oeste.»

Y mi intuición salió triunfante.

«Salimos de Suva, en las Fidji, ¿no es cierto?», preguntó, y mi lógica contestó afirmativamente. «¿Y Suva está a longitud este?» De nuevo asintió mi lógica. «Y navegamos hacia el oeste (lo cual nos haría entrar cada vez más en longitud este), ¿o no? Por lo tanto, no hay escapatoria posible, estamos en longitud este.»

«La hora de Greenwich mejor, longitud oeste -repetía mi lógica-; y no podrás negar que veinte horas y veinticinco minutos es mejor que ocho horas y nueve minutos.»

«Ya está bien -me dije para terminar con la disputa-; haremos las observaciones y ya veremos lo que sale.»

Y así lo hice, aunque sólo para llegar a la conclusión de que estábamos a 184° longitud oeste.

«Ya te lo decía yo», insistió mi lógica.

Estaba hecho un lío. Y lo mismo le sucedió a mi intuición durante un buen rato. Hasta que dijo:

«Pero si no existe una longitud de 184° hacia el oeste, ni hacia el este, ni hacia ninguna otra longitud. Como debieras saber muy bien, no hay ningún meridiano con más de 180°.»

Al llegar hasta aquí, mi intuición se derrumbó a causa del esfuerzo cerebral realizado y mi lógica ya no sabía qué hacer; y lo mismo me sucedía a mí, tenía los ojos hinchados y agotados y daba vueltas dudando si estábamos navegando hacia las costas de China o hacia las del golfo de Darién.

De repente, oí una débil vocecilla que yo no conocía y que emergía de algún lugar de mi conciencia diciendo:

«La cantidad total de grados es de 360. Resta los 184 de longitud oeste de 360, y tendrás 176° de longitud este.»

«Pero eso son meras especulaciones», objetó mi intuición; y mi lógica insiste. «No hay normas para esto.»

«¡Al cuerno con las normas! -exclamé-. ¿No estoy aquí? Pues la cosa es evidente -seguí-. 184° longitud oeste significa un salto de cuatro grados hacia longitud este. Por lo tanto, hemos estado siempre a longitud este. Zarpamos de Fidji, y Fidji está a latitud este. Así que ahora voy a marcar mi posición en la carta para demostrarlo.»

Pero todavía me esperaban más dudas y más problemas. Veamos un ejemplo. A latitud sur, cuando el sol está en declinación norte hay que tomar los datos del cronómetro muy temprano por la mañana. Yo lo había hecho a las ocho en punto. Ahora, uno de los elementos necesarios para poder trabajar con este dato es la latitud. Pero la latitud se calcula a las doce en punto del mediodía mediante una observación meridiana. Es obvio que para poder trabajar con mi anotación de cronómetro de las ocho de la mañana necesitaría saber mi latitud de las ocho en punto. Naturalmente, si el *Snark* estuviese navegando hacia el oeste a una velocidad de seis nudos, su latitud se mantendría constante durante esas cuatro horas. Pero si navegase hacia el sur su latitud cambiaría en veinticuatro millas. En este caso, una simple operación de suma o resta nos permitiría conocer la latitud de las ocho a partir de la latitud de las doce. Pero imaginemos que el *Snark* navegase con rumbo sudoeste. En este caso deberíamos consultar unas tablas.

Esto es solamente un ejemplo. Hice mi medición de cronómetro a las ocho de la mañana. En ese mismo momento anoté la distancia de corredera. A las doce del mediodía, al realizar la observación para obtener la latitud, anoté de nuevo la distancia recorrida y comprobé que desde las ocho de la mañana el *Snark* había recorrido 24 millas. Su rumbo verdadero había sido de oeste tres cuartas al sur. Entré en la tabla 1, en la columna de las distancias, en la página para rumbos de tres cuartas, y llegué hasta el 24, número de millas recorridas. En las dos columnas adyacentes encontré que el *Snark* había navegado 3,5 millas hacia el sur y también 23,7 millas hacia el oeste. Sería fácil calcular la latitud de las ocho de la mañana. Sólo tenía que restar 3,5 millas de mi latitud a las 12 del mediodía. Y con todos estos datos ya podía calcular mi longitud.

Pero ésa sería mi longitud de las ocho de la mañana. Desde entonces, y hasta las doce del mediodía, había recorrido 23,7 millas hacia el oeste. ¿Cuál sería mi longitud de mediodía? Siguiendo con este método, pasé a la tabla II. Entrando en esta tabla y siguiendo todo el procedimiento, encontré que la diferencia de longitud para cuatro horas sería de 25 millas. Estaba horrorizado. Volví a entrar en la tabla y volví a efectuar todos los pasos siguiendo el procedimiento; entré media docena de veces en la tabla para seguir correctamente todo el procedimiento, y siempre encontraba que mi diferencia de longitud era de 25 millas. Te lo dejo a ti, amable lector. Imagínate que has navegado 24 millas y que has variado tu latitud en 3,5 millas, entonces ¿cómo puedes haber cubierto una longitud de 25 millas? En nombre de la razón humana, ¿cómo es posible haber recorrido una milla más de longitud que el total de millas navegadas?

Las tablas que yo empleaba eran las de Bowditch, que son de confianza. El procedimiento para emplearlas era muy sencillo (como todos los procedimientos de navegación); no había cometido ningún error. Me pasé más de una hora liado con este asunto y al final decidí que era imposible haber navegado 24 millas y a la vez haber variado 3,5 millas de latitud y 25 millas de longitud. Y lo peor del caso era que a bordo no había nadie que me pudiese ayudar. Ni Charmian ni Martin sabían de navegación tanto como yo. Y, a todo esto, el *Snark* avanzaba a toda velocidad hacia Tanna, en las Nuevas Hébridas. Había que hacer algo.

No sé cómo llegué a darme cuenta de todo, llámalo inspiración si quieres; pero de repente lo vi claro: ¿será que la latitud y la longitud varían de formas distintas? ¿por qué tengo que caminar mi desplazamiento hacia el oeste por cambios de longitud? Y todo empezó a aclararse ante mis ojos. La distancia entre meridianos de longitud es de 60 millas náuticas en el ecuador. En los polos, los meridianos se juntan. Por lo tanto, si yo siguiese el meridiano 180° hasta llegar al polo norte, y el astrónomo de Greenwich viajase por el meridiano de longitud 0°, entonces, podríamos estrecharnos las manos en el polo norte a pesar de que nuestros puntos de partida estaban separados por una distancia de miles de millas. Es decir: si un grado de longitud en el ecuador son 60 millas, ese mismo grado en el polo norte será igual a cero millas; entonces, entre el polo y el ecuador habrá lugares en los que un grado de longitud tendrá una amplitud de media milla, y en otros lugares medirá una milla, dos millas, diez millas, treinta millas y, naturalmente, sesenta millas.

Todo volvía a estar claro. El *Snark* estaba a 19° latitud sur, y el mundo no era allí tan ancho como en el ecuador. Por lo tanto, cada milla que avanzábamos hacia el oeste a 19° latitud sur era más de un minuto de longitud, pues solamente en el ecuador sesenta minutos son sesenta millas. Georg Francis Train batió la marca alrededor del mundo propuesta por Julio Verne en su novela. Pero cualquiera que se lo proponga puede batir el récord de Georg Francis Train. Solamente hace falta disponer de un buque de vapor bien rápido, llegar a la latitud del cabo de Hornos y poner rumbo este y mantenerlo durante toda la travesía. Si el vapor mantuviese una velocidad de dieciséis nudos podría dar la vuelta al mundo en tan sólo catorce días.

Pero también hay compensaciones. En la tarde del miércoles 10 de junio, trasladé por estima mi posición de mediodía a las ocho de la tarde. Luego tracé sobre la carta el rumbo del *Snark* y vi que rozaba Futuna, una de las islas más orientales de las Nuevas Hébridas, un cono volcánico de seiscientos setenta metros de altura que se alzaba desde las profundidades del océano. Modifiqué el rumbo de forma que el *Snark* pasase a unas diez millas al norte de esa isla. Luego se lo expliqué a Wada, nuestro cocinero, que normalmente estaba al timón todas las mañanas de cuatro a seis: «Wada San, mañana por la mañana, tú de guardia, tú mira bien si tú ver tierra a proa».

Y luego me fui a la cama. La suerte estaba echada. Yo me había ganado una cierta reputación como navegante. Imagina, solamente imagina, que al amanecer no se divisase tierra por ningún lado. ¿Qué pensarían los demás acerca de mi navegación? ¿Y dónde estaríamos? ¿Y cómo lo haríamos para averiguar nuestra posición? ¿Y para llegar a tierra? Tuve pesadillas en las que veía al *Snark* navegando durante meses por la infinita soledad del océano, buscando tierra inútilmente, mientras se iban agotando nuestras provisiones y nosotros empezábamos a reflejar el canibalismo en nuestros rostros.

He de reconocer que no dormí...

«como un cielo de verano
en el que suena la música de las alondras.»

Más bien «me despertó la silenciosa oscuridad», y escuché los crujidos de los mamparos y el susurro de las aguas corriendo a lo largo del casco del *Snark* mientras avanzábamos a seis nudos. Re pasé mentalmente todos mis cálculos una y otra vez intentando encontrar algún error, hasta que mi cerebro entró en un estado tan febril que descubrí docenas de errores. Imagina que me hubiese equivocado en mis cálculos y en vez de estar a sesenta millas de Futuna estuviésemos solamente a seis millas. En ese caso mi rumbo también sería erróneo y, por lo que he averiguado, el *Snark* estaría dirigiéndose directamente hacia la isla. Y también, por lo que he averiguado, podíamos estar a punto de chocar contra Futuna de un momento a otro. Al pensar en esto, casi salté de mi litera; y, aunque logré contenerme, me consta que permanecí echado durante un momento esperando notar el impacto.

Mi sueño se veía interrumpido por las pesadillas más miserables. Los terremotos parecían ser uno de los temas favoritos, pero había una en la que un hombre, con una factura, insistía en perseguirme durante la noche. Además, quería pelea; y Charmian constantemente me insistía en que lo dejase solo. Sin embargo, al final ese perseguidor implacable apareció en un sueño en el que no estaba Charmian. Era mi oportunidad, por lo que le golpeé y lo arrastré gloriosamente por la calle hasta hacerle gritar lo suficiente. Entonces le dije: «Bueno, ¿y qué hay de esa factura?». Pero el hombre me miró y gimió. «Ha sido un error -me dijo-; la factura era para su vecino.»

Esto pareció calmarle, pues ya no volvió a aparecer en mis sueños; y también me calmó a mí, que me desperté riéndome de la historia. Eran las tres de la madrugada. Subí a cubierta. Henry, el pascuense, estaba al timón. Miré la corredera. Habíamos recorrido cuarenta y cinco millas. El *Snark* no había disminuido su velocidad de seis nudos, y tampoco había chocado aún contra Futuna. A las cinco y media volvía a cubierta. Wada estaba al timón y aún no había visto tierra. Me senté en la bañera y estuve dudando durante un cuarto de hora. De repente vi tierra, una pequeña y alta isla que surgía exactamente donde tenía que estar, por la amura y casi a proa. A las seis ya se veía claramente que se trataba del hermoso cono volcánico de Futuna. A las ocho, cuando la teníamos de través, medí la distancia con el sextante y comprobé que estábamos a 9,3 millas de distancia. ¡Y yo había trazado un rumbo para pasar a 10 millas!

Luego apareció la isla de Aneiteum, surgiendo del mar hacia el sur, y Aniwa por el norte; a proa estaba Tanna. Tanna era inconfundible por la columna de humo que salía de su volcán y que

ascendía hasta gran altura. Estaba a cuarenta millas de distancia, y por la tarde, a medida que nos aproximábamos sin disminuir nuestra velocidad de seis nudos, vimos que se trataba de un lugar abrupto y montañoso en el que no se apreciaba ningún paso seguro para llegar a tierra. Intentaba localizar Port Resolution, pero ya contaba con que ese fondeadero hubiese podido desaparecer. Los terremotos de origen volcánico habían alzado el fondo durante los últimos cuarenta años, de forma que, donde antes podían permanecer en rada hasta los buques de mayor porte, actualmente, según las últimas informaciones, apenas habría espacio y calado suficiente para un barco como el *Snark*. Claro que, desde el último parte, también habría podido haber otro terremoto que hubiese acabado de cerrar el puerto.

Navegué cerca de una costa ininterrumpida protegida por rocas que emergían haciendo romper las olas traídas por el alisio en grandes y blancos rociaciones. La estudié con detalle mirando por los prismáticos durante millas, pero sin ver la entrada. Tomé una marcación de Futuna y otra de Aniwa y las trasladé a la carta. La posición del *Snark* quedaría señalada por el punto en el que se cruzasen los dos puntos. Luego tomé mis reglas paralelas y tracé el rumbo desde nuestra posición hasta Port Resolution. Una vez hechas las correcciones pertinentes respecto a la declinación y la desviación, subí a cubierta y comprobé que ese rumbo me dirigía directamente hacia una ininterrumpida línea de costa contra la que el mar chocaba violentamente. Para horror de mi tripulante de la isla de Pascua, puse proa hacia las rocas situadas a un octavo de milla.

«Aquí no puerto», me dijo agitando la cabeza.

Modifiqué el rumbo para navegar paralelo a la costa. Charmian estaba al timón. Martin estaba en el motor, listo para ponerlo en marcha. De repente vimos un estrecho paso entre las rocas. Con los prismáticos pude ver cómo el oleaje pasaba limpiamente por allí. Henry, el pascuense, miraba con preocupación; y lo mismo hacía Tehei, nuestro hombre de Tahaa.

«No paso aquí dijo Henry-. Vamos aquí, se acabó todo, seguro.» He de confesar que yo me temía lo mismo; pero no paraba de mirar para ver si la franja de rompientes de un lado de la entrada no se solapaba con la del otro lado. Es probable que así fuese. Vimos un lugar por el que el mar entraba suavemente. Charmian le dio a la rueda del timón y enfiló hacia la entrada. Martin puso en marcha el motor y toda la tripulación se dedicó a arriar inmediatamente las velas.

En la bahía vimos un almacén. En la orilla, a unas cien yardas, un sopladero levantaba grandes columnas de agua pulverizada. Bordeamos una pequeña punta a babor y apareció el embarcadero.

«Tres brazas -gritó Walda mientras manejaba el escandallo-. Tres brazas, dos brazas», en rápida sucesión.

Charmian hizo girar la rueda del timón, Martin paró el motor, el *Snark* se encaró al viento y el ancla cayó sobre un fondo a tres brazas. Antes de que hubiésemos podido recuperar el aliento, ya teníamos a bordo a un grupo de negros isleños de la isla de Tanna que habían venido inmediatamente a vernos. Eran seres sonrientes, con aspecto de monos, con el pelo rizado y ojos de sorpresa; llevaban imperdibles y tubos de arcilla atravesados en las orejas, y la verdad es que ni por delante ni por detrás llevaban puesto nada más. Y no me importa reconocer que aquella noche, cuando todos dormían, subí sigilosamente a cubierta, contemplé el sereno paisaje y me deleité -sí, me deleité- pensando en mi navegación.

CAPÍTULO XV

NAVEGANDO POR LAS ISLAS SALOMÓN

«¿Por qué no vamos ahora?», nos dijo el capitán Jansen en Penduffryn, en la isla de Guadalcanal.

Charmian y yo nos miramos y lo comentamos en silencio durante medio minuto. Luego inclinamos simultáneamente nuestras cabezas. Es un sistema nuestro para despejar la mente y hacer cosas; y es muy útil hacerlo cuando uno no puede verter más lágrimas cuando se vuelca la última lata de leche condensada. (Esos días vivíamos a base de alimentos enlatados, y dado que se rumorea que el alma emana de la materia, nuestras sonrisas también debían de parecer de lata.)

«Será mejor que traigáis también vuestros revólveres y un par de rifles -comentó el capitán Jansen-. Yo tengo cinco rifles a bordo, pero no me quedan municiones para el Mauser. ¿Tendríais algunas como reserva?»

Llevamos nuestros rifles a bordo, una buena cantidad de cartuchos para Mauser, así como a Wada y Nakata que, respectivamente, eran el cocinero y el marinero del *Snark*. Wada y Nakata

estaban algo recelosos. La verdad es que no les hacía ninguna ilusión ir, a pesar de que Nakata jamás llegó a dar la más mínima muestra de miedo. Las islas Salomón no los habían tratado muy bien. Para empezar, ambos padecían de llagas de las Salomón. Y lo mismo nos pasaba a todos (en ese momento yo estaba alimentando a dos de ellas a base de sublimado corrosivo); pero los dos japoneses se habían llevado una ración muy superior a la que les tocaba. Y esas llagas no son nada agradables. Podríamos decir que son como unas úlceras sumamente activas. Basta una picadura de mosquito, un corte, o la más mínima abrasión, para que la herida se infecte con un veneno que parece ser que se difunde por el aire. Inmediatamente, la úlcera empieza a comer. Y come en todas direcciones, consumiendo piel y músculo con una sorprendente rapidez. El primer día, la úlcera parece un simple pinchazo, al segundo día es del tamaño de una moneda pequeña, y al final de la semana ya no se puede tapar con un dólar de plata.

Y, peor aún que las úlceras, los dos japoneses habían contraído las fiebres de las islas Salomón. Ambos habían sufrido ya varias subidas de fiebre y, en esos momentos de debilidad, les gustaba estar juntos en la parte del *Snark* que estuviese más cerca de Japón y miraban en esa dirección con añoranza.

Pero lo peor de todo era que ahora los llevábamos a bordo del *Minota* para un viaje de reclutamiento a lo largo de la costa de Malaita. Wada, que era el más aprensivo de los dos, estaba seguro de que nunca volvería a Japón, y contemplaba triste y melancólicamente cómo nuestros rifles y municiones iban a parar a bordo del *Minota*. Había oído hablar del *Minota* y de sus viajes por Malaita. Sabía que seis meses antes había sido capturado en la costa de Malaita, que su capitán había sido descuartizado a hachazos y que, según el brutal sentido de la justicia que impera en esa isla paradisíaca, todavía debía dos cabezas más. Wada también sabía que cuando un chico de Malaita, que trabajaba en la plantación Penduffryn, murió de disentería, la deuda de Penduffryn había aumentado en una cabeza más. Además, cuando estábamos guardando nuestro equipaje en el pequeño camarote del capitán, vio en la puerta las señales de los hachazos con los que los triunfantes salvajes se habían abierto paso. Y, finalmente, en la cocina no quedaba ni un tubo, por lo visto los tubos y tuberías también habían formado parte del botín.

El *Minota* era un yate australiano, construido en teca y con aparejo de queche; tenía una quilla profunda y afilada, y había sido diseñado pensando más en las regatas costeras que para reclutar negros. Cuando Charmian y yo subimos a bordo vimos que estaba lleno de gente. Llevaba una tripulación doble que, contando a los sustitutos, era de quince personas; y además había a bordo un nutrido grupo de trabajadores «devueltos» que ya habían cumplido su contrato con las plantaciones y regresaban a sus poblados de la selva. Tenían todo el aspecto de ser auténticos caníbales cazadores de cabezas. Tenían las narices perforadas y atravesadas por objetos de hueso o madera del tamaño de un lápiz. Muchos de ellos también se habían taladrado la parte carnosa de la punta de la nariz y se habían ensartado en ella agujas de carey o cuentas ensartadas en un alambre rígido. Algunos se habían perforado la nariz con hileras de agujeros que seguían la curvatura de las ventanas de la nariz hasta la punta. Las orejas de los hombres presentaban de un par a una docena de orificios, desde agujeros lo suficientemente grandes como para encajar un tapón de madera de siete centímetros de diámetro, hasta algunos mucho más pequeños en los que se ensartaban pequeños tubitos de arcilla o adornos similares. De hecho, tenían tantos agujeros que les faltaban adornos para poder rellenarlos todos. Al día siguiente, cuando nos aproximábamos a Malaita, inspeccionamos nuestros rifles para ver si estaban en buenas condiciones y se montó un zafarrancho general para buscar los cartuchos que faltaban; los encontramos como adornos en los agujeros vacíos de las orejas de nuestros compañeros de viaje. Una vez probados los rifles, los protegimos con alambre de espino. El *Minota* tenía la cubierta despejada, sin caseta alguna, y con un pasamanos con una altura de quince centímetros, por lo que era excesivamente accesible para quienes quisiesen subir a bordo. Así que atornillamos unas argollas de bronce al pasamanos y colocamos un alambre de espino doble desde la proa hasta la popa. Esto sería seguramente una buena protección contra los salvajes, pero era muy incómodo para los que íbamos a bordo cuando el *Minota* saltaba y escoraba por la mar. Cuando a uno no le resulta nada agradable resbalar a sotavento hacia un alambre de espino, y cuando uno no se atreve a agarrarse a un pasamanos de alambre de espino para evitar resbalar por cubierta, y cuando, con todas estas manías, se encuentra uno en una cubierta empapada y con un ángulo de escora de cuarenta y cinco grados, quizá llegue a comprender algunas de las delicias de navegar en aguas de las Salomón. Además, no hay que olvidar que el hecho de ir a parar contra el alambre de espino implica algo más que unos arañazos,

pues cada lesión es casi seguro que acabará por convertirse en una úlcera. Que las precauciones no siempre son suficientes para salvarle a uno del alambre de espino es algo que quedó demostrado una hermosa mañana en que navegábamos a lo largo de la costa de Malaita con la brisa soplando en nuestra cuarta. Era viento fresco y empezaba a levantarse mar. Al timón estaba un chico negro. El capitán Jansen, Mr. Jacobsen (primer oficial), Charmian, y yo acabábamos de sentarnos en cubierta para desayunar. Topamos con tres olas anormalmente grandes. Nuestro joven timonel perdió el control. El *Minota* fue zarandeado tres veces, y nuestro desayuno salió por la borda. Los cuchillos y tenedores se fueron por los imbornales; un chico salió despedido por la borda y otro golpe de mar lo devolvió al barco; y nuestro desgraciado timonel estaba colgado del alambre de espino con medio cuerpo a cada lado. Después de esto, y durante el resto de la singladura, la forma en que empleamos los restantes cubiertos fue un espléndido ejemplo de comunismo primitivo. Sin embargo, en el *Eugenie* fue aún peor, pues allí solamente teníamos una cucharilla para cada cuatro de nosotros -pero lo del *Eugenie* ya es otra historia.

Nuestra primera escala fue Su'u, en la costa oeste de Malaita. Las islas Salomón son realmente un lugar extremo. Navegar en la oscuridad de la noche entre canales llenos de arrecifes y sorteando corrientes erráticas ya es suficientemente difícil (las islas Salomón se extienden a lo largo de unas mil millas de océano de noroeste a sudeste, y en todos los miles de millas de sus costas no hay ni un solo faro); pero lo peor de todo, y lo que aumenta todas las dificultades, es que la tierra en sí no está correctamente cartografiada. En la carta del Almirantazgo, este tramo de la costa de Malaita aparece como una línea recta y continua. Y siguiendo esa línea recta e ininterrumpida, el *Malaita* navegaba sobre un fondo de veinte brazas. Donde se suponía que debía haber tierra, había un entrante. Penetramos en él, con los manglares cerrándose sobre nosotros, hasta fondear en una laguna que estaba como un espejo. Al capitán Jansen no le gustaba nada ese lugar. Era la primera vez que venía, y Su'u tenía mala reputación. En caso de ataque, no había viento con el que pudiésemos partir, mientras que la tripulación podría ser masacrada en una emboscada si intentase remolcarnos con el bote de remos. Si se complicaban las cosas, estábamos en una buena trampa.

-Imagínese que el *Minota* se acercara a la orilla. ¿Qué haría usted? -pregunté.

-No se acercará a tierra -fue la contestación del capitán Jansen.

-Pero ¿y si sucediese? -insistí.

Lo consideró un momento y desvió su mirada pasándola del revólver que llevaba al cinto a la tripulación que estaba embarcando en el bote de remos con los rifles.

Su respuesta, con un cierto retraso, fue:

-Tomaríamos el bote de remos y saldríamos de aquí lo antes posible.

Me explicó con todo lujo de detalles que en caso de apuro ningún hombre blanco podía confiar en su tripulación malaita; que los indígenas consideraban todos los pecios y barcos avería dos como propiedades personales; que los indígenas poseían numerosos rifles Snider; y que a bordo llevábamos a una docena de chicos «devueltos» que regresaban a Su'u y que, sin lugar a dudas, ayudarían a sus amigos y familiares en el saqueo del *Minota*.

La primera misión del bote de remos sería llevar a tierra a los chicos que regresaban, así como a sus equipajes. De esta forma ya se eliminaría un peligro. Mientras esto se estaba haciendo se nos aproximó una canoa tripulada por tres salvajes desnudos. Y cuando digo desnudos, quiero decir totalmente desnudos. No llevaban absolutamente nada de ropa, y su único atuendo eran los anillos de la nariz, adornos de las orejas, y brazaletes de conchas. El hombre situado a proa era un viejo jefe, tuerto, con fama de amistoso, y tan sucio que un pintor de astilleros habría roto su rasqueta si hubiese intentado limpiarlo. Venía para advertir al capitán que no dejase desembarcar a ninguno de sus hombres. Por la noche regresó para repetir su advertencia.

De nada sirvió que el bote auxiliar recorriese las orillas de la bahía en busca de personal para contratar. La selva estaba llena de nativos armados; a todos les habría gustado hablar con el reclutador, pero ninguno estaba dispuesto a enrolarse para trabajar en una plantación durante tres años por el sueldo de seis libras al año. Pero estaban lo suficientemente interesados como para que pensásemos en enviar a nuestra gente a tierra. Al segundo día hicieron una hoguera en la playa de un extremo de la bahía. Dado que ésa era la señal habitual que hacían los que deseaban ser contratados, se envió el bote hacia allí.

Pero no paso nada. Ni se contrató a nadie, ni había nada en la playa. Un poco más tarde vimos los reflejos de un cierto número de nativos armados que avanzaban hacia la playa.

Pero, aparte de esos extraños reflejos, no había forma de saber cuántos se ocultaban entre la maleza. No había forma de que la vista pudiese penetrar esa selva primitiva. Por la tarde, el capitán Jansen, Charmian, y yo fuimos a pescar con dinamita. Cada uno de los miembros de la tripulación del bote llevaba consigo un Lee-Enfield. Johnny, el reclutador nativo tenía un Winchester entre él y la caña del timón. Remamos hasta acercarnos a una parte de la playa que parecía desierta. Una vez en la orilla, giramos el bote dejándolo de popa a tierra para que, en caso de ataque, pudiésemos huir lo antes posible. Durante todo el tiempo que estuvimos en Malaita no vi nunca que un bote varase con la proa hacia tierra. De hecho, los barcos que van a contratar nativos emplean dos botes, uno llega hasta tierra, armado, por supuesto, y el otro se mantiene a unos cientos de metros de distancia y «cubre» al primero. Sin embargo, el *Minota* era un barco pequeño y no llevaba bote de cobertura.

Estábamos cerca de la orilla y ya nos aproximábamos avanzando de popa cuando vimos un banco de peces. Encendimos la mecha y arrojamos un cartucho de dinamita. Con la explosión, la superficie se agitó por el destello de los peces que saltaban. En ese mismo instante, la maleza pareció cobrar vida. Una fila de salvajes desnudos, armados con arcos, flechas y rifles Snider salieron del bosque y empezaron a avanzar hacia la playa. Al mismo tiempo, la tripulación del bote alzó sus rifles. Y así permanecieron ambos bandos, encarados y armados, mientras mandábamos algunos chicos a recoger los peces atontados por la explosión.

En Su'u pasamos tres días improductivos. El *Minota* no conseguía reclutar nativos en la selva, y los nativos no conseguían cazar cabezas en el *Minota*. De hecho, el único que hizo algo fue Wada, que tuvo una hermosa dosis de fiebre tropical. Remolcamos el barco con el bote de remo y seguimos la costa hasta Langa Langa, un gran poblado palafítico de gentes del mar, construido con gran esfuerzo en un banco de arena de la laguna, alzado literalmente como una isla artificial que les sirviese de refugio ante los sanguinarios habitantes de la selva. Aquí, en la orilla de la laguna, estaba también Binu, el lugar en el que el *Minota* había sido capturado medio año antes y donde su capitán había sido asesinado por los indígenas. Estábamos navegando por la estrecha entrada cuando se nos acercó una canoa para darnos la noticia de que el barco de guerra había partido el día anterior por la mañana después de quemar tres aldeas, matar treinta cerdos y ahogar a un bebé. Se trataba del *Cambrian*, al mando del capitán Lewes. Habíamos coincidido en Corea durante la guerra entre Japón y Rusia, y desde entonces nuestras rutas se habían ido cruzando muchas veces sin que jamás llegásemos a encontrarnos. El día en que el *Snark* llegó a Suva, en las islas Fidji, vimos cómo zarpaba el *Cambrian*. En Vila, en las Nuevas Hébridas, no coincidimos por un día. Nos adelantamos mutuamente varias veces por la noche navegando a la altura de la isla Espíritu Santo. Y el día en que el *Cambrian* llegaba a Tulagai, nosotros zarpábamos de Penduffryn, a una docena de millas de distancia. Y aquí, en Langa Langa, no nos habíamos encontrado por una cuestión de horas.

El *Cambrian* había venido para castigar a los asesinos del capitán del *Minota*, pero lo que realmente había sucedido no lo supimos hasta última hora del día, cuando un misionero llamado Abbot vino a visitarnos en su bote. Habían quemado las aldeas y matado a los cerdos. Pero los nativos habían huido sin sufrir daños personales. No habían podido capturar a los asesinos, pero recuperaron el pabellón del *Minota* y algunos otros enseres de a bordo. El ahogamiento del bebé fue accidental y se debió a un malentendido. El jefe Johnny, de Bindu, se había negado a guiar por la selva a la expedición de castigo, pues no podía obligar a ninguno de sus hombres a efectuar ese cometido. Ante esta negativa, el capitán Lewes, indignado, le dijo al jefe Johnny que se merecería que le quemasen también su pueblo. El conocimiento que Johnny tenía del inglés *bêche de mer* no incluía la palabra «merecer», por lo que entendió que su pueblo iba a ser incendiado. Esto provocó tal estampida entre sus habitantes que nadie se dio cuenta de que el bebé caía al agua. Mientras tanto, el jefe Johnny se apresuró en acudir al señor Abbot. Le puso catorce soberanos en la mano y le rogó que fuese al *Cambrian* y sobornase al capitán. El poblado de Johnny no fue quemado, pero el capitán Lewes tampoco se quedó con los catorce soberanos, pues vi que Johnny los tenía en su poder cuando subió a bordo del *Minota*. Según Johnny, el motivo de que no guiase la expedición de castigo se debía a que padecía una gran quemadura, y nos la mostró con orgullo. Sin embargo, el motivo real, también perfectamente válido, aunque él no lo reconociese, era el miedo a la venganza de las tribus de la selva. Si él, o alguno de sus hombres, hubiese accedido a guiar a los marinos, en cuanto el *Cambrian* hubiese levado anclas se habría iniciado una sangrienta represalia.

Como ejemplo de la vida en las islas Salomón, el negocio de Johnny a bordo consistió en devolver, a cambio de una generosa ración de tabaco, el tangón, la vela mayor, y el foque de una lancha ballenera. A última hora de la tarde, el jefe Johnny volvió a subir a bordo y, a cambio de otra generosa ración de tabaco, devolvió el mástil y la botavara. Todo este aparejo pertenecía a una lancha ballenera que el capitán Jansen había recuperado en el anterior viaje del *Minota*. La embarcación pertenecía a la plantación Meringe, en la isla de Isabel. Once trabajadores contratados por la plantación, todos ellos indígenas de la selva de Malaita, habían decidido desertar. Al ser hombres de tierra adentro, no sabían nada de la mar ni tenían idea de navegar. Por eso, convencieron a dos nativos de San Cristóbal, hombres de mar, para que se escapasen con ellos. Pero a éstos no les fueron bien las cosas. Una vez lograron llegar hasta Malaita con la barca robada, les cortaron las cabezas por el mal rato que les habían hecho pasar a los otros. Ésta era la embarcación y el aparejo que el capitán Jansen estaba recuperando.

Mi viaje hasta las Salomón no había sido en vano. Al menos pude ver cómo se derrumbaba el orgullo de Charmian y cómo su gran reinado feminista se arrastraba por el polvo. Sucedió en Langa Langa, en tierra, en la isla artificial de la que solamente se ven las casas. Allí, rodeados por centenares de hombres, mujeres y niños totalmente desnudos, dimos un paseo para ver el paisaje.

Llevábamos nuestros revólveres al cinto, y la tripulación de la barca, totalmente armada, nos esperaba con los remos listos y la popa hacia tierra; pero la expedición del navío de guerra era todavía lo suficientemente reciente como para que tuviésemos que tener miedo de nada. Lo recorrimos todo, lo vimos todo, y finalmente llegamos hasta un gran tronco que servía como puente sobre las someras aguas del estuario. Los negros formaron una barrera ante nosotros y no nos dejaban pasar. Queríamos saber por qué nos impedían el paso. Los negros nos dijeron que pasásemos. No lo comprendimos y empezamos a cruzar; pero inmediatamente se explicaron de forma más clara. El capitán Jansen y yo, al ser hombres, podíamos pasar. Pero ninguna Mary podía vadear cerca del puente, y mucho menos cruzar por él. *Mary* significa «mujer» en el inglés *bêche de mer* que se habla en esas islas. Charmian era una *Mary*. Para ella, el puente era *tambo*, es decir, tabú. ¡Ah! ¡Cómo se me hinchó el pecho! Al fin se reconocía mi masculinidad. Era cierto que yo pertenecía al sexo superior. Charmian podría arrastrarse a nuestros pies, pero nosotros éramos HOMBRES, y nosotros podríamos cruzar por ese puente mientras que ella tendría que dar un rodeo con la barca.

De todos modos, no quisiera que nadie interpretase mal lo que viene a continuación; pero en las Salomón se dice que es frecuente que los ataques de fiebres se desencadenen a consecuencia de algún *shock*. No había pasado media hora desde que a Charmian se le había negado el paso por el puente, cuando ya la estábamos llevando a bordo envuelta en mantas para administrarle quinina. No sé qué tipo de *shock* habrían sufrido Wada y Nakata, pero el caso es que también tenían una fiebre muy alta. Las islas Salomón podrían ser un lugar más saludable.

Además, durante las fiebres, a Charmian se le hizo también una de esas espantosas úlceras. Era la última víctima. A bordo del *Snark*, todos las habíamos padecido menos ella. A mí se me había desarrollado una úlcera perforante tan grande y maligna que creía que se me iba a caer el pie a la altura del tobillo. Henry y Tehei, los marinos polinesios, habían tenido unas cuantas. Wada las tenía a montones. Nakata había tenido algunas de hasta siete centímetros de longitud. Martin estaba seguro de que las que le habían aparecido en la pierna eran tan malignas que ya se le estaban comiendo la tibia. Pero Charmian había conseguido ir manteniéndose a salvo. En el fondo, para nosotros era un respiro ver como se acababa su larga inmunidad. Su ego había llegado a crecer hasta tal punto que un día incluso nos aseguró que su inmunidad se debía a la pureza de su sangre. Pues todos los demás padecíamos de úlceras y ella no; pues bien, la suya era del tamaño de un dólar de plata, y la pureza de su sangre consiguió que se curase después de muchas semanas de atentos cuidados. Tenía que pinchar su fe con sublimado corrosivo. Martin prefiere el iodoformo. Henry emplea zumo de lima sin diluir. Y yo creo que cuando el sublimado corrosivo tarda demasiado en surtir efecto, lo mejor es alternarlo con el empleo de agua oxigenada. En las islas Salomón viven hombres blancos que prefieren el ácido bórico, mientras que otros defienden las virtudes del lisol. Pero yo también tengo un método infalible. Se trata de California. Desafío a cualquiera a tener una úlcera de las islas Salomón en California.

Continuamos navegando por la laguna a partir de Langa Langa, entre manglares, pasando por lugares apenas más anchos que el *Minota*, y dejando atrás los poblados ribereños de Kaloka y Auki. Al igual que los fundadores de Venecia, estas gentes de la costa eran originalmente

refugiados procedentes del interior. Demasiado débiles para subsistir en la selva, supervivientes de poblados masacrados, habían buscado refugio en los bancos de arena de la laguna. Convirtieron estos bancos de arena en islas. Se vieron obligados a buscar su sustento en el mar y acabaron por convertirse en pueblos de mar. Aprendieron a conocer los peces, moluscos y crustáceos, e inventaron anzuelos e hilos, redes y trampas. Construyeron canoas. Dado que apenas tenían oportunidad de caminar y se pasaban el tiempo en las embarcaciones, sus piernas se volvieron delgadas y débiles a la vez que se les fortalecían los brazos y se les ensanchaban las espaldas. Controlar las costas les empezó a producir buenos beneficios, pues casi todo el comercio hacia el interior tenía que pasar por sus manos. Pero existe una hostilidad perpetua entre ellos y los indígenas de la selva. Prácticamente sólo establecen treguas los días de mercado, que suelen celebrarse dos veces a la semana. Las transacciones se efectúan siempre entre mujeres campesinas y mujeres de la costa. Los hombres campesinos permanecen ocultos y fuertemente armados a unos cientos de metros de distancia, mientras que los hombres de la costa se hacen a la mar con sus canoas. Es muy raro que se rompa la tregua en día de mercado. A las tribus campesinas les gusta demasiado el pescado, mientras que las de la costa tienen auténtica necesidad de las verduras y frutas que no pueden cultivar en sus superpoblados islotes.

A treinta millas de Langa Langa llegamos al estrecho entre la isla de Bassakanna y tierra firme. Allí, al llegar la noche, nos abandonó el viento, y pasamos toda la noche a remolque del bote mientras la tripulación permanecía a bordo analizando las maniobras a realizar para lograr pasar. Pero teníamos la marea en contra. A media noche, estando ya a mitad de camino, nos encontramos al *Eugenie*, una gran goleta de contratación, remolcada por dos lanchas balleneras. Su patrón, el capitán Keller, un corpulento y joven alemán de veintidós años de edad, subió a bordo para charlar un rato y no tardamos en conocer las últimas noticias de Malaita. Él había tenido suerte, pues había conseguido reclutar a veinte hombres en el poblado de Fiu. Mientras estaba allí había tenido lugar uno de esos frecuentes y violentos asesinatos. La víctima había sido un joven de los llamados campesinos de agua salada, es decir, un pescador medio campesino que vive del mar pero no habita en un islote. Mientras estaba trabajando en su huerto se le acercaron tres campesinos. Se comportaron de forma amistosa y, al cabo de un rato, le pidieron *kaikai*. Y *kai-kai* significa comida. El chico hizo fuego y empezó a hervir algo de taro. Mientras removía el potaje, uno de los recién llegados le disparó un tiro en la cabeza. Cayó sobre el fuego y, allí mismo, lo empalaron con una lanza y lo asaron.

«Dios mío -dijo el capitán Keller-, No me gustaría nada que me disparasen con un Snider. ¡Qué horror! Te hace un agujero en la cabeza por el que podría pasar un caballo tirando de un carro.»

También me enteré de otro reciente acto de violencia ocurrido en Malaita. El asesinato había sido un hombre ya viejo. El jefe de una tribu campesina había muerto de muerte natural, pero esas gentes no creen en la muerte natural. Nunca se había sabido de nadie que hubiera muerto de muerte natural. Solamente se muere por la acción de una bala, una flecha, o un hacha. Si algún hombre muere de otra manera es un caso clarísimo de brujería. Cuando el jefe murió de muerte natural, la tribu atribuyó la culpabilidad a una determinada familia. Dado que no sabían a qué miembro de la familia tenían que matar, decidieron elegir al hombre más viejo, que vivía solo. Además, no tenía ningún rifle Snider y era ciego. El viejo sospechó lo que se estaba tramando y se hizo con una buena provisión de flechas. Por la noche, tres bravos guerreros, cada uno armado con su respectivo Snider, empezaron a acorralarlo. Lo acosaron valientemente durante toda la noche. Pero cada vez que uno de ellos se movía entre la maleza o hacía el más mínimo ruido, el viejo lanzaba una flecha en esa dirección. Por la mañana, cuando ya había disparado su última flecha, los tres héroes se abalanzaron sobre él y le sacaron los sesos.

Por la mañana seguíamos intentando inútilmente pasar por el estrecho. Finalmente, desesperados, dimos la vuelta, alcanzamos el mar y navegamos costearlo Bassakanna hasta llegar a nuestro objetivo, Malu. El fondeadero de Malu era muy bueno, pero estaba situado entre la orilla y un arrecife bastante siniestro, y así como la entrada era sencilla, la salida parecía ya algo más problemática. La dirección del alisio del sudeste hacía necesario mandar hacia barlovento; el extremo del arrecife era ancho y poco profundo; y había una corriente que constantemente se hundía en ese punto.

El señor Caulfeild, el misionero de Malu, llegó a bordo de su lancha ballenera procedente de un viaje por la costa. Era un hombre delgado y frágil, entusiasmado con su labor, práctico y con sentido común, un verdadero soldado del Señor en el siglo xx. Cuando llegó a su puesto de

Malaita, que es como él llamaba a la misión, había aceptado el empleo para seis meses. Poco después dijo que si seguía vivo al cabo de ese tiempo, decidiría quedarse. De eso habían pasado ya seis años, y aún seguía allí. En Malaita le habían precedido tres misioneros, y en menos de ese tiempo habían muerto dos a causa de las fiebres y el tercero regresó en un barco que se fue a pique.

-¿De qué crimen están hablando? -preguntó súbitamente, en medio de una confusa conversación con el capitán Jansen.

El capitán Jansen se lo explicó.

-Oh, éste no es al que yo me refería -comentó Caulfeild-. Eso ya es un caso antiguo. Sucedió hace más de dos semanas. Y fue allí, en Malu, donde pagué por todo lo que me había reído y burlado acerca de las úlceras de las Salomón que Charmian había contraído en Langa Langa. Y el señor Caulfeild fue indirectamente el responsable de mi suplicio. Nos regaló una gallina, pero se me escapó y la perseguí por entre la maleza con un rifle en la mano. Mi intención era cortarle la cabeza. Conseguí capturarla, pero al hacerlo tropecé con un tronco y me hice un buen rasguño. Resultado: tres úlceras de las Salomón. Con éstas eran ya cinco las que adornaban mi persona. Además, el capitán Jansen y Nakata tenían gari-gari. Traducido literalmente, garigari significa «rasca-rasca». Pero a los demás no nos era necesaria la traducción. Observando los constantes movimientos del capitán y de Nakata sobran las palabras.

(No, las islas Salomón no son todo lo saludables que debieran ser. Estoy escribiendo este artículo en la isla de Isabel, adonde hemos venido con la intención de limpiar y calafatear el casco del Snark aprovechando también para repasar su forro de cobre. Mi último ataque de fiebres lo he sufrido esta mañana, y solamente he tenido un día de descanso entre ataques. Los de Charmian se suceden a intervalos de dos semanas. Wada está absolutamente destrozado por la fiebre. La pasada noche creíamos que se nos moría de neumonía. Henry, un gigante polinesio, acaba de levantarse tras su última dosis de fiebre y se arrastra por la cubierta como una manzana podrida. Tanto él como Tehei han acumulado un estupendo repertorio de úlceras de las Salomón. Además, han contraído una nueva variedad de gari-gari, un tipo de envenenamiento vegetal como los ocasionados por las hiedras u otras plantas venenosas. Pero tampoco son los únicos. Hace algunos días, Charmian, Martín y yo fuimos a cazar palomas a una pequeña isla, y desde entonces nos hacemos una idea de lo que debe de ser el tormento eterno. Además, en esa misma isla, Martín se cortó la planta de un pie a tiras al correr sobre los corales mientras intentaba cazar a un tiburón -o por lo menos eso es lo que dice, porque, por lo que yo pude observar, me parece que la cacería iba en sentido inverso-. Todos esos cortes producidos por los corales se han convertido en úlceras. Antes de mi último ataque de fiebres me lastimé la piel de los nudillos mientras cobraba un cabo, y ya tengo tres nuevas úlceras. ¡Y pobre Nakata! Ha estado tres semanas sin poder sentarse. Ayer consiguió sentarse por primera vez y lo aguantó durante quince minutos. Hoy comentaba alegremente que espera curarse de su gari-gari en un mes más. Además, su gari-gari, con tanto rascarse, ha proporcionado un sustrato idóneo para innumerables úlceras más. Poco más tarde ha sucumbido a su séptimo ataque de fiebres. Si yo fuese rey, el peor castigo que infligiría a mis enemigos sería el de desterrarlos a las islas Salomón. Pero de todos modos, sea o no sea rey, dudo que tuviese corazón para hacerlo.)

Reclutar trabajadores para las plantaciones a bordo de un yate pequeño y estrecho, diseñado para las regatas costeras, no es nada agradable. La cubierta está saturada de trabajadores y sus familias. La cabina principal también está llena de gente. Por la noche duermen allí. La única forma de acceder a nuestro pequeño camarote es pasando por la cabina principal, y tenemos que pasar entre o por encima de ellos. En ninguno de los dos casos es agradable. Todos padecen las más diversas y malignas enfermedades de la piel. Algunos tienen gusanos, otros tienen *bukua*. Esta última afección está causada por unos parásitos vegetales que invaden la piel y la devoran. El escozor que producen es insoportable. Los afectados se rascan hasta que el aire está lleno de diminutos copos secos. También se observan eccemas y otras ulceraciones de la piel. Los hombres suben a bordo llevando en sus pies unas úlceras de las Salomón tan grandes que solamente pueden andar apoyándose sobre los dedos, o con agujeros tan terribles en sus piernas que se podría meter el puño y llegar hasta el hueso. Los forúnculos también son muy frecuentes, y el capitán Jansen los opera todos empleando un cuchillo afilado y la aguja de coser velas. Por desesperada que sea la situación, después de abrir y limpiar siempre cubre la herida empleando como cataplasma una galleta mojada en agua de mar. Cuando vemos algún caso especialmente horrible, nos retiramos a

un rincón y nos limpiamos nuestras propias úlceras con sublimado corrosivo. Y así es cómo vivimos y comemos y dormimos a bordo del *Minota*, aceptando nuestro destino y «suponiendo que es bueno».

En Suava, otra isla artificial, volví a reírme a costa de Charmian. Un *big fella master Suava* (es decir, el gran jefe de Suava, expresado en inglés *bêche de mer*) subió a bordo. Pero antes en vió un emisario al capitán Jansen para que le trajese una braza de tela de algodón con la que cubrir su real desnudez. Mientras tanto, permaneció en una canoa abarloada al barco. La capa de mugre que llevaba sobre el pecho debía de tener un espesor de más de un centímetro, y estoy seguro de que los estratos inferiores debían de tener una antigüedad de más de veinte años. Volvió a enviarnos a su emisario, y éste explicó que el *big fella master be~ long Suava* era lo suficientemente condescendiente y generoso como para estrechar la mano del capitán Jansen y la mía y llevarse alguna porción de tabaco, pero que de ningún modo podía consentir que su elevado espíritu descendiese hasta un extremo de degradación tal como para permitirle poder estrechar la mano de una vulgar mujer hembra. ¡Pobre Charmian! Desde sus experiencias en Malaita se había transformado profundamente. Su dureza y su prepotencia se estaban derrumbando, y no me sorprendería que cuando regresemos a la civilización algún día se caiga por la calle mientras estemos paseando tranquilamente.

En Suava no pasaron muchas cosas. Bichu, el cocinero nativo, desertó. El *Minota* garreó sobre el ancla. Tuvimos fuertes chubascos de viento y de lluvia. El primer oficial, el señor Ja cobsen, y Wada estaban postrados por la fiebre. Nuestras úlceras crecían y no paraban de multiplicarse. Y las cucarachas de a bordo organizaron una fiesta que era algo así como una mezcla del Cuatro de Julio y el Desfile de la Coronación. Decidieron que la hora propicia sería a medianoche, y que el lugar idóneo era nuestro diminuto camarote. Medían de cinco a siete centímetros; y las había a centenares, y todas insistían en caminar sobre nosotros. Cuando intentábamos expulsarlas, abandonaban el suelo y empezaban a volar como colibríes. Eran mucho mayores que las que teníamos en el *Snark*. Pero quizá se debiese a que las nuestras eran jóvenes y aún no habían tenido ocasión de crecer más.

Pero en el *Snark* también había ciempiés, y de los grandes, de hasta quince centímetros de longitud. A veces matábamos alguno, generalmente en la litera de Charmian. A mí me picaron en dos ocasiones, y siempre a traición, mientras dormía. Pero el pobre Martin tuvo peor suerte. Después de permanecer enfermo en cama durante tres semanas, la primera vez que se sentó lo hizo sobre uno de estos seres. A veces creo que son de los más listos. Posteriormente regresamos a Malu, recogimos a siete trabajadores, levamos el ancla y nos encaramos al peligroso paso. El viento era racheado y la corriente en el extremo del arrecife era cada vez más fuerte. Justo en el momento en que estábamos a punto de lograr pasar y llegar a mar abierto, el viento roló cuatro puntos. El *Minota* intentó pasar, pero no lo logró. En Tulagi había perdido dos de sus anclas. Echamos la única que quedaba y dejamos ir la suficiente cadena como para que se afirmase en los corales. Su estilizada quilla chocó contra el fondo y el mastelero del palo mayor se tambaleó como si fuese a caernos sobre las cabezas. El ancla agarró en el momento en que una gran ola nos empujaba hacia tierra. La cadena se rompió. Era nuestra única ancla. El *Minota* giró sobre sí mismo y se abalanzó hacia las rompientes.

Reinaba el caos. Todos los trabajadores reclutados, hombres de tierra adentro y temerosos del mar, estaban en la cabina pero subieron a cubierta en estampida cruzándose en el camino de todos. Al mismo tiempo, la tripulación del barco se puso en guardia con los rifles. Sabían lo que significaría regresar a Malaita -una mano para el barco y la otra para defenderse de los nativos-. No sabía con qué pretendían aguantar el barco, pero habría que hacerlo pues el *Minota* no paraba de girar golpeándose contra los corales. Los nativos se agarraban a la jarcia con tanto miedo que no se fijaron en el mastelero. Se botó el bote de remo con un cabo de remolque en un intento desesperado de evitar que el *Minota* se fuese aún más contra los arrecifes y, mientras tanto, el capitán Jansen y su primer oficial, este último aún pálido y febril, intentaban construir un ancla de fortuna empleando lastre y cabos de recambio de la jarcia. El señor Caulfeild llegó con la barca de su misión para ayudarnos con algunos jóvenes.

Cuando el *Minota* chocó por primera vez no había ni una canoa a la vista; pero luego empezaron a surgir de todas partes como si fuesen buitres dando vueltas en el cielo. La tripulación del barco, con los rifles a punto, los mantuvo alejados a unos noventa metros con la promesa de matar al que osase aproximarse más. Y allí estaban, a noventa metros de nosotros, negros y amenazadores,

manteniendo en posición sus canoas con los remos al borde de las peligrosas rompientes. A todo esto, los nativos del interior estaban bajando por las colinas armados con arcos, Sniders, flechas, y mazas, hasta llenar la playa. Para complicar aún más las cosas, por lo menos diez de los trabajadores que llevábamos a bordo eran de alguna de las tribus que ahora esperaban en la playa para apoderarse del tabaco, objetos de valor y todo lo que pudiésemos llevar a bordo.

El *Minota* estaba muy bien construido, y eso es algo vital para cualquier barco que choque contra los arrecifes. Como prueba de su resistencia basta decir que en las primeras veinticuatro horas rompió dos cadenas de ancla y ocho estachas. Nuestra tripulación estaba muy ocupada buceando para recuperar las anclas y afirmando nuevos cabos. A veces incluso llegaron a partirse cadenas reforzadas con estachas. Pero ahora ya se aguantaba. Habíamos hecho traer algunos troncos de la playa y habían sido colocados bajo el barco para proteger la quilla y los flancos, pero los troncos se destrozaban y saltaban hechos astillas mientras que los cabos que los unían se hacían pedazos. Y el barco aguantaba. Pero fuimos más afortunados que el *Ivanhoe*, una gran goleta de reclutamiento que había enbarrancado algunos meses antes y que había sido rápidamente saqueada por los nativos. El capitán y su tripulación lograron fugarse con los botes, pero los nativos, tanto los de la playa como los del interior, se llevaron todo lo que fueron capaces de acarrear.

Racha tras racha, el fuerte viento y una lluvia cegadora golpeaban al *Minota* a medida que el mar iba empeorando por momentos. El *Eugenie* estaba fondeado a cinco millas hacia barlovento, pero estaba detrás de un saliente de tierra y no podía saber de nuestras desgracias. A petición del capitán Jansen, escribí una nota para el capitán Keller solicitándole que nos trajese anclas y aparejos para ayudarnos. Pero no hubo forma de convencer a ninguna canoa para que le llevase la carta. Yo ofrecía media caja de tabaco, pero los negros se negaban y mantenían sus canoas de proa hacia el oleaje. Media caja de tabaco valía tres libras. En cuestión de dos horas, aún en contra del viento y del mar, un hombre habría podido llevar la carta y recibir el equivalente a la paga de medio año trabajando en las plantaciones. Conseguí subirme a una canoa y llegar hasta donde el señor Caulfeild llevaba un ancla en su bote de remos. Suponía que él quizá tuviese más influencia con los nativos. Congregó las canoas a su alrededor, y explicó a sus ocupantes nuestra oferta de media caja de tabaco. Nadie dijo nada.

«Yo sé lo que pensáis -les dijo el misionero-. Vosotros pensar mucho tabaco en la goleta y vosotros quererlo. Yo decir vosotros muchos rifles en goleta. Vosotros no coger tabaco, vosotros recibir balas.»

Al final, un hombre, solo en una pequeña canoa, cogió la carta y se fue. A la espera de la ayuda, se empezó a trabajar a bordo del *Minota*. Los depósitos de agua fueron vaciados, y las provisiones, velas, y lastre fueron trasladados a tierra. Hubo momentos muy duros en los que el *Minota* daba bandazos escorando a un lado y a otro, con la gente intentando ponerse a salvo mientras por la cubierta rodaban los aparejos, cajas, y bloques de lastre de hierro de ochenta libras yendo de una banda a otra. ¡Pobre yate de regatas! Su cubierta y la jarcia de labor estaban hechas un desastre. En la cabina estaba todo patas arriba. Había habido que levantar el suelo para poder sacar el lastre, y las sucias aguas de la sentina lo salpicaban todo. Un manojo de limas flotaba en una mezcla de agua y harina, y el conjunto parecía un estofado a medio hacer. Nakata se encontraba en el camarote interior vigilando los rifles y las municiones.

Tres horas después de la partida de nuestro mensajero, vimos como por barlovento aparecía una lancha navegando a toda vela mientras desafiaba el viento y la lluvia. Era el capitán Kellen mojado por la lluvia y los rociones, con el revólver al cinto, la tripulación armada hasta los dientes, y anclas y estachas listas para su empleo, que venía lo más rápido que le permitía el viento: el hombre blanco, el inevitable hombre blanco, que acudía a rescatar a otros hombres blancos.

La formación de canoas que aguardaban como buitres se desvaneció con la misma celeridad con que había aparecido. Después de todo, el cadáver no estaba tan muerto como parecía. Ahora disponíamos de tres barcas, dos navegaban constantemente entre el barco y la orilla, mientras que la tercera estaba muy ocupada recuperando anclas, reparando cabos, y colocando anclas nuevas. A última hora de la tarde, y tras una corta deliberación, nos dimos cuenta de que algunos de los tripulantes, así como diez de los trabajadores reclutados, eran originarios de este lugar, por lo que decidimos retirar las armas a la tripulación. Además, así tenían las dos manos libres para poder trabajar. Los rifles fueron dejados a cargo de cinco de los chicos de la misión del señor Caulfeild. Y abajo, en lo que quedaba de la cabina, el misionero y su gente rezaban a Dios para que salvase

al *Minota*. Era una escena impresionante: el hombre de Dios, desarmado y lleno de fe, y sus salvajes seguidores cuidando de un montón de armas y municiones. Las paredes de la cabina se inclinaban sobre ellos. Cada ola hacía que el barco se levantase y chocase de nuevo contra los corales. De cubierta llegaban los sonidos y los golpes de los hombres que estaban izando, arrastrando, rezando de otra manera, con gran tenacidad y fuerza física.

Aquella noche, el señor Caulfeild nos trajo una advertencia. Resulta que uno de los trabajadores reclutados tenía puesto a su cabeza un precio de cincuenta brazas de caracolas-moneda y cua renta cerdos. Frustrados en su intento de apoderarse del barco, los nativos del interior habían decidido conseguir la cabeza de aquel hombre. Cuando se inicia una matanza, nadie sabe dónde puede acabar, por lo que el capitán Jansen optó por armar una de las barcas y llegar hasta el extremo de la playa. Ugi, uno de los hombres de su tripulación, se puso de pie y habló por él. Ugi estaba alterado. La advertencia del capitán Jansen de que cualquier canoa que se aproximase por la noche sería llenada de plomo, fue transformada por Ugi en una dura declaración de guerra que al final se transformó en algo con un efecto como de: «¡Tú matas mi capitán, yo bebo su sangre y muero con él!».

Los indígenas del interior se contentaron con quemar una casa abandonada de la misión, y se retiraron de nuevo a la selva. Al día siguiente, el *Eugenie* vino hasta nosotros y quedó fondeado. El *Minota* pasó tres días y dos noches golpeándose contra el arrecife; pero aguantó, y al final fue posible desencallar el casco y fondearlo en aguas tranquilas. Allí nos despedimos de él y de su tripulación, y zarpamos a bordo del *Eugenie* rumbo a Florida Island.¹

1. Para demostrar que los del *Snark* no éramos una pandilla de gente frágil y débil, como podría deducirse de nuestras múltiples afecciones, transcribo los siguientes datos extraídos del cuaderno de bitácora del *Eugenie* y que pueden considerarse como una muestra de lo que es la navegación en las islas Salomón:

Ulava, jueves 12 de marzo de 1908.

Bote a tierra por la mañana. Trae dos cargas de nuez de marfil, 4000 copra.
Capitán con fiebre.

Ulava, viernes 13 de marzo de 1908.

Compramos nuez a los nativos, 1 1/2 toneladas. Primer oficial y capitán con fiebre.

Ulava, sábado 14 de marzo de 1908.

Levamos ancla a mediodía y procedemos hacia Ngora-Ngora con viento muy flojo ENE.

Ngora-Ngora, domingo 15 de marzo de 1908.

Al amanecer vemos que el chico Bagua ha muerto durante la noche de disentería. Llevaba unos 14 días enfermo. Al ocaso, fuerte chubasco de NW. (Segunda ancla preparada.) Dura una hora y 30 minutos.

En la mar, lunes 16 de marzo de 1908.

Ponemos rumbo hacia Sikiana a las 4 de la tarde. El viento se calma. Fuertes chubascos durante la noche. El capitán con disentería, también un hombre.

En la mar, martes 17 de marzo de 1908.

Capitán y dos tripulantes con disentería. Primer oficial con fiebre.

En la mar, miércoles 18 de marzo de 1908.

Mar gruesa. Pasamos de sotavento siempre bajo el agua. Navegamos con mayor rizada, trinqueta, y foque de dentro. Capitán y tres hombres con disentería. Primer oficial con fiebre.

En la mar, jueves 19 de marzo de 1908.

Mar demasiado gruesa para ver nada. Fuerte temporal todo el tiempo. Bomba de achique taponada. Achicamos con cubos. Capitán y cinco hombres con disentería.

En la mar, viernes 20 de marzo de 1908:

Durante la noche encontramos chubascos con fuerza de huracán. El capitán y seis hombres con disentería.

En la mar, sábado 21 de marzo de 1908.

Imposible entrar en Sikiana. Chubascos durante todo el día con mucha lluvia y mar gruesa. El capitán y la mayor parte de la tripulación con disentería. Primer oficial con fiebre.

Y así, día a día, con la mayor parte de la tripulación enferma, sigue el cuaderno de bitácora del *Eugenie*. La única variación se dio el día 31 de marzo, cuando el primer oficial cayó víctima de la disentería y al capitán lo tumbó la fiebre.

CAPÍTULO XVI

INGLÉS *BÉCHE DE MER*

Tómese un cierto número de comerciantes blancos, un territorio muy amplio, y centenares de lenguas y dialectos de los salvajes; el resultado será un idioma nuevo, nada científico, pero sumamente práctico. Esto es lo que hicieron los comerciantes cuando inventaron la lengua *chinook* para emplearla en Columbia Británica, Alaska, y los Territorios del Noroeste. Lo mismo hicieron *los kroo-boys* en África, así surgió el inglés *pigeon* o *pidgin* del Extremo Oriente, y el *bêche de mer* del extremo oeste de los Mares del Sur. A éste también se le suele llamar *inglés pigeon*, pero realmente no lo es. Veamos un ejemplo. Fue el caso de un capitán de navío que deseaba que un mandamás negro bajase a su cabina. El mandamás estaba en cubierta. La orden que el capitán dio a su marino chino fue la siguiente: «*Hey, boy, you go top-side catchee one piecee king*» (o sea, «Eh, chico, tú ir arriba y traes rey»). Si el chico hubiese sido un indígena de las Nuevas Hébridas o de las islas Salomón, la orden habría sido: «*Hey, you fella boy, go look'm eye belong you along deck, bring me fella one big fella marster belong black man*» (o sea, algo así como: «Eh, tú, colega chico, ve mirar con ojo pertenecer a ti largo cubierta, traer a colega yo gran colega jefe pertenecer hombre negro»).

Fueron los primeros hombres blancos que se aventuraron por la Melanesia tras los pasos de los exploradores iniciales los que desarrollaron esta lengua que conocemos como inglés *bêche de mer* -hombres como los pescadores de *bêche de mer*, los traficantes de madera de sándalo, los buscadores de perlas, y los que iban a reclutar trabajadores-. En las islas Salomón, por ejemplo, se hablan muchísimos idiomas y dialectos. Pobre del comerciante que intente aprenderlos todos; pues a la que llegase a otras islas tendría que aprender un nuevo grupo de lenguas. Se hacía necesario un nuevo idioma, un idioma tan sencillo que hasta los niños pudiesen aprenderlo, y con un vocabulario tan limitado como la inteligencia de los salvajes con los que iba a ser empleado. Pero los traficantes no lo crearon de forma consciente. El inglés *bêche de mer* fue el producto de las condiciones y las circunstancias. La función crea el órgano; y la necesidad de un lenguaje melanesio universal precedió a la aparición del inglés *bêche de mer*. Surgió de forma totalmente fortuita, pero también definitiva. Así, el hecho de que esta lengua apareciese impulsada por la necesidad es un magnífico argumento para los defensores del esperanto.

El hecho de que el vocabulario sea limitado implica que cada palabra tendrá diversas acepciones. Por ejemplo, *fella* (colega), en *bêche de mer* tiene muchísimos usos y se emplea continuamente en todos los contextos posibles. Otra palabra muy empleada es *belong* (pertenece). Nada está solo. Todo está relacionado con algo o con alguien. La cosa que se desea se señala mediante su relación con otras cosas. Un vocabulario primitivo implica también expresiones primitivas; así la permanencia de la lluvia se expresará como *rain he stop*. *Sun he come up* no se presta tampoco a ningún malentendido, pero no hace falta realizar ningún esfuerzo mental para emplear la estructura de la frase en sí en miles de otros casos; por ejemplo, si un nativo quiere comunicarte que aquí hay peces en el agua se expresará diciendo *fish he stop*.

Fue negociando en la isla de Isabel donde me di cuenta de la utilidad de este idioma. Deseaba adquirir dos o tres pares de conchas de tridacna gigante (de hasta un metro de diámetro), y no

quería la carne de este gigantesco molusco. Pero lo que sí quería era algunas almejas más pequeñas para hacer una sopa de pescado. Finalmente, lo que les dije a los nativos fue más o menos lo siguiente: «*You fella bring me fella big fella clam -kai-kai he no stop, he walk about. You fella bring me fella small fella clam -kai-kai he stop*». (O sea: «Tú, colega traes a mí colega colega gran almeja -comida no se queda, se va-. Tú, colega traes a mí colega colega pequeña almeja -comida se queda».)

Kai-kai es la expresión polinesia para «comida», «carne», «comer», y «para comer»; pero sería difícil averiguar si fue introducida en la Melanesia por los traficantes de sándalo o por los polinesios que navegaban hacia el oeste. Por ejemplo, si uno le ordena a un marino de las islas Salomón que sujete la botavara con un aparejo, es probable que éste diga «*That fella boom walk*

about too much», (o sea: «Esta colega botavara pasea demasiado»). Y si dicho marino desea que lo dejen en tierra dirá que quiere ir a pasear (*walk about*). O, si este mismo marino se marease, lo explicaría diciendo algo así como «*Belly belong me walk about too much*» (es decir, «Vientre pertenece a mí pasea demasiado»).

Too much (demasiado) no indica forzosamente que algo sea excesivo. Lo que sucede es que es el único superlativo que se emplea. Así, si a un nativo le preguntamos la distancia hasta un cier to poblado puede darnos una de las cuatro respuestas siguientes: «*Close up*» (muy cerca); «*long way little bit*» (largo camino un *poco*); «*long way big bit*» (largo camino bastante); o «*long way too much*» (largo camino demasiado). Y *long way too much* no quiere decir que uno no pueda llegar hasta el poblado; significa simplemente que está algo más lejos que si estuviese *long way big bit*.

Gammon significa «mentir, exagerar, burlarse». *Mary* es «mujer». Todas las mujeres son *Marys*. Seguro que alguno de los primeros aventureros que llegaron por estas tierras debió de tener la ocurrencia de llamar Mary a alguna mujer nativa, y similar debe de ser el origen de las demás palabras en *bêche de mer*. Los hombres blancos que llegaban eran siempre marinos, por lo que las palabras *capsize* (volcar) y *sing out* (cantar) también pasaron a formar parte del léxico. Uno no le dirá a un cocinero melanesio que *vacíe* el agua, sino que *vuelque* el recipiente. *Sing out* es «gritar con fuerza, llamar» o, simplemente, «hablar». Un nativo cristiano no imagina a Dios llamando a Adán en el Paraíso; el nativo se imagina a Dios cantándole a Adán en el Paraíso.

Savvee y *catchee* son prácticamente las únicas palabras que proceden directamente del inglés *pigeon*. Naturalmente, la palabra *pickaninny* (pequeño) también ha llegado hasta aquí, y algunas de sus aplicaciones son realmente exquisitas. Al comprarle una gallina a un nativo que vino en su canoa, el hombre me preguntó si también quería *pickaninny stop along him fella* (pequeñitos parados a lo largo ella colega). Hasta que no me enseñó unos huevos no supe de qué me estaba hablando. *My word* (mi palabra) es otra expresión con muchísimos significados, y no puede haber llegado de otro lugar que no sea la vieja Inglaterra. Un remo, una paleta, o una escoba se denominan *washee*, y *washee* es también el verbo.

Reproduzco a continuación una carta dictada por un tal Peter, un comerciante nativo de Santa Ana, y dirigida a su jefe. Harry, el capitán de la goleta, empezó a escribir la carta, pero Peter le interrumpió al final de la segunda frase. A partir de ahí, la carta continúa con las propias palabras de Peter, pues Peter temía que Harry *gammoned too much* (se equivocase, o mintiese, demasiado) y quería que todas sus exigencias llegasen hasta los jefes. El texto completo era el siguiente:

Santa Ana

Trader Peter has worked 12 months for your firm and has not received any pay yet. He hereby wants £12. (Aquí empieza el dictado de Peter:) Harry he gammon along him all the time too much. I like him 6 tin biscuit, 4 bag rice, 24 tin bullamacow. Me like him 2 rifle, me savvee look out along boat, some place me go man he no good, he kai-kai along me.

Peter

Bullamacow significa «carne enlatada». Esta palabra degeneró del inglés en Samoa y de allí llegó a Melanesia con los traficantes. El capitán Cook, y otros de los primeros navegantes europeos que llegaron a estas regiones, tenían la costumbre de llevar semillas, plantas y animales domésticos para mostrarlos a los nativos. Y en Samoa, uno de estos navegantes desembarcó un toro (*bull* en inglés) y una vaca (*cow* en inglés) y les explicó a los samoanos «*This is a bull and a cow*» (esto es un toro y una vaca). Pero los nativos creyeron que les estaba diciendo el nombre de la especie y, desde entonces, tanto vivos como en lata, se llaman *bullamacow*.

Un isleño de las Salomón no dirá *fence* (valla), sino *fennis*; *store* (tienda) es *sittore*, y *box* (caja) es *bokkis*. Actualmente, las cajas fuertes suelen llevar un mecanismo acoplado a la cerradura de forma que la caja no pueda abrirse sin que suene una alarma. Una caja de este tipo no es considerada una simple *bokkis*, sino una *bokkis belong bell* (caja pertenece campana).

Fright significa «miedo» en *bêche de mer*. Si un nativo parece tímido y uno le pregunta el motivo, es probable que conteste: «*Me fright along you too much*» (Yo miedo de ti demasiado). Pero el nativo también puede tener *fright* de una tormenta, de la selva, o de lugares con mucha gente. *Cross* abarca cualquier tipo de ira o de furia. Se puede aplicar tanto cuando a uno le molesta la presunción de otro, como cuando un nativo está esperando la oportunidad para cortarle la cabeza al de enfrente y preparar el almuerzo con él.

En una ocasión, un trabajador fue devuelto a su pueblo de Malaita tras haber servido durante tres años en una plantación. Llevaba todo tipo de adornos y atuendos que había adquirido. Sobre su cabeza lucía un sombrero. Tenía una caja con tela de algodón, cuentas de vidrio, dientes de marsopa y tabaco. Apenas acababan de echar el ancla cuando los nativos subieron a bordo. El trabajador que volvía a casa buscaba ansiosamente a sus familiares, pero no había ninguno. Uno de los nativos le quitó la pipa de la boca. Otro le confiscó los collares de cuentas que llevaba alrededor del cuello. Un tercero le quitó su escasa ropa, y un cuarto se probó su sombrero y ya no se lo devolvió. Finalmente, otro tomó su equipaje, que equivalía a los esfuerzos de tres años, y lo lanzó a una canoa que esperaba abarloada al barco. «*That fella belong you?*» (¿Este colega pertenece tú?), le preguntó el capitán al trabajador y refiriéndose al jefe. «*No belong me*» (No pertenezco yo), fue la respuesta. «Entonces -le preguntó el capitán indignado- ¿por qué diablos le has dejado que te quitase tus cosas?» A lo cual respondió el trabajador: «*Me speak along him, say bokkis he stop, that fella he cross along me*», que era su manera de expresar que el otro hombre podía matarlo. Creo que cuando Dios nos envió el Diluvio Universal fue simplemente porque estaba *cross along* la humanidad.

En *bêche de mer*, la pregunta más habitual es *what name* (qué nombre). Y todo depende de cómo se pronuncie. Puede significar: ¿Qué tal te van las cosas? ¿Qué quieres expresar con tanta violencia? ¿Qué deseas? ¿Qué buscas? Es mejor que te fijas; te pido una explicación; y un par de centenares de cosas más. Si llamas a un nativo y lo haces salir de su choza a medianoche es probable que te pregunte: «*What name you sing out along me?*».

Imagínese las dificultades que habrán tenido los alemanes de las plantaciones de la isla de Bougainville para aprender el inglés *bêche de mer* y poder comunicarse con sus trabajadores nativos. Para ellos es una jerga políglota, y no hay libros de texto en los que la puedan estudiar. Para los demás colonos blancos es una constante fuente de insana diversión contemplar cómo los alemanes intentan luchar inútilmente contra las circunlocuciones y las abreviaciones de un idioma que carece de gramática y para el que no existe ningún diccionario.

Hace algunos años, muchos indígenas de las islas Salomón fueron llevados a Queensland para trabajar en las plantaciones de azúcar. Un misionero le pidió a uno de los trabajadores, que se había convertido al cristianismo, que se acercase a los isleños recién llegados de las islas Salomón y que les hiciese un breve sermón. Como tema eligió el de la Creación del Hombre, y la forma en que explicó el tema ha acabado por convertirse en un clásico en toda Australasia.

El texto era el siguiente:

Altogether you boy belong Solomons you no savvee white man. Me fella me savvee him. Me fella me savvee talk along white man.

Before long time altogether no place he stop. God big fella marster belong white man, him fella He make'm altogether. God big fella marster belong white man, He make'm big fella garden. He good fella too much. Along garden plenty yam he stop, plenty cocoanut, plenty taro, plenty *kumara* (batatas), altogether good fella *kai-kai* too much.

Bimeby God big fella marster belong white man He make'm one fella man and put'm along garden belong Him. He call'm this fella man Adam. He name belong him. He put him this fella man Adam along garden, and He speak, "This fella garden he belong you." And He look'm this fella Adam he walk about too much. Him fella Adam all the same sick; he no savvee *kai-kai*; he walk about all the time. And God He no savvee. God big fella marster belong white man, He scratch'm head belong Him. God say: "What name? Me no savvee what name this fella Adam he want."

Bimeby God He scratch'm head belong Him too much, and speak: "Me fella me savvee, him fella Adam him want'm Mary." So He make Adam he go asleep, He take one fella bone belong him, and He make'm one fella Mary along bone. He call him this fella Mary, Eve. He give'm this fella Eve along Adam, and He speak along him fella Adam: "Close up altogether along this fella garden belong you two fella. One fella tree he *tambo* (tabd) along you altogether. This fella tree belong apple."

So Adam Eve two fella stop along garden, and they two fella have'm good time too much. Bimeby, one day, Eve she come along Adam, and she speak, "More good you me two fella we eat'm this fella apple." Adam he speak, "No", and Eve she speak, "What name you no like'm me?" And Adam he speak, "Me like'm you too much, but me fright along God." And Eve she speak, "Gammon! What name? God He no savvee look along us two fella all'm time. God big fe

Ila marster, He gammon along you." But Adam he speak, "No." But Eve she talk, talk, talk, allee time - allee same Mary she talk along boy along Queensland and make'm trouble along boy. And bimeby Adam he

tired too much, and he speak, "All right." So these two fella they go eat'm. When they finish eat'm, my word, they fright like hell, and they go hide along scrub.

And God he come walk about along garden, and He sing out, "Adam!" Adam he no speak. He too much fright. My word! And God He sing out, "Adam!" And Adam he speak, "You call'm me?" God He speak, "Me call'm you too much." Adam he speak, "Me sleep strong fella too much." And God He speak, "You been eat'm this fella apple," Adam he speak, "No, me no been eat'm." God He speak, "What name you gammon along me? You been eat'm." And Adam he speak, "Yes, me been eat'm."

And God big fella marster he cross along Adam Eve two fella too much, and he speak, "You two fella finish along me altogether. You go catch'm *bokkis* (cajas) belong you, and get to hell along scrub."

So Adam Eve these two fella go along scrub. And God He make'm one big *fennis* (valla) all around garden and He put'm one fella marster belong God along *fennis*. And He give this fella marster belong God one big fella musket, and He speak, "S'pose you look'm these two fella Adam Eve, you shoot'm plenty too much..."

CAPÍTULO XVII

EL APRENDIZ DE MÉDICO

Cuando zarpamos de San Francisco a bordo del *Snark* yo sabía tanto de enfermedades como el Almirante de la Armada Suiza acerca del agua salada. Déjenme aquí dar algunos consejos a quien esté pensando en salir de viaje hacia los trópicos remotos. Diríjase a una farmacia importante -de las que tienen en su nómina a especialistas con buenos conocimientos-. Comente el tema con uno de ellos. Tome nota de todo lo que le diga. Haga una lista con todas sus recomendaciones. Extienda un cheque por el importe total, y entrégueselo.

Me gustaría haber hecho lo mismo. Y aún hubiese sido mejor, ahora lo sé, si hubiese adquirido uno de esos botiquines ya preparados, listos para usar, y a prueba de errores, como los que suelen llevar los navegantes de alto rango. En el interior de la caja hay una simple tabla con las aplicaciones: N. ° 1, dolor de muelas; N. ° 2, viruela, N. ° 3, dolor de estómago; N. ° 4, cólera; N. ° 5, reuma; y así con toda la lista de las enfermedades humanas. Y quizás incluso lo hubiese empleado como hizo un respetable capitán, el cual, cuando se le acababa el N. ° 3, mezclaba una dosis del N. ° 1 y otra del N. ° 2, o, si el N. ° 7 ya estaba vacío, le daba a su tripulación una mezcla de 4 y 3 hasta que se acababa el 3, y entonces empleaba la combinación de 5 y 2.

De momento, con la excepción del sublimado corrosivo (recomendado como antiséptico en operaciones quirúrgicas, pero que jamás lo he empleado con esa finalidad), mi botiquín no ha servido para nada. Ha sido peor que inútil, pues ha ocupado un gran espacio que podría haber aprovechado para otras cosas. Con mis instrumentos quirúrgicos ya es distinto. A pesar de que nunca he tenido que usarlos en casos graves, no me arrepiento de haberlos llevado a bordo. Pensar en ellos me hacía sentir bien. Pero tampoco constituyen ningún seguro de vida, solamente una ayuda para cuando jugamos a un juego en el que para ganar es preciso no morir. Naturalmente, no tengo ni idea de cómo se usan, y hasta el más miserable curandero sabría hacer mucho más que yo. Pero cuando conduce el diablo pueden surgir problemas, y a bordo del *Snark* no hay forma de saber cuándo se le va ocurrir al diablo tomar el mando, incluso, ¡ay!, si estamos a mil millas de tierra y a veinte días del puerto más próximo.

No tengo ni idea de odontología, pero un amigo me proporcionó tenazas y otras armas similares, y en Honolulu compré un libro sobre dientes. En esa ciudad subtropical también pude con seguir un cráneo para practicar, y así extraje algunos dientes con tranquilidad y sin lastimar a nadie. Con este material ya me consideraba equipado para extraer cualquier diente o muela que se cruzase en mi camino, aunque tampoco estaba impaciente por hacerlo. Mi primer caso se presentó en Nukuhiva, en las islas Marquesas, en forma de un chino anciano y menudo. Lo primero que me sucedió fue que experimenté todos los síntomas del llamado «nerviosismo del principiante», y la verdad es que las palpitaciones cardíacas y el temblor de manos no son unos complementos ideales para emprender una acción como la que yo me proponía llevar a cabo. No engañé al anciano chino. El tenía aún más miedo que yo, y sus temblores también eran más evidentes. A mí casi se me pasó el miedo al pensar en la posibilidad de que se largara. Estaba seguro de que, si él lo hubiese intentado, yo lo habría derribado y me habría sentado sobre él hasta que recuperase la calma y la razón.

Yo deseaba ese diente. Y Martin también tenía ganas de fotografiarme durante la intervención. Incluso Charmian preparó su cámara. La procesión se puso en marcha. Nos detuvimos en la casa

que había hecho las veces de local social cuando Stevenson visitó las Marquesas con el Casco. En el porche, en el que el escritor había pasado tantas horas agradables, la luz no era buena -para las fotos, me refiero-. Me dirigí hacia el jardín con una silla en una mano y un montón de tenazas de diversas formas en la otra; las rodillas me temblaban. El pobre viejo chino venía detrás de mí, y también temblaba. Charmian y Martin cerraban la marcha con sus Kodak. Pasamos bajo árboles de aguacates, sorteamos muchos cocoteros, y finalmente llegamos a un lugar que satisfizo al ojo fotográfico de Martin.

Le eché un vistazo al diente y de repente me di cuenta de que no recordaba nada acerca de aquel diente que extraje de un cráneo cinco meses antes. ¿Tenía una raíz?, ¿dos raíces?, ¿o tres raíces? Lo que quedaba de la parte visible del diente tenía un aspecto muy quebradizo, y yo sabía que tendría que agarrarlo desde muy abajo, en la encía. Pero antes de empezar necesitaba saber el número de raíces que tenía ese diente. Regresé a la casa y fui a buscar el libro sobre dientes. Mi pobre y anciana víctima parecía sacada de una de esas fotografías que había visto yo, en las que aparecían compatriotas suyos, criminales, puestos de rodillas y esperando el golpe de la espada que los iba a decapitar.

-No dejes que se vaya -le dije a Martin-. Quiero ese diente.

-Pues te aseguro que yo no -contestó divertido desde detrás de su cámara-. Lo que yo quiero es esa foto.

Por primera vez sentí lástima por el chino. A pesar de que el libro no decía nada acerca de cómo arrancar dientes, me fue muy útil, pues en una página encontré dibujos de todas las piezas dentales, incluidas sus raíces y la forma en que encajaban en la mandíbula. Luego venía la elección de la tenaza. Disponía de siete tenazas diferentes, pero dudaba acerca de cuál sería la más apropiada. Y no quería cometer ningún error. Cuando desplegué todo el instrumental con su correspondiente tintineo metálico, la pobre víctima empezó a perder fuerzas y sus mejillas fueron adquiriendo un color amarillo verdoso. Se quejaba del sol, pero lo necesitábamos para las fotografías y tendría que aguantarlo. Rodeé el diente con la tenaza y el paciente empezó a temblar y a palidecer.

-¿Listo? -le dije a Martin.

-Todo listo -me contestó.

Y estiré. ¡Dios! ¡El diente estaba fuera! Salió en el acto. Yo estaba radiante de felicidad mostrando el diente en la tenaza.

-Vuelve a ponerlo en su sitio, por favor, vuelve a ponerlo en su sitio -me rogó Martin-. Eres demasiado rápido para mí.

Y el pobre chino permaneció sentado mientras metíamos y sacábamos el diente de su boca una y otra vez. Martin disparó la cámara. Misión cumplida. ¿Orgullo? ¿Engreimiento? Ningún cazador había estado nunca tan orgulloso de su primera pieza de caza mayor como lo estaba yo de este diente de tres raíces. ¡Lo hice! ¡Lo hice! Lo hice con mis propias manos y unas tenazas, por no mencionar la ayuda de aquel cráneo con el que había practicado.

Mi siguiente caso fue el de un navegante de Tahití. Era un hombre menudo y estaba al borde del colapso tras pasar largos días y noches sufriendo un insoportable dolor de muelas. Empecé por hacer una incisión en la encía. No sabía cómo había que hacerlo, pero el caso es que lo hice. Luego di un tirón fuerte y largo. El hombre se portaba como un héroe: gruñía y gemía, y yo temía que se desmayase; pero mantuvo la boca abierta y me dejó estirar. Y la muela salió.

A partir de ese momento ya me atrevía a enfrentarme a cualquier caso -exactamente el estado de ánimo ideal para un Waterloo-. Y sucedió. Se llamaba Tonj. Era un gigantón salvaje y cor pulento con una pésima reputación. Tenía fama de ser adicto a los actos de violencia. Entre otras cosas, había golpeado a dos de sus mujeres con sus propios puños hasta matarlas. Su padre y su madre eran canibales y siempre fueron desnudos. Cuando se sentó y le introduje las tenazas en la boca, era casi tan grande como yo estando de pie. Los hombres grandes, fuertes y amigos de la violencia pueden llegar a causar problemas insospechados. Charmian lo agarró por un brazo y Warren por el otro. Entonces empezó el forcejeo. En el mismo instante en que la tenaza se cerró sobre su muela, sus mandíbulas se cerraron sobre la tenaza. Simultáneamente se alzaron sus grandes manazas y bloquearon la mano con la que yo estiraba. Yo aguantaba y él aguantaba. Charmian y Warren también aguantaban. Luchamos por todo el local.

Éramos tres contra uno, y la presa que yo hacía en la muela dolorida era realmente brutal; pero a pesar de nuestra ventaja consiguió deshacerse de nosotros. La tenaza se escurrió de la muela y le golpeó repetidamente en los dientes superiores con un sonido capaz de destrozarle los nervios a

cualquiera. La tenaza salió de su boca y voló por los aires mientras él emitía un alarido escalofriante. Los tres caímos de espaldas. Esperábamos ser masacrados de un momento a otro. Pero aquel salvaje de tan sanguinaria reputación volvió a sentarse en la silla. Se aguantó la cabeza con ambas manos y empezó a gemir y a gemir y a gemir. No había forma de hacerlo entrar en razón. Yo me sentía como un curandero. Mi extracción sin dolor era un fraude y un truco de publicidad barata. Tenía tantas ganas de extraerle aquella muela que casi estuve dispuesto a engañarle. Pero esto iba en contra de mi honor profesional y le dejé partir con su muela intacta; hasta la fecha ha sido la única vez en que, habiendo tenido la pieza sujeta con las tenazas, he tenido que darme por vencido. Desde entonces nunca he dejado que se me escapase un diente. Hace poco tuve que navegar tres días hacia barlovento solamente para extraerle la muela del juicio a una mujer. Creo que antes de que finalice el viaje del *Snark* seré capaz de colocar puentes, coronas, empastes, etc.

No sé si eran eccemas o no, un médico de Fidji me dijo que sí que lo eran, y un misionero de las Salomón afirmaba que no; pero, fueran lo que fuesen, lo que sí que puedo afirmar es que su aspecto era muy desagradable. Tuve la mala suerte de embarcar en Tahití a un marino francés que, una vez en alta mar, resultó que padecía una grave enfermedad de la piel. El *Snark* era demasiado pequeño y con un ambiente demasiado familiar como para poder permitir que se quedase a bordo; pero antes de que pudiésemos llegar a puerto para desembarcarlo tenía que dejar que le intentara curar. Consulté los libros de que disponía y preparé un tratamiento, cuidando siempre de lavarme bien con un antiséptico después de tocarlo. Cuando llegamos a Tutuila, no sólo no pudimos deshacernos de él, sino que el médico del puerto lo declaró en cuarentena y no le dejaba bajar a tierra. Pero en Apia, Samoa, logré embarcarlo en un vapor que partía hacia Nueva Zelanda. En Apia me picaron muchos mosquitos en los tobillos, y he de reconocer que me rasqué mucho las picaduras -igual que había hecho miles de veces con anterioridad-. Para cuando llegamos a la isla de Savaii ya me había aparecido una pequeña úlcera en el empeine. Creía que se debía al calor o a los vapores ácidos que surgían de la lava por la que había caminado. Supuse que con una aplicación de pomada ya se curaría. La pomada pareció aliviarla, pero luego apareció una gran inflamación, la piel nueva se desprendió y quedó al descubierto una úlcera aún mayor. Este proceso se fue repitiendo varias veces. Cada vez que se formaba piel nueva, surgía la inflamación, y el tamaño de la úlcera iba en aumento. Yo estaba confuso y asustado. Durante toda mi vida, mi piel había sido famosa por sus poderes curativos, pero ahora se enfrentaba a algo que no podía curar. Al contrario, cada día iba comiéndose más piel y a la vez iba consumiendo más tejido muscular.

Por entonces, el *Snark* estaba en alta mar con rumbo hacia Fidji. Me acordé del marino francés y, por primera vez, me sentí realmente alarmado. Ya me habían aparecido cuatro úlceras más y el dolor que me producían no me dejaba dormir por la noche. Mis planes inmediatos consistían en dejar el *Snark* en Fidji y partir hacia Australia en el primer vapor para someterme a un tratamiento médico profesional. Mientras tanto, como aprendiz de médico, intenté hacer las cosas lo mejor que pude. Leí todos los libros de medicina que llevábamos a bordo. No encontré ni una línea, ni una palabra, que hiciese alusión a la enfermedad que yo padecía. Decidí afrontar el problema con una buena dosis de sentido común. Tenía unas úlceras malignas y muy activas que se me estaban comiendo vivo. Debía de estar actuando un veneno orgánico y corrosivo. Decidí que había dos cosas que tenía que hacer. Primero, tenía que encontrar algo para destruir el veneno. Segundo, las úlceras quizá no se pudiesen curar desde fuera hacia dentro; tendría que curarlas desde dentro hacia fuera. Decidí combatir el veneno con sublimado corrosivo. Ya solo su nombre me parecía horrible.

¡Parece como combatir un incendio con fuego! Estaba siendo consumido por un veneno corrosivo y se me ocurría combatirlo con otro veneno corrosivo. Al cabo de unos cuantos días empecé a alternar el sublimado corrosivo con cataplasmas de agua oxigenada. Y funcionó; cuando llegamos a Fidji cuatro de las cinco úlceras se habían curado y la que quedaba no era mayor que un guisante.

Ya me sentía cualificado para tratar eccemas. Pero a la vez tenía un gran respeto por estas afecciones cutáneas. Sin embargo, el resto de la tripulación del *Snark* opinaba de otro modo. Para ellos, ver no era creer. Todos habían sido testigos de mis cuidadosas curas; y todos ellos, estoy seguro, tenían en su subconsciente la certeza de que sus soberbias constituciones físicas y sus gloriosas personalidades jamás permitirían que un veneno tan vil penetrase en sus cuerpos como

mi anémica constitución y mi mediocre personalidad habían permitido que penetrase en el mío. En Port Resolution, en las Nuevas Hébridas, Martin decidió ir a pasear descalzo por la selva y regresó a bordo con unos cuantos cortes y rozaduras, especialmente en las pantorrillas.

«Es mejor que seas prudente -le dije-. Te prepararé algo de sublimado corrosivo para que te desinfectes esas heridas. Ya sabes, más vale prevenir... »

Pero Martin sonrió con una sonrisa de superioridad. A pesar de que nunca lo dijo, yo no podía entender qué es lo que le hacía creer que era diferente de los demás hombres (y yo era el único hombre que podía tomar como referencia), y que en un par de días se le iban a curar los cortes. También me hizo una larga disertación acerca de la especial pureza de su sangre y de sus notables poderes curativos. Yo me sentí muy humilde al compararme con él. Evidentemente, yo debía ser muy distinto de los demás hombres por lo que a la pureza de la sangre se refería.

Un día, mientras Nakata, el marinero, estaba planchando la ropa, confundió su pantorrilla con el soporte de la plancha y se hizo una quemadura de ocho centímetros de longitud por uno y medio de anchura. También él me sonrió con superioridad cuando le ofrecí el sublimado corrosivo recordándole la cruel experiencia por la que yo había pasado. Haciendo acopio de toda su amabilidad y cortesía, me dio a entender que fuera lo que fuese que sucediera con mi sangre, su sangre japonesa de Port Arthur era de primera calidad, estaba en perfectas condiciones, y sería inaccesible para cualquier voraz microbio.

Wada, el cocinero, tomó parte en un desastroso desembarco con la lancha en el que tuvo que saltar por la borda y varar la embarcación en la playa con fuerte oleaje. Las conchas y los corales le causaron unas hermosas heridas en las piernas y en los pies. Le ofrecí la botella del sublimado corrosivo. Una vez más tuve que soportar una sonrisa de superioridad. Además, me explicó que su sangre era la misma sangre que había derrotado a Rusia y que algún día iba a derrotar a los Estados Unidos, y que si esa sangre no era capaz de curar unos cortes miserables, se haría el haraquiri para purgar su desgracia.

Todo esto me hizo llegar a la conclusión de que un médico aficionado carece de prestigio en su propio barco, incluso si logra curarse a sí mismo. El resto de la tripulación había empezado a ver me como a una especie de maniaco obsesivo en la cuestión de las úlceras y el sublimado. El hecho de que mi sangre fuese impura no era motivo para que tuviese que suponer que la de los demás también lo fuese. No dije nada más. El tiempo y los microbios me darían la razón, y todo lo que tenía que hacer era esperar.

«Creo que en estos cortes hay algo de suciedad -me dijo Martin al cabo de algunos días-. Los lavaré a fondo y todo volverá a la normalidad», añadió poco después, al ver que yo no mordía el anzuelo.

Pasaron dos días más, pero los cortes no sanaban y encontré a Martin sumergiendo sus pies y piernas en un cubo con agua caliente. «No hay nada como el agua caliente -me dijo con entusiasmo-. Es mejor que todo eso que te ponen los médicos. Mañana por la mañana ya se habrán curado estas úlceras.»

Pero por la mañana tenía cara de preocupado, y yo sabía que se estaba acercando la hora de mi triunfo.

A última hora del día me dijo: «Me parece que quiero probar alguna de esas medicinas. No es que crea que me vayan a hacer mucho efecto -puntualizó-, pero de todos modos voy a intentarlo.»

A continuación, la orgullosa sangre japonesa también acudió a mendigar medicinas para sus ilustres úlceras, y yo me esforcé en explicarles con todo lujo de detalles el tratamiento que había que aplicar. Nakata siguió mis instrucciones al pie de la letra y sus úlceras fueron disminuyendo de tamaño día a día. Wada era más apático, y se curaba más lentamente. Pero Martin seguía dudando y, dado que no se curó inmediatamente, desarrolló la teoría de que las medicinas de los médicos están bien, pero no todas las medicinas eran eficaces para todas las personas. Por lo que a él se refería, el sublimado corrosivo no hacía ningún efecto. Además, ¿cómo podía afirmar yo que fuese el remedio adecuado? Yo no tenía experiencia. El hecho de que me curase mientras lo usaba no era una prueba de que fuese un factor decisivo en la curación. Podía tratarse de una coincidencia. Pero seguro que existiría algún medicamento contra las úlceras, y cuando diese con un médico de verdad se enteraría de cuál era esa medicina y la tomaría.

A todo esto, llegamos a las islas Salomón. Ningún médico del mundo recomendaría a los enfermos o inválidos que visitasen ese archipiélago. A pesar de que pasamos poco tiempo allí, fue la primera vez en mi vida en que me di cuenta de lo frágiles e inestables que son los tejidos

humanos. Nuestra primera escala fue en Port Mary, en la isla de Santa Ana. Se nos acercó un hombre blanco, un comerciante. Se llamaba Tom Butler y era un hermoso ejemplo de lo que las islas Salomón pueden hacer con un hombre sano y fuerte. Estaba echado en su bote con el aspecto desvalido de un moribundo. Su rostro estaba desprovisto de sonrisa y la inteligencia apenas lo iluminaba ya. Parecía un muerto, ya ni siquiera hacía muecas de dolor. Se le apreciaban úlceras, y de las grandes. Decidimos izarlo a bordo del *Snark*. Dijo que su salud era buena, que hacía tiempo que no tenía fiebres y que, a excepción de su brazo, estaba perfectamente. El brazo parecía estar paralizado. Pero se reía de su parálisis. Ya la había padecido con anterioridad y se había curado. Era una enfermedad habitual entre los nativos de Santa Ana, nos dijo. Pero mientras lo ayudábamos a descender a la cabina, su brazo golpeaba como muerto por todos los escalones. Fue, sin lugar a dudas, el huésped de peor aspecto de cuantos tuvimos a bordo, y eso que llegamos a recibir las visitas de no pocas personas afectadas de lepra y elefantiasis.

Martin le preguntó por las úlceras, pues éste parecía ser un hombre en el que se podía confiar. Y realmente debía de saber algo al respecto, a juzgar por la cantidad de cicatrices que lucía en sus brazos y piernas y por las úlceras vivas que aparecían en el centro de las cicatrices. «Oh, uno se acostumbra a estas úlceras dijo Tom Butler-. Nunca son realmente graves hasta que llegan a profundizar demasiado en la carne. Entonces atacan las paredes de las arterias, las arterias se revientan y toca funeral. En esta isla han muerto recientemente muchos nativos por esta causa. Pero ¿por qué preocuparse? Si no son las úlceras será otra cosa en las islas Salomón.»

Me di cuenta de que a partir de ese momento Martin mostraba un creciente interés por sus propias úlceras. Las aplicaciones de sublimado corrosivo eran cada vez más frecuentes y, cuando con versábamos, cada vez hablaba con más entusiasmo del sanísimo clima de Kansas y de cualquier otra cosa que hiciese referencia a Kansas. Charmian y yo opinábamos que California tampoco estaba nada mal. Henry soñaba con su isla de Pascua, y Tehei añoraba Bora Bora; mientras que Wada y Nakata alababan las condiciones sanitarias de Japón.

Una tarde, mientras el *Snark* costeaba alrededor del extremo sur de la isla de Ugi en busca de un conocido fondeadero, un tal señor Drew, misionero de la Iglesia anglicana que navegaba en su lancha hacia la costa de San Cristóbal, se abarló a nosotros y subió a bordo para cenar. Martin, que llevaba las piernas cubiertas de vendas de la Cruz Roja y parecía una momia, desvió la conversación hacia el tema de las úlceras.

-Sí -dijo el señor Drew-, son muy frecuentes en las Salomón. Todos los blancos acaban teniendo ecemas y úlceras.

-¿Y usted también los ha padecido? -le preguntó Martin, aunque en el fondo le parecía inconcebible que un misionero de la Iglesia anglicana pudiese estar afectado por algo tan vulgar.

El señor Drew asintió con la cabeza y le dijo que no sólo había tenido, sino que en ese momento estaba curándose unas cuantas.

-¿Y con qué se las cura? -preguntó Martin en el acto.

A mí casi se me paró el corazón esperando a oír la respuesta. Pues esa respuesta era la que podía aumentar o destruir mi prestigio médico. Martin, como pude observar, estaba seguro de que me hundiría. Y luego llegó la respuesta

-¡Magnífica respuesta!

-Sublimado corrosivo -contestó el señor Drew.

Martin lo encajó con dignidad, he de reconocerlo, y estoy seguro de que si, en ese momento, le hubiese pedido permiso para arrancarle una muela no se habría opuesto.

Todos los blancos que viven en las islas Salomón acaban con úlceras, y cada corte o rozadura acaba convirtiéndose en una nueva llaga. Todos los blancos que he conocido las habían tenido, y nueve de cada diez las tenían activas. Sólo he conocido una excepción, un tipo joven que pasó cinco meses en las islas; contrajo las fiebres a los diez días de llegar y desde entonces ha estado tantas veces en cama con fiebre que no ha tenido oportunidad de llegar a tener úlceras.

Todos los del *Snark*, a excepción de Charmian, padecíamos esas úlceras. Ella mostraba el mismo tipo de egoísmo del que antes habían hecho gala los de Japón y Kansas. Atribuía su inmunidad a la pureza de su sangre, y a medida que iban pasando los días también iba en aumento el orgullo que sentía por esta pureza. Personalmente, creo que su inmunidad se debía a que, al ser una mujer, se libraba de la mayoría de los cortes y rozaduras a que estábamos sometidos los hombres en nuestra dura tarea de conducir el *Snark* alrededor del mundo. Nunca se lo dije de esta forma. El caso es que no deseaba destrozar su ego con unos hechos tan evidentes. Pero al ejercer

de médico, aunque sólo fuese como aprendiz, sabía más que ella acerca de las enfermedades, y sabía también que el tiempo me daría la razón. Pero quizás abusé de mi aliado, pues en cuanto vi una pequeña y preciosa llaga en su pantorrilla corrí a tratarla con antisépticos y se curó antes de que ella pudiese convencerse de que había sido afectada. De nuevo, como médico, había perdido el honor a bordo de mi propio barco; y, peor aún, se me acusaba de haber intentado engañarla haciéndole creer que tenía una úlcera. La pureza de su sangre era más indiscutible que nunca, y yo metí mis narices en los libros de navegación y me mantuve al margen. Hasta que llegó el día. Fue cuando estábamos navegando a lo largo de la costa de Malaita.

-¿Qué es esto que tienes en el tobillo? -le pregunté.

-Nada -me dijo ella.

-De acuerdo -le dije yo-; pero de todos modos ponte algo de sublimado corrosivo. Y dentro de dos o tres semanas a partir de ahora, cuando ya se haya curado y te deje una cicatriz que te acompañará hasta la tumba, olvídate de la pureza de tu sangre y de tu ancestral historia y dime realmente lo que opinas de las úlceras. Era una úlcera del tamaño de un dólar de plata, y tardó tres semanas en curarse. Había veces en que Charmian no podía ni caminar del daño que le hacía; y de vez en cuando nos explicaba que esa zona del tobillo era el lugar en que las úlceras eran más dolorosas. Yo, por mi parte, le comentaba que, dado que nunca había padecido una úlcera en ese sitio, consideraba que el lugar más doloroso para tenerlas era el empeine. Y Martin nos contradecía a los dos insistiendo en que el único lugar verdaderamente doloroso era la pantorrilla.

Pero al cabo de algún tiempo las úlceras dejaron de ser noticia. En el momento de escribir estas líneas tengo cinco úlceras en mis manos y tres más en la pantorrilla. Charmian tiene una a cada lado del empeine de su pie derecho. Tehei está desesperado con las suyas. Las nuevas úlceras de las pantorrillas de Martin han superado a las primeras. Y Nakata tiene unas cuantas que ya van desapareciendo de sus tejidos. Pero la historia del *Snark* en las Salomón es la misma que viene repitiéndose en todos los barcos desde la época de los descubrimientos. En las *Instrucciones para la navegación* encuentro el siguiente párrafo:

Las tripulaciones de los navíos que permanezcan durante algún tiempo en las islas Salomón notarán que las heridas y abrasiones suelen transformarse en úlceras malignas.

Y respecto a las fiebres, las *Instrucciones para la navegación* tampoco eran mucho más optimistas. Leí lo siguiente:

Los recién llegados, más tarde o más temprano acabarán sufriendo fiebres.

Los nativos también están expuestos a ellas. El número de muertes entre los blancos en el año 1897 fue de 9 sobre una población de 50.

(Sin embargo, algunas de esas muertes fueron accidentales.)

El primero en tener la fiebre fue Nakata. Sucedió en Penduffryn. Wada y Henry le siguieron. Charmian fue la siguiente. Yo conseguí permanecer a salvo durante un par de meses; pero cuando finalmente caí, Martin me siguió al cabo de unos días. De los siete, el único que se libró de las fiebres fue Tehei; pero sus sufrimientos a causa de la nostalgia eran peores que las fiebres.

Nakata, como de costumbre, era el que seguía las indicaciones más al pie de la letra, y así, al final de su tercer ataque de fiebre ya podía sudar durante dos horas, tomarse treinta o cuarenta granos de quinina, y al cabo de veinticuatro horas, aunque débil, encontrarse bien. Wada y Henry ya eran unos pacientes más difíciles de tratar. Para empezar, Wada se deprimía. Tenía la firme convicción de que su estrella lo había abandonado y de que sus huesos se quedarían en las islas Salomón. Se daba cuenta de que la vida a su alrededor no valía nada. En Penduffryn había observado los estragos de la disentería y, por desgracia para él, vio cómo una de las víctimas era transportada sobre una chapa de acero galvanizado y la enterraban sin ataúd, ni funeral, ni nada, directamente en un hoyo excavado en el suelo. Todo el mundo tenía fiebre, todo el mundo tenía disentería, todo el mundo tenía de todo. La muerte acechaba por todos lados. Hoy aquí, y mañana muerto. Y Wada se olvidó totalmente del hoy y estaba convencido de que el mañana ya había llegado. No se cuidaba las úlceras, se olvidaba de aplicar el sublimado, y se rascaba descuidadamente haciendo que se le esparciesen por todo el cuerpo. Tampoco se cuidaba la fiebre

y, por lo tanto, cada vez pasaba cinco días fuera de combate cuando con uno sólo ya hubiese sido suficiente.

Henry, que es un hombre grandote y corpulento, estaba igual de mal. Se negaba totalmente a tomar la quinina, pues aseguraba que hacía unos años había tenido fiebre y que las pastillas que le dio el médico eran de otro color que las pastillas de quinina que yo le ofrecía. Por lo tanto, Henry siguió el mismo camino que Wada.

Pero yo los engañé un poco y les apliqué su propia medicina, que era puramente psicológica. Tenían fe en sus presentimientos de que iban a morir. Los forcé a tragar un montón de quinina y les tomé la temperatura. Era la primera vez que empleaba el termómetro de nuestro botiquín, y enseguida me di cuenta de que no servía para nada, había sido fabricado para ganar dinero, no para que fuese útil. Si les hubiese dicho a mis dos pacientes que el termómetro no funcionaba, habríamos tenido dos funerales al cabo de poco tiempo. Yo estimaba que estarían a una temperatura de 41° C.

Me acerqué a ellos solemnemente y les hice aguantar el termómetro en la boca mientras yo intentaba mostrarme contento, y les comuniqué con alegría que estaban a 36,5° C. Les hice tragar más quinina y les dije que cualquier sensación de malestar o de debilidad que pudiesen llegar a experimentar sería a causa de la quinina, y que no se preocupasen. Y les fue bien. Wada incluso se curó muy a pesar suyo. Si un hombre puede llegar a morir porque cree que va a morir, ¿qué hay de malo en hacerlo vivir a base de engañarle un poco para que viva?

La raza blanca es única a la hora de apretar los dientes y sobrevivir. A uno de nuestros dos japoneses, y a los dos polinesios, tuvimos que animarlos y estimularlos constantemente para empujarlos hacia la vida. Charmian y Martin se tomaban sus afecciones con más buen humor, no les daban tanta importancia, y avanzaban con calma hacia su curación. Cuando Wada y Hemy estaban convencidos de que iban a morir, el ambiente fúnebre que se creó fue excesivo para Tehei y éste se pasaba horas rezando y llorando. Por otra parte, Martin ya estaba mejorando, y Charmian se quejaba un poco pero ya estaba planeando todo lo que haría en cuanto se curase.

Charmian había sido educada como vegetariana y naturista. Creció junto a su tía Netta, que vivía en un clima muy sano y no creía en los medicamentos. Charmian tampoco. Además, los medicamentos no le iban bien. Sus efectos eran peores que los de las enfermedades que se suponía que tenían que curar. Pero aceptó mis argumentos a favor de la quinina, la aceptó como un mal menor y, por lo tanto, sus ataques de fiebre fueron más cortos, menos dolorosos y menos frecuentes. Encontramos a un tal señor Caulfeild, un misionero, cuyos dos predecesores habían muerto tras una estancia de menos de seis meses en las islas Salomón. Al igual que ellos, él confiaba firmemente en la homeopatía. Pero cuando tuvo sus primeras fiebres se pasó a la alopatía y a la quinina, con lo cual logró curarse y continuar su apostolado.

Pero ¡pobre Wada! La gota que colmó el vaso de nuestro cocinero fue cuando Charmian y yo nos lo llevamos en un viaje a la isla caníbal de Malaita a bordo de un pequeño yate cuyo capitán había sido asesinado en cubierta medio año antes.

Kai-kai significa «comer», y Wada estaba convencido de que a él se lo *kai-kairian*. Siempre íbamos fuertemente armados, permanecíamos constantemente alerta, y cuando nos bañábamos en la desembocadura de un arroyo de agua dulce lo hacíamos bajo la protección de unos chicos negros armados con rifles. Encontramos buques de guerra ingleses destrozando e incendiando poblados como represalia por los crímenes cometidos. Nativos a los que habían puesto precio a sus cabezas subían a bordo en busca de protección. En tierra se sucedían las muertes. En los lugares más apartados se nos acercaban salvajes amistosos para advertirnos del peligro que corríamos. Nuestro barco debía dos cabezas a los habitantes de Malaita, y éstos podían venir en cualquier momento a cobrarse su deuda. Y para redondear el asunto, enbarrancamos en unos arrecifes y tuvimos que emplear una mano para protegernos de los guerreros que nos asediaban y la otra para intentar salvar el barco. Todo esto fue excesivo para el pobre Wada, que acabó de hundirse y optó por abandonar el *Snark* en la isla de Isabel, bajando a tierra en medio de un temporal de lluvia, entre dos ataques de fiebres, y mientras le estábamos curando una neumonía. Si consigue no ser *kai-kaido* por los indígenas, si logra sobrevivir a las úlceras y a las fiebres, y si tiene una buena dosis de suerte, quizá logre llegar a la isla adyacente en cuestión de seis a ocho semanas. Nunca confió mucho en mi medicina, a pesar de que había logrado extraerle con éxito dos muelas al primer intento.

Durante meses el *Snark* se había convertido en un hospital, y la verdad es que ya nos habíamos acostumbrado a ello. En la laguna de Meringe, donde nos dedicamos a carenar el casco del *Snark* y a limpiar su forro de cobre, había veces en que solamente uno de los tres blancos que íbamos a bordo estaba en condiciones de meterse en el agua mientras los restantes permanecían en la plantación de la costa postrados por las fiebres. En el momento de escribir esto estamos perdidos en la mar en algún lugar al nordeste de Isabel e intentando, en vano, encontrar la isla de Lord Howe, que es un atolón que solamente es visible cuando ya se está casi encima de él. El cronómetro se ha estropeado. No hay forma de ver el sol, por la noche es imposible observar las estrellas y durante días y días no hemos tenido más que chubascos. El cocinero nos abandonó. Nakata, que intenta hacer las funciones de cocinero y ayudante de cámara, está de nuevo enfermo y con fiebre. Martin acaba de recuperarse de las fiebres y está volviendo a recaer. Charmian, cuya fiebre se ha vuelto periódica está consultando su agenda para saber cuándo le toca el próximo ataque. Henry ha empezado a tomar quinina y se mantiene a la espera. Y, dado que mis ataques aparecen por sorpresa y me derriban a traición, desconozco el momento en que voy a volver a recaer. Por error les dimos toda la harina que nos quedaba a unos hombres blancos que se habían quedado sin harina. No sé cuándo llegaremos a tierra. Nuestras úlceras de las islas Salomón tienen peor aspecto que nunca y son cada vez más numerosas. Nos olvidamos el sublimado corrosivo en Penduffryn; el agua oxigenada se nos ha acabado y estoy empezando a experimentar con ácido bórico, lisol y antiflogísticos. O sea que, si no llego a ser un buen médico, no será por falta de práctica.

P. S. Ya han pasado dos semanas desde que escribí lo anterior, y Tehei, el único que había permanecido inmune a bordo, lleva diez días con una fiebre más alta que la que hemos padecido ninguno de los demás y aún está de baja. Su temperatura suele ser de unos 41° C, y su pulso es de 115.

P. S. Estamos en la mar, entre el atolón de Tasman y el estrecho de Manning. La enfermedad de Tehei ha resultado ser la fiebre de aguas negras -la peor forma de malaria- y que, según mi libro de consulta, se debe también a una infección externa. He logrado hacerle superar la fiebre, pero me encuentro ya al límite de mis recursos, y él ya ha perdido todo uso de razón. Yo soy demasiado novato en estos temas como para saber lo que hay que hacer. Es el segundo caso de locura al que me enfrento en este corto viaje. P. S. Algún día tendría que escribir un libro (para profesionales) y titularlo «La vuelta al mundo en el buque hospital *Snark*». Ni siquiera nuestros animales domésticos se han salvado. Zarpamos de la laguna de Meringe con dos, un terrier irlandés y una cacatúa. El terrier se cayó por la entrada a la cabina y se lastimó la pata trasera izquierda, otro día volvió a caerse y se hirió en la delantera derecha. En estos momentos solamente puede caminar con dos patas. Por suerte están en lados y extremos opuestos, de forma que puede desplazarse arrastrando las otras dos. La cacatúa se aplastó bajo la lumbrera de la cabina y tuvo que ser sacrificada. Éste fue nuestro primer funeral; pues las gallinas que se fueron volando, y que tan bien nos habrían ido en nuestra convalecencia, debieron de acabar ahogándose en el mar. Solamente les iba bien a las cucarachas. No parecían ser propensas ni a los accidentes ni a las enfermedades, y cada día se hacían más grandes y más carnívoras, y mientras dormíamos nos roían las uñas de los dedos de manos y pies. P. S. Charmian está en pleno ataque de fiebres. Martin, desesperado, intenta curar sus úlceras a lo bestia con vitriolo y maldiciendo las islas Salomón. Y, por lo que a mí respecta, además de navegar, curar, y escribir historias cortas, no me encuentro nada bien. Exceptuando a los enfermos, soy el que está peor a bordo. Necesito tomar el primer va por para Australia y pasar por un quirófano. Aparte de mis afecciones menores, tendría que mencionar otra nueva y misteriosa. Durante la última semana se me han hinchado las manos de una forma espantosa. Cerrar los puños me produce unos dolores tremendos. Tirar de un cabo es un esfuerzo insufrible. La sensación es como la que producen los sabañones. Además, estoy perdiendo la piel de ambas manos y la piel nueva que me sale es cada vez más dura y gruesa. Ninguno de mis libros de medicina menciona esta enfermedad. Nadie sabe lo que es.

P. S. Bueno, por lo menos he curado al cronómetro. Después de dar tumbos por el mar durante ocho días de temporal de viento y lluvia, finalmente logré una observación parcial del sol a mediodía. De ésta deduje mi latitud; mediante la corredera calculé la distancia hasta la latitud de

Lord Howe, y cuando llegé a dicha latitud la seguí hasta dar con la isla. Aquí he comprobado el cronómetro mediante mediciones de longitud y he descubierto un adelanto de unos tres minutos. Dado que cada minuto equivale a quince millas, el error era notable. Mediante sucesivas observaciones en Lord Howe he podido analizar el cronómetro; atrasaba cada día siete décimas de segundo. Pero sucede que hace un año, cuando salimos de Hawai, este mismo cronómetro tenía ya ese mismo error de siete décimas de segundo. Dado que cada día teníamos en cuenta ese error al efectuar los cálculos, y dado que ese error, como demostré con mis observaciones en el atolón de Lord Howe, no había variado, ¿qué diablos había hecho que ese cronómetro de repente acelerase hasta adelantar tres minutos? ¿Es posible algo así? Los relojeros expertos aseguran que no; pero yo les digo que nunca ha habido ningún profesional que haya analizado el comportamiento de un reloj en las islas Salomón. Mi opinión es que es culpa del clima. De todos modos, el caso es que he logrado curar al cronómetro, aunque no haya tenido la misma suerte con los casos de locura ni con las úlceras de Martin.

P. S. Martin acaba de experimentar con alumbre, y está maldiciendo las Salomón con más énfasis que nunca.

P. S. Estamos navegando entre el estrecho de Manning y las islas Pavuvu. Henry tiene reumatismo en la espalda, mis manos ya han perdido diez capas de piel y la undécima está empezando a desprenderse, mientras tanto; Tehei está más loco que nunca y se pasa el día y la noche rezándole a Dios para que no lo mate. Además, Nakata y yo volvemos a estar afectados por las fiebres. Para acabar, ayer por la noche Nakata sufrió un envenenamiento por la comida en mal estado y nos hemos pasado la mitad de la noche ayudándole a superarlo.

EPÍLOGO

El *Snark* tenía una eslora de catorce metros en la línea de flotación y de dieciocho de eslora máxima, con una manga de cinco metros (en el lugar más ancho), y un calado de dos metros y medio. Tenía aparejo de queche y contaba con foque volante, foque, trinqueta, mayor, mesana y *spinnaker*. En el interior de la cabina disfrutábamos de una altura de dos metros. Contaba con cuatro compartimentos *presuntamente estancos*. Un motor auxiliar de gasolina de setenta y cinco caballos esporádicamente nos proporcionaba impulso a un coste de veinte dólares por milla. Un motor de cinco caballos se encargaba de accionar las bombas, cuando funcionaba, y en dos ocasiones incluso proporcionó energía al reflector. Las baterías funcionaron cuatro o cinco veces en dos años. La lancha de cuatro metros y medio parece ser que solía funcionar, pero siempre se estropeaba en cuanto yo me subía en ella.

Pero el *Snark* navegaba. Era lo único que sabía hacer. Navegó durante dos años y nunca golpeó contra ninguna roca, arrecife, o banco de arena. No tenía lastre interno, su quilla de hierro pesaba cinco toneladas, pero su forma y su alto francobordo lo hacían muy estable. Navegando a todo trapo en los chubascos tropicales, muchas veces vimos cómo se sumergían los pasamanos y la cubierta, pero jamás volcamos. Se gobernaba con facilidad pero también podía navegar día y noche sin gobierno, ciñendo, orzando o con viento en popa. Con viento por la amura y las velas en la posición correcta, se orientaba automáticamente a dos puntos, y con viento de popa apenas necesitaba tres puntos para gobernarse.

El *Snark* fue parcialmente construido en San Francisco. La mañana en que se realizó la fundición de su quilla fue la mañana del terremoto. Luego vino la anarquía. Con seis meses de retraso en su construcción, opté por navegar con el casco hasta Hawai y acabar allí el trabajo, llevando el motor estibado en el fondo y todo tipo de materiales de construcción en cubierta. Si hubiese permanecido en San Francisco esperando acabar el barco, todavía estaríamos allí. Tal y como estaba, medio acabado, me costó cuatro veces el presupuesto inicial.

El *Snark* nació desafortunado. Lo embargaron en San Francisco, los cheques fueron protestados como falsos en Hawai, y fue multado por incumplir una cuarentena en las islas Salomón. Para poder defenderse a sí mismos, los periódicos no podían contar la verdad acerca de nosotros. Cuando desembarqué a un capitán por incompetente, dijeron que lo había molido a palos. Cuando un joven nos dejó para volver a la universidad, se dijo que yo era una especie de Wolf Larsen y que lo había apalizado. De hecho, la única violencia a bordo se produjo cuando el cocinero fue

golpeado por un capitán que se había embarcado bajo falsas apariencias y al que desembarqué en Fidji. También Charmian y yo boxeábamos como ejercicio; pero ninguno de los dos llegó a lastimarse.

Realizamos el viaje por el gusto de hacerlo. Yo pagué el *Snark* y todos los gastos corrieron de mi cuenta. Firmé un contrato con una revista en el que acordaba escribir un relato del viaje en treinta y cinco mil palabras, y por el que cobraría lo mismo que recibía por las historias escritas en casa. Al cabo de poco tiempo, esta revista anunció que me había enviado especialmente a dar la vuelta al mundo para ella. Se trataba de una revista muy importante, por lo que todos los que tuvieron alguna relación comercial con el *Snark* me cobraron el triple de lo habitual confiando en que la revista podría permitírselo. Esta falacia llegó hasta las más remotas islas de los Mares del Sur, y a mí me tocó pagar. Todavía hoy en día todo el mundo cree que la revista corrió con todos los gastos y que yo gané una fortuna con el viaje. Después de semejante publicidad, es difícil intentar convencer a la gente de que el viaje lo hice únicamente por diversión.

Me trasladé a Australia para ir a un hospital, y pasé en él cinco semanas. También pasé cinco meses en hoteles encontrándome miserablemente enfermo. La misteriosa enfermedad que afectaba a mis manos era un desafío demasiado grande para los médicos australianos. En la bibliografía especializada no aparecía nada al respecto. No se conocía ni un solo caso más. Se extendió desde las manos hasta los pies, por lo que a veces me encontraba más desvalido que un niño. En una ocasión mis manos llegaron a duplicar su tamaño normal, y tenía siete capas de piel muerta o moribunda desprendiéndose a un mismo tiempo. A veces, las uñas de los dedos de los pies, en cuestión de veinticuatro horas, se hacían tan gruesas como largas. Si las rebajábamos, al cabo de otras veinticuatro horas volvían a recuperar ese grosor.

Los especialistas australianos coincidían en que no se trataba de una enfermedad de origen parasitario, por lo que debía de ser nerviosa. No se observaba ninguna mejora, y así me era imposible continuar el viaje. La única forma en que habría podido continuar habría sido echado en mi litera, pero en estas condiciones, y sin poder agarrarme con las manos, no me habría podido mover por un pequeño barco en medio del océano. Por lo tanto, me dije a mí mismo que, así como pueden haber muchos barcos y muchos viajes, yo solamente disponía de dos manos y un juego de uñas para los dedos de los pies. Después pensé que en California siempre había mantenido un equilibrio nervioso muy estable. Por lo que decidí regresar.

Desde mi retorno me he recuperado por completo. Además, he logrado descubrir lo que me pasaba. Encontré un libro titulado *Efectos de la luz tropical en el hombre blanco*, escrito por el teniente coronel Charles E. Woodruff del ejército de los Estados Unidos. Allí estaba la solución. Algún tiempo más tarde conocí al coronel Woodruff, y me comentó que él había sufrido una afección similar. Él era médico militar, y diecisiete médicos del ejército analizaron su caso en Filipinas y, al igual que me sucedió a mí en Australia, se dieron por vencidos. Resumiendo, lo que yo tenía era una gran sensibilidad ante el poder destructor de la luz de los trópicos. Los rayos ultravioletas me habían destrozado de la misma forma que los rayos X destrozaron a los primeros que experimentaron con ellos.

Y ya que estamos en el tema, he de decir que una de las enfermedades que nos indujeron al abandono del viaje fue la llamada *enfermedad del hombre sano*, *lepra europea*, o *lepra bíblica*. Al contrario que en el caso de la *lepra auténtica*, de esta misteriosa enfermedad no se sabe nada. Ningún médico ha conseguido jamás su curación, aunque se conocen casos de curación espontánea. Pero no se sabe qué los provoca. Yo me curé sin medicamentos, simplemente viviendo en el estupendo clima de California. La única esperanza que me habían dado los médicos era la de la curación espontánea, y ésta estaba en mis manos.

Para finalizar: las conclusiones del viaje. Sería muy fácil para mí, o para cualquier hombre, decir que fue un viaje estupendo. Pero hay un testigo aún mejor, la mujer que lo vivió desde el principio hasta el final. Cuando, estando yo en el hospital, le dije a Charmian que teníamos que regresar a California, sus ojos se llenaron de lágrimas. Durante dos días estuvo totalmente destrozada y hundida al ver que ese viaje tan feliz había llegado a su fin.

Glen Ellen, California
7 de abril de 1911